

MOHAMED MBOUGAR SARR

*La más recóndita
memoria
de los hombres*

PREMIO GONCOURT



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada

Libro primero

Primera parte. La tela de la Araña Madre

I

II

III

IV

V

Segunda parte. Diario estival

Primer biografema. Tres notas sobre el libro esencial

Libro segundo.

Primera parte.

I

II

III

IV

V

VI

VII

Segundo biografema. Tres gritos sin dejar de temblar

Segunda parte. Investigadoras e investigados

I

II

III

Tercer biografema. Dónde acabó Charles Ellenstein

1

2

3

4

5

Tercera parte. Noches de tango por marea alta

Libro tercero

Día 5

Día 4

Día 3

Día 2

Día 1

D

Día + 1

Cuarto biografema. Las cartas muertas

Segunda parte. La soledad de Madag

I

II

III

IV

V

VI

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Para Yambo Ouologuem

Durante un tiempo, la Crítica acompaña a la Obra, luego la Crítica se desvanece y son los Lectores quienes la acompañan. El viaje puede ser largo o corto, luego los Lectores mueren uno por uno y la Obra sigue sola, aunque otra Crítica y otros Lectores poco a poco vayan acompasándose a su singladura. Luego la Crítica muere otra vez y los Lectores mueren otra vez y sobre esa huella de huesos sigue la Obra su viaje hacia la Soledad. Acercarse a ella, navegar a su estela es señal inequívoca de muerte segura, pero otra Crítica y otros Lectores se le acercan incansables e implacables y el tiempo y la velocidad los devoran. Finalmente, la Obra viaja irremediabilmente sola en la Inmensidad. Y un día la Obra muere, como mueren todas las cosas, como se extinguirá el Sol y la Tierra, el Sistema Solar y la Galaxia y la más recóndita memoria de los hombres.

ROBERTO BOLAÑO, *Los detectives salvajes*

Libro primero

Primera parte

La tela de la Araña Madre

27 de agosto de 2018

De un escritor y de su obra, como mínimo, podemos saber lo siguiente: uno y otra caminan juntos por el laberinto más perfecto imaginable, un largo camino circular donde el destino se confunde con el origen: la soledad.

Dejo Ámsterdam. A pesar de lo que he averiguado, aún no sé si conozco mejor a Elimane o si su misterio se ha vuelto más intenso. Podría traer aquí a colación la paradoja de toda tentativa de conocimiento: cuanto más destapamos un fragmento del mundo, más conscientes somos de la inmensidad de lo desconocido y de nuestra ignorancia; pero esta ecuación solo traduciría incompletamente cómo me siento ante este hombre. Su caso exige una fórmula más radical, es decir: más pesimista en lo que a la posibilidad misma de conocer un alma humana se refiere. La suya se parece a una estrella eclipsada; magnetiza y engulle todo lo que se le acerca. Analizamos durante un tiempo su vida y, mientras nos levantamos, serios, resignados y viejos, tal vez incluso desesperados, murmuramos: sobre el alma humana no se puede saber nada, no hay nada que saber.

Elimane se hundió en su Noche. La sencillez de su adiós al sol me fascina. La asunción de su sombra me fascina. El misterio de su destino me obsesiona. No sé por qué se calló cuando tenía aún tanto que decir. Sufro, principalmente, por no poder imitarlo. Toparse con un silencioso, un silencioso auténtico, pone siempre en entredicho el sentido –la necesidad– de la propia palabra, de la que a menudo nos preguntamos si no es más que un fastidioso balbuceo, barro idiomático.

Me voy a callar la boca y a dejarlo aquí, Diario. Los relatos de la Araña Madre me han extenuado. Ámsterdam me ha dejado seco. El camino de soledad me espera.

I

Gracias a T. C. Elimane, los autores africanos de mi generación, que no calificaríamos ya de joven, pueden destriparse en justas literarias piadosas y sangrientas. Su libro tenía algo de catedral y de anfiteatro; nosotros entrábamos como a la tumba de un dios y acabábamos arrodillados sobre nuestra sangre derramada en libación a la obra maestra. Una sola de sus páginas bastaba para transmitirnos la certeza de que leíamos a un escritor, un hápax, uno de esos astros que no aparecen más que una vez en el cielo de una literatura.

Me acuerdo de una de las tantísimas cenas que pasamos en compañía de su libro. En pleno debate, Béatrice, la sensual y enérgica Béatrice Nanga que yo esperaba que un día me asfixiase entre sus pechos, había sacado las uñas y había dicho que solo las obras de los escritores de verdad merecían que discutiésemos a muerte, que solo estas calentaban la sangre como un licor de raza y que si, por transigir con la flema de un consenso invertebrado, evitábamos el enfrentamiento apasionado al que dichas obras apelaban, estábamos deshonorando la literatura. Un escritor de verdad, había añadido, suscita debates mortales entre los lectores auténticos, que siempre andan en pie de guerra; si no estáis dispuestos a palmarla en la arena por llevaros a rastras el despojo como en el juego del buzkashi, largaos de aquí y moríos en vuestros propios meados tibios que confundís con una cerveza de calidad superior: sois cualquier cosa menos lectores, y menos aún escritores.

Yo había apoyado a Béatrice Nanga en su impresionante soflama. T. C. Elimane no era clásico sino de culto. El mito literario es un tablero de juego. Elimane se había sentado y había plantado en la mesa las tres mejores bazas que se pueden sacar: para empezar, había escogido un nombre con iniciales misteriosas; luego, solo había escrito un libro; finalmente, había desaparecido sin dejar rastro. Valía la pena arriesgarnos a que nos partieran la cara para apoderarnos de su despojo.

Si bien se podía dudar de que realmente hubiera existido, en

una época, un hombre llamado T. C. Elimane, o preguntarse si no sería el pseudónimo que un autor había inventado para burlarse o librarse del mundillo literario, nadie, en cambio, podía poner en duda la potente verdad de su libro: una vez cerrado, la vida refluía a tu alma con violencia y pureza.

Saber si Homero tuvo una existencia biográfica sigue siendo una cuestión apasionante. En última instancia, sin embargo, no afecta gran cosa a la fascinación de su lector; porque es a Homero, quienquiera que fuese, a quien ese lector agradece que escribiera *La Ilíada* o *La Odisea*. De la misma manera, poco importaba la persona, la mistificación o la leyenda tras T. C. Elimane; era a este nombre al que debíamos la obra que había cambiado nuestro punto de vista acerca de la literatura. Quizá de la vida. *El laberinto de lo inhumano*: así se titulaba, y nosotros acudíamos a sus páginas como los manatíes acuden a beber a la fuente.

En el origen había una profecía y había un rey; y la profecía le dijo al rey que la tierra le daría el poder absoluto pero exigiría a cambio las cenizas de los viejos, cosa que el rey aceptó; acto seguido se puso a quemar a los ancianos de su reino, para después dispersar sus restos alrededor de su palacio, donde, pronto, creció un bosque, un bosque macabro, al que llamaron el laberinto de lo inhumano.

II

¿Cómo nos encontramos, este libro y yo? Por azar, como todo el mundo. Pero no me olvido de lo que me dijo la Araña Madre: un azar no es más que un destino que ignoramos. Mi primera lectura de *El laberinto de lo inhumano* se remonta a una fecha muy reciente, algo más de un mes. Aunque mentiría si dijera que desconocía por completo a Elimane antes de esta lectura: en el instituto ya había oído su nombre. Figuraba en el *Compendio de las literaturas negras*, una de esas antologías indestructibles que, desde la era colonial, servían de libro de referencia a los estudiantes del África francófona.

Era 2008, primero de bachillerato en un internado militar al norte de Senegal. Empezaba a atraerme la literatura y abrigaba el sueño adolescente de convertirme en poeta; ambición decididamente banal cuando descubríamos a los más grandes y el hecho de que vivíamos en un país asediado por el engorroso espectro de Senghor; un país donde el poema seguía siendo uno de los valores más fiables en la camarilla de las seducciones. Era la época en que te ligabas a las chicas con cuartetos, memorizados o compuestos.

En consecuencia, empecé a perderme en las antologías poéticas, los diccionarios de sinónimos, de palabras raras, de rimas. Perpetré algunos poemas espantosos, que salpimentaba con endecasílabos flojísimos llenos de «pálidas lágrimas», «cielos dehiscentes» y «auroras hialinas». Hacía pastiches, parodias y plagios. Hojeaba con frenesí mi *Compendio de las literaturas negras*. Y fue ahí donde, por primera vez, junto a clásicos de las letras negras, entre Tchichellé Tchivéla y Tchicaya U Tam'si, me topé con el nombre, desconocido, de T. C. Elimane. El comentario que le habían dedicado era tan singular en la antología que le presté especial atención. Decía (he conservado el manual):

T. C. Elimane nació en Senegal. Obtuvo una beca de estudios, fue a París y publicó, en 1938, un libro cuyo destino fue marcado por la singularidad trágica: El laberinto de lo inhumano.

¡Y qué libro! ¡La obra maestra de un joven negro de África! ¡Lo nunca visto en Francia! Surgió una de esas disputas literarias de las cuales este país posee el secreto y el gusto en exclusiva. El laberinto de lo inhumano tuvo tantos defensores como detractores. Pero cuando los rumores auguraban prestigiosos premios al autor y a su libro, un tenebroso asunto literario echó a perder su despegue. La obra fue puesta en la picota; en cuanto al joven autor, desapareció de la escena literaria.

A continuación, estalló la guerra. Nadie ha vuelto a tener noticias del tal T. C. Elimane desde finales del año 1938. Su suerte sigue siendo un misterio a pesar de algunas hipótesis interesantes (sobre esta cuestión, puede ser valioso leer, por ejemplo, el reportaje de la periodista B. Bollème, ¿Quién fue realmente el Rimbaud negro? Odisea de un fantasma, Éditions de la Sonde, 1948). Salpicada por la polémica, la editorial retiró el libro del mercado y destruyó todo el stock. El laberinto de lo inhumano no se ha reeditado jamás. Hoy, la obra es inencontrable.

Lo repetiremos: este autor precoz tenía talento. Genio, tal vez. Es una lástima que lo dedicase a pintar la desesperación: su libro, demasiado pesimista, alimentaba la visión colonial de un África de tinieblas, violenta y bárbara. Un continente que ya había sufrido tanto, que sufría y seguiría sufriendo, tenía derecho a esperar que sus escritores diesen de él una imagen más positiva.

Estas líneas me pusieron sobre la pista polvorienta de Elimane, o más bien sobre la pista de su fantasma. Me pasé las semanas siguientes tratando de averiguar más sobre su destino, pero Internet no me aportó nada que no me hubiese dicho ya el manual. No existía ninguna foto de Elimane. Las escasas páginas web que lo mencionaban lo hacían de manera tan puramente alusiva que enseguida comprendí que no sabían mucho más que yo. Todos o casi todos hablaban de un «vergonzoso autor africano de entreguerras» sin decir en qué consistía su vergüenza, exactamente. No logré obtener más

información sobre la obra. No encontré ningún testimonio que la abordase a fondo; ni estudios ni tesis.

Le hablé de Elimane a un amigo de mi padre que enseñaba literatura africana en la universidad. Me dijo que su vida efímera en las letras francesas (insistió mucho en «francesas») no había permitido que su obra fuese descubierta en Senegal. «Es la obra de un dios eunuco. A veces se ha hablado de *El laberinto de lo inhumano* como de un libro sagrado. La verdad es que no engendró ninguna religión. Nadie más cree en ese libro. Quizá nadie ha creído nunca en él.»

Mi situación en aquel internado militar perdido en medio de la nada limitaba mis investigaciones. Las detuve y me resigné a aquella verdad simple y cruel: Elimane había sido borrado de la memoria literaria, pero también, por lo visto, de todas las memorias humanas, incluidas las de sus compatriotas (pero ya se sabe que los compatriotas siempre son los primeros en olvidarte). *El laberinto de lo inhumano* pertenecía a la otra historia de la literatura (que quizá sea la verdadera historia de la literatura): la de los libros perdidos en un pasadizo del tiempo, ni siquiera malditos sino simplemente olvidados, y cuyos cadáveres, osamentas y soledades se desparraman por el suelo de cárceles sin carceleros y balizan infinitas y silenciosas pistas heladas.

Me desentendí de esta triste historia y volví a escribir mis poemas de amor con versos patituertos.

En resumidas cuentas, mi único descubrimiento importante fue, en el ignoto foro de una web, la larga primera frase de *El laberinto de lo inhumano*, como si solo eso se hubiese librado de la aniquilación setenta años antes: *En el origen había una profecía y había un rey; y la profecía le dijo al rey que la tierra le daría el poder absoluto pero exigiría, a cambio, las cenizas de los viejos, etcétera.*

III

Ahora contaré cómo entró de nuevo en mi vida *El laberinto de lo inhumano*.

Después de mi primer encuentro con Elimane en la época del instituto, pasó un tiempo sin que volviese a oír hablar de él. De vez en cuando me venía a la mente, claro, pero muy de tarde en tarde, y siempre con un poco de tristeza, como cuando recuerdas historias inacabadas o inacabables —un antiguo amigo perdido, un manuscrito destruido en un incendio, un amor al que renunciamos por temor a ser por fin felices—. Me saqué el título, me fui de Senegal y viajé a París a continuar con mis estudios.

Ahí reabrí brevemente el dossier Elimane, sin éxito: el libro siguió siendo inencontrable, incluso en las librerías de viejo cuyo fondo tanto me habían elogiado. En cuanto al opúsculo de B. Bollème, *¿Quién fue realmente el Rimbaud negro?*, me dijeron que no se reeditaba desde mediados de los años setenta. Mis estudios y mi vida de inmigrante me alejaron pronto de *El laberinto de lo inhumano*, libro fantasma cuyo autor por lo visto no había sido más que el chispazo de una cerilla en la oscura noche literaria. Poco a poco, lo fui olvidando.

Mi carrera universitaria en Francia me encaminó hacia una tesis de literatura que enseguida viví como un exilio del edén del escritor. Me convertí en un doctorando holgazán, rápidamente desviado del noble camino académico por lo que ya no era una tentación pasajera sino un deseo tan pretencioso como verdadero: ser novelista. Me advirtieron: a lo mejor no logras el éxito literario; ¡a lo mejor acabas amargado!, ¡decepcionado!, ¡marginado!, ¡fracasado! Sí, es posible, decía yo. La infatigable tercera del plural insistía: ¡igual acabas suicidándote! Sí, tal vez; pero la vida es lo que hay en medio de *tal* y *vez*, replicaba yo. Intento caminar sobre un cable tendido entre esas dos palabras. Si me caigo, mala suerte: ya veré entonces qué vive o muere ahí abajo. Y luego le sugerí a la tercera del plural que se fuese a tomar por saco. Le dije: en

literatura no se logra el éxito, así que coges esa monserga del éxito y te la metes por donde te quepa.

Escribí una novelita, *Anatomía del vacío*, que publiqué con un editor más bien modesto. El libro fue un fiasco (setenta y nueve ejemplares vendidos los dos primeros meses, incluidos los que había comprado yo de mi propio bolsillo). No obstante, mil ciento ochenta y dos personas le habían dado a *me gusta* en el post que publiqué en Facebook para anunciar la aparición inminente de mi libro. Novecientas diecinueve habían comentado. «¡Enhorabuena!», «¡Orgullosa!», «*Proud of you!*», «*Congrats bro!*», «¡Bravo!», «¡Me inspira!» (y yo expiro), «Gracias, hermano, eres motivo de orgullo», «¡Ganas de leerlo *Insha'Allah!*», «¿Cuándo sale?» (aunque había indicado la fecha de salida en el post), «¿Cómo lo consigo?» (eso también salía en el post), «¿Cuánto cuesta?» (ídem), «¡Interesante título!», «¡Eres un ejemplo para nuestra juventud!», «¿De qué va?» (esta pregunta encarna el Mal en literatura), «¿Se puede encargar?», «¿Disponibilidad en PDF?», etcétera. Setenta y nueve ejemplares.

Había tenido que esperar cuatro o cinco meses para que alguien lo sacase del Purgatorio del anonimato. Un periodista influyente, especialista en literaturas francófonas, como se suele decir, lo había reseñado en mil doscientos caracteres con espacios incluidos en *Le Monde* (África). Mostraba algunas reservas sobre mi estilo, pero su última frase me había endilgado la temible locución, peligrosa incluso, hasta diabólica, de «promesa a seguir de la literatura africana francófona». Es cierto que me había librado del terrible y mortal «estrella emergente», pero su alabanza no sería menos asesina. Bastó, en consecuencia, para granjearme cierta atención en el mundillo literario de la diáspora africana de París —el Gueto, como lo llamaban con afectación ciertos lenguaraces entre los que yo me contaba—. A partir de aquel instante, hasta los que no me habían leído ni pensaban leerme jamás supieron, gracias al suplemento de *Le Monde Afrique*, que yo era el enésimo nuevo joven escritor que llegaba rebosante de promesas. Me convertí, en los festivales,

encuentros, salones y ferias literarias a los que me invitaban, en el encargado natural de esas indestructibles mesas redondas tituladas «nuevas voces» o «nueva guardia» o «nuevas plumas» o a saber qué otra cosa pretendidamente nueva pero que, en realidad, parecía tan vieja y extenuada en literatura. Ese pequeño eco llegó a mi país, a Senegal, y se empezaron a interesar por mí porque París se había interesado, lo cual suponía una garantía. A partir de aquel momento, *Anatomía del vacío* se comentó (que se comentara no quiere decir que se leyese).

A pesar de todo esto, la novela me había dejado insatisfecho, infeliz, incluso. Pronto me dio vergüenza *Anatomía del vacío* —que había escrito por razones que detallaré más tarde— y, como para purgarme o sepultarla, empecé a soñar con otra gran novela, ambiciosa y decisiva. Solo faltaba escribirla.

IV

Así que eso, escribir mi *magnum opus*, era lo que llevaba un mes intentando hacer cuando, una noche de julio, incapaz de dar con la primera frase, me escapé a las calles parisinas. Deambulaba, al acecho de un milagro. Se me presentó tras la ventana de un bar, cuando reconocí a Marème Siga D., una escritora senegalesa entrada en la sesentena, a quien el escándalo de cada uno de sus libros había transformado, para algunos, en pitonisa maligna, en vampira o directamente en súcubo. Yo la veía como un ángel; el ángel negro de la literatura senegalesa, sin el cual esta sería una cloaca mortal de aburrimiento donde chapotearían, como zurullos húmedos, esos libros que comienzan fatalmente con descripciones de un sol eterno «resplandeciendo a través del follaje», o visiones del rostro novelesco universal donde los pómulos son «marcados», la nariz «aquilina» (o «chata») y la frente «abombada» o «prominente». Siga D. salvaba la producción literaria senegalesa reciente del embalsamamiento pestilente de los clichés y de las frases exangües, desvitalizadas como viejos dientes podridos. Se había marchado de Senegal para escribir fuera una obra cuya única obscenidad era ser radicalmente honesta. Esto le había valido cierto culto, y algunos juicios a los que siempre se presentaba sin abogado. Los perdía a menudo; pero lo que tengo que decir, afirmaba, está ahí, en mi vida, de modo que continuaré escribiéndolo y echando por tierra vuestros miserables ataques.

En definitiva, reconocí a Siga D. Entré en el bar y me senté no muy lejos de ella. Aparte de nosotros, había tres o cuatro clientes desperdigados por la sala. El resto tomaba el aire en la terraza. Siga D. estaba sola en su mesa, inmóvil. Parecía una leona observando a una presa, agazapada entre la hierba alta, analizando la estepa con unos ojazos amarillos. La aparente frialdad de su actitud contrastaba con el fuego de su obra, cuyo recuerdo –páginas suntuosas y peleanas, páginas de sílex y de diamante– me hizo dudar, por un momento, de que fuese aquella mujer, tan impasible, quien las había escrito.

En aquel preciso instante, Siga D. agitó el brazo para

recoger la manga de su amplio caftán. Por la rendija de la túnica entreví, durante unos segundos, sus pechos. Se perfilaban como al final de un túnel o de un pasillo de espera, el pasillo de espera del deseo. Siga D. había escrito sobre el tema párrafos memorables, blasones dignos de las más tórridas antologías de textos eróticos. Así que me encontraba ante unos pechos que habían pasado a la posteridad literaria. Numerosos lectores los habían visto en su imaginación, y, alrededor de sus redondeces, muchos habían erigido sólidos fantasmas. Reactivé los míos. El brazo volvió a caer y devolvió los pechos a su secreto.

Cogí las riendas con una mano, la otra vació el vaso de un trago, y abordé a Siga D. Me presenté, Diégane Latyr Faye, le hablé de mi amor por su obra, de mi emoción al verla, de mi fascinación por su personalidad, de mi impaciencia por leer su próximo libro, en fin, el potaje de elogios convenidos que sus admiradores debían de servirle cuando la veían; luego, como su rostro mostró la cortesía irritada de quien quiere despedir al inoportuno sin tener que decírselo, fui a por todas y le hablé de sus pechos, que acababa de ver y que me gustaría que me volviese a enseñar.

Ella entrecerró los ojos sorprendida, se abrió una falla, me tiré dentro: Esos pechos me han hecho soñar tanto, señora Siga; ¿Lo que has entrevisto de ellos te ha gustado?, dijo con calma; Sí, me ha encantado y quiero más; ¿Más?; Más; ¿Por qué?; Porque estoy empalmado; ¿En serio, Diégane Latyr Faye? ¡Creo que exageras, muchacho!; Sí, lo sé, señora Siga, sus pechos me obsesionan desde hace tanto, si usted supiese; Deja de tratarme de usted, deja de llamarme señora Siga, es ridículo, y déjate también de erecciones, ve desempalmando, *mënn na la jurr*, podría ser tu madre, Diégane; *Kone nampal ma*, entonces dame teta como una madre, le repliqué yo, como cuando de adolescente las chicas rechazaban mis insinuaciones (o no entendían nada de mis endecasílabos), calculando, por sacarme cuatro o cinco años, que podrían haberme dado a luz.

Siga D. me había mirado unos instantes y, por primera vez, había sonreído.

—Veo que el señor sabe ser mordaz. Veo que al señor no le falta labia. ¿Quieres teta? Muy bien. Sígueme. Mi hotel está a unos minutos de aquí. *Insha'Allah*, el señor tendrá teta.

Fue a levantarse, pero se interrumpió: A menos que prefieras que te *nampal* aquí y ahora.

Concretó la proposición y según lo decía tiró por debajo de la garganta del amplio caftán; y entonces un pecho rotundo, el izquierdo, se salió de la prenda abierta. ¿Quieres?, dijo Siga D. Como para decir que no. El medallón de la aureola estalló en su moreno matiz, isla en medio de un océano de abundancia de un color más claro. Siga D. me observaba, la cabeza inclinada hacia su derecha, impassible y como indiferente a todo lo demás. Aunque podría haber empleado efectos chirriantes y un poco vulgares, esta voluptuosidad obscena se exhibía, en cambio, con una fuerza contenida, a la que pronto le encontré elegancia. ¿Entonces qué? ¿Quieres o no quieres? Se apretó el pecho. Lo amasó lentamente. Tras unos segundos, le dije que prefería tomar teta en la intimidad del hotel. Qué lástima, respondió ella con una dulzura inquietante, y se la recolocó antes de ponerse en pie. Aromas de mirra y de cinamomo llenaban el aire. Pagué. La seguí.

V

Llegamos al hotel en el que se alojaba durante aquellos pocos días en París mientras asistía a un coloquio dedicado a su obra. Pero es mi última noche aquí, me había dicho mientras llamaba al ascensor. Mañana me vuelvo a casa, en Ámsterdam. Así que es esta noche o nunca, Diégane Latyr Faye.

Entró en el ascensor con una sonrisa terrible en los labios. Nuestra subida hasta la decimotercera planta fue una dolorosa constatación de mi derrota. El cuerpo de Siga D. lo había conocido, hecho y saboreado todo: ¿qué le podía aportar yo? Esos filósofos que ensalzan las virtudes inagotables de la inventiva erótica jamás se las han tenido que ver con Siga D., cuya sola presencia borraba mi historial amoroso. ¿Qué acometer? Cuarta planta ya. No va a sentir nada, no se va a enterar de que la metes siquiera, tu cuerpo se licuará contra el suyo, la atravesará y lo absorberán las sábanas y el colchón. Séptimo. En ella, no solo te vas a ahogar: vas a desaparecer, vas a desintegrarte, a disgregarte, te va a a.to.mi.zar, y derivarás por el clinamen de los materialistas antiguos, el de Leucipo, el de Demócrito de Abdera (a quien solo Empédocles igualó en el plano filosófico), sin olvidar a Lucrecio, el noble comentador de Epicuro el Hedonista bendito en *De rerum natura*. Décimo. El aburrimiento, el aburrimiento mortal, eso es lo que le espera gracias a ti.

Hacía calor, yo sudaba de frío y Siga D. era capaz de mandarme volando por los aires de un capirotazo, de un soplido, como si fuese una frágil espiguilla. Pensaba, para devolverme los ánimos, en el rabelaisiano amamantamiento que se avecinaba, en el tetamen literario. Pero esta imagen, en lugar de ayudarme, me hundió en una debilidad aún mayor: mis manos se me antojaron ridículamente inofensivas y pequeñas ante los pechos de la escritora, manos inútiles incapaces de deseo, muñones. En cuanto a mi lengua, ni se me pasaba por la cabeza utilizarla: aquellos pezones poéticos ya la estaban entorpeciendo. Estaba jodido.

Decimotercera planta. La puerta del ascensor se abrió, Siga D. salió sin mirarme, giró a la izquierda y, durante unos segundos, no oí sus pasos, que absorbía la gruesa moqueta del pasillo; luego, el ruido de un cerrojo que se abría al contacto de una tarjeta magnética, antes de hacerse de nuevo el silencio. Me quedé en la cabina del ascensor, donde solté por fin los gases que me llevaba aguantando desde la primera planta en nombre de la dignidad. Me planteé la huida. Ni siquiera hubiese sido una huida, porque ambos sabíamos que ya había perdido antes incluso de haber librado la batalla. Si me hubiese marchado, no habría sido más que el triste pero previsible resultado de mi fracaso, el colofón de mi derrota anunciada. Llamaron al ascensor a recepción. Las puertas empezaron a cerrarse. Las retuve *in extremis* y salí, menos movido por la valentía que por el oscuro deseo de sufrir un completo descalabro.

Así que avancé por el pasillo. Había una puerta abierta. Por su abertura, invitación de alerta, se escapaban los mismos efluvios de mirra y canela. No la empujé, como si se tratase de la entrada a los Infiernos. Me quedé allí, torpe e inmóvil. La luz del pasillo acabó por apagarse. Di un paso adelante; se volvió a encender; crucé el umbral. Me recibió una habitación de tonos pastel lujosa e impersonal. Por un gran ventanal que se abría a un balcón, vi titilar París un instante. Un ruido de agua: Siga D. se estaba dando una ducha. Suspiré: un pequeño respiro antes de la hora de la verdad.

El tamaño de la cama, inusitadamente grande, me chocó menos que lo kitsch del cuadro que colgaba sobre la cabecera todo ufano. Ningún artista debería seguir viviendo después de embellecer, es decir: deformar, tan superficialmente el mundo, pensé. Luego desvié los ojos, me tumbé en la gigantesca cama y mandé mis pensamientos a ahogarse en el techo. Ante mí se desplegaron varios escenarios posibles en cuanto al desarrollo de los acontecimientos. Todos terminaban de la misma manera: pasaba las piernas por encima de la balaustrada del balcón y saltaba al vacío acompañado por la risa despiadada de Siga D., que no había sentido nada. Salió de la ducha al

cabo de un cuarto de hora. Llevaba anudada al pecho una toalla blanca que le llegaba hasta los muslos; otra le ceñía la cabeza como el turbante de una sultana.

—Ah, todavía estás aquí.

Por el tono de su voz, no supe si era una constatación fría, un descubrimiento asombrado, una observación de una ironía devastadora o incluso una pregunta. Cada una de las opciones podía abarcar una serie de espantosos sobreentendidos. No respondí. Ella sonrió. La observé ir y venir del dormitorio al cuarto de baño. Siga D. tenía el cuerpo de una mujer madura que jamás había retrocedido ni ante el placer ni ante el sufrimiento. Era una belleza enmarañada con dolor; un cuerpo impúdico, puesto a prueba, desaprobado; un cuerpo sin dureza, pero al que no le asustaba la dureza del mundo. Bastaba verla para conocerla. Miré a Siga D. y supe la verdad: no era un ser humano lo que tenía ante mis ojos, era una araña, la Araña Madre, cuya inmensa obra tejía millones de hilos de seda, pero también de acero y quizá de sangre, y yo era una mosca enredada en aquella tela, una mosca enorme fascinada y verduzca, atrapada en Siga D., en el entramado y la densidad de sus vidas.

Se sucedieron esos largos minutos en el transcurso de los cuales, tras la ducha, ciertas mujeres hacen mil cosas que parecen de la mayor importancia sin que sepamos exactamente en qué consisten. Acabó sentándose en un sillón delante de mí, siempre tapada solo con la toalla. Se le subió, vi la parte alta de sus muslos, luego las caderas y, por fin, el montículo del pubis. No intenté desviar la mirada y la clavé en la mata de pelo un instante. Busqué su Ojo. Ella cruzó las piernas y el recuerdo de Sharon Stone palideció de pronto en mi memoria.

—Apuesto a que eres escritor. O aprendiz de escritor. No te sorprendas: he aprendido a reconocer a los de tu especie al primer vistazo. Miran las cosas como si detrás de cada una de ellas hubiese un profundo secreto. Ven un sexo de mujer y lo contemplan como si encerrase la clave de su misterio. Estetizan. Pero un coño no es más que un coño. No vale la pena babear vuestro lirismo o vuestra mística con los ojos

anegados. No se puede vivir el instante y escribirlo al mismo tiempo.

—Por supuesto que sí. Se puede. Eso es vivir como escritor. Hacer de todo momento de la vida un momento de escritura. Verlo todo con los ojos de un escritor y...

—Ahí está tu error. Ahí está el error de todos los tipos como tú. Os creéis que la literatura corrige la vida. O que la completa. O que la reemplaza. Es falso. Los escritores, y he conocido a muchos, siempre han sido los amantes más mediocres con los que me he topado. ¿Sabes por qué? Cuando hacen el amor, piensan ya en la escena en la que se convertirá esa experiencia. Cada una de sus caricias está echada a perder por lo que su imaginación hace o hará de ellas, cada una de sus embestidas, debilitada por una frase. Mientras les hablo haciendo el amor, casi oigo sus «murmura ella». Viven en capítulos. Una raya de diálogo precede a sus palabras. *Als het erop aan komt* —es neerlandés, significa «al final»—, los escritores como tú acaban atrapados en sus ficciones. Sois narradores permanentes. Lo que cuenta es la vida. La obra solo viene después. Una y otra no se confunden. Nunca.

Interesante y discutible teoría que dejé de escuchar. La toalla de Siga D. casi había caído del todo ahora. Había descruzado las piernas. La toalla medio abierta me revelaba casi todo su cuerpo: su vientre, su talle, todas las inscripciones sobre su piel... Solo sus pechos seguían ocultos por dos últimos pliegues de toalla. En cuanto al Ojo, ahora lo veía claramente, y estaba fuera de toda duda que el mío había parpadeado el primero.

—¿Ves?, ahora mismo estás pensando frases. Mala señal. Si quieres escribir una buena novela, olvídala por un momento. Quieres follarme, ¿no? Sí, sí quieres. Aquí estoy. Piensa solo en eso. En mí.

Se levantó del sillón, se acercó, inclinó su cara sobre la mía. La toalla se desanudó del todo; aparecieron los pechos; los aplastó contra mi pecho.

—Si no, lárgate de aquí y vete a escribir otra novelita de

mierda.

Encontré esta provocación un poco pueril y volqué a Siga D. sobre la cama. La expresión que reveló su rostro, de triunfo, voluptuosidad, desafío, me llenó de un furioso deseo. Empecé a besarle los pezones. Me apliqué y le arranqué suspiros, o mejor dicho, protosuspiros. Por lo menos es lo que quise creer. Reales o soñados, me galvanizaron. Yo, la mosca, estaba cerca del centro letal y oscuro de la morada de la Araña Madre. Quise deslizarme hacia el Ojo. Ella me retuvo entonces y me dio la vuelta sobre un costado como a un niño, con una facilidad humillante, soltando una carcajada; entonces se puso en pie y empezó a vestirse de nuevo.

Invadido por una violenta cólera, quise volver a la carga. Pero la consciencia de la ridícula estampa que debía de ofrecer en aquel instante me frenó. Me callé la boca y me quedé quieto. Entonces, Siga D. se puso a cantar en serere con lentitud. Me tumbé para escucharla y, poco a poco, la habitación, que hasta entonces solo había comunicado un confort glacial, se volvió viva y triste y se pobló de recuerdos. La canción hablaba de un viejo pescador que preparaba su embarcación para salir a desafiar a una diosa-pep.

Cerré los ojos. Siga D. acabó de vestirse canturreando la última estrofa. La barca se alejaba del océano en calma y el pescador escrutaba el horizonte con ojos duros y brillantes, listo para enfrentarse a la fabulosa divinidad. No se volvía hacia la orilla, donde su mujer y sus hijos lo observaban. Al final de todo, *Sukk lé joot Kata maag, Roog soom a yooniin, Su piragua pasó al otro lado del océano y Dios fue su única compañía*. En el instante en que Siga D. se calló, una penetrante tristeza impregnó toda la estancia.

Duró unos segundos, y casi sentí su peso y su olor cuando Siga D. me invitó a sentarme en el balcón, donde estaríamos más a gusto. Se había traído de Ámsterdam una hierba excelente con la que se hizo, con la indolente agilidad de la costumbre, un buen porro, bastante intimidante, no había visto uno así en mi vida, y nos lo fumamos charlando de cosas solemnes y ligeras, de las mil máscaras de la vida, de la

tristeza en el fondo de toda belleza, un porro realmente enorme y una hierba de calidad. Le pregunté si sabía la continuación de la historia del pescador y la divinidad fabulosa.

—No, Diégane. No creo que haya una continuación. Era una de mis abuelas, Ta Dib, quien me la cantaba de niña. Siempre la interpretó así.

Siga D. hizo una pequeña pausa, luego dijo que no necesitaba continuación porque cada cual, *als het erop aan komt*, sabía el final de la historia, que solo podía acabar mal. Estuve de acuerdo con ella, solo había un final posible. En ese momento se apagó la brasa del porro entre mis dedos. Pocas veces en mi vida me había sentido tan relajado. Levanté la mirada hacia el cielo, un cielo sin estrellas, que tapaba algo —no la procesión de nubes, no, sino otra dimensión, desmesurada y profunda, que se parecía a la sombra de una gigantesca criatura sobrevolando la Tierra.

—Es Dios —dije. Me callé un momento antes de proseguir, en voz baja y tranquila (creo que nunca he vuelto a experimentar la sensación inédita e injustificable de entonces, la sensación de tocar la Verdad con los dedos)—: Es Dios. Esta noche está aquí cerca, creo incluso que hacía mucho que no estaba tan cerca. Pero Él sabe. Sabe que venir lo aniquilará para siempre. Todavía no está suficientemente preparado para hacer frente a Su mayor pesadilla: nosotros, los Hombres.

—Entonces eres de esos a los que la hierba transforma en teólogos metafísicos —murmuró Siga D.

Tras un nuevo silencio, dijo:

—Espera.

Entró en su habitación, rebuscó en su bolso, luego volvió con un libro en la mano. Se sentó, abrió la obra al azar y dijo:

—No podemos acabar esta velada sin leer un poco de literatura, sin sacrificar algunas páginas al dios de los poetas. —Y empezó a leer: tres páginas bastaron para dejarme estremecido. —Lo sé. Es mejor que un porro —dijo cerrando el libro.

—¿Qué es eso?

—*El laberinto de lo inhumano*.

—Imposible.

—¿Perdón?

—Imposible. *El laberinto de lo inhumano* es un mito. T. C. Elimane es un dios eunuco.

—¿Conoces a Elimane?

—Lo conozco. Tengo el *Compendio de literaturas negras*. Llevo buscando ese libro... Yo...

—¿Conoces la historia de este libro?

—El *Compendio* decía que...

—Olvídate del *Compendio*. ¿Has buscado por tu cuenta? Sí, debes de haberlo intentado. Pero nunca lo has encontrado. Evidentemente. Nadie lo puede encontrar. Yo no conseguí encontrarlo. Me acerqué. Pero el camino es tortuoso. Largo. A veces mortal. Buscamos a T. C. Elimane y un precipicio silencioso se abre de pronto bajo nuestros pies como un cielo del revés. Como una garganta sin fondo. Ante mí también se abrió ese abismo. Me precipité. La caída tuvo lugar..., la caída...

—No entiendo nada de lo que me estás contando.

—... y la viví. La vida tomó direcciones inesperadas, he perdido el hilo en las arenas del tiempo y nunca he tenido el valor de salir a buscarlo.

—¿Encontrar a quién? ¿Qué? Y, para empezar, ¿de dónde sacaste el libro? ¿Qué demuestra que sea realmente *El laberinto de lo inhumano*?

—... nunca he contado lo que viví o no logré vivir con él. Siento que es el punto ciego de mi vida, su ángulo muerto...

—Has fumado demasiado.

—... pero también su ángulo más vivo, su punto lúcido..., y si logro encontrar el hilo de esta historia, me habré internado

como nunca en la región extranjera que hay en mí y que ese hilo habita...

—Estás delirando.

—... y habré bajado al fondo de lo que de verdad tengo que escribir: mi libro sobre Elimane. Pero de momento no estoy lista. En cuanto a las circunstancias en las que me hice con este libro... No es una historia que pueda contar, Diégane Faye. Hoy no, en todo caso. Aún no.

Siga D. se calló y giró la cabeza hacia la ciudad, pero me resultó evidente que no veía ninguno de los destellos que despuntaban aquí y allá, como una joyería preciosa, sobre el cuerpo de París. Su mirada estaba dirigida hacia sí misma, hacia los destellos o los crepúsculos de su pasado. No intenté sacarla de la melancolía de su recuerdo. Al contrario, la dejé sumirse en él, intentando calcular, por las sombras de sus ojos, la profundidad de su caída en la memoria. La Araña, según se iba alejando en el tiempo, se me antojó más presente, más cercana, más real. En la rueda del pasado, hilaba en silencio motivos desconocidos, complejos y bellos, de heridas que parecía reabrir. Me sentí de pronto como arrastrado por su memoria, sus pensamientos; irradiaban, tan intensos que parecían surgir de su envoltorio físico y atravesar, arrebatando toda presencia alrededor. Comprendí, tras unos segundos bajo esta pesadez (una pesadez caótica e irresistible, invisible pero palpable: la pesadez de un pensamiento concentrado, y del que intentaba extraer un sentido, quizá una verdad), comprendí que estaba asistiendo a un espectáculo cuya escena me había parecido hasta entonces que solo debía de ser interior, relegada al secreto de la conciencia, reservado a una experiencia mística, posible solo en un cuadro simbolista o en una pesadilla: *vi una introspección*. Un alma ajena invitaba a la mía a entrar en ella, volvía su mirada hacia sus profundidades y se aprestaba a juzgarse despiadadamente. Era una autopsia de la que el forense también era el cadáver; y el único testigo de esta visión, de esta sensación que se podría haber calificado de bella u horrible, de bella y horrible, era yo.

—Es un fantasma —dijo de pronto Siga D., y en su voz

percibí la de todas las Siga D. con las que se había cruzado en su recuerdo—. Uno no encuentra a Elimane. Se te aparece. Te atraviesa. Te hiela los huesos y te quema la piel. Es una ilusión viviente. Yo sentí su respiración en la nuca, su respiración surgida de entre los muertos.

Entonces me limité a mirar la ciudad adormecida y, contemplándola, pensé que aquella noche se parecía a un puñetero sueño. Me dije que debía de estar a punto de despertarme de un momento a otro en el sofá destartado del apartamento que compartía con Stanislas. Era más probable que estar allí, de pie en el balcón de un hotel de lujo, en compañía de una gran novelista que tenía en su poder *El laberinto de lo inhumano*.

—Toma —dijo Siga D.

Me tendió el libro. Reprimí un movimiento de miedo.

—Léelo, luego ven a verme a Ámsterdam. Cuídamelo. No sé por qué te hago este regalo, Diégane Latyr Faye. Apenas te conozco, y sin embargo te doy mi posesión más preciada, sin duda. A lo mejor debemos compartirlo. Nuestro encuentro es insólito, se ha dado por curiosos vericuetos que tienden hacia esto: este libro. Quizá es una casualidad. Quizá es el destino. Pero uno y otro no se oponen necesariamente. El azar no es más que un destino que ignoramos, un destino escrito con tinta invisible. Eso me dijo una vez una persona. A lo mejor no se equivocaba. Veo en nuestro encuentro una manifestación de la vida. Y eso es lo que hay que seguir siempre: la vida y sus caminos imprevisibles. Todos tienden hacia el mismo lugar, el destino de todos, pero emprenden, para ir hacia allí, itinerarios que pueden ser bellos o terribles, cubiertos de flores o de huesos, caminos nocturnos que recorreremos a menudo solos, pero donde tenemos ocasión de poner nuestra alma a prueba. Y luego... es tan raro encontrarse con alguien a quien este libro le diga algo. Cuídamelo. Esperaré tu visita en Ámsterdam, escíbeme cuando te decidas, que yo me organizaré para alojarte. Te dejo mis señas en la solapa. Sin más. Ya está. Toma.

Me dije entonces: el despertar llegará ahora, cuando toques el libro. Tendí la mano, listo para abrir los ojos sobre el decorado de mi salón. Pero la escena continuó: sostenía *El laberinto de lo inhumano*. Tenía la sobriedad de otro tiempo: sobre un fondo blanco figuraban, de arriba abajo, el nombre del autor, el título, el editor (Gemini), enmarcados por un ribete azul antracita. En la contra, leí dos frases: *T. C. Elimane nació en la colonia de Senegal. El laberinto de lo inhumano es su primer libro, la primera obra capital auténtica de un negro del África negra que afronta y dice libremente la locura y la belleza de su continente.*

Sostenía en mis manos el libro. Ya había soñado con aquel instante y esperaba que sucediese algo más; pero no sucedió nada y, mientras levantaba la cabeza, Siga D. me observaba.

—Vete, vete a leerlo. Te llevará tu tiempo. Te envidio. Vas a descubrir este libro. Pero también te compadezco.

No disimuló la sombra de tristeza que pasó entonces por sus ojos. No le pregunté por el significado de sus últimas palabras y me metí *El laberinto de lo inhumano* en el bolsillo de atrás de los vaqueros tras un tímido gracias. Siga D. dijo que no sabía si debía darle las gracias o maldecirla. Le repliqué que igual estaba exagerando un poco. Ella me dio un beso en la mejilla: Ya lo verás.

Y así se escapó la enorme mosca de la telaraña. En casa me encontré con un silencio denso que resquebrajaba, no obstante, una respiración pugnaz e invasiva: Stanislas, mi compañero de piso, roncaba. Era traductor del polaco y llevaba meses trabajando en una nueva versión de *Ferdydurke*, la gran novela de su ilustrísimo compatriota Witold Gombrowicz.

Llegué a mi cuarto con el culo de una botella y puse en mi móvil una selección personal de hits de Super Diamono, mi grupo preferido. Palpé el libro en el bolsillo, lo saqué, lo examiné un instante. No podía afirmar que no hubiese creído en su existencia: había habido noches en las que le había pertenecido en cuerpo y alma, y noches en las que lo había recitado de cabo a rabo sin haberlo visto jamás; pero también

hubo otras muchas en las que su existencia se reducía a simple mito: a su mera proyección, a su frágil esperanza. ¡Asqueroso laberinto! Pero vaya: el objeto de las obsesiones que creía pueriles y muertas para siempre resurgía de las ruinas ensangrentadas de mis sueños.

Sonaba Super Diamono y la voz de obsidiana fusionada de Omar Pène navegaba hacia el día sobre la calma del mar nocturno. En su estela, tranquila y espléndida, deslizaba «Mujjé», un *memento mori* en forma de joya única, forjada en la lava de doce minutos de jazz. *Da ngay xalat ñun fu ñuy mujjé*, decía, recuerda nuestro final, piensa en la gran soledad, piensa en la promesa del crepúsculo, que nos espera a todos. Recuerdo tan temible como esencial, más viejo que el tiempo, pero en el que creí medir la vertiginosa gravedad por primera vez en mi vida. Entregado así a ese abismo abierto por Diamono y Pène, comencé la lectura de *El laberinto de lo inhumano*.

Estaba oscuro, aunque la espuma del día se acumulase ya tras el hilo del horizonte. Leí; la noche expiró sin un grito; a continuación releí y la botella se vació; dudé si abrir otra y acabé por cambiar de opinión y seguí leyendo y escuchando las canciones de Diamono hasta que todas las estrellas se borraron en el rayo de la luz que perforó mi ventana y hasta que se desvanecieron todas las sombras y todos los silencios heridos y el ronquido de Stanislas y la melopeya más antigua de esta triste tierra y todo lo que yo creía conocer de los hombres; luego, cuando el día hubo amanecido y mi selección musical se terminó (pero el silencio tras Pène es el testamento poético de Pène), me dormí, listo para reencontrar en mi sueño la transfiguración alucinada de los acontecimientos de la noche, para despertarme en un mundo que parecía inalterado a primera vista, pero donde todo, bajo la superficie de las cosas, bajo la piel del tiempo, habría cambiado para siempre.

Así fueron, después de mi velada en la tela de la Araña, mis primeros pasos en el círculo de soledad hacia el que resbalaban *El laberinto de lo inhumano* y T. C. Elimane.

Segunda parte

Diario estival

11 de julio de 2018

Diario, solo te escribo por una razón: decir cuánto me ha empobrecido *El laberinto de lo inhumano*. Las grandes obras empobrecen y siempre deben empobrecer. Nos quitan lo superfluo. De su lectura, uno siempre sale *despojado*: enriquecido, pero enriquecido por sustracción.

Al despertar, hacia la una de la tarde, lo releí entero, sobrio, sin las drogas ni el magnetismo de Siga D. El desquiciamiento fue aún de tal magnitud que me quedé en mi cuarto, sin fuerzas y aniquilado. Como a las cuatro, mi compi de piso vino a asegurarse de que seguía con vida. Pretexté migrañas para justificar mi entorpecimiento. Stanislas, que se las sabe todas (tiene sangre polaca), me dio una sarta de métodos para recuperarse de la resaca. ¿Hasta de la que provoca un libro? ¿Qué libro? Le tendí *El laberinto de lo inhumano*. ¿Esto es lo que estás leyendo? Sí. ¿Esto es lo que te pone en este estado? Quizá. ¿Por bueno o por malo? Y, sin esperar respuesta, lo abrió al azar. Dos, tres, cuatro páginas leídas. Se detuvo. Lo interrogué con la mirada: ¿y? Dijo: Aquí hay una lengua, seguiría de buen grado, pero tengo una asamblea política. Le dije: ¿Al final los anarcas van a alcanzar el poder? Él dijo: No, a derribarlo. Le dije: ¿Y luego? Él respondió: Darlo. Repliqué: ¿A quién? Él afirmó: Al pueblo. Le pregunté: ¿Quién es el pueblo?

El traductor se fue sin decirme quién era el pueblo. Entonces releí el libro hasta la extenuación. Él me mira con desprecio, inagotable, y brilla como un cráneo en la noche de un cementerio. *El laberinto de lo inhumano* se cierra abriendo la promesa de una continuación, una continuación que quizá no leeré jamás.

Me bastaría con llamar a Siga D. para enterarme de la última palabra de la historia. No pienso ceder a esa facilidad tan pronto. El libro se desvelará por sí solo. Vuelvo a ver la mirada triste de la Araña Madre al dármele. Vuelvo a escuchar sus palabras: Te envidio, pero también te compadezco. Te envidio significa: vas a bajar una escalera cuyos escalones se

hunden en las regiones más profundas de tu humanidad. Te compadezco significa: cerca del secreto, la escalera se perderá en la sombra y estarás solo, privado del deseo de subir de nuevo porque se te habrá mostrado la vanidad de la superficie, e incapaz de bajar porque la noche habrá sepultado los escalones que conducen a la revelación.

Volví a cerrar el libro, luego empecé a alimentarte, Diario.

12 de julio

Esta mañana, fichado ritual en el consulado senegalés, en la dirección de las becas universitarias, para renovar la mía. Será válida hasta el próximo julio. Cumplido este plazo, me tocará espabilarme: encontrar un trabajo de verdad, o retomar y acabar mi tesis, o vivir en la calle, o convertirme en el amante de una vieja cotilla rica a la que le gusten los misterios del África y que me mantenga, o escribir un libro de regresión personal disfrazado de manual de desarrollo personal. O reventar. Mientras tanto, ¡viva la patria caritativa que provee mis necesidades básicas!

Después me pasé por la biblioteca para echar un vistazo a las publicaciones reseñables del año 1938. Descubrí una promoción literaria, poética y filosófica francesa de primer orden: Bernanos, Alain, Sartre, Nizan, Gracq, Giono, Aymé, Troyat, Ève Curie, Saint-Exupéry, Caillois, Valéry... Nada menos. Pero ni rastro de ningún T. C. Elimane ni de ningún *Laberinto de lo inhumano*.

Al volver a casa me encontré con Stanislas y no pude evitar volver a hablarle de ello. Entonces me preguntó de qué iba el libro. No me esperaba esta pregunta, que por lo demás detesto. Reflexioné un momento y luego, como tenía que responder, dije cualquier cosa grandilocuente, frases saturadas de palabras con mayúsculas, algo del tipo: Es la historia de un hombre, un rey sanguinario; este rey busca el Poder y está dispuesto a cometer el Mal absoluto para obtenerlo, pero descubre que incluso los caminos del Mal absoluto lo conducen a la Humanidad.

El traductor, tras mi lírica perorata, me observó durante unos segundos y dijo: Eso no quiere decir nada. Te voy a dar un consejo: nunca intentes decir de qué habla un gran libro. O, si lo haces, te digo la única respuesta posible: de nada. Un gran libro no habla nunca de otra cosa que de nada, y sin embargo está todo en él. No vuelvas a caer en la trampa de querer decir de qué habla un libro que percibes que es grande. Esa trampa es la que te tiende la opinión. La gente quiere que

un libro hable necesariamente de algo. La verdad, Diégane, es que solo un libro mediocre o malo o banal habla de algo. Un gran libro no tiene tema y no habla de nada, solamente busca decir o descubrir algo, pero este solamente ya lo es todo, y este algo también lo es todo.

15 de julio

Francia ha ganado la Copa del Mundo de fútbol y el país ha celebrado su segunda estrella bajo un cielo repleto de ellas. Vi el partido con Musimbwa, luego nos fuimos a cenar a un restaurantito africano donde la cocina era correcta, el servicio mediocre y el ambiente garantizado por un viejo *koriste* cuyo repertorio se limitaba a una larga y reiterativa balada mandinga.

Musimbwa es el antiguo ocupante del puesto de «joven escritor africano prometedor». Es congoleño, tiene tres años más que yo y su obra suma ya cuatro libros que el gueto y la crítica del mundo exterior habían saludado de inmediato. Tras el éxito de su primera novela, había dejado su trabajo de barman para consagrarse a la literatura como una monja a Dios.

Recuerdo haber sospechado de él, incluso haberlo detestado al principio, cuando irrumpió como un aerolito en bruto en el ámbito de las letras, coleccionando premios, admiración y laureles con un desapego que no sabía si lindaba con la humildad o con la arrogancia. Ese Musimbwa, decía yo, no es más que una moda, y a fuerza de viajar por los aires del tiempo acabará acatarrado, como tantos otros que la época había terminado por sonarse tras la adoración sacramental. Evidentemente, aún no había leído una sola frase suya en aquel momento. Me bastó con hacerlo para pasar de los celos a la envidia, luego de la envidia a la admiración, y la admiración mutaba a veces en desesperación absoluta ante la certeza de que jamás tendría su talento. Lo considero sin rival como nuestro *primus inter pares*, el mejor de nuestra generación.

Cuando publiqué *Anatomía del vacío*, había sido, sin conocerme, el primer escritor en hablar del libro. Le dedicó una lectura entusiasta, luego lo recomendó y, si bien su prescripción no tuvo el peso del microartículo de *Le Monde Afrique*, era a su palabra, la palabra de un escritor, a lo que le daba yo más valor. Quedamos y nuestra amistad empezó así: en la forja de las lecturas comunes, de los rechazos

compartidos, de los desacuerdos menores, de la afinidad de las pasiones, de la sana emulación, de la rivalidad amistosa y necesaria y viril y a veces tormentosa, de la proximidad de edades, de las deambulaciones infinitas entre el heteróclito y sorprendente cortejo de la noche. Pero, por encima de todo, lo que me había atado a él era la misma fe desesperada que poníamos en la entelequia de la vida que encarnaba para nosotros la literatura. No pensábamos que salvaría el mundo; pensábamos, en cambio, que era la única manera de no salvarse.

Así que estaba comiendo con él después del partido y enseguida le hablé de mi hombre.

—¿Repíte?

—T. C. Elimane.

—No, la verdad es que no me suena de nada. ¿Y el libro? ¿*El laberinto inhumano*, es?

¡*El laberinto de lo inhumano*! Cité y recité el incipit, *En el origen había una profecía y había un rey y...* En vano: Musimbwa no lo conocía. Quise contarle la historia, la parte insignificante que sabía yo, por lo menos. Pero de pronto comprendí que la historia no me dejaría: formaba un relato caníbal cuyos dientes me carcomían por dentro. Es una historia que es a un tiempo imposible de contar, de olvidar y de callar. Pero ¿qué hacer con lo que no es ni olvidable ni contable ni reductible al silencio? ¿No escribió Wittgenstein algo a propósito de esto? Dijo que de lo que no se puede hablar, mejor guardar silencio; sí, admitámoslo, pero si no se puede ni hablar ni callar ni olvidar, ¿qué hacer, Herr Wittgenstein? Lo ignoro, pero sí sé una cosa: lo que no se puede ni olvidar ni contar ni callar hace sufrir al hombre y acaba por matarlo; ahora bien, yo no tenía ganas de una cosa ni de la otra. Así que dije lo que sabía, poca cosa, a fin de cuentas, pero cuando me callé, no me sentí satisfecho ni triste, más bien dolorido en cuerpo y alma, como si aquel fragmento de existencia pesase toneladas, milenios, y como si aquella masa de edad se hubiese abatido sobre mi ser mientras trataba

de contarla. Después de mi relato, Musimbwa, con la gravedad de la confesión, dijo que nunca había creído en esas historias de genios literarios malditos, que habían escrito buscando el corazón del silencio o el fondo del olvido. Dejó pasar unos instantes, luego, mirando por la ventana, como si no se dirigiese a mí, sino a la noche, a una criatura invisible de la noche, prosiguió:

–Intentar anularse en la propia obra no siempre es un signo de humildad. Hasta el deseo de la nada puede ser una vanidad... Pero alto: ¿has leído ya ese *Laberinto de lo inhumano*? Supongo que no: me has dicho que el libro es inencontrable desde hace décadas.

–Lo he encontrado.

Le conté lo de la noche con Siga D., luego me saqué el libro del bolsillo y se lo tendí. Musimbwa me miró un momento, como para asegurarse de que no le estaba gastando una broma pesada, antes de cogerlo. Le dije que iba a dar una vuelta mientras él lo leía. Lo abrió enseguida.

Se lo dejé y fui a provocar la noche parisina, su incandescencia, sus olas de cerveza, su alegría pura, sus risas puras, su droga dura, sus ilusiones de habitar la eternidad o el instante. Pero, muy pronto, el *spleen* de la fiesta me agobió y me apagó. Nunca he sabido disfrutar de la fiesta mucho rato seguido. Las alegrías colectivas, las celebraciones en masa, los grandes fervores jaculatorios acaban muy a menudo por sepultarme bajo una melancolía sin salida. Apenas entraba en la embriaguez o el júbilo, ya me estallaba su reverso miserable en las narices. De manera que nunca me recreaba tanto tiempo como para pasar por alto la tristeza de las cosas: la tristeza antes de la fiesta, la tristeza después de la fiesta, la tristeza de la fiesta que iba a acabarse irremediablemente (ese momento es tan espantoso como el instante en que una sonrisa se borra de un rostro), la parte de tristeza de toda humanidad, con la que cada cual se debate como una sombra y como buenamente puede. A veces me acomodaba a esta fatalidad. Otras, la ignoraba de plano y me lanzaba, con un furor despreocupado, al corro de la danza y el fuego. Con más frecuencia, sin

embargo, la marea baja interior se la llevaba. Fue el caso de aquella noche. Me senté en un banco, sin otra ambición que la de volver a ponerme en pie lo menos abatido que me fuese posible, incluso de ponerme en pie, a secas. Acto seguido, inspiré profundamente y me hundí sin dificultad, como un supositorio, en el agujero del culo ya lubricado del mundo (cada uno tiene las experiencias pascalianas que puede).

La literatura se me apareció bajo los rasgos de una mujer de aterradora belleza. Le dije con un tartamudeo que la estaba buscando. Ella se rió con crueldad y dijo que no le pertenecía a nadie. Me puse de rodillas y le supliqué: Pasa una noche conmigo, una mísera noche solo. Ella desapareció sin decir palabra. Me puse a perseguirla, lleno de determinación y de desprecio: ¡Te atraparé, te sentaré en mi regazo, te obligaré a mirarme a los ojos, seré escritor! Pero siempre llega ese momento terrible, en mitad del camino, en plena noche, en que retumba una voz y te alcanza como un rayo; y la voz te revela, o te recuerda, que la voluntad no basta, que el talento no basta, que la ambición no basta, que tener una buena pluma no basta, que haber leído mucho no basta, que ser famoso no basta, que tener una vasta cultura no basta, que ser sensato no basta, que el compromiso no basta, que la paciencia no basta, que emborracharse de pura vida no basta, que apartarse de la vida no basta, que creer en tus sueños no basta, que descomponer la realidad no basta, que la inteligencia no basta, que emocionarse no basta, que la estrategia no basta, que la comunicación no basta, que ni siquiera basta con tener cosas que decir, igual que tampoco basta el trabajo apasionado; y la voz dice además que todo esto puede ser, y a menudo es, una condición, una ventaja, un atributo, una fuerza, sí, pero la voz añade enseguida que, en esencia, ninguna de estas cualidades basta nunca cuando se trata de literatura, ya que escribir exige siempre otra cosa, otra cosa, otra cosa. Luego la voz se calla y te deja solo, en mitad del camino, con el eco de otra cosa, otra cosa, que rebota y se escapa, otra cosa ante ti, escribir exige siempre otra cosa, en esta noche sin amanecer seguro.

Dos horas después, aún era capaz de moverme. La prueba se

terminó. Encontré fuerzas para sacudirme como un animal empapado y me despegué de la salmuera metafísica del banco. Volví al restaurante africano. El *koriste* desgranaba sus eternas escalas. Musimbwa seguía clavado en la misma mesa. Le faltaban unas pocas páginas por leer. Pedí un café cargado y esperé. Veinte minutos después levantó la mirada hacia mí, unos ojos a un tiempo asustados y admirativos, luego dijo: Maldita sea, ¿dónde está la continuación? Le dije que no se conocía continuación. Una gran sombra triste se extendió por su mirada, y yo no sabía si era la inconclusión dolorosa o la belleza suspendida del *Laberinto de lo inhumano* lo que proyectaba. Nos quedamos un momento así, silenciosos y serios. El encargado se disculpó porque tenía que cerrar ya, el *koriste* guardó su instrumento, Musimbwa pagó, salimos.

En la calle, cuando llevábamos dos o tres minutos caminando sin abrir la boca, Musimbwa me dijo de pronto, con exaltación, como si saliese de una epifanía, que había que leer sin falta *El laberinto de lo inhumano* a todos los de nuestra generación. Nos iba a liberar. Yo no había respondido, pero lo mismo daba: en mi silencio vibraba un sí inmenso.

Pero ¿para qué continuar, intentar escribir después de milenios de libros como *El laberinto de lo inhumano*, que daban la impresión de que no se podía añadir nada? No escribíamos ni por el romanticismo de la vida del escritor –se ha caricaturizado–, ni por el dinero –sería suicida–, ni por la gloria –valor pasado de moda, la época prefería la fama–, ni por el futuro –no había pedido nada–, ni para transformar el mundo –no es el mundo lo que hace falta transformar–, ni para cambiar la vida –nunca cambia–, ni por el compromiso –dejemos eso a los escritores heroicos–, ni tampoco celebrábamos el arte gratuito –que es una ilusión, ya que el arte siempre se paga–. Entonces, ¿por qué? No lo sabíamos; y a lo mejor ahí estaba nuestra respuesta: escribíamos porque no sabíamos nada, escribíamos para decir que ya no sabíamos qué había que hacer en el mundo sino escribir, sin esperanza pero sin resignación fácil, con obstinación, cansancio y alegría, con el único objetivo de acabar lo mejor posible, es decir: con los

ojos abiertos: verlo todo, no perderse una, no pestañear, no refugiarse tras los párpados, correr el riesgo de estropearse los ojos a fuerza de querer verlo todo, no como ve un testigo o un profeta, no, sino como desea ver un centinela, el centinela solo y tembloroso de una ciudad miserable y perdida, que escruta, no obstante, la sombra de la que surgirán el resplandor de su muerte y el fin de su ciudad.

Luego habíamos estado comentando por extenso las ambigüedades, a veces confortables, a menudo humillantes, de nuestra situación de escritores africanos (o de origen africano) en el ámbito literario francés. Un poco injustamente, y porque eran objetivos evidentes y fáciles, pusimos a parir a nuestros mayores, los autores africanos de generaciones anteriores: los considerábamos responsables del mal que nos azotaba: el sentimiento de ser incapaces o de no tener el derecho (era parecido) a decir de dónde veníamos; luego los acusamos de haberse dejado encerrar por la mirada de los demás, miradaavispero, mirada-red, mirada-ciénaga, mirada-emboscada que les exigía al mismo tiempo que fuesen siempre auténticos —es decir: distintos— y sin embargo similares —es decir: comprensibles (dicho todavía de otra manera: comercializables en el medio ambiente occidental en el que evolucionaban)—; nuestro arrebató crítico fue de órdago, es decir: despiadado, y ya ¿cómo nos íbamos a frenar?, así que deploramos el hecho de que algunos de nuestros mayores hubiesen estado versados en las negrerías del exotismo complaciente y otros en las autoficciones en las que no llegaba a trascender su ínfima existencia, ellos, que estaban obligados a ser africanos pero no demasiado y que, para obedecer a estos dos imperativos a cuál más absurdo, se olvidaban de ser escritores, un pecado capital, un pecado que bastaba para que continuásemos con nuestro juicio mientras se empezaba a extender el olor de su sangre, y afirmamos que no se habían arriesgado a estar provisionalmente en el margen poético, y les reprochamos haberse convertido en caricaturas y confundido tanto en las pretensiones muertas del compromiso como en los parnasianismos un poco burgueses del escritor a secas, y acusamos a su realismo exangüe que se conformaba con

reproducir el mundo sin interpretarlo o recrearlo, y echamos pestes de su egoísmo disimulado so pretexto de la libertad del artista, y cortamos hileras de cabezas de nuestros predecesores, que habían escrito muchas novelas, injuriando la literatura con su banalidad, y pronunciamos sentencias de muerte contra aquellos que habían renunciado a preguntarse juntos qué significaba estar en su situación literaria, incapaces de crear las condiciones necesarias para la aparición de estéticas novedosas en nuestros textos, demasiado perezosos para pensar y pensarse por la literatura, demasiado serviles con los premios literarios, con la adulación, con las cenas frívolas, con los festivales, con los cheques, con los circuitos para así tratar de maquillar o gripar la literatura decorosa, demasiado malos lectores o demasiado compañeros para leerse mutuamente y decirse con valor lo que no funcionaba, demasiado pusilánimes para atreverse a una ruptura por medio de la novela, de la poesía, de cualquier otro medio: diarios íntimos cero, ensayos cero y medio, ciencia ficción y novela negra, doble rosco, el teatro salía adelante mucho mejor, por suerte, pero las correspondencias cero, cero, cero, una nulidad primaria, como si las cuestiones de su aventura mortalmente ambigua, los problemas de su culo entre dos sillas se la trajesen al paio, ah, nuestros mayores, tan saludados tan celebrados tan recompensados tan descritos como la sangre nueva de la literatura francófona, ah, esos mayores, generación dorada mis cojones: poníamos su obra bajo la luz cruda, la acercábamos al fuego y al instante el precioso metal se fundía y chorreaba falso, contrachapado, mejunje pegajoso entre los dedos, y veíamos que muchos de sus libros valían menos de lo que habíamos dicho o esperado, veíamos que los que resistirían el paso del tiempo se contarían con los dedos de una mano del Maestro Yoda, veíamos que no habían publicado más que los libritos presentables que se esperaba de ellos, descubríamos que nos habían convertido en herederos sin testamento, que habían escrito todos creyéndose libres cuando unos robustos grilletes les apretaban las muñecas los tobillos los cuellos y las mentes, ah, los gloriosos mayores, ah, ah, pero ¿eran los únicos culpables?, nos preguntábamos a

menudo en una dramatización retórica, ¿había circunstancias atenuantes?, proponíamos en un gesto magnánimo, y entonces hacíamos subir al estrado a sus innobles cómplices: para empezar, una parte de los lectores africanos, que asesinábamos enseguida con un veredicto lapidario: el peor lector del mundo, que no lee, perezoso, caricaturesco, intransigente como solo una minoría podía serlo, siempre ávido de aparecer representado cuando es irrepresentable; acto seguido vinieron los lectores occidentales (digamos la palabra: blancos), entre los cuales muchos los leían como quien hace caridad, queriendo que los divirtiesen o les hablasen del vasto mundo con esa famosa truculencia natural de los africanos, los africanos que tienen el ritmo en la pluma, los africanos que tienen el arte de contar como al claro de luna, los africanos que no complican las cosas, los africanos que saben aún tocar el corazón con historias emocionantes, los africanos que no han cedido al fatuo ombliguismo en el que se embarrancan tantos autores franceses, ah, los maravillosos africanos de los que tanto nos gustan las obras y las personalidades expresivas y las grandes sonrisas llenas de grandes dientes y esperanzas; luego una facción de la crítica (universitaria, periodística, cultural) avanzó hacia el cadalso, y nuestra guillotina cayó con todo su peso sobre su grácil cuello: la crítica más molesta de la tierra, pegada a sus *problemáticas* o a sus *temáticas*, túneles generales, estrechos, donde las obras caminaban como ganado mayor y alguno moría asfixiado bajo la pesadez de los conceptos, la grasa de la jerga, la insipidez de los temas; y así, bajo un cielo apacible, un cielo de resplandor níveo, las cabezas mezcladas de nuestros escritores mayores, de sus lectores y de sus críticos, de todos los orígenes y de todos los colores de piel confundidos flotaban por encima de las nuestras como una constelación macabra o un nubarrón de pequeños estorninos, y solo en aquel momento, humeantes de sangre, chorreando sangre como antiguos bárbaros en medio de la llanura enrojecida y repentinamente silenciosa de la batalla, solo en aquel momento, extenuados y aún un poco borrachos de violencia, observando a nuestro alrededor la tierra que cubrían los cadáveres de los que habían dejado de

ser escritores y de otros que leían cada vez peor para lo bien que habían leído en su día, nos sentimos culpables de haber sido tan crueles: ¿quiénes éramos nosotros para proferir críticas tan duras, intransigentes, perentorias hacia aquellos y aquellas sin los cuales no existiríamos?, ¿quiénes, para pretender no deber nada a los antecesores ante los que, sin embargo, teníamos una inmensa e impagable deuda?, ¿quiénes, quiénes, quiénes?, repetíamos en un eco infinito aun cuando conocíamos la respuesta; ¿quiénes?, pues bien, solo unos jóvenes imbéciles que acababan de llegar a la literatura y que se creían con derecho a todo, unos nuevos que pronto serían viejos y a los que los futuros lobatos despedazarían entonces, porque así es como funciona el mundo, sí, el mundo funciona así y nosotros no representábamos nada más que polvo en el infinito de la literatura, lo sabíamos, pero entonces, ¿por qué éramos tan arrogantes, tan pretenciosos, tan injustos cuando sin duda no valíamos más?, nos preguntaba nuestra conciencia, y nos tocaba responder: porque experimentamos, como todos los escritores, sin duda, la angustia de no encontrar y de no dejar nada, y en el fondo era a nosotros mismos a quienes criticábamos, era nuestro temor a no estar a la altura lo que expresábamos, porque nos sentíamos como dentro de una caverna sin salida y teníamos miedo de morir como ratas.

Nos instalamos en la terraza de otro bar, donde continuamos hablando del libro. Nos separamos con la promesa titubeante de vernos en casa de uno o el otro unos días más tarde para descubrir a T. C. Elimane a los demás escritores africanos de nuestra generación.

23 de julio

De nuestra promoción literaria –me refiero a la joven guardia de los escritores africanos que vivían en París–, mi preferida, aparte de Musimbwa, era Béatrice Nanga.

Es verdad, estaba Faustin Sanza, un coloso congoleño al que confundí con un anunciador del Apocalipsis cuando lo vi por primera vez. Pero Faustin era algo mucho más terrible: era un poeta secreto. Cinco años antes había publicado una obra de sesenta páginas, *El badamier bárbaro*, gran poema épico escrito en hexámetros dactílicos (con cesura trocaica) y repleto de vocablos olvidados. Pero ese gusto por lo raro no era superficial. A un poeta que usa arcaísmos por afectación se le pillará rápido: es como las mujeres en la cama, enseguida se ve cuándo fingen (creo). *El badamier bárbaro* no se leyó. Sanza salió magullado de esta experiencia, no porque los lectores lo ignorasen –por esa parte, Sanza estaba incluso satisfecho, creía que un poema que tiene más de ciento veinte lectores es sospechoso–, sino porque ya no creía en el verbo poético. Nada puede ser dicho. Eso es lo que decía. Desde entonces, buscaba la verdad en su primer amor, la pura abstracción de las matemáticas, que enseñaba en el instituto. Solo escribía críticas, a menudo para aniquilar con sapiencia, gusto y crueldad un montón de imposturas literarias. Su modelo crítico es Etiemble.

(Recuerdo el artículo que firmó tras la publicación de *Negro de ébano*, el último libro de William K. Salifu, uno de los escritores más conocidos de la literatura africana contemporánea. Dos décadas antes había publicado *La melancolía de la arena*, extensa novela que le valió un reconocimiento mundial. Se tradujo a cuarenta idiomas, entre ellos el silbo. Hollywood adquirió los derechos de inmediato. Vargas Llosa y Rushdie, Toni Morrison y Coetzee, Le Clézio, Susan Sontag, Wole Soyinka, Doris Lessing: todas y todos habían saludado *La melancolía de la arena* como una obra maestra. Incluso el irascible y genial Naipaul admitió que no pensaba que llegaría el día en que leería una novela tan profunda de puño y letra de un africano.

Dos años después, Salifu publicó su segundo libro. Ante la magnitud del desastre, los más magnánimos lo consideraron un accidente: después de todo, hasta los maestros se equivocan a veces. Pero le siguieron otras dos novelas una detrás de otra, igual de lamentables. La popularidad de Salifu decreció tan rápidamente como iba publicando: se sospechó de él que había recurrido a un negro para su primer libro. Salman Rushdie hizo un tuit lacónico y asesino, que Stephen King y Joyce Carol Oates retuitearon. El viejo y nobelizado Naipaul soltó una risita y una frase que empezaba con: «Me sorprendió la calidad del primer libro del africano Salifu», y acababa unas crueldades más abajo, según el antiguo principio *in cauda venenum*, con «La mediocridad literaria es como la naturaleza: siempre vuelve al galope, aunque hayamos logrado esconderla por espacio de un libro». Los libros de Salifu, batiburrillos cada vez más indigentes, indigestos de thriller y de amoríos, continuaban, sí, siendo leídos: nadie había olvidado la suntuosa *La melancolía de la arena*; pero cada vez menos gente se lo tomaba en serio. Yo leía cada uno de sus nuevos libros esperando encontrar la belleza del primero o, por lo menos, un rastro de ella. Pero el esplendor de *La melancolía de la arena* parecía haberse disipado para siempre.

Mientras la última novela de Salifu recibía el concierto de elogios habitual e hipócrita por parte de aquellos que no necesitaban leer a un autor establecido para celebrarlo, Sanza publicó una áspera crítica. Tiró de la manta. Todos recibieron: el pobre Salifu y su *Negro de ébano*, claro, pero también los periodistas y los críticos, que ya no evaluaban los libros sino que los reseñaban, ratificando la idea de que todos los libros valen, de que la subjetividad del gusto constituye el único criterio de distinción y que no hay libros malos, solo libros que no nos han gustado; y los escritores, que habían eliminado de su trabajo toda exigencia de lengua o de creación, contentándose con producir copias planas de la realidad que no le exigían ningún esfuerzo exhaustivo a la abstracción omnipotente y tiránica que llamaban «Lector»; y la masa de lectores, que buscaba en los libros un placer fácil, divertido, repleto de emociones simples moldeadas en frases

simplificadas –las cuales, decía Sanza, raramente excedían las nueve palabras, se escribían siempre en presente de indicativo y rechazaban toda subordinada–; y los editores, lacayos del mercado, ocupados en suscitar y vender productos prefabricados antes que en encarecer la singularidad literaria. Críticas ya consabidas, pero que Faustin Sanza renovó con talento. Evidentemente, no se lo perdonaron: los ofendidos respondieron con celeridad y vigor a sus palabras. ¡Elitista! ¡Reaccionario! ¡Despectivo! ¡Cafre! ¡Esencialista! ¡Amargado! ¡Intolerante! ¡Esnob! ¡Reductor! ¡Fascista! ¡Sabihondo! ¡Caricato! ¡Envidioso! ¡Intelectualoide! ¡Hipócrita! Pero Sanza encajó los golpes con el mismo valor con el que los había propinado.)

En el grupo estaban también Eva (o Awa) Touré, una *influencer* franco-guineana respecto de quien hay al mismo tiempo mucho y poco que decir. Eva Touré milita en todas las buenas causas morales del momento, aparte de ser empresaria, *coach* de autoempoderamiento, maniquí de la diversidad, ejemplo galáctico. Evidentemente, como era de temer, y dado que la incontinencia literaria es una de las enfermedades más extendidas de la época, no pudo evitar escribir. Así surgió de las tinieblas *El amor es un grano de cacao*, que considero una negación metódica de la idea misma de literatura. Era una novela hipnótica y nula. Hay que decir que, con sus doscientos mil abonados a Instagram, Eva Touré disponía de un público fiel, para quien todo lo que emanase de ella era unción divina. Este conjunto de lectores vasto y fanático, dispuesto a morir por ella, hacía recular a los críticos más valerosos. Incluso Sanza, para no tener que limpiar en las redes sociales los ciclones de mierda que los discípulos de la diosa desencadenaban contra todo hereje que relativizase su obra, había renunciado a publicar la reseña que había hecho de *El amor es un grano de cacao*.

Estaban estos dos, entonces, pero sobre todo estaba Béatrice Nanga. Musimbwa y yo pensábamos que tenía el universo literario más singular de todos nosotros. Me adelanto a precisar que ni uno ni otro nos habíamos acostado con ella, por

lo menos que yo sepa, aunque en nuestras conversaciones había quedado claro que esperábamos poder hacerlo. Béatrice Nanga tiene treinta años y un hijo en custodia compartida. Es de origen camerunés. Ignoro si es guapa, pero la rodea permanentemente un aura de sensualidad. La amplia tesitura de su voz me hiela las células. La visión de su cuerpo generoso me cambia de sentido la circulación de la sangre. Ha publicado dos novelas eróticas: *La ojiva santa*, título sacado de *El coño de Irene*, y *Diario de una pigófila*, que leí de una sentada y que adoré con toda mi alma. Béatrice es una católica ferviente. Una vez me dijo que su postura sexual preferida era el ángel cubista, y que algún día la probaríamos. Todas mis investigaciones sobre esta postura no me han llevado a nada. Existe una escultura de Dalí que lleva este título, pero su postura es inverosímil en el plano sexual. ¿La habrá inventado Béatrice? ¿El ángel cubista es un bluf? Misterio.

Y esta es la pandilla. No percibo ninguna conciencia ni ningún deseo de aventura estética colectiva; no somos un movimiento; cada cual camina solo hacia su destino literario; y, sin embargo, tengo la impresión de que algo invisible nos une firmemente y para siempre. No sabría decir de qué se trata. Tal vez el sentimiento difuso de que nos dirigimos hacia una catástrofe. Tal vez la impresión de que debemos devolverle un vigor a nuestra literatura o sufrir la humillación de que nos señalen para siempre como a sus asesinos o, peor, sus sepultureros (matar es sencillo, ¡pero enterrar...!). Tal vez la temible presciencia de que algunos nos enfrentaremos al monstruo de la literatura durante mucho tiempo mientras que otros se perderán o renunciarán por el camino. Tal vez la constatación silenciosa de que somos africanos un poco perdidos e infelices en Europa, aun cuando parezca que estamos como en casa. Pero, tal vez, lo que también nos unía era simplemente la certeza (o la esperanza) de que todo aquello bien podría acabar en orgía.

Ayer, por lo tanto, después de compartir los chismes del mundillo y chapotear con alborozo en una insignificancia un

poco cultivada, Musimbwa sacó a relucir el verdadero motivo de nuestra reunión: Elimane.

Solo a Sanza le sonaba vagamente el nombre. Musimbwa me pidió que contase la historia, cosa que hice ante un auditorio fascinado, semiperplejo; luego, sin transición, en el silencio que siguió a mi relato, empezó a leer *El laberinto de lo inhumano*. Y, durante tres horas, Musimbwa leyó sin flaquear. Al final de su lectura, la estupefacción duró un largo minuto de silencio, luego se abrieron los debates con estrépito. Se debatió con rabia y desmesura. Con inquina. Soltando palabrotas.

La discusión se hundió en la noche, áspera, apasionada, sin concesiones. Me dije que un mundo en el que aún se podía discutir así de un libro hasta las tantas no estaba perdido, aunque fuese consciente de lo que tenía de cómico, vano, ridículo, quizá hasta de irresponsable, un grupo de personas charlando de literatura toda una velada. Había conflictos que causaban estragos, el planeta se asfixiaba, los muertos de hambre y los sedientos la diñaban, los huérfanos contemplaban el cadáver de sus padres; había toda una población de vidas minúsculas, de microbios, de ratas, el pueblo del sumidero prometido a la eternidad pestilencial de tuberías inmundas y embozadas; estaba la realidad; estaba todo ese océano de mierda fuera, y nosotros, escritores africanos cuyo continente nadaba por dentro, hablábamos de *El laberinto de lo inhumano* en lugar de luchar *concretamente* para salir de él.

Una noche que habíamos estado examinando el valor real de la poesía de Senghor hasta la extenuación, le confesé a Musimbwa el sentimiento de vergüenza que experimentaba a veces cuando nos oía hablar de literatura como si nos fuera la vida en ello o como si fuese la cosa más importante sobre la faz de la Tierra. Mi compañero, tras un instante de silencio, me dijo entonces: Te entiendo, Faye, y a veces siento lo mismo. La sensación de estar siendo indecente, un poco sucio. Se calló unos segundos antes de añadir: El caso es que se puede sospechar que hablamos tanto de literatura porque no sabemos hacerla, o porque nuestro universo literario está vacío. Hay

tantos autodenominados escritores que se revelan más dotados para comentar la literatura que para escribirla verdaderamente, tantos poetas que esconden la pobreza de su creación tras glosas literarias inteligentes, referencias, una cititis aguda, una erudición hueca... Es verdad, Faye, es verdad: pasarnos la noche hablando de libros, discutiendo del mundillo literario y de su comedieta humana puede parecer sospechoso, malsano, aburrido, incluso triste. Pero si los escritores no hablan de literatura, quiero decir, si no hablan desde el interior, como especialistas, como asediados y habitados por ella, como enamorados, como locos, como locas furiosas, esos y esas para quienes significa lo esencial, por más que lo esencial se disfrace a veces de anécdota o futilidad, ¿quién lo hará? A lo mejor es una idea insoportable, asquerosa y burguesa, pero hay que aceptarla. Eso es nuestra vida: intentar hacer literatura, sí, pero también hablar de ella, porque hablar es también mantenerla viva, y mientras se mantenga con vida, la nuestra, por más inútil o trágicamente cómica o insignificante que sea, no estará del todo perdida. Hay que hacer como si la literatura fuese la cosa más importante sobre la faz de la Tierra; es posible que a veces, pocas pero aun así, llegue a ser el caso y que algunos tengamos que dar fe. Somos testigos, Faye.

Estas palabras no bastaron para consolarme, pero las tuve presentes.

Habíamos seguido debatiendo. Musimbwa y yo considerábamos el libro magistral; Béatrice opinaba que era bastante inteligente; Sanza lo encontró detestable, aunque le reconocía algunas fulguraciones geniales; Eva Touré no dijo gran cosa, pero vi en su mirada que tampoco pensaba gran cosa. Hacia las tres de la madrugada nos pidió que posásemos para un autorretrato de grupo que enseguida publicó en sus redes sociales con los hashtags #literatura #newgeneration #lectura #staytuned #cenaliteraria #laberinto #empoderamiento #Africa #auboutdelanight #bookaddict #nofilter #Evafamily

Terminó la velada, pero nos seguimos viendo los días siguientes en casa de uno u otro, o en bares, para intercambiar

impresiones sobre el libro y confiarnos nuestros sueños de escritores.

31 de julio

Esta noche he hecho lo que más miedo me da en el mundo, Diario: he llamado a mis padres. Mi madre: ¿Tienes problemas? Yo: No, todo va bien. La madre: ¿Seguro? El hijo: Seguro. Ella: ¿Llamas porque sí? Él: Sí, para ver cómo os va. Mi madre: Ay, Latyr, eso sí que me preocupa. ¿Tú estás bien, seguro?

Cuando nos hacemos una videollamada, mis padres, uno al lado del otro, sostienen el aparato de tal manera que veo en pantalla la mitad de la cara de cada uno. Así que observo el rostro paterno reunificado. Las señales de su envejecimiento me han estrujado el corazón y me han entrado ganas de cortar la llamada. Pero eso no habría cambiado nada; también sus voces habían envejecido: unas grietas profundas en las paredes del tiempo. Me prometí, como de costumbre, llamarlos con más frecuencia. Aunque sabía que no iba a hacerlo. Seguiría llamándolos raras veces. Mi madre siempre subrayaba, bromeando, mi escaso espíritu familiar. Bromas amargas: iban cargadas de una silenciosa acusación. Mi padre nunca decía nada del tema y con eso estaba todo dicho. Ninguno de ellos se explicaba mis largos períodos de silencio. Sin embargo, a mí la cosa me parecía simple: yo cumplía con el oficio que muchos niños deben llevar a cabo frente a sus padres en un momento de sus vidas: el oficio de la ingratitud.

También estaba la parte de la ingenuidad: que me hacía creer que disponía de mis padres a voluntad. Si postergaba de continuo el momento de pegarles un telefonazo era, a lo mejor, porque, con una confianza ciega, estaba seguro de ir a encontrarlos de inmediato, y por lo tanto no era necesario llamarlos todos los días, ya que el día de mi regreso definitivo con ellos estaba al caer. Espejismo de ese día en el desierto del exilio. Así que cada llamada aplazada, bajo la ilusión de próximos encuentros que justificaban su anulación, marcaba en realidad un alejamiento más grande. He alcanzado el estadio terminal de la inmigración: simplemente ya no creo en la posibilidad del regreso: me he convencido de su inminencia y me he persuadido de recuperar el tiempo pasado lejos de los

míos. Estas trágicas esperanzas me dan la vida y me matan en la misma proporción: finjo creer que volveré pronto a casa, que nada habrá cambiado y que podré *ponerme al día*. El regreso que soñamos es una novela perfecta: una mala novela.

Algo se muere. El mundo que dejé desapareció en el momento en que le di la espalda. Creí, por habitarlo y por haber enterrado mi infancia en él como un tesoro, que se había vuelto indestructible por la sola gracia de este don. Creí en su lealtad eterna hacia mi existencia pasada. Nada más quimérico: el mundo antaño amado no firmó ningún pacto de fidelidad. En cuanto me ausenté, se alejó por el túnel del tiempo. Observo su ruina: lo que me entristece en instantes como este no es que ese mundo haya sido destruido: ese mundo estaba vivo, es decir, era mortal; lo que me apena es que haya sido destruido tan fácilmente cuando yo pensaba haberle proporcionado recursos para aguantar.

El exiliado se obsesiona con la separación geográfica, el alejamiento en el espacio. Sin embargo, el tiempo es el motivo esencial de su soledad; y echa la culpa a los kilómetros cuando son los días los que lo matan. Podría haber aguantado a millones de kilómetros del rostro paterno si hubiese tenido la certeza de que el tiempo resbalaría sobre él sin estropearlo. Pero no se puede hacer nada; las arrugas tienen que aparecer, la vista tiene que disminuir, la memoria tiene que fallar, las enfermedades tienen que amenazar.

¿Cómo conectar nuestras vidas? ¿Por medio de la escritura? Relato, escrito: invoco la gemelidad, el anagrama absoluto de esos vocablos en los que se encarna la supuesta potencia de la palabra. ¿Sabrán ellos reducir nuestro alejamiento interior? De momento, la distancia se acrecienta, indiferente al verbo y a sus sortilegios.

A algunos de los que se han marchado hay que desearles que no vuelvan jamás, aunque sea su deseo más profundo: se morirían de pena. Echaba de menos a mis padres, pero me daba miedo llamarlos; el tiempo pasaba; y, aunque me ponía triste no oírlos contarme cómo les iba la vida, me asustaba aún más la idea de que me lo contasen, porque en el fondo sabía

cómo les estaba yendo realmente la vida. Lo que en toda vida: se estaban acercando a la muerte. No los llamaba y sufría; los llamaba y también sufría, puede que incluso más.

Mis padres querían contarme mil cosas, menudencias felices o apremiantes, sobre mis inquietos hermanos pequeños, sobre la situación política general del país. Pero yo no me veía con ánimos para escuchar todo aquello. Sobre la única cuestión importante, guardaban silencio. Ponían cara de póker y yo ponía cara de póker. Juego sucio. Con un poco de frialdad y mucha cobardía, abrevié la llamada.

4 de agosto

Mi compañero de piso, que se negaba a mezclarse con nuestro cenáculo de escritores (mentalmente nos encontraba demasiado burgueses), había leído por fin *El laberinto de lo inhumano*. Su juicio había sido lapidario: «difícilmente traducible», cosa que, en su cuadrícula crítica, se correspondía con el máximo elogio.

Me hizo preguntas sobre el libro y el autor. Yo le conté lo que sabía. La historia lo intrigó, y me dijo que debería ir a mirar a la hemeroteca. Si conseguía acceso a ciertos periódicos de 1938, quizá lograra, creía él, descubrir algo. Le dije que al llegar a París ocho años antes ya había intentado acceder a los periódicos de la época para buscar un rastro de *El laberinto de lo inhumano*. Sobre todo había querido leer la crónica de Bollème (Brigitte) que el *Compendio* mencionaba en la entrada de T. C. Elimane. Mis tentativas terminaron siempre en fracaso. Aun así, había descubierto que Brigitte Bollème, tras dejar una larga carrera como periodista en *La Revue des deux mondes* y publicar algunas monografías, había entrado a formar parte del jurado del premio Femina, que presidió desde 1973 hasta su muerte, en 1985.

—Sí —dijo Stanislas después de escucharme—, pero ahora que has publicado un libro del que ha hablado un periódico importante a lo mejor te abren la hemeroteca con más facilidad, ¿no?

—No. Fuera del gueto africano no soy nada conocido como autor. A la hemeroteca se la pela que sea un joven y prometedor escritor africano al que le han dedicado un artículo en un periódico importante. Como escritor africano no tengo ninguna notoriedad literaria en el mundo exterior.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Acceder a la notoriedad literaria en el mundo exterior?

Sí. Ningún escritor africano establecido aquí lo confesará públicamente. Todos lo negarán, acompañando su declaración con una pose rebelde. Pero, en el fondo, eso forma parte de los

sueños de muchos de nosotros (para algunos es EL sueño en sí): el espaldarazo del mundillo literario francés (de cuyas pretensiones nunca está de más burlarse y despotricar). Es nuestra vergüenza, pero es también nuestra gloria fantaseada; nuestro servilismo y la ilusión envenenada de nuestra elevación simbólica. Sí, Stan, esa es nuestra triste realidad: el tenor miserable de nuestro sueño miserable, el reconocimiento del centro..., el único reconocimiento que contaba.

Pero como esto era demasiado desesperado, demasiado cínico, demasiado amargo, demasiado injusto (o, al contrario, demasiado verdadero), preferí no contestarle al traductor y me contenté con decirle lo siguiente, que no era menos exacto:

—Solo quiero escribir un buen libro, Stan, un libro que me dispense de hacer otros, que me libere de la literatura, un libro como *El laberinto de lo inhumano*, ¿entiendes?

—Sí, entiendo. Pero no te fíes de los escritores ni de los intelectuales africanos, de ciertos reconocimientos. Lo que acabará pasando, sin duda, es que la Francia burguesa, para tener buena conciencia, consagrará a uno de vosotros y veremos de vez en cuando a un africano que alcanza el éxito o es erigido como modelo. Pero en el fondo, créeme, sois y seguiréis siendo extranjeros, independientemente del valor de vuestras obras. No estáis aquí. Aunque también he creído entender, y corrígeme si me equivoco (en ese momento pensé que cuando alguien te dice *corrígeme si me equivoco*, probablemente ya es imposible corregirlo), he creído entender que no sois realmente de vuestro país de origen. Pero entonces... ¿de dónde?

Se calló, y no para dejar que respondiese. Reflexionó lo que acababa de decir o lo que iba a añadir, y no tardó en retomar la palabra:

—Que sí, ya sé, algunos lo decís: sois ciudadanos del mundo... ¡Universales! Ah, la universalidad... Una ilusión mantenida por quienes la ostentan como una medalla. Se la ponen al cuello de quien les da la gana. Si te la ponen a ti, es para hacerte suyo. Si no te la ponen, reclamarla llorando no

cambiará nada. Lo único universal es el infierno. Quemad las medallas. Y las manos que las sostienen. ¡Arrancad los últimos jirones de la era colonial y no esperéis nada! ¡Al fuego todas esas reliquias! ¡A las brasas, a las cenizas, a la muerte! ¡Escribid al petróleo!

—Puede que todo esto que dices dé en el clavo, Stan. Pero los escritores africanos no lo ignoran. Son seres humanos, no héroes políticos o ideólogos. Todo escritor debería poder escribir libremente de lo que quiera, esté donde esté, sean cuales sean sus orígenes o su color de piel. Lo único que podemos exigir a los escritores, africanos o inuit, es que tengan talento. Lo demás es tiranía. Chorradas.

Stan me miró unos segundos con una sonrisa de conmiseración en los labios. Sabía lo que estaba a punto de decir, y eso fue exactamente lo que dijo al instante: «Eres un ingenuo».

5 de agosto

Diario, esta noche han pasado cosas. Béatrice Nanga nos invitó a Musimbwa y a mí a cenar. Estuvo como de costumbre: una mujer fuerte, como dice el cliché.

—Quería veros solo a vosotros —dijo mientras abría una botella—. Sanza y Eva Touré son interesantes, pero tengo la sensación de que con vosotros es distinto. Nos entendemos, ¿no?

Dije que sí un poco distraído: toda mi atención la captaba, como cada vez que iba a casa de Béatrice, un gran crucifijo que presidía el salón. Miré a Jesús, y se me pasó por la cabeza el mismo pensamiento que me venía siempre cuando lo veía así, en la cruz y en plena absorción del mal de los hombres: *Se está preguntando qué cojones hace ahí*. Había soñado muchas veces que lo interrogaba: han pasado dos milenios desde que sufrió y pereció en esta cruz, Señor, eso le honra, pero ya ha visto el resultado; ahora le pregunto: *¿lo volvería a hacer?*

Ninguna respuesta. Pasamos a la mesa. Béatrice sirvió su *ndolè* y se puso a hablar enseguida de la suerte que debíamos reservar a *El laberinto de lo inhumano*. Consideraba que no nos lo podíamos guardar en nuestro cenáculo pretencioso de jóvenes escritores, y que había que intentar reeditarlo para que el gran público lo descubriese. Musimbwa se opuso a esta idea. Se pelearon. Yo evité tomar partido.

Con el postre, el ambiente se relajó y Béatrice puso música. Ritualidades, espiritualidades: nos ofrecimos antes que nada a las sacudidas galvánicas de la noche apenas núbil, verde como un mango reciente. Luego todo se suavizó; la luna maduró, a punto de caer del cielo. En brazos de horas algodonosas, vestíbulos de suntuosos sueños que solo conservábamos a condición de seguir despiertos. Cada vez se decían menos palabras en el apartamento. Pronto no hubo más que —entre los tintineos de vasos tardíos o de risas vaporosas que subían de la calle, y entre los pocos segundos de prosa impecable que separaban dos canciones—, no hubo más que la arcaica palabra: respiraciones y lentitud, miradas y roces, incitaciones

suspendidas, llamadas, contrafuegos, señales ocultas, lenguajes a la espera del Lenguaje; no hubo más que las lucideces de la embriaguez. Oí quizá romperse un vaso que un cuerpo –¿el mío?– había tirado bailando. A continuación, no hubo más horas; eso fue la verdadera noche.

Entonces pasó lo que tenía que pasar: la dueña de la casa propuso o sugirió (a menos que lo exigiese, ya no estoy seguro) que follásemos. Pero aquí no, dijo. Aquí está el Cristo. Venid. Y se dio media vuelta y se dirigió hacia el dormitorio. Musimbwa dio unos pasos tras ella, como un perro sonámbulo. Yo no me moví. Él se detuvo, se giró hacia mí y adivinó mis intenciones.

–Déjate de idioteces, compañero. Ahora no. Ven. Por fin vamos a verle la cara al ángel cubista. Le vamos a hacer una cara nueva. Por fin vamos a saber si se llama Miguel, Djibril o Lucifer. Un trío fabuloso nos espera. Ven.

Negué con la cabeza y me senté para dar a entender que era una decisión irrevocable. Musimbwa pareció dudar medio segundo, luego me dijo, con un tono de consejo y amenaza al mismo tiempo: Faye, las mujeres perdonan a veces al que fuerza la ocasión, pero nunca al que la deja pasar.

–¿Rocco Siffredi?

–No.

–Robert Mugabe.

–No.

–Ya sé: ¡DSK!

–Buen intento. Pero no. Talleyrand.

Acto seguido, puso rumbo a su destino en el dormitorio de Béatrice y yo me quedé solo en el salón, hundido muellemente en el sillón, borracho y ligeramente triste, pensando que no sabía nada de Talleyrand salvo que cojeaba como el diablo y que se le suponía una gran inteligencia; pasaron unos minutos y quise cambiar de opinión e ir con ellos, pero el orgullo me retuvo: habría sido ridículo, incluso vergonzoso, repensarse

una decisión semejante, una decisión que comprometía mi honor y mi palabra, porque ya la había dado; así que no me moví y, un instante después, empecé a oír, a intervalos regulares, pero nunca a la vez, suspirar a Béatrice y resoplar a Musimbwa, y deduje que los preliminares estaban en marcha, luego ya solo oí gemir a Béatrice, y sus carnes (sus poderosos muslos, me imaginaba) asfixiando a Musimbwa, que pese a todo lograba, de vez en cuando, sacar la cabeza del cepo para llenarse los pulmones de aire antes de volver a zambullirse en lo desconocido, en las reservas líquidas de Béatrice que devoraba con glotonería, y todo esto lo captaban a la perfección mis oídos, mis ojos: sus dos cuerpos calentándose, sus respiraciones cada vez más cortas y brutales, el sudor fino y los cristales de sal de su piel, sí, veía todo esto sin quererlo, así que me dije que había que resistir, que tenía que tranquilizarme y pensar en cosas que me absorbiesen tanto como para escapar a los ruidos provenientes del cuarto, resolución que pareció que mis amigos se tomaban como una provocación, porque apenas había empezado yo a buscar un tema en el que evadirme, cuando Béatrice empezó a gemir y Musimbwa a jadear y la cama a chirriar y las carnes a entrechocar produciendo el ruido de dos babuchas golpeando una contra la otra, y dije mierda, ya estamos, y a partir de aquel instante intenté concentrarme para encontrar una cuestión que me divirtiese o me hiciese reflexionar, pero nada funcionaba, todos los velos con los que trataba de tapar mi mente se desgarraban como papel de fumar con la presencia ardiente de Béatrice (que ahí se puso a ulular) y Musimbwa (que chillaba en lingala poéticas obscenidades de las que entendía algunas palabras que él mismo me había enseñado: *Nkolo, pambola bord oyo. Yango ne mutu eko sunga mokili...*); en cualquier caso, funcionan muy bien, me dije, llevan buen ritmo, nada monótono, variado sin dejar de ser accesible, pero tienes que recuperarte, Diégane, tienes que despejar la mente de todo esto, intenta leer, por ejemplo, vuelve a un libro, venga, y tuve la tentación de abrir *El laberinto de lo inhumano* para perderme en él, es decir, refugiarme, pero cambié de opinión porque sabía que era en vano: no lograría leer con

aquel ruido, que en lugar de disminuir aumentaba de intensidad: el ruido del amor físico, la cantinela de los cuerpos jóvenes y vigorosos, la sala de máquinas zumbante del folleto radical, y yo lo oía, aquel ruido, lo oía, puedes estar seguro, Béatrice barritando y Musimbwa aullando *Bomanga, Béa, Bomanga*, y yo lamentándome por ser así, siempre demasiado tímido, demasiado complicado, demasiado retraído, demasiado distante, demasiado cerebral, demasiado Edmond Teste, demasiado hundido en una soberbia y estúpida soledad; entonces cerré los ojos, decidido a someterme a mi sufrimiento, resignado a esperar a que aquello pasase y terminase, porque todo termina por pasar, todo se escapa, todo se va, todo se escurre, πάντα ῥεῖ, dijo el sabio Heráclito; de acuerdo, me digo, cerremos los ojos y esperemos que *panta rhei*, pero tan pronto como me hube retirado bajo mis párpados como un niño bajo su edredón me vino una idea, o más bien un ansia, intensa: tenía que matarlos, tenía que entrar en el cuarto armado con un cuchillo y clavar la hoja en aquel cuerpo, porque era evidentísimo que en la habitación no había más que un cuerpo, reunificado por el gran deseo del que me veía excluido y que por lo tanto debía yo reventar, con método, paciencia y precisión, como un asesino profesional, en el corazón, en el vientre, en la aorta y otra vez en el corazón para asegurarme bien de que aquella guarrada pertinaz, que tanto daño hace a los hombres, deje de palpar; luego en el sexo, y también en el costado; desde luego, evitaría tocarle la cara porque la cara es territorio sagrado, un templo que ninguna violencia debe profanar, el Rostro es el signo del Otro, la imagen de la interpelación sufriente que dirige, a través de mí, a toda la Humanidad; por aquella época había leído un poco a Lévinas, pero golpearía el resto de aquel cuerpo hasta que dejase de gozar o gozase rumbo a la muerte, en los transportes supremos de la epéktasis; hasta ahí llegaban las ganas de librarme de aquel ruido que me torturaba – Béatrice mugía y Musimbwa mugía también– y, precisamente, para que veáis cómo la providencia divina proveía a mis lúgubres propósitos, había un enorme cuchillo colgando de la pared de la cocina, me bastaba con cogerlo para recuperar el

control de las cosas, y empecé a sonreír con la idea de lo que iba a suceder, elaboraba complejos escenarios macabros dignos de la mejor sección de sucesos, pero entonces, en el instante mismo en que me disponía a levantarme para ir a coger mi arma, noté una presencia cerca, viva; volví a abrir los ojos y vi ante mí a Jesucristo moviéndose en la gran cruz clavada en la pared y, por reflejo, aunque no soy cristiano, aunque soy un animista serere convencido que cree antes que nada en los pangoles y en Roog Sèn (*Yirmi inn Roog u Yàl!*), me persigné y esperé, curiosamente no tenía miedo, solo estaba un poco sorprendido, pero creía en las apariciones y en la manifestación física de la trascendencia, así que esperé a que Jesús terminara de desclavarse y de bajar de su cruz, cosa que hizo con mucha elegancia y agilidad, teniendo en cuenta las circunstancias, y acto seguido se sentó en el sillón que tenía yo enfrente, se recolocó la corona de espinas ensangrentadas que le caía sobre los párpados y me echó una mirada dulce y azul, remanso en el que me refugié al instante; sin embargo, el cabecero de la cama chocaba con furor contra una pared, *To liama ti nzala ésila, Nzoto na yo na yanga, etutana moto epela, mamam*, pero yo ya no le daba importancia, porque solo contaba el que allí estaba, y sin abrir la boca me habló, me habló por la *vox cordis* y eso me consoló de toda la miseria del alma, desterró a la nada mis pulsiones asesinas, mi desasosiego, mis celos mezquinos, mi soledad; eran frases simples pero profundas de las que solo él tenía el secreto; y las escuché a pesar de los gritos que llevaban el compás del restallar de unas nalgas, escuché al Cristo y aproveché su enseñanza, sus parábolas que todo escritor hubiese querido escribir; habló un buen rato, luego se calló y nos centramos en lo que sucedía en el cuarto, parecía inminente la nota final sostenida del órgano y ya no distinguíamos qué hacía uno y qué hacía el otro en aquel concierto de chillidos; miré a Jesús y, por una fracción de segundo, creí ver en su mirada las ansias de meterse también él en el cuarto, pero debí de imaginármelo o estar poseído por el diablo durante aquella fracción de segundo, porque acto seguido el Hijo del Hombre dijo que tenía que marcharse, que

otras almas descarriadas requerían su presencia; entonces se levantó, su luz divina me deslumbró, le pregunté si necesitaba ayuda para volver a la cruz que llevaba ocupando desde hacía dos mil años, le propuse que lo aupara con las manos, por ejemplo, pero él se echó a reír (qué buena y qué balsámica es la risa de Jesucristo) y me dijo: Creo que llego, y en efecto llegó, logró recrucificarse solo, que nadie me pregunte cómo pero lo hizo, no sé cómo, a fin de cuentas, es capaz de cosas asombrosas; en cualquier caso, se reclavó ante mi mirada y, en el preciso instante en que Béatrice y Musimbwa alcanzaban el éxtasis en un estruendo desenfrenado, Jesucristo, antes de que su rostro volviera a su expresión dolorosa, apasionada y doblemente milenaria, me miró y me dijo (esta vez abrió la boca): *Lo volvería a hacer*.

Con estas palabras sublimes, sin darme tiempo siquiera a hacerle otras preguntas (me hubiese encantado que me concretase algunos detalles de la transustanciación, por ejemplo, o que me describiese las vistas desde la cima del Gólgota), se marchó, y el apartamento se sumergió en un horrible vacío, el vacío angustioso del mundo que acababa de abandonar Dios. ¿Cuánto tiempo había transcurrido durante esta visita? Me es imposible decirlo, igual que era incapaz de saber la duración de mi silenciosa inmovilidad en la butaca tras su marcha. No llegaba ningún ruido más del dormitorio. El cuerpo estaba ya dormido, quizá. O muerto. Ya veremos, me dije. Luego me puse en pie, cogí *El laberinto de lo inhumano* y me fui a casa.

6 de agosto

Despertar confuso. A primera hora de la tarde, me llamó Musimbwa. Hablamos de la noche anterior y, tal y como me esperaba, me preguntó por qué no me había unido a ellos en la habitación. Le dije que el *ndolè* me había revuelto el estómago, me contestó que mentía y que tenía que aprender a reflexionar menos y follar más, a lo que yo repliqué: Reflexionaré sobre eso. Luego nos callamos. Casi le pregunto por el ángel cubista, pero cambié de opinión, convencido de que Musimbwa se negaría a revelar de qué iba aquello. Así que preferí cambiar de tema y le pregunté si tenía algún contacto bien situado en la hemeroteca. Me prometió presentarme a un conocido en unos días, luego dijo:

—Ya no estoy seguro de querer saber quién fue el tal Elimane. No deberíamos acercarnos demasiado a los artistas que nos gustan. Admirarlos de lejos, en silencio: esa es la elegancia que nos convendría. ¿No te parece? *El laberinto* me basta, incluso inacabado... Pero entiendo que quieras buscarlo. Creo que lo acabo de comprender.

—¿Qué es lo que has comprendido?

Musimbwa dijo: He comprendido que, en realidad, detrás de la continuación del libro está la literatura que tú crees buscar. Pero buscar la literatura siempre es perseguir una ilusión. Buscar la literatura es buscar la mierda. Créeme, Faye: buscar la literatura es, es, pero no acabó la frase, que concluyó con precipitación, tristeza o exasperación: en fin, en fin, en fin.

No insistí y hablamos de otra cosa antes de colgar. Luego decidí, tras una larga vacilación, que no le escribiría a Béatrice. No le habría sabido explicar que, al alcanzar cierto grado de química, el amor físico se convierte en un juramento trágico. Dos cuerpos se hablan, se escuchan, se reconocen, luego, sin querer, sin darse cuenta siquiera, se juran fidelidad en silencio. Pero como nada es tan injusto como el amor, resulta que solo uno de los cuerpos hace este juramento inviolable. Evidentemente, un día se produce la ruptura; y entonces el cuerpo comprometido vuelve a estar solo con el

peso de su palabra dada a un recuerdo. Hereda un juramento más pesado que un cadáver, pero ningún amigo puede ayudarlo a librarse de él en plena noche. Vagabundea de cuerpo en cuerpo con esta carga sin encontrar jamás la paz y pronto se desespera de no llegar a lograrlo. Sus compañeras solo existen en comparación con el ideal desaparecido. En el cuerpo con el que coincide, la decepción lo espera con tanta fatalidad como se espera. Llega un momento en que la consciencia de esta decepción garantizada le hace renunciar a cualquier otra experiencia; pero, más que la consciencia de esta desilusión, es la angustia de ser un perjurio, de traicionar ese juramento que prestó él solo a un cuerpo que, quizá, ya lo ha olvidado, lo que lo retiene en el andén y lo paraliza mientras el océano del deseo se extiende ante él y lo llama. Solo, sigue temiendo ser infiel. Para describir el amor de su madre, que no volvió a encontrar nunca en nadie más, Romain Gary hablaba de una promesa del amanecer. Para el amor carnal, digo, por mi parte, que hay a veces un juramento de la noche. Yo lo presté a otra mujer hace más de un año.

No, no se lo habría sabido explicar a Béatrice Nanga. Me habría vomitado su risa en la cara.

Esa mujer ya no está. Su cerradura es fuerte y yo no tengo la llave. Desde que se fue me da miedo todo cuerpo femenino. Y hasta mis fantasmas más profundos ceden ante este fantasma intransigente. Por más que deseara acostarme con Béatrice, mi cuerpo la reclamaba. Sin embargo, había bastado con que se presentase la ocasión para que mi cuerpo recordase su lealtad pasada, y se apagase.

Me la encontré en un decorado parisino de cliché: en el banco público de una plaza, en el bulevar Raspail, al pie de un monumento del capitán Dreyfus con el sable roto. A sus pies se arremolinaban un montón de palomas. Ella les lanzaba migas de su sándwich y yo no había encontrado otra manera para entablar conversación que decirle: Alimentar a estas aves está prohibido por el ayuntamiento, señorita. Ella levantó los ojos hacia mí, la mirada llena de un tremendo desprecio. Me dio igual el desprecio porque por fin pude verle la cara. Soporté una réplica directa y me puse a hablar sin transición sobre banalidades que abrieron la brecha de un intercambio. Por entonces estaba leyendo la última novela de Kundera. Uno de los personajes explicaba que los hombres, para seducir a las mujeres, a menudo más inteligentes, saldrían ganando si fuesen insignificantes en lugar de esforzarse y ponerse en ridículo tratando de ser brillantes a cualquier precio. Apliqué la lección y no intenté deslumbrarla. También me preocupé de no aburrirla. Entre nosotros, el desfiladero serpentea, oscuro y peligroso, pero existe. Empecé a recorrerlo y puse toda mi agilidad en no apartarme.

Ella se fue tras unos minutos. No sabía ni su nombre ni su número de teléfono, pero confiaba en probables reencuentros. No era la primera vez que la veía en aquella plaza cerca de mi universidad, donde iba a leer a menudo. Daba por hecho que no sería la última. Tres días después, en el mismo sitio, fue ella quien me vio en el banco y me interpeló. La discusión fue más larga, menos defensiva y, esta vez, cuando nos separamos, tenía su nombre: Aïda. No intercambiamos nuestros números de teléfono hasta mucho más tarde, cuando el azar no bastó para cubrir nuestros reencuentros en aquella plaza, que se parecían cada vez más a citas o esperanzas de citas.

Se sucedieron las etapas habituales, casi banales, de los prolegómenos de una relación posible. La primera cena permitió recoger las informaciones biográficas elementales del otro. Supe que era fotoperiodista, especialista en insurrecciones urbanas y movimientos de resistencia ciudadana; ella descubrió que yo llevaba arrastrando desde

hacía tiempo una tesis de literatura. Ella era mestiza —padre colombiano, madre argelina— y benjamina de una familia de tres hijos. Yo era el mayor de cinco hermanos. Ella era vegana; yo me pirraba por los entrecots poco hechos. Ella votaba comunista; yo compartía piso con un anarca. Ella quería ser una gran reportera; yo solo escritor. Los intercambios febriles de SMS continuaron, sostenidos, a cualquier hora del día. Luego vino la segunda cena (vegana), los primeros pudores, los primeros silencios, las primeras risotadas, quizá las primeras seriedades. El primer beso puede llegar ahí. No fue nuestro caso. Jugamos a hacernos esperar. Llegaron las primeras confesiones. ¿Quién fue el primero en decir te echo de menos? Fui yo. Ella respondió hábilmente: yo también, pero vayamos poco a poco, no aceleremos más que la música. Primer concierto. De la mano por primera vez ante el gran escenario de la Fête de L'Huma, bajo la bendición de Manu Chao. *La vida es una tómbola*, cantaba, y yo, al escucharlo, pensé ñoñamente, sí, es verdad, *la vida es una tómbola*, y a veces ganamos un milagro: el olor, el cuerpo que se mueve y nos roza, la voz de una mujer tarareando, Aïda, cuya presencia a nuestro lado en ese momento no la justifica nada, nada, ni la casualidad ni el mérito ni la esperanza, ni siquiera los sueños más complacientes. Llegó nuestro primer beso, lento, perfecto en el hecho de que nada lo había impuesto sino su punto de sazón. Duró toda una estrofa, luego se agarró al estribillo en marcha, como si nada, cuando aquello era todo. *Me gustas tú*, el último tema de la actuación, acabó mientras caían la noche y una lluvia vertical. No necesitamos hablar, decirnos que el concierto había sido genial, volver a la sensación del beso que aún nos hormigueaba en los labios, preguntarnos ¿adónde vamos? mientras cogíamos el cercanías. Nos subimos sabiendo adónde íbamos: el uno hacia el otro, sin decir palabra pero en una conversación intensa de dedos entrelazados y de esbozos de sonrisas tan cargadas que cualquier frase se habría quebrado bajo aquel peso. Fuimos a su casa. Recuerdo su melena empapada, mojándole la cara, y la mía, una vez deshicimos el amor en fragmentos centelleantes y nos rodearon como los anillos a un planeta.

Las verdaderas metamorfosis ontológicas no son tan numerosas como creemos en el decurso de una existencia. Yo he experimentado dos y la lectura de *El laberinto de lo inhumano* solo fue la segunda. En materia de crisis mística, Pascal tuvo su Noche de fuego y Valéry su Noche de Génova; en mi caso fue la primera noche de amor con Aïda. Ninguna persona atenuará jamás el fulgor de esa verdad en mí; ni siquiera el velo del tiempo. Aquella noche, me prosterné en la luz y presté juramento. Prometí la fidelidad de mi alma a otra. Lo hice solo.

10 de agosto

Me pasé el día en la hemeroteca, donde un conocido influyente de Musimbwa había podido obtener una autorización. Me quitaron el teléfono en la entrada, pero tomé notas. Leí la crónica de B. Bollème, de la que tenían un ejemplar disponible en los archivos. Releí *El laberinto de lo inhumano* a la luz de lo que supe por los críticos de la época y por la crónica de aquella periodista.

La editorial Gemini acaba de publicar una asombrosa primera novela cuyo autor sería un hombre de color, un africano de Senegal. El libro se titula *El laberinto de lo inhumano*, su autor se llama T. C. Elimane.

Seamos francos: nos preguntamos si esta obra no será la de un escritor francés bajo pseudónimo. Deseamos que la colonización haya producido milagros de instrucción en las colonias de África. Sin embargo, ¿cómo creer que un africano haya podido escribir así en francés?

Y ese es todo el misterio.

Pero ¿de qué trata este libro que requiere una continuación?

Nos cuenta la historia de un rey sanguinario, una especie de Nerón negro que [...]

Ahora queda por descubrir quién se oculta tras este extraño nombre: T. C. Elimane. Si se trata, lo que es poco probable, de uno de los negros de nuestras colonias, habrá que empezar a creer en la tremenda magia que se les supone.

B. Bollème

La Revue des deux mondes

11 de agosto

Tal vez el silencio fue la respuesta de Elimane a este asunto. Pero ¿qué es un escritor que se calla?

La Revue des deux mondes señalaba en su publicación de ayer la aparición, en una pequeña editorial que comienza su andadura, de «una asombrosa primera novela cuyo autor sería un hombre de color, un africano de Senegal».

En nuestro caso, nada de condicional escéptico: este libro admirable, *El laberinto de lo inhumano*, es la obra maestra de un Negro: todo es africano hasta la médula [...]

Porque el señor Elimane es muy poeta y muy negro. [...] Bajo los horrores aparentes que la obra describe, se encuentra en realidad una profunda humanidad [...]

Este autor, de quien el señor Ellenstein, su editor, nos ha dicho que apenas tiene veintitrés años, contará en nuestras letras. Atrevámonos a decirlo: a la vista de su juventud y del estallido pasmoso de sus visiones poéticas, lo que tenemos aquí es una especie de «Rimbaud negro».

Auguste-Raymond Lamiel

L'Humanité

Hace un año experimenté la felicidad de los días, la plenitud de las semanas, el júbilo ardiente de los grandes comienzos: vi que me iba a enamorar y rogué que la caída durase eternamente. Aïda me advirtió, a tiempo según ella, del peligro que corría. Pero aquel «a tiempo», evidentemente, llegaba muy tarde: hacía ya mucho que la amaba cuando me dijo que no se podía permitir el lujo de las ataduras. Dijo: Mi trabajo me llevará a otros lugares, quizá durante mucho tiempo; me marcharé.

Era sincera, es decir: cruel. Yo la amaba con el furor de un niño incapaz de encontrar el idioma de las emociones, una cólera de la que no sabía quién de los dos era el objeto. Como cada día con ella, o cada noche, podía ser la última, la vivía con exaltación, dolor y, a veces, aun cuando luchase contra este sentimiento, esperanza: de que se quedase junto a mí en lugar de irse a fotografiar a cualquier lugar del mundo los resplandores de una revolución. La más grande de todas se desarrolla ante tus ojos: me enamoro de ti, mírame. Ella desviaba la mirada. Yo hacía caso omiso y me negaba a desistir.

Un día, desesperado o loco de esperanza, pronuncié las dos palabras fatídicas. Nada, ni siquiera un prudente yo también, ni siquiera un mordaz yo tampoco, les hizo eco. Aïda no respondió y yo sabía que era injusto reprochárselo: había aceptado que no hubiese garantías en materia de reciprocidad. Creo incluso, para ser totalmente sincero, que en el fondo me encantaba la incertidumbre de aquella espera. A lo mejor era un masoquista del amor, uno más. Jugaba en la pista de los sentimientos un partido de tenis con un adversario invisible. Yo mandaba mis «te quiero» por encima de la red. Desaparecían en la noche del otro lado; ignoraba si me los devolvería —y era precisamente del suplicio de esta duda de donde sacaba un oscuro placer—. Porque incertidumbre no significaba desesperanza; y del silencio de Aïda, como del caos primigenio, podía surgir, en unas pocas palabras, la luz de la vida. Tenía bastantes pelotas. Me las reservaba. Estaba dispuesto a una maratón de partidos.

No se celebraron. Una noche, Aïda me anunció que se iba a Argelia, su país materno, por una revolución histórica, popular. De repente nos quedaban seis meses por vivir. Lo asumí como asume uno la detección de un cáncer demasiado avanzado para tratarlo. Fue aquella noche cuando, en secreto, emprendí la escritura de *Anatomía del vacío*. Una novela de amor, una declaración de despedida, una carta de ruptura, un ejercicio de soledad: era todo esto a la vez. Durante tres meses, escribí, y continuamos viéndonos. ¿Por qué? La idea de que estuviese en la misma ciudad sin verla me resultaba más insoportable que la de nuestra separación venidera. Me gustaba amarla, me gustaba amar, *amare amabam*, me gustaba amándola, la amaba mirándome amarla. Vertiginosa *mise en abîme* de una existencia repentinamente reducida a una sola de sus dimensiones. No era un empobrecimiento, sino una concentración de mi ser, consagrado por entero a una sola cosa. Si me hubiesen preguntado en aquel momento qué hacía en la vida habría respondido con una modestia orgullosa y trágica: no hago más que estar enamorado. Vivía ya sellado; y un cuerpo sellado es una servidumbre ciega.

Había escrito *Anatomía del vacío* en mi fuero interno, en muy poco tiempo. La envié a la pequeña editorial. Me respondieron tres semanas después, para mi gran sorpresa (porque no solían responder nunca antes de tres meses, como mínimo), que deseaban sacar el texto cuanto antes. Tres días antes de que Aïda se marchase, publiqué *Anatomía del vacío*. Se la había dedicado. Eso no la retuvo. Se marchó a cubrir la revolución de Argelia. Le había pedido, antes de irse, si podíamos mantener el contacto. Respuesta bartlebiana: prefería no hacerlo. Aunque no nos lo confesásemos, me había dicho, mantener el contacto supondría que esperábamos que un día fuese posible una historia entre los dos. Sin embargo, ella no quería que nos impidiésemos amar en otros lugares, amar otros rostros. El que yo quería era el suyo, pero por amor, o debilidad, respeté su elección. Borró sus cuentas en las redes sociales, cerró su bandeja de mail, me dijo que una vez llegase sobre el terreno se cambiaría el número y que era inútil escribirle. Le dije que sí a todo. Era ella quien siempre había

llevado la voz cantante. Un buen día, por tanto, me quedé solo en una pista con el fantasma de la música y el recuerdo de mi pareja de baile disipado en el viento. No hubo gradación en la soledad, para la cual nunca estamos suficientemente preparados: fui lanzado de inmediato a su fondo. Pero yo había prestado juramento.

13 de agosto

Elimane fue una especie de primer hombre que, expulsado del paraíso, no pudo encontrar refugio sino en aquel mismo paraíso, aunque en su cara oculta. En su reverso. ¿Y cuál... cuál es el reverso del paraíso? Hipótesis: el reverso del paraíso no es el infierno, sino la literatura. Significado: a Elimane no le quedaba otra que morir (¿o resucitar?) por la escritura después de que lo hubiesen matado como escritor.

Hay que ser un socialista socarrón como Auguste-Raymond Lamiel para ver en *El laberinto de lo inhumano* la obra de un «Rimbaud», aunque sea negro. Este libro es la baba de un salvaje que, tomándose por el maestro artificiero de una lengua cuyo fuego sutil a duras penas domina, acaba por quemarse las alas.

[...] La barbarie de los africanos solo es imaginaria: la hemos podido ver en el frente, durante la Gran Guerra, en esas aguerridas pero terribles falanges de negros que horrorizaron a los alemanes pero también a los franceses; la constatamos de nuevo en *El laberinto de lo inhumano*. África ya nos daba un poco de miedo. Ahora directamente nos repugna. La colonización debe continuar, y la cristianización de esas almas desgraciadas y condenadas debe proseguir. De lo contrario, tendremos más libros de este estilo.

[...] Todas esas páginas sin gracia demuestran que la civilización aún no ha penetrado en las venas de esos negros, que solo sirven para saquear, devorar, asar, quemar, emborracharse, fornicar, idolatrar arbustos, matar [...]

Édouard Vigier d'Azenac

Le Figaro

14 de agosto

Sanza nos ha invitado a su casa esta noche. He ido sin tener realmente ganas, pensando en la vanidad de lo que escribía yo, en la mentira de lo que escribía, en la distancia entre lo que escribía y la vida. Siga D. tenía razón: desde el pedestal de mis discursos sobre lo que era o debía ser la literatura, me lanzaba en grandes vuelos de halcón por encima del mundo; pero no eran más que vuelos de desfile y no de combate, de entretenidas exhibiciones circasianas en lugar de luchas a muerte. Me resguardaba tras la literatura como tras un cristal o un escudo; y al otro lado estaba la vida: su violencia, su cuerno, sus golpes de ariete en el estómago. Haría falta descubrirse y plantar cara, aguantar listo para encajar los trancazos y, quizá, para darlos. Iba a hacer falta, sin duda, un poco de valor; nada de regateos, nada de trucos, nada de acuerdos; solo valor. Era el precio.

En casa de Faustin Sanza no he participado mucho en la conversación, que me ha parecido insípida. Béatrice apenas si me ha saludado, luego nada más el resto de la velada. Todos parecían tener la cabeza en otro sitio. Sanza ha intentado lanzarnos algunas azagayas polémicas, pero han resbalado sobre nuestra coraza de indiferencia y hastío. Eva Touré no ha hecho ninguna foto para Instagram. Todo iba mal dado esta noche. La abreviamos. Béatrice me ha fulminado con la mirada antes de marcharse en Uber. Eva ha llamado a su taxi personal. Musimbwa y yo nos hemos marchado a pie. De camino, le he contado mis descubrimientos en la hemeroteca. Me ha preguntado si iba a ir a Ámsterdam. Le he dicho que era probable.

—Todo esto merece un libro —dice—. Lo sabes. Me habría encantado acompañarte en esta aventura, pero no puedo. He reflexionado mucho en los últimos días. Es otro libro el que tengo yo en mente. Vuelvo a la RDC. No sé si estoy preparado, pero debo ir.

Sé que en ese momento tendría que haber dicho alguna cosa solemne, reconfortante o hermosa, o simplemente una broma

que aligerase el peso del instante, pero no se me ha ocurrido nada: no he despegado los labios y el instante ha conservado su peso de silencio. Nos hemos ido cada uno hacia su libro.

Musimbwa raramente hablaba de su país natal. Yo solo sabía que había huido de la guerra, de niño, con una tía suya, fallecida el año anterior. Nunca me había contado las circunstancias de su huida, de sus padres, de su vida antes de Francia. Un día le había preguntado por qué nunca evocaba directamente su pasado. Nunca olvidaré su respuesta:

—Porque de Zaire no tengo más que recuerdos tristes. He pasado allí los momentos más felices de mi vida. Pero pensar en ello siempre me pone triste. Su recuerdo me confirma que no solo son pasado, sino que están destruidos por completo, y con ellos todo un mundo. De Zaire no tengo más que recuerdos tristes. Los malos, claro. Pero también los buenos. Me refiero a que nada entristece a un hombre como sus recuerdos, aun cuando sean felices.

No me había vuelto a atrever a hablarle de ese período de su vida. Aunque notaba que encerraba las claves de los enigmas de su obra. En todos sus libros, por ejemplo, había un personaje sordo, o potentes metáforas de la sordera. Nunca se explicó sobre este tema, pero yo tenía la intuición de que, en lo que a Musimbwa se refería, *todo estaba ahí*.

Caminamos juntos. Fue él quien interrumpió el silencio:

¿A partir de qué momento te convertiste en escritor, Faye? ¿Sabrías identificar un acontecimiento del que dirías, con perspectiva: este es el origen de la escritura en mí?

—Es difícil decirlo. Tal vez mis lecturas. Pero no sé si eso cuenta. No tengo un relato fundacional potente. No como el de Haruki Murakami, por ejemplo. ¿Sabes el origen fabuloso de su vocación de escritor? ¿No? Está en un partido de béisbol. Una pelota surca el aire con pureza y armonía, Murakami observa la trayectoria perfecta de esa pelota y sabe al verla lo que tiene que hacer, en qué va a convertirse: en un gran escritor. Esa pelota fue su epifanía literaria, su señal. Yo no he tenido pelota. No he tenido ninguna señal. Por eso digo que mi

origen como escritor son mis lecturas, creo. ¿Y tú por qué te hiciste escritor?

Me dijo que sí. Pero llegamos al cruce donde nuestros caminos se separaban y no pudo (o no quiso) decirme más sobre el origen de su vocación. Se limitó a preguntarme cuál sería la próxima etapa de mis investigaciones. Le respondí que aún no lo sabía con certeza, aunque era probable que pronto fuese a visitar a Siga D. en Ámsterdam. Él tenía planeado salir hacia la República Democrática del Congo en una semana. Quería presentarse allí con los menos preparativos posibles. Casi a la aventura, dijo sonriendo. Pero aquella sonrisa me entristeció un poco.

Nos prometimos vernos una última vez antes de que se marchara, para beber como nunca y leer a nuestros poetas y novelistas favoritos. No había otra manera, nos dijimos, de que dos jóvenes escritores que se habían hecho amigos y estaban a punto de precipitarse a lo desconocido pudiesen despedirse convenientemente. Creo, sin embargo, que sabíamos en el fondo que aquella borrachera literaria de despedida no tendría lugar jamás. Fue la última vez que nos vimos hasta mucho después. Solo habíamos fingido creer en esa próxima reunión para aligerar la manera en que se acababa aquella otra. Desde luego que nos llamaríamos, pero no nos volveríamos a ver. Cuando nos reencontrásemos, seríamos otros hombres. Tal vez nos habríamos convertido en hombres, sin más.

Llevamos unos días oyendo que el hoy por hoy famoso *El laberinto de lo inhumano*, de M. Elimane, en la editorial Gemini, es una ilustración de la civilización africana. Adversarios ideológicos cuyas respectivas lecturas se oponen en todo coinciden por lo menos en lo siguiente: el libro es africano. Por nuestra parte, no pueden estar más equivocados: este libro es todo lo que se quiera menos africano.

Esperábamos más color tropical, más exotismo, más penetración en el alma puramente africana [...]. El autor es leído. Pero ¿dónde está el África auténtica en todo esto?

El mayor punto débil de este libro es ser excesivamente poco negro. Y es una lástima que un autor manifiestamente dotado haya preferido encerrarse en un vano ejercicio de estilo y de erudición antes que dejarnos

escuchar lo que nos habría interesado mucho más: los latidos de su tierra. Esperemos que retumben en su próximo libro, que debería ser el desenlace de *El laberinto de lo inhumano*.

Tristan Chérel

La Revue de Paris

15 de agosto

¿Qué podemos saber realmente de un escritor?

En vista de las numerosas y dispares reacciones que suscita El laberinto de lo inhumano, hemos querido conversar con Charles Ellenstein y Thérèse Jacob. Estos dos jóvenes editores fundaron y dirigen Gemini, el sello que publica la controvertida novela.

Brigitte Bollème: Se comenta que *El laberinto de lo inhumano* es el libro de un autor enmascarado...

Charles Ellenstein: En París se comentan muchas cosas. De hecho, a menudo son ustedes, los periodistas, quienes las comentan. No todas son ciertas. Todos los autores llevan máscaras. Si quiere usted hablar del rumor que asegura que el libro no lo escribió Elimane, sino un autor establecido que habría adoptado un alias, es ridículo.

BB: ¿Por qué?

Thérèse Jacob: Porque existe. Elimane existe.

BB: ¿Y de verdad es africano?

TJ: Es africano de Senegal, como se indica en la contraportada del libro.

BB: Por lo visto tiene la misma edad que ustedes, más o menos...

CE: No exageramos en nada: es un poco más joven. De todas formas, no es la edad lo que hace al escritor.

BB: ¿Dónde está? ¿Por qué no está aquí, con ustedes?

CE: Es un solitario. Sabe, además, que el hecho de ser africano lo expondría a toda clase de comentarios, y no muy amables.

BB: Esta obra suscita mucha pasión entre la prensa, sobre todo por la figura original y misteriosa de su autor. Como comprenderán, habría que demostrar que es T. C. Elimane quien la escribió... Su silencio arroja una sombra sospechosa sobre su trabajo.

TJ: Elimane es consciente, y es un riesgo que está dispuesto a asumir.

BB: ¿Podrían por lo menos ustedes contarnos un poco más sobre él? ¿A qué se dedica? ¿Cómo lo conocieron? ¿Cómo es? ¿Dónde vive?

CE: Lo conocimos en una cafetería, por casualidad, el año pasado. Es una cafetería a la que vamos a menudo, y donde siempre veíamos a Elimane en una de las mesas, escribiendo con furor, sin prestar atención a nada ni a nadie. Se veía que era escritor. Esas cosas se notan. Un día

entablamos conversación. Elimane es un hombre arisco del que cuesta ganarse la confianza. El manuscrito nos gustó. Así empezó la aventura de este libro.

BB: ¿Qué piensa él del alboroto alrededor de su libro?

TJ: A mí no me parece que sea para tanto. En cualquier caso, él no se fija en eso, que yo sepa. No es algo que le interese.

BB: ¿Qué le interesa?

TJ: Lo que debería interesarle a todo escritor: escribir. Leer y escribir.

BB: ¿De verdad es africano? Perdón por insistir, pero comprenda que para nuestros lectores no es común que un africano...

TJ: ¿... escriba así?

BB: ... escriba, a secas. Y dé tanto que hablar en el mundillo literario. Por otra parte, ¿sabe usted que Auguste-Raymond Lamiel, en *L'Humanité*, ha apodado a Elimane el «Rimbaud negro»?

TJ: Suya es la libertad y la responsabilidad de esa comparación.

BB: ¿Podemos esperar ver a T. C. Elimane en un futuro?

CE: Todo dependerá de él. Pero me sorprendería.

La entrevista termina así. Cuesta decir qué hay que pensar de todo esto. Charles Ellenstein y Thérèse Jacob intentan guardar el secreto de la identidad de su misterioso amigo. He aquí la paradoja: sabemos un poco sobre él, pero su misterio permanece íntegro.

B. Bollème

La Revue des deux mondes

18 de agosto

¿Qué se puede saber realmente de una obra?

Al leer ciertos comentarios a propósito de *El laberinto de lo inhumano*, no cabe duda: es el color del escritor lo que molesta. Es su raza lo que escandaliza. El señor Elimane ha aparecido demasiado pronto, en una época que aún no está preparada para ver a los negros destacar en todos los campos, incluido el de las Artes. Puede que llegue ese día, ¿quién sabe? De momento, el señor Elimane tiene que ser un precursor valiente, un ejemplo. Tiene que mostrarse, hablar y demostrar a todos los racistas que un negro puede ser un gran escritor. Desde aquí le mandamos nuestro apoyo más firme y fiel. Ponemos nuestras columnas a su disposición.

Léon Bercoff

Mercure de France

19 de agosto

Le escribí un mail a la Araña Madre. Estaba listo para ir a verla a Ámsterdam. Ella me respondió de inmediato: *Te espero, Diégane Faye*.

Cogí los billetes de tren para el fin de semana siguiente, viva la beca de la República.

A continuación, busqué algunas fotos de Brigitte Bollème en Internet. La mayoría eran de los años setenta, década durante la cual Bollème, jurado influyente del premio Femina, entrada en la sesentena (nació en 1905), accedió a las cumbres literarias y mediáticas. En las fotos, Brigitte Bollème miraba siempre directamente al objetivo, como si quisiera, con esta mirada franca, mandar un mensaje hacia el futuro.

El laberinto de lo inhumano o la verdadera fuente

de una impostural

por Henri De Bobinal

Profesor de etnología africana en el Collège de France

Pasé varias temporadas en África, y más en concreto en la colonia de Senegal, entre 1924 y 1936. Durante una de ellas, entre 1929 y 1934, descubrí y estudié a un extraño pueblo, los basari. Pasé bastante tiempo con los basari como para afirmarlo con seguridad: la obra de T. C. Elimane es la vergonzosa reescritura de uno de los relatos de la cosmogonía basari. La trama de *El laberinto de lo inhumano* reproduce a grandes rasgos, mezclando episodios novelescos, el mito fundador de este pueblo. Escuché este mito en 1930.

Cuenta cómo un rey antiguo fundó el reino basari. Este rey, cruel y sanguinario, quemaba a sus enemigos y a veces a sus propios súbditos. Luego mezclaba la carne con abono para plantar árboles cuyos frutos lo hacían más fuerte. En poco tiempo, aquellos árboles se convirtieron en un inmenso bosque, y el rey tuvo suficientes frutos para reinar de por vida. Un día, mientras se paseaba solo por el bosque, el Señor se topó con una chica (o una diosa: se dice igual en el idioma basari) de cuya belleza quedó prendado. La mujer-diosa se internó en el bosque, el rey la siguió y acabó perdiéndose. Vagó durante años, entre los árboles que habían crecido gracias al macabro estiércol del rey. Entonces le tocó enfrentarse a sus antiguos crímenes, porque en cada árbol le hablaba el alma de una

persona quemada viva. El rey llegó a rozar la locura, y entonces, en el instante en que iba a morir, tras haber escuchado el relato de cada árbol, la mujer-diosa reapareció y le devolvió la cordura y la vida. Acto seguido salieron los dos del bosque. El rey creía llevar años desaparecido, pero una vez fuera del bosque se reencontró con su corte y sus súbditos le dijeron que solo se había ausentado cuatro o cinco horas. El rey comprendió entonces que los dioses lo habían puesto a prueba. Se casó con la mujer-diosa y rebautizó a su pueblo como «basari», que significa «los que veneran a los árboles».

Le conté este mito extraordinario a Marcel Griaule y a Michel Leiris cuando visitaron la región basari en 1931, al frente de la célebre expedición etnológica Dakar-Djibouti. Se quedaron fascinados. De hecho, Leiris me citó vagamente en *El África fantasmal*.

Ya ven las preocupantes semejanzas entre el mito y el libro del señor Elimane. Está claro que ha reescrito, casi sin cambiar nada, este relato. A esto se le llama plagio. Es posible que lo haya hecho con una intención noble (dar a conocer la cultura basari), pero entonces, ¿por qué no hace alusión a ese pueblo que quizá es el suyo? ¿Por qué escribe como si solo le debiese esta historia a su imaginación o a su talento?

Apelo a la honestidad del señor Elimane, pues. Si conserva algo de ella, le honraría reconocer públicamente su culpa. Sin duda no saldrá purificado, pero sí engrandecido, desde luego. Y, con él, el pueblo basari.

Henri de Bobinal

21 de agosto

Stanislas y yo estábamos almorzando en un paquistaní cuando me dijo, mientras se terminaba sus samosas:

–Se me olvidó contarte una cosa. Ayer estaba hojeando el *Diario* de Gombrowicz. Era principios de los años cincuenta. Por entonces vivía en Argentina, igual ya lo sabes. En una entrada, escribe: «Sabato me ha presentado a un escritor africano recién llegado. Un tipo extraño. Voy a ver qué tal su libro. Sabato me lo ha regalado.» Dos páginas más adelante había leído el libro en cuestión. Mira qué escribe: «Terminado el libro del africano. Uno se pierde en su *Laberinto* (por inhumano que sea) con gusto, a pesar de tanto virtuosismo fútil de sabelotodo.» A lo mejor es una coincidencia. A lo mejor habla de otro texto, de otro africano. Pero aun así: *Laberinto... inhumano*. Hay una posibilidad de que... ¿Sabes si Elimane estuvo en Buenos Aires en los años cincuenta?

–No lo sé. Aún no lo sé. Pero Siga D. lo debe saber. Ella me lo dirá.

El artículo del señor Henri de Bobinal acaba de confirmarlo: el asunto Elimane no ha hecho más que empezar. En efecto, intrigado por la intervención de su colega de etnología, Paul-Émile Vaillant, titular de una cátedra de literatura en el Collège de France, nos contactó tras la lectura del libro del señor Elimane.

El erudito estaba asombrado de encontrar «fusiladas literarias» tan sutiles como evidentes. Ha descubierto en el propio texto como un gran forro, frases escritas calcadas, extraídas de autores europeos, americanos y orientales del pasado. Ningún gran texto parece haber escapado a la reescritura, desde la Antigüedad hasta la época moderna [...]

El señor Vaillant ha condenado, claro está, semejante proceder, pero también dice haber quedado impresionado por la capacidad del autor de poner todos esos fragmentos de libros uno tras otro, mezclarlos en su propia prosa y en el relato de una historia original, y que, sin embargo, el texto no se volviese incomprensible.

Albert Maximin

Paris-Soir

22 de agosto

Último día de Musimbwa aquí antes de su vuelta a la RDC. Me telefoneó y enseguida lo comprendí: estaba experimentando ese miedo súbito que calienta el pecho la víspera de los grandes viajes. Sin embargo, su aprensión me tranquilizó: significaba que el viaje inminente respondía a una verdadera *llamada*. Me dijo que le habría gustado llevarse *El laberinto* consigo, luego me deseó buena suerte en mi búsqueda de T. C. Elimane. Le di las gracias, después le supliqué que no escribiese el enésimo *libro sobre el regreso al país natal*. Él me prometió evitar ese inmundo lodazal que el exilio abría a los pies de todos los escritores que creían volver a casa. Nos reímos, y ahí quedó la cosa. Nos dijimos adiós. Colgamos.

Entonces abrí mi ordenador y empecé a reseguir *El laberinto de lo inhumano*. Les seguí la pista a las palabras, como un perro de caza, un detective, un celoso. Desplegué mi seguimiento de escriba en el corazón molecular de la frase de Elimane. No volví a copiar el texto. *Lo escribí*; soy el autor, como el Pierre Menard de Borges fue el autor del *Quijote*. Cuatro horas después había acabado. Envié el archivo por correo a Musimbwa con estas palabras: «para el camino». Él respondió de inmediato: «Estás chiflado, colega, pero gracias.» Entonces me fui a comer al restaurante africano. El *koriste* se afanaba con unos éxitos de moda. Eso me puso triste y me sorprendí, mientras me comía mi *mafé*, echando de menos la vieja y monótona balada mandinga.

Hay que reconocerlo: T. C. Elimane, cuyo libro tanto nos había gustado, es un plagiador. A pesar de todo, seguimos diciendo que nos encontramos ante un autor de gran talento, independientemente de lo que piensen imbéciles como Vigier d'Azenac. ¿Acaso toda la historia de la literatura no es sino la historia de un gran plagio? ¿Qué habría sido Montaigne sin Plutarco? ¿La Fontaine sin Esopo? ¿Molière sin Plauto? ¿Corneille sin Guillén de Castro? Tal vez el verdadero problema es la palabra «plagio». Sin duda, las cosas se habrían desarrollado de otra manera si en lugar de eso se hubiese empleado el término más literario, más erudito, más noble, en apariencia al menos, de «innutrición».

El laberinto de lo inhumano deja bastante a la vista sus préstamos. Ese es su pecado. Puede que ser un gran escritor no consista más que en el arte de saber disimular sus plagios y referencias [...].

Auguste-Raymond Lamiel

L'Humanité

23 de agosto

Esta noche he soñado con Elimane. Me decía: ¿Qué haces tú aquí, en este viaje en órbita alrededor de la soledad y del silencio, qué haces aquí? Sé que le he respondido algo bonito: una frase espiritual y desesperada, de esas que solo te encuentras en un sueño, o al final de una carta de Flaubert, o en boca de algunos taxistas senegaleses que, en pleno atasco, entre una maldición grosera y un escupitajo por la ventanilla, profieren luminosas máximas filosóficas. Era una frase de ese tipo, lo sé. Evidentemente, al despertarme la había olvidado. Eso me ha dejado triste todo el día.

La editorial Gemini acaba de retirar de la venta todos los ejemplares de *El laberinto de lo inhumano*. También ha anunciado que, tras indemnizar a ciertos autores plagiados, echará el cierre.

Charles Ellenstein y Thérèse Jacob, los dos fundadores de la editorial, no han dicho nada sobre T. C. Elimane. El autor se habría manifestado sobre «su» escándalo mediante su ausencia, su estridente silencio. [...]

En el mundillo literario, la mistificación divierte y molesta a partes iguales: en cuestión de semanas, desaparece. Los críticos se han dejado engañar. T. C. Elimane, en cierto modo, ha arrojado una sombra de duda sobre su credibilidad, su seriedad, y tal vez sobre su cultura.

La cosa es más indignante si se confirma que el tal T. C. Elimane es africano. Porque entonces habría infligido un rotundo agravio a los depositarios de una cultura que pretendió civilizarlo.

Esperemos que algún día se sepa la verdad sobre este escándalo.

Jules Védérine

Paris-Soir

24 de agosto

Stanislas se ha ido a pasar unos días en Polonia. Todavía le queda familia. Me ha pedido que lo tenga al tanto de mis pesquisas sobre Elimane.

Como estoy solo, he invitado a Béatrice Nanga a cenar. Ha sucedido lo que me temía: ha aceptado. Ha llegado y los primeros minutos han sido espantosos y han dispuesto el camino para un largo calvario de malestar. Nos han pasado por delante varios ángeles, en absoluto cubistas. Me ha preguntado si tenía noticias de Musimbwa. No, ¿y tú? No. Espero que haya llegado bien. Yo también. Nuevo silencio. He vuelto a servir bebida. He vaciado mi vaso enseguida. ¿Pasamos a la mesa? Sí. He servido. Ella ha probado y no ha dicho nada. Yo me he hundido hasta el fondo en la silla. Pero eso no ha servido de nada: había que hablar y la palabra podía ser dura, hiriente. Las cartas sobre la mesa, como se suele decir. Le he soltado, sin paños calientes:

—¿Estás enfadada conmigo por no haber entrado en tu habitación la última vez, Béa?

—No eres el único hombre sobre la faz de la tierra —me ha respondido, burlona—. Y el que sí que entró esa noche estaba sobradamente dotado por la naturaleza, además de saber lo que se hacía. Ya debiste de oírme. —Ha clavado sus ojos en los míos, una mirada que pretendía ser cruel, que creía que era cruel, pero que a mí solo me parecía triste—. Pero estoy enfadada contigo, sí. Aquello no iba solo de cuerpo ni de deseo.

—¿De qué iba, entonces?

Se ha lanzado hacia mí como un torpedo.

—Nunca te haces cargo de lo que piensas. Siempre hablas de matiz, de complejidad. ¿Tú te crees que el pensamiento es eso, ser inteligente, ser listo? Tanto sobre los temas más serios como sobre los más ordinarios, tu pensamiento es un vaivén constante. Quieres. Pero, pensándolo bien, no quieres. Crees y dudas en la misma frase. ¡Una vida de tal vez! ¿Eso es lo que

quieres? Nunca sabemos lo que piensas. Para ti, el mundo es una fina línea entre dos abismos. Al principio, sí, aquella noche, cuando vi que no venías, me enfadé contigo; me decepcionó porque yo te tenía ganas y tú decías que también. Pero, tras reflexionar, lo frustrante es tu actitud general en el mundo o ante el mundo. ¿Qué te importa, a ti? ¿A qué deseo obedeces? ¿A qué eres fiel? Hasta en las discusiones sobre *El laberinto de lo inhumano* pareces indiferente, como si lo que te interesara fuese ver cómo nos inflamamos. Pero ¿dónde está tu fuego? Estoy enfadada contigo porque atraviesas las cosas y la gente como los fantasmas atraviesan las paredes. Se encariña una de ti, y durante un tiempo pareces encariñarte tú también. Pero una noche te largas, nos despertamos, tu sitio a nuestro lado está frío y no sabemos por qué te has ido ni adónde. Solo sabemos que no volverás. Las personas no somos ensayos, no somos conejillos de Indias, yo no soy una puta rata de laboratorio, Diégane. La gente no es materia literaria disponible en todo momento, una frase a medio hacer que tejes en tu mente con una sonrisa irónica. ¿Sabes en qué te supera Musimbwa? Os parecéis en muchísimas cosas, pero él sabe ver a la gente. Comparte el mismo suelo. Folla cuando hay que follar, bebe cuando hay que beber, consuela cuando puede, no le da miedo entregarse, equivocarse. Es un hombre. Y no es menos escritor. Es cálido. Tú eres frío. Ciego a la gente, al mundo. Tú te crees escritor. El hombre que hay en ti muere de eso. ¿Entiendes?

Todo esto lo había dicho sin respirar, como en una actuación, pero yo veía claramente que todas aquellas palabras le salían de las entrañas. Le había temblado la voz, había notado lágrimas. Cuando se ha callado, he mirado por la ventana el cielo nocturno. De pronto me he sentido muy cansado y he suspirado.

—A lo mejor tienes razón.

—¿Eso es lo único que se te ocurre?

—No se puede decir otra cosa. Tienes razón.

—Realmente no entiendes nada.

Con estas palabras, se ha levantado y ha cogido sus cosas. Lo siento, Béatrice. No me ha respondido a estas palabras que, por otra parte, solo había pensado. Se ha dado la vuelta y se ha marchado.

He salido al balcón y he mirado abajo. Mi calle, normalmente animada, estaba vacía esta noche. Solo he visto la silueta de Béatrice que se alejaba, y esta imagen ha hecho que me entrasen ganas de llorar.

25 de agosto

Aïda, durante nuestra última noche, me había dicho con su estilo característico, breve y cortante:

—Ayer leí *Anatomía del vacío*. Quería hablarte de eso antes de marcharme. Perdóname si soy muy bruta. Me halaga que me hayas dedicado tu primer libro publicado. Pero es evidente que aún no eres escritor. O, más bien, aún no sabes qué tipo de escritor quieres ser. No te percibo por ninguna parte en el libro. Estás ausente. No lo habitas. No te habita a ti. En ese libro no hay ni mal ni melancolía. Es demasiado puro. Demasiado inocente.

Yo contesté que consideraba pretenciosa la idea de escribir para estar en el lado del mal. El mal auténtico, dije, no se escribe, sino que se comete. Lo que hacen falta son gestos, Aïda, no palabras, no libros, no ensoñaciones: gestos. Aïda no dijo nada. Yo seguí y dije que no escribía ni a partir de la melancolía ni para alcanzarla. Escribía, me daba igual lo que ella pensase, para encontrar la última senda de la inocencia sobre la tierra.

Aïda había sonreído sin añadir nada, permitiendo así que consagrásemos el poco tiempo que nos quedaba al amor en lugar de a las palabras. Sin embargo, las suyas no se me borraron.

Hoy, más de un año después de esta conversación, me abruma la estupidez de mis respuestas. El mal es la gran cuestión. La inocencia no sucede en la literatura. Nada bello se escribe sin melancolía. Podemos representarla, travestirla, prolongarla en tragedia absoluta o transmutarla en comedia infinita. Todo está permitido en las variaciones y combinaciones que ofrece la creación literaria. Levantamos la trampilla de la tristeza y la literatura hace subir del hueco una gran risotada. Entráis en un libro como en un lago de dolor negro y helado. Pero, en el fondo, descubrís de pronto la atmósfera jubilosa de una fiesta: tangos de cachalotes, zouks de caballitos de mar, twerks de tortugas, moonwalks de cefalópodos gigantes. Al principio es la melancolía, la

melancolía de ser un hombre; el alma que sepa mirarla hasta el fondo y hacerla resonar en cada cual, solo esa será el alma de un artista: de un escritor.

Escribo estas pocas líneas caóticas y perentorias en el tren que me lleva a Ámsterdam; Siga D. me espera. Llevo *El laberinto de lo inhumano*. También llevo mi cuaderno, donde figuran mis anotaciones de la hemeroteca. A partir de esta noche, o de mañana, averiguaré más. Pero ¿sobre qué? ¿Sobre quién? ¿*El laberinto de lo inhumano*? ¿Su hipotética continuación? ¿Elimane? ¿Siga D.? ¿Sobre mí mismo?

Lo que buscamos, mi buen Diario, no puede ser nunca la verdad como revelación, sino la verdad como posibilidad, resplandor al fondo de la mina donde cavamos desde siempre sin linterna frontal. Lo que persigo yo es la intensidad de un sueño, el fuego de una ilusión, la pasión de lo posible. ¿Qué hay al fondo de la mina? Otra vez la mina: la gigantesca muralla de hulla, y nuestra hacha, y nuestros golpes, y nuestros suspiros. Ahí está el oro.

Levanto la mirada: no hay ninguna estrella brillante a la que seguir; solo hay un cielo que se mueve, a veces tempestuoso, siempre silencioso, que gira encima del mundo. Los mapas estelares ya no se dejan leer: el cielo también es un laberinto, y no es menos inhumano que el laberinto de la tierra.

Primer biografema

Tres notas sobre el libro esencial

(Extractos del diario de T. C. Elimane)

Te gustaría escribir un solo libro. En el fondo sabes que solo uno cuenta: el que engendra el resto de los libros o el que estos anuncian. Te gustaría escribir el libro bíblica, la obra que mate a todas las demás, que borre todas las que lo han precedido y disuada a las que pudiesen sentirse tentadas de nacer después, de ceder a esa locura. En un gesto, abolir y unificar la biblioteca.

Pero todo libro que aspire al absoluto se elide en el fracaso; y es en la visión lúcida de este fracaso inminente donde late el corazón ardiente de la tentativa. Deseo absoluto, certeza de la nada: he aquí la ecuación de la creación.

La funesta pretensión del libro esencial es trazar un círculo alrededor del infinito; su deseo, tener la última palabra ante el largo discurso del que constituye la frase más reciente. Pero no hay una última palabra. O, si la hay, no le pertenece, ya que no les pertenece a los hombres.

¿Con qué tinta se escribe el libro que tiene por toda pretensión su propia ausencia? ¿En qué palabra se desplegará la obra que ha desvelado su intención de guardar silencio?

Vacío de la ignorancia. Vacío de la estupidez. Vacío del miedo. Pero el vacío es lo que no acaba de darse fin, y es siempre en el parpadeo que separa uno de sus suicidios del siguiente donde el escritor, si intenta habitarlo, experimenta la hoja cegadora y mortal de las intuiciones y de las clarividencias:

El libro esencial se escribe con la lengua de los muertos;

El libro esencial se inscribe en el tiempo del olvido;

El libro esencial suscribe la impresencia (ni presencia ni ausencia).

En este instante, el vacío se degüella, y en el grito mudo que abre la hoja en su carne, creíste oír desmocharse, caída de la cabeza palpitante, una última hipótesis, terrible y terriblemente serena:

El libro esencial no se escribe.

De camino al libro esencial, la tentación de callarse es a veces tan vana como la de hablar. Por la misma razón, un cenobitismo vacío mata tan eficientemente como un parloteo enérgico: ambos creen que lo esencial depende de una postura que se toma ante la lengua o ante el mundo, cuando lo esencial proviene de una sumisión a una lengua del intersticio. Para provocar el seísmo interior, hay que encontrar el defecto y trabajarlo.

Tú captas la verdad de todo esto: si solo se trata de complacer, por el mutismo o por el verbo, a la mística de la soledad, pero sin darle una sustancia, o mejor aún, una verdad, sigues escogiendo morir de inmediato. Existen despedidas vacías y compañías vacías. Algunos silencios hinchados no encierran nada, se les hunden encima palabras que querrían ser decisivas pero cuyos cimientos tiemblan en el momento crucial, cuando llega la hora de sostener el auténtico corazón de las cosas. Armado de silencio o de palabras, ir a la verdad, al libro esencial, exige principalmente valor.

¿Te bastará ahora para empezar tu libro, ahora que ya no te va a atormentar la sombra de tu padre? ¿Tendrás su valor, el valor de escribir lo que llevas en tu corazón? Detén aquí este diario y empieza tu libro: entra en El laberinto de lo inhumano.

Libro segundo

Primera parte

El testamento de Ousseynou Koumakh

I

La habitación: antes de entrar ya tenías metido hasta la garganta el interior de su vientre: el olor de la vejez, de la enfermedad y de la debilidad del cuerpo del que se escapan todas las pestes cuando se acerca el fin. A mi padre solo lo he conocido viejo. No he hecho más que aprender a odiarlo como he odiado esta habitación de la que casi no salió durante los últimos años de su vida. Padre y habitación habían acabado siendo uno. Vuelvo a pensar en mi padre: antes de que aparezca su rostro de ciego, lo que noto primero es ese olor. Lo veo. Lo toco. Me agarra las tripas y me las revuelve. Luego solo el olor toma cuerpo y esa carne se convierte en la cara de mi padre. Me impuso su olor vivo; me lo inflige hasta después de enterrado. Fétido aliento. Escupitajos viscosos. Incontinencia urinaria. Secreciones anales. Higiene somera. Inevitable putrefacción del conjunto. Mi padre era una vieja carroña insoportable de ver. Siempre lo conocí así, desde mi infancia hasta aquella noche en que me había mandado llamar. Estábamos en 1980, yo tenía veinte años, él noventa y dos.

Había llamado seis veces a la puerta de cinc de su cuarto, como lo exigía la regla. Tres veces primero, espera, otras tres veces. Si no había respondido después de esta última ráfaga, te ibas: estaba dormido u ocupado. Te tocaba volver más tarde. Era la ley de la casa. Solo las esposas de mi padre podían infringirla. Mame Coura, Yaye Ngoné y Ta Dib tenían derecho a entrar en la habitación de mi padre en cualquier momento, para cambiarlo o para limpiar. Las tres mujeres de mi padre se relevaban a la cabecera de su cama con una abnegación que durante mucho tiempo me pareció incomprensible. Para explicármelo, me decía a mí misma, durante mi infancia y adolescencia, que irrumpían en aquella habitación inmunda menos para cuidar u ocuparse del moribundo que la habitaba que para ver si seguía con vida. Y cada una esperaba anunciar la buena nueva a sus coesposas. Me imaginaba su cónclave en voz baja tras cada excursión de una u otra:

—¿Entonces qué? —decía Yaye Ngoné con la voz vibrante de esperanza.

—No hay manera —respondía con impotencia Mame Coura, que acababa de salir—. Todavía respira.

—Ahora iré a ver —añadía Yaye Ngoné tras unos segundos para digerir esta nueva decepción—. A lo mejor Dios le ha ahorrado estos sufrimientos inútiles...

—Dios te oiga —concluía Ta Dib—. Dios nos oiga.

(Pero Dios no oía nada, porque Dios se había reventado los tímpanos para sobrevivir y conservar su salud mental.)

Estas ficciones me sirvieron durante mucho tiempo para justificar la actitud de las tres mujeres con mi padre. Pero igual me equivoco. Igual les estoy atribuyendo a esas mujeres que en realidad no conocí unos razonamientos que no se corresponden con su experiencia, separada de la mía por unos precipicios inmensos. Es posible que simplemente lo amasen. Después de todo, era su marido: la puerta de su paraíso, como la tradición les había inculcado desde su nacimiento. Mame Coura, Yaye Ngoné y Ta Dib eran mis madrastras. Me criaron, porque mi madre, pocos minutos después de darme la vida, perdió la suya.

Pero vuelvo al umbral del cuarto. Tres golpes. Espera. Silencio. Otros tres golpes. Rezar por que se hubiese dormido o muerto y que no obtuviese respuesta.

—Entra.

Pifiada. Respiré hondo, luego me quité las sandalias frente a la puerta y entré. Una lamparita de aceite proyectaba su luz débil y sucia por el cuarto. En realidad, iluminaba poco más que la cama. Alrededor de este círculo, la penumbra de una región ajena. Ahí estaba aquella carroña paterna. Lo veo de nuevo en el centro de su cama y de su pestilencia, inmóvil como una efigie funeraria. ¿Guardaba una conciencia clara de lo que lo rodeaba? ¿Le funcionaba aún el olfato, o había terminado por disminuir de tanto oler aquel tufo nauseabundo? Llevaba unos segundos en su madriguera cuando se movió para incorporarse sobre los codos. Gimió por el esfuerzo. Todo el peso de sus noventa años pasados lo encogía en medio de la

cama, de pronto grande para el atleta de imponente estatura que había sido. Se apartó la colcha de los delgados muslos. Vi en la penumbra su perfil demacrado, su torso desnudo y débil, sus hombros caídos, el dibujo saliente de cada costilla. Echó la cabeza atrás un instante y creí que se le iba a caer por el peso, tan frágil y desprovisto de fuerza se me antojaba su cuello. Un fuerte hedor a orina me invadió cuando se movió para girarse hacia donde yo estaba. Me llevé la mano a la cara instintivamente para taparme la nariz. Por un instante, olvidando que estaba ciego, temí que me viese. Tendió un brazo nudoso y seco hacia los pies de la cama, de donde cogió un gran bote de hojalata lleno de arena hasta la mitad. Era su escupidera. Carraspeó. Desvié la mirada para no ver lo que venía a continuación. Pudor inútil, porque el ruido me dio una idea de la profunda y viscosa expectoración que siguió. Oí colocar de nuevo el bote en el suelo y, solo en aquel momento, dirigí la mirada hacia él. Sus ojos, vacíos pero abiertos, me esperaban ya.

—¿Te parezco repugnante, Marème Siga?

Se le había vuelto difícil hablar. Mientras lo hacía, su boca se torcía en una mueca que habría sido cómica si no transformase su cara en una proyección del sufrimiento y de la debilidad que podían herir a cualquier persona —yo incluida— a quien la edad tortura y degrada a veces. En el rictus doloroso de aquel hombre, mi padre detestado, vi mi rostro futuro.

—Te doy asco, ¿es eso?

El tono, esta vez, era más agresivo. No respondí y traté de sostener su mirada muerta. Era lo único que transmitía vitalidad en todo su ser. Sus ojos no veían desde sus años mozos. Pero cuando los abría y los posaba sobre ti, Diégane, tenías que reprimir un estremecimiento. Todo a tu alrededor se desmoronaba bajo la vejez y la pestilencia, pero aquella mirada aguantaba en medio de aquel esqueleto. Era como el último vestigio de orgullo de mi padre ante la ruina del resto de su cuerpo. Su boca se torció una vez más, pero la agresividad había desaparecido. Una especie de gratitud triste y resignada la sustituyó:

—Sí, te doy asco, Siga. Pero tú, al contrario que las otras, nunca has tenido la hipocresía de disimularlo. No necesito ojos para ver eso.

Volvió a tumbarse. Aliviada al verme libre de su mirada, inspiré el acre perfume del cuarto, que me abrasó la garganta. Mi padre respiraba con dificultad. Un lento silbido le subía del pecho.

—Mame Coura me ha dicho que querías verme.

—Sí —dijo—. Me ha contado que querías continuar tus estudios en la capital, ahora que has aprobado el examen. No me voy a oponer. No servirá de nada. Tarde o temprano te marcharás. Tarde o temprano —repitió mi padre— te vas a ir. Lo sé desde el día en que viniste al mundo. He leído tu porvenir y lo conozco. Puedes marcharte cuando quieras. Ya he transmitido mis instrucciones a Coura. Ella te dará el dinero una vez establecida. También tenemos parientes en la ciudad. Podrás vivir con ellos. Están avisados. Pero quería decirte algunas cosas antes de que te vayas. Eres mi última hija, la única que tuve con tu madre. Viniste al mundo cuando yo tenía edad de sobra para ser tu abuelo. Es verdad: esta diferencia de edad no nos ha ayudado. Pero no es por eso por lo que no he estado muy cerca de ti. Hay otro motivo. Quiero contártelo antes de que te vayas. Sé que no nos volveremos a ver en esta vida.

Ni en ninguna otra, había pensado yo. Recuerdo claramente haberlo pensado, y aún lo pienso, Diégane.

Siga D. se calló. Eran casi las dos de la madrugada. Una hora antes había tocado el timbre de la Araña Madre. Mi GPS me había guiado hasta su casa. Cuando Siga D. me abrió me quedé paralizado unos segundos en los escalones. El recuerdo de mi última noche con ella me clavó allí como una cadena. Ella enseguida había desactivado mi vergüenza haciendo una broma, luego me había dado un beso en la comisura de los labios, con toda la sencillez del mundo. Se apartó al momento. Entré rozando los pechos literarios.

—Lo que quiero —le había dicho enseguida— es pasarme el

resto de la noche escuchando todo lo que me falta por saber a propósito de T. C. Elimane. Todo lo que me puedas contar.

Ella se burló de mi ambición y me metió prisa. Nos instalamos en el salón. Me había obligado a hablar de cosas que no me parecían realmente urgentes, el progreso (¿qué progreso?) de mi segunda novela, por ejemplo, antes de consentir por fin, cuando yo pataleaba ya de impaciencia, en llevarme a la habitación de su padre. Me advirtió: es una larga historia, debes ser paciente, pero comienza en este cuarto.

La Araña Madre se quedó observando el silencio. Yo ya me había topado con la silueta de su padre en algunos de sus textos, pero enfrentarse a él y vérselas con su olor aquella noche era otra cosa. En adelante, lo vi tendido en el sofá cama al pie del cual el bote de hojalata lleno de arena esperaba sus pegajosos humores. Siga D. lo contemplaba echando chispas por los ojos. Retomó la palabra:

—Pocos escritores han sido fieles al odio contra sus padres. En los libros donde ajustan cuentas o interrogan simplemente una relación difícil con ellos, siempre acaba por aparecer un poco de amor, un poco de ternura que atenúa el puro impulso de su pura violencia. ¡Qué desastre! La vida les ofrece un regalo inesperado y ellos lo echan todo a perder en el sentimentalismo estúpido que sentimos por nuestros progenitores. ¡Qué desastre más inmundito! Yo espero seguir odiando a mi padre, y no flaquearé. Él nunca flaqueó. Él me privó de su amor hasta el final. No me consideraba digna. Esa fue su lección y yo me la aprendí bien. Si dejo de odiar a mi padre, ¿qué quedará de él en mí? Ese es su legado más profundo. Es mi herencia y debo ser digna de ella. Puedes contar conmigo, Ousseynou Koumakh. Puedes contar con mi odio aún por mucho tiempo, padre mío.

En el sofá, a modo de respuesta a la declaración de su hija, una tos violenta sacudió el cuerpo enfermo de Ousseynou Koumakh, pero no le dio tiempo a coger la escupidera y la saliva viscosa, rojiza, salió de su pecho y saltó con tanta fuerza que fue a parar a los pies de Siga D. Ella ni se inmutó y prosiguió:

—Quizá crees que no te quiero porque le robaste la vida a tu madre, me dijo. No tergiverso tus palabras, son las que pronunciaste, ¿verdad?, le respondí yo.

Siga D. continuó:

—No, no tergiverso nada, eso es lo que me dijo: Quizá crees que no te quiero porque le robaste la vida a tu madre. Y, en efecto, Diégane, eso era lo que yo pensaba. Mi padre me había enseñado muy pronto que debía tratar a Mame Coura, Yaye Ngoné y a Ta Dib como si fuesen mis madres, pero que ninguna de ellas lo era, porque mi verdadera madre, mi progenitora, había muerto pocos minutos después de mi nacimiento. Me lo había dicho con un tono acusador y frío. Yo tenía seis años y, desde aquel día, me dije que si no me quería, si me castigaba, si no me hablaba, era porque le había quitado la vida a mi madre. La mía no me había bastado. Había tenido que robar la de mi madre para quedar satisfecha. Me aferré a esta explicación durante largos años. Puede que fuese cruel, pero tenía la ventaja de ser simple y creíble para justificar la distancia de mi padre, su dureza para conmigo, su rechazo deliberado a responder a mis ojos infantiles, a mis tonterías de niña, a mis ruegos, a todo lo que me inventase o hiciese para tener derecho a su simple atención, no a su ternura, que manifestaba con la moderación de un avaro, sino solamente a su simple y banal atención a mi existencia. A veces llegaba yo, él me gruñía con violencia o me pegaba sin contenerse, y aquellos días formaban parte de los más tranquilizadores de mi infancia. Eran días en los que me veía, o se acordaba de que existía y me mostraba su desamor con fuerza. Me aferré a esa violencia porque me permitía los escasos contactos físicos que tenía con él. Así que exageraba mi insolencia. Ponía a prueba sus límites. Violaba sus normas. Cultivaba la descortesía de mis modales. El impudor de mi lenguaje. Me peleaba. Robaba. Todo con tal de que me viese. Él me pegaba. Yo iba más lejos. Le provocaba. Que me viese. Con tal de que me demostrase su falta de amor. A veces me daba unas palizas de muerte. Los vecinos ya ni venían en mi ayuda. En el pueblo me creían poseída, y si mi padre, con reputación de curandero, no

lograba curarme, nadie iba a poder. Mis madrastras no entendían los motivos de mi comportamiento. Ellas hacían todo lo posible por llenar la ausencia de mi madre; me trataban a veces incluso mejor que a sus propios hijos (cosa que me hacía parecer a los ojos de estos últimos como la oveja negra de los hermanos), intentaban sacarme de la condición de huérfana. Pero sus esfuerzos eran en vano: yo llevaba la muerte de mi madre dentro de mí, yo era aquella muerte, ya que le debía mi vida. Mi padre me lo recordó con frecuencia, con tanta frecuencia que, hasta en mis sueños más felices, no se elevaba el sol, sino otro astro: la cabeza de mi madre, flotando sin cuerpo en el cielo. Escribí en mi primer libro que mi madre me había enseñado la soledad. Es verdad. Pero, paradójicamente, nunca he podido estar sola. En lo más hondo de mí está ella. Me la he tragado para poder vivir. Siempre la he sentido dentro de la barriga. Este asunto es lo que me ataba a mi padre. Y nada nos iba a librar de eso. Ni su indiferencia envilecida de odio ni los esfuerzos de mis madrastras para que fuese menos salvaje. Era imposible. Desde mi primer llanto estuve destinada a esto: a ser odiada por mi padre por haber costado tan cara. Por lo menos eso es lo que yo creí hasta aquella noche. Y eso le respondí. Le dije: Sí, eso creo. Creo que nunca me has querido porque mi madre tuvo que morir para que yo viviese.

—Te equivocaste —creí oír que gemía el padre desde el sofá cama, aunque Siga D. continuaba hablando—. Amé a tu madre, pero solo Dios le quitó la vida. Yo sabía que moriría y acepté ese destino. Lo había visto. Pero también había visto lo que ibas a ser tú. Y eso me costó más aceptarlo.

—¿Qué quiere decir eso? —le pregunté a Siga D.

—Eso quiere decir, Diégane, que mi padre me odiaba incluso antes de que viniese yo al mundo, porque había adivinado lo que sería mi vida.

—¿Adivinado?

—Decía tener visiones, a veces. Una especie de revelaciones nocturnas. Nunca me lo creí. Era la única. Toda la región,

incluso todo el país, lo conocía y venía a consultarle para que les leyese el porvenir. Se ganaba la vida así, diciéndoles a los demás el porvenir y formulando plegarias y recomendaciones místicas para ellos. Políticos. Directores de empresa. Luchadores. Mujeres cornudas. Maridos engañados. Desempleados. Enfermos. Locos. Solteronas. Impotentes. Por casa pasaba toda clase de gente para entrevistarse con el gran y poderoso Ousseynou Koumakh y marcharse de nuevo, llevándose sus oraciones o sus amuletos. Pero, como no puede ser de otra manera, hasta los adivinos acaban como festín de lombrices. Míralo, en su hediondez, tan débil, tan humano, tan vulnerable. ¿Eso también lo había visto? ¿Los adivinos pueden ver su final, su miserable final? ¡Míralo!

En el sofá cama, el fantasma del padre se moría, así que desvié la mirada de aquella triste imagen mientras Siga D. se reía. Cuando su risa se hubo disipado, prosiguió con una determinación renovada, como si aquel colérico estallido de hilaridad la hubiese electrizado.

—Me dijo: Percibí lo que serías, y lo que me fue revelado era verdad. Lo que eras en mi sueño estás a punto de serlo en la realidad, y eso es lo que no pienso perdonar al universo: que me haya dado una hija que me recuerda a todo lo que detesto, todo aquello que creía haber dejado para siempre en el pasado. En aquel momento me olvidé del olor, la muerte, la habitación. Me aferré solamente al silbido de la voz que se escapaba del cuerpo de mi padre. Entonces me dijo... (Siga D. se calló un instante, como para fijar los detalles cruciales del relato que se disponía a contarme. Cerré los ojos. Una voz se puso a hablar. No supe si era la de Siga D. o la de su padre que, desde el sofá, quería contar su propia historia. No supe si seguíamos en el salón de la primera, en Ámsterdam, o en la habitación apestosa del segundo. Pero ¿por qué teníamos que estar en algún lugar preciso, donde una voz identificada nos hablase, en un momento claramente definido? En un relato, siempre nos encontramos —pero quizá, más en general, en cualquier momento de nuestra existencia— entre las voces y los lugares, entre el presente, el pasado y el futuro. Nuestra verdad

profunda es más que la simple suma de sus voces, tiempos y lugares; nuestra verdad profunda es lo que corre sin cesar y sin agotarse entre ellos, en un doble movimiento de ida y vuelta, de reconocimiento y pérdida, de vértigo y seguridad. Yo no abrí los ojos y la voz fue hablando)... eres como ellos. Supe antes de que nacieses que serías una fuente de infelicidad, que le quitarías la vida a tu madre y harías un infierno de la mía recordándome a cada respiración que no tenías nada que ver conmigo, sino con ellos. ¿Cómo es posible? ¡Pregúntale a la sangre! ¡Pregúntale a la carne! ¡Pregúntale al misterio de los genes, que atraviesan el tiempo y dibujan entre dos puntos alejados de su largo curso una ascendencia y una descendencia, antepasados y herederos! Todo empieza con la abuela. Todo empieza con Mossane.

II

Todo empieza con Mossane. Todo empieza con su elección. Después de los acontecimientos que voy a relatar, frente al cementerio, bajo el mango, le había repetido mi pregunta a Mossane. Ella llevaba mucho tiempo inmersa en un mundo de soledad, de sombra y de silencio. Pero yo le había repetido igualmente mi eterna pregunta: ¿por qué él?

Aquel día, una vez más, había hablado sin esperanza de obtener respuesta. Ya hacía mucho que no le dirigía aquella pregunta solo a Mossane. También iba dirigida a Dios. Pero, por encima de todo, iba dirigida a mí mismo. Cada ser humano sobre la tierra debe descubrir su pregunta, Marème Siga. No le veo otra finalidad a nuestra presencia aquí. Cada uno de nosotros debemos encontrar nuestra pregunta. ¿Por qué? ¿Para obtener una respuesta que nos desvele el sentido de nuestra vida? No: el sentido de la vida no se desvela hasta el final. No buscamos nuestra pregunta para encontrar el sentido de la vida. La buscamos para hacer frente al silencio de una pregunta rotunda e inflexible. Una pregunta que no tendría respuesta. Una pregunta cuya única finalidad sería la de recordar a quien la hace la parte de enigma que contiene su vida. Cada ser debe buscar su pregunta para tocar con un dedo el denso misterio que hay en el corazón de su destino: lo que jamás le será explicado pero que, sin embargo, va a ocupar un lugar fundamental en su vida.

Hay hombres que mueren sin haber encontrado su pregunta. Otros la identifican tarde a lo largo de su vida. Yo he tenido la oportunidad y la maldición de encontrar bastante joven la forma de mi pregunta. Libre para el resto de mis días de la angustia de buscarla, me vi cargado con otra angustia: que me persiguiera eternamente el silencio abierto ante mi interrogación. Pero ese silencio no es un vacío. Siempre está poblado por el tumulto de las hipótesis infinitas, las respuestas posibles y las dudas inmediatas asociadas.

¿Por qué él?

Aquel día, una vez más, esperé a que Mossane reaccionase a

mi interrogación como de costumbre: un silencio de mandíbulas apretadas en las que nada entra ni sale. Mi pregunta se había convertido en un ritual. Un saludo. Funcionaba como un shibboleth del que solo nosotros dos en todo el mundo conocíamos el significado. Tras su formulación, uno al lado de la otra, nos sumimos cada uno en su mundo. Yo en el mío, lleno de recuerdos, de dolor, de humillación, de rabia y de incompreensión. Mossane en el suyo, del que yo no sabía nada desde que se había encerrado en él unos años atrás.

Aunque sabía que me escuchaba. Esa certeza era lo que me llevaba hasta ella, incansablemente, cada mañana. Es verdad que nada daba pie a pensar que me oyese o se apercibiese siquiera de mi presencia. Yo no la veía, pero su imagen aparecía claramente en mi corazón. Sus ojos no pestañeaban y se quedaban fijos sobre las tumbas. Las comisuras de su boca no se arrugaban con amargura, compasión ni exasperación siquiera. Inmóvil, silenciosa, tan distante como otro planeta: eso era Mossane. Se diría que aquel cementerio ya la había acogido. Pero yo sabía que me escuchaba cada vez que le hacía la misma pregunta. Lo sabía. ¿Cómo? Porque su pregunta, la pregunta de su vida, era también la mía. Estábamos unidos por la experiencia de tener por castigo y por clave la misma pregunta: ¿por qué él?

Mossane llevaba mucho tiempo viviendo desnuda bajo el viejo mango frente al cementerio, sin pronunciar palabra. Yo me había sentado junto a ella, como de costumbre, y le había puesto cerca un hatillo con comida. Había dejado de llevarle ropa: nunca se la ponía. Un día (años atrás), se la puse a la fuerza. Se la quitó y la hizo trizas en cuanto me fui.

En las primeras horas de su silencio, yo había intentado retenerla en casa. La ataba a una cama por la noche para impedir que se escapase. Entonces se pasaba toda la noche gritando. Pegaba unos alaridos lúgubres: parecía como si le estuviesen infligiendo repugnantes torturas. Tras unos cuantos días así, me vi obligado a dejar que se fuese. Por aquella época aún hablaba un poco. Frente a mi determinación de retenerla en casa, me respondía: Las personas enfermas no se quieren

curar, las personas desplomadas en el suelo no se quieren levantar, porque levantarse supone la posibilidad de una nueva caída, esta vez mortal, nadie desea volver a una vida normal a la que la muerte a veces no le envidia nada. Volver a levantarme no me interesa, levantarse es para mí una quimera peligrosa. No deseo ser salvada, Ousseynou. No deseo volver. Déjame marcharme.

Estas palabras de Mossane, sus horribles gritos nocturnos, sus fugas repetidas al mismo sitio, el viejo mango frente al cementerio, acabaron por decidirme. No tenía fuerzas para retenerla. Así que asistí con una rabia impotente a su descenso progresivo a la demencia.

Después de que empezase a zozobrar, me atormentó mi impotencia a la hora de protegerla y salvarla, incluso contra su voluntad. Entonces me juré no volver a perder a un ser amado sin haberme esforzado al máximo por salvarlo. Volví a zambullirme en el estudio y la exégesis del Corán y en la iniciación a la mística tradicional. Buscaba entre aquellos dos conocimientos la fuerza de la curación, los secretos de la segunda visión, la potencia de la revelación. Unos meses más tarde me fui a pasar una temporada en una aldea vecina. Me presenté ante un místico sufí que aceptó perfeccionar mi formación religiosa. Me inició en los misterios de lo que solo puede percibir el ojo interno, el único del que yo disponía. Aprendí a ver y leer el mundo bajo una luz invisible. El tiempo no tenía secretos para mí. Se abría a mis espaldas. Se abría ante mí. Y tuve la posibilidad de seguir en ambas direcciones su tortuosa urdimbre. Adquirí los conocimientos necesarios para aliviar todas las heridas de los hombres. Las de la carne, las del espíritu, las del ser. A mi regreso, un año después, me había convertido en aquel que, pronto, la región conoció por el nombre y título de Cheikh Ousseynou Koumakh *yal xoox lé*, Cheikh Ousseynou Koumakh el Sabio.

Mossane seguía allí, bajo el mango, inmóvil ante las tumbas. Yo sabía lo que estaba esperando. Pero también sabía que lo que esperaba no llegaría jamás. Traté de hacerla volver con mis nuevos conocimientos. Fracagé: Mossane se había

internado demasiado en la sombra como para que yo tuviese la más mínima posibilidad de traerla viva de vuelta. Así que preferí acompañarla a su mundo, ya que era demasiado tarde para sacarla. Esto fue en 1940, si no recuerdo mal. Hacía dos años que Mossane se había hundido en el gran pozo abierto ante ella.

Me resigné a no vivir con Mossane. Terminé por decidirme a buscar a otras mujeres. Nada más fácil. Mi reputación de curandero y de hombre de Dios había empezado a rebasar las fronteras de la aldea. Algunas familias consideraban un honor y una oportunidad darme a sus hijas en matrimonio, a pesar de mi avanzada edad. Esta alianza representaba, como yo sabía, una especie de garantía contra la mala fortuna, las enfermedades, o ciertas calamidades de las que yo los protegería con mis oraciones. Así es como me casé enseguida con Mame Coura a finales de año, cuando ella tenía dieciocho.

Podía ser el padre de todas mis mujeres. Podría haber engendrado a Mame Coura, Ya Ngoné, Ta Dib y a tu propia madre, Siga. Mi amor por ellas fue en aumento, y es que las amaba por partida doble. Las amaba como esposas y las apreciaba como posibles hijas. Haber sido marido y padre a una edad tan avanzada fue para mí una suerte: me ahorré algunos deslices de la juventud a la hora de afrontar ciertas experiencias. Las viví con la madurez de un hombre que ya había amado profundamente a una mujer, y para quien la paternidad no tenía secretos. Mi iniciación reciente me había dado también paz mental y sabiduría. Solo Mossane las perturbaba.

Había renunciado a hacer vida con ella, sí, pero no a tenerla junto a mí. De manera que, incluso casado, incluso siendo padre de mis primeros hijos, incluso en relación estrecha con mis esposas, iba a visitar a Mossane cada día bajo su mango. Y cada día su proximidad me procuraba la misma felicidad y el mismo dolor. Era una herida viviente en mí y me gustaba reavivarla. No quería que cicatrizase. Quería que abrasara al máximo, para siempre. Por eso iba a verla cada día, con mis

recuerdos felices e infelices, mis esperanzas defraudadas y mi eterna pregunta.

Antes de partir para mi iniciación junto al Cheikh sufi, Mossane se expresaba de vez en cuando, entre crisis y crisis. Lo hacía con suficiente claridad y coherencia como para que la entendiésemos. Se daba incluso el caso, en raras ocasiones, de que sostenía una conversación completamente límpida. Esto daba pie a creer que había decidido regresar. Pero nunca regresaba. Lo comprendíamos cuando, un cuarto de hora después de aquel estallido de lucidez, volvía a sumirse con más pesadez en una confusión conmovedora o en un silencio mórbido. Cada destello de razón tenía un precio: una recaída más profunda en la oscuridad.

A mi vuelta de la iniciación, Mossane ya no decía nada. Los aldeanos me contaron que había dejado de hablar pocos días después de mi partida. En adelante, Mossane guardó silencio ante las tumbas. En mi oscuridad de ciego, la veía. Nada podría haberme hecho olvidar su belleza. Su imagen era el regalo que mis ojos me habían hecho antes de perderlos. Hoy, por muchos años que hayan pasado, la sigo viendo.

El aura que había adquirido yo repercutía en ella. Los habitantes creyeron que Mossane poseía algún tipo de poder y que yo me sentaba a su lado por razones místicas. Hasta los niños, que normalmente son despiadados con los abstraídos, la dejaban tranquila. Jamás se la vio correr por la aldea huyendo de una pandilla de chiquillos crueles que la persiguiesen armados de piedras e insultos. Se le puso el pelo blanco y unas profundas arrugas surcaron su rostro.

El transcurso del tiempo no era lo que más había castigado su cuerpo. Era el sufrimiento. Un sufrimiento interior, que arremetía contra la carne después de haber corroído por completo el alma durante años. Y, sin embargo, estaba seguro de que Mossane seguía siendo bella. Sin el temor natural que inspiraba su estado, muchos hombres habrían intentado ya poseerla. Ella dejaba su cuerpo desnudo a la vista de todas las miradas. Pero nadie osaba acercarse, y aún menos tocar aquel

cuerpo. Se decía que los muertos la protegían. La apodaron Mossane, la amante de los muertos, o la loca del mango.

Yo era el único que podía acercarme a ella sin que se pusiera a pegar alaridos. No era porque tuviese yo un aura mística, como decían los habitantes de nuestra aldea. Yo no tenía ningún tipo de influencia sobre ella. Simplemente me reconocía. Yo era su último vínculo con la época que explicaba su presente, nuestro presente. Pero, sobre todo, repito, compartíamos una misma pregunta. Los más ancianos de la aldea, los que conocían nuestra historia, sabían una parte de nuestro secreto. Formábamos una curiosa pareja bajo aquel mango: una loca desnuda y un hechicero ciego, uno junto al otro frente a un cementerio. Bastaba para asustar a los chismosos y a los intrusos.

Pero vuelvo a ese día famoso del que no dejo de hablar desde entonces. Estábamos en 1945. Mossane llevaba en su mundo casi ocho años. 1945, sí, eso es. Me acuerdo bien. Se decía que la guerra iba a terminar pronto. Las noticias llegaban desde muy lejos, traídas por el viento. Y aquel día, aquel famoso día, como todos los días desde hacía diez años, volví a plantear a Mossane mi pregunta: ¿Por qué él? La oí moverse, luego noté su mano contra la mía. No me sorprendió su reacción: la noche anterior, en sueños, había visto que volvería. Dios me había enviado una señal. Y Mossane volvió, en efecto. Había accedido, una última vez, a volver, para contestar.

III

Ya oirás más tarde la respuesta de Mossane, Marème Siga. Lo que quiero decirte ahora tiene que ver con otra cosa, el origen de mi desamor hacia ti. Pero estas dos historias son una sola y la misma historia. La primera vez que puse la mano sobre el vientre de tu madre cuando te llevaba dentro me estalló un resplandor cegador en la cabeza. Y en aquel baño de luz vi tu rostro entre los de ellos. Aún no habías nacido, pero yo ya sabía que estarías de su lado. Regresaban en ti.

Nunca supe cuál de nosotros era el mayor. Según mi madre, yo salí antes que él. Pero parece que en nuestra cultura el tiempo se invierte cuando vienen gemelos al mundo: se considera mayor al último en salir del vientre materno. Madre Mboyil, de niño, siempre me contaba la misma historia: Ousseynou Koumakh, tu hermano te dejó salir el primero para que estuvieras contento, se comportó como un hermano mayor que intenta complacer a su hermano pequeño. Assane Koumakh vino al mundo nueve minutos después de ti, así que tú eres nueve minutos más joven. Eso es lo que me decía nuestra madre. Nunca me he librado de la impresión de que Assane Koumakh, mi hermano gemelo, me había robado algo más que esos nueve minutos. Me había quitado la posibilidad, el derecho de no estar a su sombra.

Nacimos en 1888. Concretaré –pero tú quizá ya lo sabes– que no nací ciego. Veía. Durante mis primeros veinte años de vida, vi. Pero esa es otra historia que tal vez se cuente más tarde. Nacimos en 1888, pues. No conocimos a nuestro padre. Murió pescando, entre las fauces de un gran cocodrilo cuya terrorífica leyenda atravesó toda nuestra infancia. Nuestra madre, Mboyil, tu abuela, llevaba seis meses encinta cuando nuestro progenitor, ignoramos por qué, salió a pescar solo en la parte más peligrosa del río. Era el territorio del monstruo. Mboyil nunca nos habló realmente de nuestro padre. Y las pocas veces que se dejaba oír algo a propósito yo siempre sorprendía, aunque ella intentase ocultarlo, cierta satisfacción ante su ausencia. Era como si le agradeciese al enorme cocodrilo que reinaba en el río que se hubiese llevado a

nuestro padre. De su cuerpo no quedó nada. Así que no había tumba en la que pudiéramos meditar, por lo menos durante nuestros primeros años de vida.

A finales de 1898 –teníamos diez años por entonces–, un grupo de hombres, entre los que se contaba el que nos había criado, llevó a cabo una expedición de tres días al río. El objetivo de esta partida era matar al cocodrilo que aterrorizaba a la región, y al que se atribuían las muertes inexplicables y las desapariciones de la zona, hasta cuando no sucedían en el río. Pero hacía falta un chivo expiatorio: le tocó al cocodrilo. Los hombres organizaron una campaña fluvial y lograron matar al monstruo tras una dura y violenta lucha. Tres cazadores murieron y fueron devorados; otros dos sufrieron amputaciones (uno de un brazo, el otro de una pierna). Pero finalmente mataron al animal.

El que le había dado el golpe de gracia era nuestro tío Ngor, Tokô Ngor, como lo llamábamos. Fue él quien, según la ley del levirato, nos había criado y recogido, a nuestra madre y a nosotros, tras la muerte de nuestro padre, su hermano mayor. Tokô Ngor estaba muy unido a él. Su muerte, nos dijo cuando tuvimos edad de entender estas cosas, lo dejó apesadumbrado. Pero lo que lo apesadumbraba más aún, creo yo, era saber que el cocodrilo seguía vivo. Durante diez años alimentó un rencor implacable contra el animal, que intentó abatir solo en numerosas ocasiones, arriesgando su vida. Esa vez triunfó. Cuando volvió, vengado y victorioso, noté, aun siendo niño, que Ngor había cambiado. Parecía un enfermo curado tras largos años de sufrimiento. Pero lo principal es que aquella noche comprendí que me equivocaba: lo que había apesadumbrado más a Tokô Ngor durante todos aquellos años no era que el cocodrilo siguiera vivo; era que su hermano no tuviese una tumba a la que pudiese ir a llorar.

Tras su victoriosa expedición, los cazadores tuvieron que repartirse la inmensa carcasa del saurio, un impresionante espécimen macho de casi siete metros y una tonelada. Unos querían un trozo de piel, otros los dientes o los ojos, alguno simplemente las carnes. El tío Ngor solo quería una cosa: las

vísceras del animal. Nada queda, dijo, del cuerpo de mi hermano, pero estuvo dentro del vientre de ese animal. Yo quiero ese vientre, el interior del vientre. Accedieron. Entonces evisceró al bicho y enterró sus entrañas, no en el cementerio (tal cosa no era posible, no se entierra el contenido del vientre de un cocodrilo en un cementerio humano), sino al pie de un mango que había enfrente, el mango bajo el cual Mossane, años después, iría a sentarse. Mossane no conocía esta historia que todo el mundo había olvidado y que no le había contado. Pero te lo digo ya, Siga: cuando yo iba a visitar a Mossane no era por mi padre. Yo no lo había conocido. Solo iba por Mossane. Pero no olvidaba, ni siquiera treinta años después, que aquel mango era la tumba de mi padre (se llamaba Waly). La tumba que Tokô Ngor le erigió con el estómago del cocodrilo donde había sido deglutido tras disolverse su cuerpo durante mucho tiempo.

Tokô Ngor y nuestra madre nos criaron a Assane y a mí como a dos principitos. Fuimos queridos los dos, pero no nos queríamos el uno al otro. Yo, por lo menos, no quería a mi hermano. Creo que era recíproco, por más que él fingiese. Ante los demás, hacía de hermano mayor protector y cariñoso. Fingía, cuando nos miraban, una complicidad que no teníamos en realidad. Bastaba que estuviésemos a solas para que reapareciese su auténtico carácter: se desentendía de mí, me despreciaba y no me dirigía la palabra más que para humillarme o burlarse.

No teníamos nada en común. Bien es cierto que físicamente éramos verdaderos gemelos, parecidos en casi todos los aspectos. Pero en lo que a carácter se refiere, éramos opuestos en todo, todo nos alejaba. Nunca sentí entre nosotros la relación fuerte y fusionada que se les atribuye a los gemelos. Assane daba muestras de ser un niño seductor. Encandilaba, reía, obedecía, hablaba mucho, posaba con alegre lozanía y felicidad evidente. Buscaba la aprobación y la admiración de los adultos. Contaba con la obediencia fascinada de un grupo de niños de nuestra edad. Era nuestro favorito, nuestro jefe. Yo era más taciturno. Reconcentrado. Angustiado. Hosco. Carecía

de la luz de mi hermano, de su soltura natural, de su jovialidad. Sufrí muy pronto y en secreto de la incesante comparación que la gente establecía al vernos. Solo lo superaba jugando a las damas. En el resto de cosas, él era el más fuerte, el más rápido, el más espabilado, el más inteligente, el más valiente.

Unos días después del entierro del abdomen del cocodrilo, nuestro tío Ngor nos reunió, junto con nuestra madre. Nos dijo que había que empezar a pensar en el porvenir.

—Habéis —nos dijo Tokô Ngor mirándonos fijamente a mi hermano y a mí—, habéis empezado a ir a la escuela coránica aquí. Es importante. Hay que conocer el islam, que es una parte esencial de lo que hemos llegado a ser. También tenemos que conocer nuestra cultura tradicional, lo que había antes del islam. Pero también hay que ver lo que viene. Hay que pensar en el porvenir. Y lo que llega es que este país va a pertenecer a los blancos. A lo mejor les pertenece ya. Es triste decirlo, pero nos dominan. Han conseguido lo que querían, por la fuerza o por la astucia. Tal vez nos liberemos, pero de momento los que vienen de *Kata maag*, de detrás del océano, están aquí. Tengo el presentimiento de que durará mucho tiempo. Yo no estaré para ver el día en que se marchen para siempre ni cuando volvamos a ser lo que éramos. Tal vez vosotros, que sois tan jóvenes, hayáis muerto sin que haya llegado aún ese día. Tal vez nunca llegue el día y sea imposible desandar el camino para volver a ser lo que fuimos. Al fin y al cabo, el hombre no siempre remonta el curso de la historia como algunos peces remontan el curso del río; solo puede descender al gran delta, el final de su destino, antes de lanzarse al gran mar. Seremos otra cosa. Nuestra cultura está herida. La espina está clavada en su carne y es imposible sacarla sin morir. Pero podemos vivir con ella y dejarla en nuestro cuerpo, no como una medalla, sino como una cicatriz, un testimonio, un mal recuerdo, como un recordatorio contra espinas futuras. Habrá otras espinas, con otras formas y otros colores. Pero esta espina en concreto forma parte desde ahora de nuestra gran herida, es decir: de nuestra vida.

El tío Ngor se calló y levantó la cara hacia el cielo. Yo no entendía nada de lo que estaba contando. Continuó:

—De lo que no hay duda es de que hay que prepararse para ese porvenir en el que no volveremos a estar solos, no como antes. Lo había hablado a menudo con Waly, vuestro padre, que Dios guarde su alma. Era su deseo más profundo. Que sus futuros hijos, uno de ellos por lo menos, fuese al colegio de los *toubabs*, no para hacer como ellos, sino para defenderse cuando digan que su manera de ver las cosas no solamente es la mejor, cosa discutible, sino que es la única, cosa que es falsa.

Todo esto se embrolló en mi mente. No veía adónde quería ir a parar. El tío Ngor volvió a callarse y nos miró muy serio a los dos:

—¿Entendéis?

—Sí —dijo Assane.

Para no quedar como un idiota, mentí:

—Sí, Tokô Ngor.

Nuestra madre debió de captar mi desamparo y, con dulzura, como sopesando sus palabras y buscando suavizarlas con su ternura, dijo:

—Lo que vuestro tío quiere decir, *néné* (este era el afectuoso sobrenombre por el que nos llamaba), es que uno de vosotros tiene que ir al colegio de los blancos.

Le eché una mirada aterrorizada a mi tío. Él seguía con la misma expresión grave y nos escrutaba. Entonces me giré hacia Assane. ¿Cómo podía estar tan tranquilo cuando nos anunciaban algo tan terrible?

—Entonces, ¿no decís nada? —preguntó el tío Ngor.

—Yo no quiero irme —sollocé.

—Muy bien. Entonces iré yo —dijo Assane cuando me callé—. Iré al colegio de los blancos.

Transcurrieron unos segundos, luego Tokô Ngor dijo:

—Alabado sea Roog Sèn. Así es como vemos las cosas vuestra madre y yo: Assane Koumakh, tú saldrás al mundo exterior para buscar otros conocimientos y tú, Ousseynou Koumakh, te quedarás aquí y protegerás los conocimientos de nuestro mundo.

Aquella noche, me atravesaron los sentimientos más contradictorios y no pude dormir. Por un lado, estaba contento de librarme de mi hermano, ya que tendría que marcharse, pero por el otro tenía el presentimiento de que su partida anunciaba grandes desgracias. Era una grieta que se abría en nuestro mundo, y no sabíamos aún qué podría entrar ni que podía salir por allí.

IV

Tengo que darme prisa. Me duele el pecho. Ya oyes cómo me silba.

Los años que siguieron fueron para mí años dichosos. Assane no estaba casi nunca. Estudiaba en el colegio de los blancos, en la gran ciudad del norte del país, en un internado de misioneros. Solo regresaba al principio de la estación de lluvias y se marchaba al terminar. El resto del año estaba solo con el tío Ngor y mi madre. Podía amarla plenamente, sin la sombra de mi hermano. Cuando mi madre decía *néné*, yo sabía que se dirigía solo a mí. Ese sentimiento de ser el único destinatario de su afecto, en aquel preciso instante, me henchía el corazón. Yo era el único rostro de la foto. Assane estaba excluido. Al hacerse mayor, este último no cambió de carácter. Al contrario, la educación que recibía en el colegio de los blancos aumentó su gusto por la seducción. Pero tenía nuevas armas.

Fue uno de los primeros en la aldea en ir al colegio de los blancos en la gran ciudad. Cuando volvía, era la máxima atracción. Contaba cosas de la ciudad. Describía a los blancos y sus costumbres. Evocaba su saber y sus secretos maravillosos. Cultivó la elegancia, la coquetería, la elocuencia. Hablaba nuestra lengua a la par que introducía algunas palabras del francés. Le conferían a lo que explicaba, aun cuando fuese insignificante, un aura de importancia. Eso fascinaba a los demás. Assane ya era un niño dotado y curioso. El colegio francés hizo de él un adolescente y un joven instruido, cultivado, seguro de sí mismo. Pero, al principio, el colegio francés (era su misión, después de todo) hizo de él un pequeño negro blanco.

En 1905, Tokô Ngor murió de septicemia tras una fea herida mal curada en el tobillo. Sin embargo, nos dijo antes de irse que estaba orgulloso de en qué nos habíamos convertido Assane Koumakh y yo: él, un hombre educado por el saber occidental; y yo, Ousseynou Koumakh, un buen pescador, sólido y responsable, anclado en nuestra cultura. Nos dejó

encargado que cuidásemos de nuestra madre. Pero Mboyil solo le sobrevivió un año. En 1906, una fiebre común se la llevó también.

Assane y yo nos quedamos solos en escena de nuevo. Esperé que la muerte de nuestro tío y de nuestra madre nos acercaría, que el pesar común nos reuniría. Resultó ser una esperanza vana. Assane había sufrido, como yo, con la muerte de Ngor y de Mboyil. Pero sufrió por su lado, y yo también. No compartimos más que un duelo imposible de compartir. La separación entre ambos aumentó. Ya no se medía en minutos, sino en mundos. A nuestra diferencia se añadió una especie de animosidad mutua y profunda. Yo consideraba que se estaba alejando del mundo en el que había nacido; él pensaba que yo me hundía y me encerraba en él. Pronto no hubo diálogo posible. Y, después de la muerte de nuestra madre, a duras penas si venía a saludarme cuando volvía, durante sus estancias en la aldea.

Cuando no estaba concentrado en los numerosos libros europeos que se traía, se entregaba a los placeres fáciles que le ofrecían su educación y la admiración que suscitaba. Se dio a la bebida. Olvidó la religión. Por otra parte, me dijo que se había convertido al cristianismo con los misioneros y que ahora se llamaba Paul. Le dije que ese era su problema, pero que yo no conocía a ningún Paul. Que para mí siempre sería Assane Koumakh. Olvidó a nuestros antepasados. Nunca lo vi visitar la tumba del tío Ngor o de nuestra madre. Prefería correr detrás de las chicas. O más bien eran ellas –algunas, por lo menos– las que le iban detrás.

De nuestra quinta, solo algunas se le resistían. La más guapa y la más arisca, a la que no impresionaba, era Mossane. Y por ese motivo le gustó. Por ese motivo, entre otros, me gustó a mí también. Mossane tenía dos años menos que nosotros, pero aparentaba tres más. Al salir de la infancia, su belleza había estallado como una sedición del sol tras una dictadura milenaria de la noche. Era mujer, ya plenamente, cuando nosotros remoloneábamos al final de la adolescencia. Assane y yo no éramos los únicos hombres que la deseaban. Puedo decir

sin temor a equivocarme que todos los hombres capaces de la aldea la deseaban. Por aquella época su esplendor era un tema de conversación cotidiano. Mossane jugaba. Se sabía hermosa; se sentía deseada, codiciada, envidiada. Había aprendido a comportarse como un fantasma, es decir, como un sueño que creemos al alcance de la mano pero que retrocede como el horizonte hacia el que corremos. Practicando su seducción fue como aprendió lo que quería decir vivir libre. Mossane no le pertenecía a nadie; cada cual creía que sería suya. Yo también.

¿Qué era lo que me atraía de Mossane, que parecía tan impúdica, tan insolente, tan juguetona, tan arisca, todo lo que yo no era? No se trataba de una atracción banal por una naturaleza que consideraba opuesta a la mía. En Mossane, lo que me gustó de entrada fue lo que no parecía ser. Lo que yo imaginaba que era *por detrás*. Tal vez me enamoré de la idea que me hacía de ella. Pero ¿no es así como a menudo nos enamoramos de los demás? Luego los conocemos. Y entonces, puede que la idea que nos hacíamos de ellos o ellas sea justa – y aún los amamos más, aparte de corresponderles–, o puede que sea distinta –y nuestro amor se nutre de ser sorprendido, desafiado por la extrañeza.

Yo amaba a Mossane. Pero no era el único. Tuve que ser paciente durante dos o tres años, llevar a cabo mis pruebas, seducirla y apartar con método y sin piedad a los demás pretendientes. En 1908, ya solo éramos dos: mi hermano y yo. Assane había sacado de la indiferencia que le demostraba al principio Mossane las energías para una seducción redoblada. Era un conquistador: solo le obsesionaba el territorio que se le resistía.

Yo tenía la ventaja del tiempo y del terreno. Cuando Assane Koumakh se volvía a la ciudad, yo dedicaba todo el tiempo necesario a seducir a Mossane, que vivía en la aldea. Hice de la paciencia la única baza de mi cortejo. No trataba de impresionar a Mossane ni de prometerle ilusiones. Me mostraba a ella tal como era, en mi verdad más desnuda: modesta, sin privilegios, sin otras riquezas que mis angustias, mis silencios, mis dudas, pero también algunas cualidades

morales, mi apego a nuestra tierra, mi simple honradez. No tenía los talentos ni la inteligencia de mi gemelo. Pero creía tener otra cosa de la que él carecía y que también podía ser de valor en una vida. Por lo que a Assane respecta, acaparaba a Mossane en cuanto volvía. La cubría de regalos, la transportaba con sus palabras deliciosas a los sueños de la gran ciudad, le enseñaba a leer y a contar en el idioma de sus nuevos profesores blancos. Los dos mundos que ambos encarnábamos, que nos oponían, se enfrentaron aún más en Mossane.

A los veintidós me quedé ciego. Me sucedió pescando. Aquel día estaba solo, y me vi en un afluente del río temido por la mayoría de los pescadores por una razón bien simple: era el lugar donde vivía en su momento el cocodrilo que había matado a mi padre, Waly. La leyenda del animal había sobrevivido a su muerte. Algunos rumores contaban que había tenido crías, vistas por algunos pescadores. Otros rumores decían que el cocodrilo era en realidad uno de los genios de las aguas y que era imposible matarlo, aunque ya lo hubiesen matado. Unas mujeres que lavaban la ropa en un muelle habían, según explicaron, oído sus inquietantes vagidos. Nada de esto se había comprobado. Bien podía ser que otro cocodrilo viviese allí, pero yo no pensaba que tuviese nada que ver con el que mi tío Ngor despedazó ante nosotros para vaciarle las entrañas. Creí (sigo creyendo) en los pangoles del agua. Estaba apegado a nuestras tradiciones. Era pescador. Y todo pescador de aquí sabe que a veces se ven cosas sobrenaturales en las aguas.

Así que estaba en aquellas aguas repletas de mitos y de recuerdos. Me disponía a lanzar mi red cuando algo, algo gigantesco, chocó contra mi barca. El choque fue tan fuerte y repentino que perdí el equilibrio. Me caí al agua. Durante unos segundos tuve la sensación de que una fuerza invisible me arrastraba hacia las profundidades. No había nada enorme alrededor, el cieno oscurecía el agua, pero pude ver tras unos instantes que estaba solo con aquella fuerza cada vez mayor que tiraba de mí hacia abajo.

Entendí. Así que iba a ser ese día. Volví a pensar en mi tío Ngor, y en las palabras que me había dicho al iniciarme en la pesca cuando tenía yo diez u once años:

—El río siempre acaba por poner a prueba a quienes lo frecuentan, Ousseynou Koumakh. Cuando te ponga a prueba, creerás morir, tendrás miedo, te sentirás tentado de forcejear, no lo olvides: en esos momentos, las aguas son como una ciénaga, cada movimiento de pánico te hundirá en el barro, así que no luches.

—¿Y qué sucederá si lucho, Tokô Ngor?

—El agua te juzgará indigno de ella y te matará.

Así que no me resistí y me abandoné al agua. Cerré los ojos y me dormí. Tuve un largo sueño en el que vi en sucesión a mi tío, a una criatura monstruosa con cuerpo humano y cabeza de cocodrilo, a mi madre y a Assane. Con algunos hablé, con otros intercambié solo una mirada o una sonrisa o un pensamiento. Imposible, sin embargo, recordar las conversaciones que tuve, aunque sepa que eran importantes. Mossane apareció también en aquel sueño en el fondo del agua, en una imagen divina. Estaba desnuda y la contemplé largo rato soñando en ser agua para envolver su cuerpo en una caricia y meterme en lo más hondo de ella.

Al despertarme estaba de nuevo en mi barca, como si no hubiese pasado nada y nunca hubiese salido de ella. Solo una cosa había cambiado: ya no veía nada. Tuvieron que pasar unos segundos para que me diese cuenta; luego, con toda naturalidad, lo acepté. Aquel era el precio por haber sobrevivido a una prueba en la que, comprendí, debería haber muerto. Algunos elementos del sueño que había tenido en el agua cobraron un sentido más o menos claro. Parecía evidente, por ejemplo, que el hombre-cocodrilo era la encarnación híbrida de mi padre y del saurio que lo había devorado. Logré, a pesar de la oscuridad, volver a la aldea. Sabía que no me pasaría nada más en aquellas aguas. Cuando los aldeanos me vieron se convencieron de que lo que me había provocado la caída era el fantasma del monstruo legendario o su prole, y

que a cambio de sobrevivir me había arrebatado la vista. Quizá tenían razón, pero me daba igual lo que decían. Lo único que me importaba era saber si aún tenía posibilidades con Mossane a pesar de aquella nueva desventaja. Cuando me la encontré ya le había llegado la noticia de mi desgracia (la aldea era pequeña y el viento de los rumores la atravesaba rápidamente). Me dijo:

—No volverás a ver.

—No te volveré a ver —le respondí.

Ella se rió y dijo que eso no cambiaba nada, que en adelante ella sería mis ojos.

—No te volveré a ver —repetí yo.

Fue entonces cuando la tristeza y la rabia de estar ciego se abatieron sobre mí por primera y única vez desde la prueba. Me deshice en llanto.

En los años que siguieron, tuve tan cerca a Mossane que creí haber ganado la batalla amorosa contra mi hermano. Ella venía a verme cada día y me ayudaba a dominar la negrura. No se me entregó, pero se dedicó a mí. Assane volvía de vez en cuando. No sé si fue porque se mostró compasivo conmigo o porque ya no le veía la cara, pero por aquella época me pareció que se me hacía más soportable. Se había sacado el bachillerato y se estaba formando como docente. Decía que quería volver a la aldea para educar a todos nuestros niños. En la ciudad, vivía en una casita colonial en el barrio blanco. La administración colonial se la había alquilado tras los resultados excepcionales de sus exámenes. Decía que quería ser escritor. En cuanto a mí, me convertí en fabricante y reparador de redes de pesca. Las cosas iban mejor que bien. Ahorré. En 1913, el día de mi vigesimoquinto cumpleaños, le pedí matrimonio a Mossane.

—No puedo, Ousseynou. Perdóname, pero no me puedo casar contigo.

—Me has traicionado. ¿Y nuestra promesa?

—La tuya. Esa promesa solo te la hiciste tú y a ti mismo.

La acusé de perfidia. Ella me dijo que me quería tanto como para no casarse conmigo; que tampoco deseaba casarse con otro de momento; que allí, en la aldea, no había nada para ella; que deseaba irse a la gran ciudad del norte para descubrir otras cosas.

—¿Descubrir qué?

—Otras posibilidades de vida.

—Vete con él —le dije furioso—. Él no te pedirá que os caséis. Solo quiere tu cuerpo. Y tú se lo darás. Eso es lo que quieres, eso es lo que siempre has querido. Darle la espalda a toda la tradición en nombre de tu libertad para entregarte y justificar la lujuria más fácilmente. Él lo ha entendido y te ha calentado la cabeza con sus historias de blancos. No eres libre. No eres más que una negra alienada, una chica sin honor.

Mossane se fue al oír estas feas palabras destempladas. Se fue sin contestarme, que era peor que una réplica insultante a mi insulto.

Durante un tiempo no volví a saber de ella. Mi hermano no volvió a la aldea. Deduje que vivían juntos en la gran ciudad. Este pensamiento empezó a atormentarme. Me pasaba noches enteras imaginándolos, una pareja realizada en medio de las luces y los sueños de la ciudad. Los imaginaba abrazados y esta imagen me mataba a la par que me negaba la facilidad de la muerte. En plena noche, me ponía a chillar, tan pronto para maldecir a Mossane como para suplicarle como un niño que volviese.

Me sentí tentado muchas veces de salir a buscarla, evidentemente. Pero era un hombre orgulloso. La ausencia de Mossane me sumió en un estado cercano a la locura. Sin embargo, la sonrisa satisfecha de mi hermano, la sonrisa que imaginaba en sus labios si me viese en su casa, patético y suplicando en mi soledad y mi dolor, la idea de esa sonrisa, Marème Siga, me resultaba insoportable. Antes morir loco que darle ese gusto. Por más que amase a Mossane no podía humillarme así. ¿Qué le habría dicho después de las palabras envenenadas que le había dirigido antes de que se marchara?

¿Me habría disculpado? Eso no habría borrado las palabras. Las palabras no remontan el curso del tiempo para evitar nacer. Me arrepentía de haberlas pronunciado. Pero en el fondo, incluso en aquel momento, las seguía pensando: Mossane se entregaba a una ilusión de libertad. Era una mujer africana que creía que le bastaría con vivir de manera provocadora y con fumar en público para ser como esas mujeres blancas que Assane le enseñaba en las revistas. Creía poder ser como esos personajes africanos de los libros que mi hermano le leía y le traducía. Ella quería ser libre como el viento. Pero yo la amaba así. Me atenazaban los celos, la tristeza, la soledad, el orgullo y el amor. Fue en esa época cuando empecé a preguntarme: ¿por qué él?

V

Un día, tres o cuatro meses después de marcharse Mossane, el dolor fue demasiado intenso y cedí: me fui a la gran ciudad. No conocía nada e ignoraba dónde vivían Mossane y mi hermano, pero fui igualmente.

Llegué después de un día y una noche de viaje. La ciudad estaba animada y bulliciosa. Lo que notaba a mi alrededor era una energía caótica y generosa, furiosa y bella, que podía consumirte hasta la muerte o devolverle la vida a un cadáver. A cambio de una moneda, un niño que andaba por la calle aceptó servirme de guía. Le puse una mano en el hombro y empezamos a caminar. Me preguntó adónde quería que me llevase. Le dije que al barrio de los blancos. Me dieron náuseas los olores de basureros y de podredumbre antes de que el del mar, perforando a ratos el espeso tumulto urbano, viniese a aliviarme. La ciudad me fascinó. Durante el trayecto, olvidé el objeto de mi visita y me dejé atrapar por todo lo que me rodeaba. El niño caminaba a mi ritmo, bastante contento de haber ganado dinero solo por acompañar a un ciego. Pasamos por mercados donde vendedores y clientes, policías y maleantes, perros, asnos, corderos y gatos formaban comunidad. Olor a carne. Olor a peces recién pescados. Aroma de especias. La sal del mar en el viento. Y de nuevo los basureros y las aguas residuales. Y las voces, y las discusiones: serias, alegres, picantes, filosóficas.

Se charlaba del tiempo, se rezaba por que los antepasados impidiesen la estación de lluvias anunciada, se loaba al Serigne hacedor de milagros que pronto llegaría a la ciudad, se describía el contoneo de nalgas de una famosa Salimata Diallo, luego se hablaba del próximo combate de lucha, de tal genio que había arrastrado a un niño al mar, de los sacrificios que había que hacer a la diosa para que no se llevase a otros, de las crónicas amorosas del gobernador blanco al que habían pillado borracho, con el bigote enredado en el vello púbico de una *dryanké* local, de la misericordia divina, de la fatalidad del destino de los hombres. Oí, en un punto, entre disputas animadas, los golpes secos de las piezas de las damas contra el

tablero. Me detuve un momento a escuchar las discusiones, las burlas, los desafíos, las promesas de revancha. Me volvió la antigua pasión por aquel juego.

Sirenas de ambulancia o de gendarmería. Agitación. Palabrotas y comentarios. Nos paramos. ¿Un incendio? ¿Un robo? No, un arresto, un vagabundo magnífico que parecía tan odiado y temido como idolatrado. Una mujer me pidió que me uniese a la multitud que iba a liberarlo. Respondí que mi camino no pasaba por aquella historia. Emitió un chasquido como de arpía y me trató de cobarde, deplorando, con lengua viperina, que no hubiese más hombres. ¡O cada vez más blandos! ¡Afeminados! ¡Pavos reales! ¡Hombres-mujeres! ¡Pusilánimes! ¿Dónde están los viriles y valientes? ¡Los hombres de antes! ¡Que vengan a ayudarnos a liberar al Príncipe de nuestra ciudad! Le contesté que no les sería de utilidad: estaba ciego y no era de aquí. Ella afirmó que, en la vida, a un hombre, sobre todo si era joven como yo, no le hacía falta tener ojos ni ser de ningún sitio. ¿Que no? ¡Como te lo digo, *Silmaxa*! Esté donde esté, sea de donde sea, un hombre solo necesita sus cojones para trabajar y luchar. Durante aquel diálogo me había distraído y había soltado el hombro de mi joven guía. Este se había escabullido entre la muchedumbre. Cuando la arpía se alejaba le pregunté, sobre la marcha, dónde estaba el barrio de los blancos. ¡Cruza el puente y ve hacia el norte! ¡Y cuidado al caer la noche, tú que no eres de aquí! ¿Cuidado? ¿Con qué? ¿Con quién? Su respuesta se perdió en aquel guirigay.

Un buen samaritano aceptó ayudarme a cruzar el puente. Llegamos al barrio colonial. Otro mundo. Silencio, orden, calma. Oía mis pasos sobre el asfalto. Empecé también a oír el idioma de los *toubabs*. Y percibí, en su voz, serenidad. Serenidad y nada más. Yo estaba allí en su casa, ellos estaban en su casa —y todavía por mucho tiempo—. Tokô Ngor lo había dicho... Intenté informarme, pero ninguno de los que hablaban nuestro idioma pudo ayudarme, de entrada. No obstante, insistí. Acabaron por hablarme de un africano que era profesor hacía poco, y que vivía con su mujer más lejos, al norte de la

isla. No sabían su nombre, pero cuando dijeron que lo habían visto les pregunté si se me parecía. Algunos dijeron que sí sin vacilar, otros que no, para nada. Era la única pista que tenía y pensaba seguirla hasta el final. Logré, cuando anochece, encontrar la casa del hombre. Tenía un guardia en la puerta, uno de los nuestros. Respondió con frialdad a mis saludos y, cuando le pregunté si era allí donde vivía Assane, me dijo que allí no había ningún Assane. Conseguí recordar a duras penas el apellido católico que Assane me había dicho que llevaría en adelante.

—¿Qué quieres de Moussé Paul?

—Me gustaría verlo, soy de su familia. Es mi hermano.

—*Sa Waay*, Moussé Paul no tiene ningún hermano.

—¡Si te lo estoy diciendo! ¿No ves que nos parecemos como las dos nalgas de un culo?

—Es posible.

—¡Ya era hora!

—No te enfades tan rápido. No todas las nalgas se parecen. La raja del culo no es un espejo.

—¡Somos gemelos!

—Puede. Pero Moussé Paul nunca me ha hablado de un hermano. De todas formas, no espera visita. Solo puedo dejar pasar visitas con cita.

—¿Desde cuándo hay que anunciar la visita a un pariente para ir a verlo?

—Aquí funciona así. Hay que pedir cita. Para asegurarse de encontrarlo. Ahora mismo, por ejemplo, no está. Si hubieses pedido cita, habrías venido en buen momento.

—Lo esperaré dentro.

—No, tienes que marcharte.

—Entonces lo esperaré aquí.

—¡Imposible!

—¿Cómo? ¡Vamos a ver! ¿Pero en qué cabeza cabe? La calle no es ni tuya ni de tu padre ni de tu bisabuelo. No le pertenece a tu Moussé Paul. No les pertenece a los *toubabs*. Ya sabes el dicho: *mbedd mi, mbeddu buur la*. La calle es del rey y todo el mundo es rey en la calle. Esperaré si quiero.

—*Mbokk*, ya lo sé, pero tienes que marcharte. No quiero problemas y tú tampoco.

—¡Su mujer!

—¿Qué pasa con su mujer?

—Se llama Mossane.

—¿Y? No me dices nada nuevo.

—Ya ves que la conozco. No miento. Soy su hermano. Dile a Mossane que estoy aquí. Me llamo Ousseynou.

—*Saa Waay*, lárgate o haré que te largues por las malas. Tú no me ves, pero créeme, puedo levantarte del suelo con un brazo, con uno solo.

—¡Mossane me conoce!

—La señora Mossane tampoco está. Se fueron de viaje con dos de sus amigos *toubabs*. Yo vigilo la casa hasta que vuelvan. Esa es la verdad.

—¿Cuándo vuelven?

—Eso no me lo han dicho.

Me quedé en silencio un buen rato, sin saber qué hacer. No podía quedarme mucho tiempo en la ciudad. Tenía asuntos que atender en la aldea, y aunque gracias al dinero que había ahorrado podía instalarme brevemente allí, sabía que la ciudad no estaba hecha para mí. Me sentía presa de una amenaza intangible. Ante mi repentina actitud pensativa, el guardia me insistió en que me marchase. Fue en ese instante cuando sentí que una violenta oleada de cólera me invadía el pecho. No iba dirigida contra el vigilante, sino contra mí mismo, contra mi estupidez, el espectáculo patético que ofrecía. ¿Qué esperaba realmente presentándome allí? ¿Por qué había ido a

humillarme? ¿El amor de una mujer que había escogido a otro merecía todo aquello? ¿Dónde estaban mi dignidad y mi honor? Maldije a Mossane y a Assane y me largué sin decir palabra al centinela.

Hacía más frío, lo notaba, en mi oscuridad, cuya sombra roía lentamente el día. A lo lejos, oí una llamada a la oración. Era demasiado tarde para llegar a la estación y volver a la aldea. Tenía que encontrar un lugar donde dormir. Pero no conocía a nadie. Volví a cruzar el puente, sin ayuda esta vez, y tomé la dirección del extrarradio. Me habían dicho que allí podría encontrar una cama barata. Me indicaron un albergue. Precio módico. Confort básico pero honrado. La casa ofrecía incluso una cena, que tomé sin apetito. Me dispuse a volver a mi cuarto cuando el gerente, al darme la llave, me preguntó sin rodeos si deseaba compañía. Le dije que sí sin pensármelo dos veces. Incluso pedí la compañía más reclamada por los clientes, la más cara. Pagué mucho. Por aquella época, pensé que actuaba así por tristeza o por desesperación. Hoy sé que principalmente era por cólera. Quería pasar aquella cólera a otro. Una prostituta, me dije, valdrá. La que vino aquella noche sufrió mi furia. La penetré con crueldad y violencia. Antes de marcharse le pregunté el nombre. Eran las primeras palabras que le dirigía.

Ella: Salimata. Yo: ¿Salimata qué más? Ella: Salimata Diallo. Yo: ¿Son tus nalgas las que alimentan las discusiones de la ciudad? Ella: Sí, y ahora sabes por qué. Yo: Es verdad.

Se fue. Yo, que pensaba que no podría conciliar el sueño, me dormí profundamente. Al día siguiente me sentí culpable por haberme acostado con Salimata Diallo. Volví a la aldea un poco avergonzado y acepté la idea de no volver a saber de Mossane ni de mi hermano. En cierto modo, era un alivio. Reanudé mi vida aquí.

Unos meses más tarde estalló la guerra y Francia se movilizó a primera línea. Eso incluía, evidentemente, a sus perrillos domesticados. Nuestro país, el más dócil de la camada, formó parte de ello. Recuerdo cuando el gran diputado francés negro vino desde París, acompañado de

blancos, para buscar hombres que quisieran luchar por Francia, la madre patria. Vino aquí, incluso, a esta aldea. Hablaba y yo tenía la impresión de oír a Assane, pero más hábil, más seductor. Prometía cosas a los que fuesen a luchar por los *toubabs*. La gloria, el reconocimiento de la patria, medallas, dinero, tierras, riquezas, la eternidad en un cielo heroico, oh, prometía y sabía prometer, y muchos le creyeron.

A mí no me dijeron nada. Un inválido no les habría servido. Necesitaban hombres con dos ojos para ver las balas, para ver al enemigo, apuntar bien a la cabeza y abatirlo, pero también ojos para ver caer al amigo, y para llorar cuando estuvieran solos en el vientre de la tierra, donde cualquier ayuda era imposible, preguntándose por qué había que morir por un país que ni siquiera era el nuestro en una matanza absurda. Mucha gente de la aldea, de mi generación y de generaciones mayores, creyeron al diputado francés negro y a sus amigos. Se marcharon y dejaron a niños y mujeres.

Luego, aquella noche de finales de 1914. No la olvidaré jamás. Me disponía a rezar mi oración de *timis* cuando oí pasos en el patio.

—¿Quién es?

—Soy yo.

Habría reconocido su voz entre otras muchas.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a verte.

—¿Quién viene contigo?

No hubo respuesta.

—¿Quién viene contigo?

—Soy yo, Mossane.

La voz de ella, en cambio, había cambiado. Ya no tenía la frescura y la combatividad de antaño. Nuevo silencio, terrible. Éramos los tres vértices de un triángulo de recuerdos amargos,

de preguntas sin respuesta, de odio y de amor. Nos sabíamos atados y nos detestábamos por ello. Assane habló:

–Necesito tu ayuda, Ousseynou.

Me eché a reír. Él dijo enseguida:

–Puedes reírte, sí, y tienes todo el derecho. Yo en tu lugar también me habría reído. Después de todo lo que ha pasado, que yo te pida ayuda puede parecer absurdo.

–Es irónico, más que nada.

–Sí. Pero te voy a pedir ayuda igual, porque eres mi hermano. Si tuviese elección, no lo haría.

–Me da igual que no tengas elección. Ya no soy tu hermano, Assane.

–Lo quieras o no, lo quiera yo o no, somos hermanos. La sangre fluye de una fuente más lejana que la carne. Fluye de la fuente de un pasado lejano. Su torrente carga con una historia en la que no estamos solos. Lo que nos ata no nos atañe solo a nosotros.

–No veo a quién más le atañe. ¿Qué quieres? Basta de cháchara. Tengo que rezar mis oraciones.

–Me voy a Francia. Me voy a la guerra.

–¿Y qué? Es tu camino, no el mío.

–Esperamos un bebé.

Estupefacto, me quedé callado y, al cabo de unos segundos, mi hermano continuó:

–Mossane y yo vamos a tener un niño. Quiero dejarlos con alguien de confianza hasta mi regreso. Tú y yo nunca nos hemos entendido. Tal vez ni nos hemos querido. Pero hay alguien a quien le confiaría mi mayor secreto sabiendo que me lo guardaría bien, es a ti.

–Eres un hipócrita, Assane Koumakh.

–Cree eso si quieres. Pero contéstame: ¿podrías cuidar de Mossane y de mi hijo durante mi ausencia?

—Eres hipócrita, eso ya lo sabía, pero además eres irresponsable. ¿Cómo puedes irte a luchar por Francia dejando aquí a tu mujer y a tu hijo?

—También lucho por este niño. No solo por Francia. Luchar por Francia es luchar para que crezca en un mundo de paz.

—Deja de fingir que luchas por él. Tú nunca has luchado por nadie. ¡Lo único que te importa es tu persona, es ser reconocido por Francia! No te laves las manos: confiesa que prefieres Francia a tu hijo. Ten por lo menos el valor de decirlo. ¿Acaso te ha creído ella cuando se lo has dicho? ¿Eh, Mossane? Ahora te hablo a ti. ¿Tú le crees cuando dice que va a luchar por el porvenir de vuestro hijo? ¡Miente! ¿Y tú, tú vas a dejar que se marche así?

—No miento.

—Os abandona.

—No los abandono.

—¡Deja hablar a Mossane!

—Soy yo quien ha venido a verte.

—Ella está aquí también, y es ella quien lleva a ese niño.

—Vámonos, Assane —dijo Mossane—. Ya te lo había dicho.

Noté mucha debilidad en su voz. No la reconocí. Aquellos últimos meses, cuando pensaba en ella, una cólera profunda y sorda me abrasaba el corazón y me devoraba. Desde su partida, soñaba con el día o la ocasión de cubrirla con mi odio, el día en que pudiese derramar sobre ella, sin contenerme, el asco que me inspiraba y la violencia en que se había convertido la decepción de perderla. Aquel día por fin había llegado. Mossane estaba allí, ante mí. Pero al oírla tan débil, tan resignada, no fue rabia lo que me invadió, sino una inexplicable piedad.

—Por una vez en tu vida —dije—, piensa en los demás, Assane. Piensa en la vida de tu hijo.

—Tengo que ir —dijo mi hermano.

- ¿Por qué?
- Por deber.
- No sabes nada de esa guerra. No es la tuya.
- Sí. Es la de todos, aunque parezca lejana. También es la tuya. Será rápida.
- No sabes nada.
- Los oficiales *toubabs* lo dicen. Ellos lo saben.
- Ellos no son Roog. ¡No saben nada!
- Francia ganará rápido con la ayuda de sus hijos y hermanos africanos.
- ¿Hijos? ¿Hermanos? No: sois sus esclavos. Vais a morir por ella. Ella os olvidará.
- No voy a morir.
- No desafíes al destino. No lo conoces.
- Volveré por mi hijo.
- Pues más valdría no marcharse, entonces.
- Ya he firmado mi alistamiento. Me marchó. Me voy al norte de Francia. Allí estaré.
- Me da igual dónde vayas a estar. Siempre será lejos de tu hijo. ¿Qué clase de hombre eres tú?

Assane soltó entonces una risa seca. Luego dijo:

–No me juzgues, Ousseynou Koumakh. Al contrario de lo que piensas, no sabes nada de mí. Tú crees saber lo que soy, crees conocer lo que mueve mi corazón. No sabes nada. No penetras en las almas. Lo que tú crees verdad absoluta no es más que un fragmento entre mil fragmentos. Eres una sombra entre mil sombras desplegadas. No sabes lo que he tenido que sacrificar en los últimos años. Los caminos por los que he pasado son pantanosos. El que intente seguirme se enfangará. No me juzgues. El tribunal de tu conciencia no es...

–Ahórrate tus frases grandilocuentes y tus lecciones,

Assane. Te juzgo. Sí, te juzgo porque te conozco. Te conozco mejor que tú, y desde siempre. Eres un hombre despreciable. Creo que en el fondo lo sabes. O igual es verdad que no lo sabes. Y, en ese caso, con toda sinceridad, te deseo que te enteres cuanto más tarde mejor, después de una larga vida. Porque ese día tal vez no tengas la capacidad que tienes hoy de soportarlo.

En ese instante, Mossane se echó a llorar y Assane no me contestó. Lo oí murmurar a Mossane algo que no entendí, sin duda palabras de consuelo. Como si quisiera contribuir al drama que se desarrollaba en aquel patio, la aldea nos envolvía en un denso silencio. Mossane no dejaba de sollozar. Entonces habló mi corazón. Dije:

—Mossane se puede quedar si lo desea. Pero tú, Assane, si decides ir a participar en esa guerra, vete mañana cuanto antes. Ya conoces la casa: hay dos habitaciones libres. Escoged una e instalaos.

Acto seguido me metí en mi cuarto y recé mi oración, que prolongué con una larga meditación en la que pedía a Dios que me guiase. Cuando salí, como una hora más tarde, en el patio solo estaba Mossane.

—¿Dónde está Assane?

—Acaba de marcharse para no perder la última carreta que va a la ciudad. Quería decirte algo, pero su barco sale pasado mañana. Tenía que llegar a la ciudad esta noche para preparar su viaje. Me ha encargado que te diga hasta pronto y gracias.

—No necesito que me dé las gracias y me da igual que me diga hasta pronto o adiós. No lo estoy ayudando a él. En cuanto a ti, no quiero tu agradecimiento. Ni tus excusas.

—Yo tampoco quiero las tuyas.

Me acordé de las duras palabras que le había dicho hacía tanto y me avergoncé. Firmamos un pacto en el silencio que siguió. Volví a mi habitación, dividido entre la cólera, la vergüenza y la alegría. Mossane había vuelto. Pero había

vuelto cargando con el fruto de su amor con Assane. ¿Por qué él?

VI

Cuatro meses después, en marzo de 1915, nació el bebé. Su padre, antes de partir, había deseado que, si era niño, Mossane le pusiera el segundo nombre de Tokô Ngor, el nombre musulmán que nunca utilizaba: Elimane. Era un niño. Le puse su apellido tradicional. Madag. Elimane Madag Diouf.

Como ya adivinarás, tal vez, Assane no vio jamás a su hijo. No volvió de la guerra. No recibimos ninguna noticia suya. Ignoramos qué fue de su cuerpo. Debió de perderse en el tiempo y en la Historia. Como tantos otros que trituró, tragó y borró la Primera Guerra Mundial. A veces pienso en él y no me inspira nada, ni cólera ni piedad. Ni siquiera desprecio. No lo echo de menos. No lo quise cuando vivía. No lo he querido muerto. Enmarañadas desde su más lejano origen, nuestras vidas transcurrieron en paralelo. Era un hombre cegado por su amor a Francia, un amor más grande que cualquier otro en él. Acabó por devorarlo. Creo que él sabía desde un principio que no iba a volver. Me pregunto si, en el fondo, es que deseaba morir. ¿Qué mejor manera de volverse blanco que morir en una guerra de blancos, con los blancos, a causa de una bala o de la hoja de una bayoneta blanca? Lo que él soñaba no podía darse en esta vida. Le hacía falta otra: una vida en la piel de un intelectual blanco, ya que para él eso era el *summum* de la realización existencial. No ser padre, no amar a Mossane: ser un blanco inteligente que lee o escribe libros. Así que se fue a morir voluntariamente, tal vez con la esperanza de reencarnarse en su sueño. A veces me pregunto cómo acabó. Me pregunto cuáles serían sus últimos pensamientos. ¿Pensaría en nuestra infancia, en Tokô Ngor, en la voz de nuestra madre Mboyil diciéndonos *néné*, en mí, en Mossane, en los misioneros blancos que lo habían educado, en el hijo que había abandonado y al que no vería? ¿Murió solo? ¿Brutalmente? ¿Sufrió? ¿Le dio tiempo a ser consciente de que se moría? No me pregunto todo esto por empatía con Assane. Me lo pregunto porque los últimos momentos de los hombres me fascinan. Ahí solo hay un resultado posible, un arrepentimiento valioso, una confesión sincera, una mirada

honesta a uno mismo. La vida nos pertenece en el instante en que se nos escapa.

No me extenderé sobre la infancia de Elimane, ni sobre mi vida con Mossane durante los años siguientes. Las semanas que siguieron al regreso de Mossane habían sido muy duras para ambos. Vivíamos en la misma casa, pero nos separaban profundos abismos ahondados por el resentimiento y las heridas del pasado. Luego el tiempo hizo su labor. Llegó Elimane Madag. Me encontré ante él en la misma posición que el tío Ngor frente a nosotros años atrás. Era responsable de la descendencia de mi hermano.

¿Quise a Elimane? Sigo sin saberlo. Algunos días, en su voz de niño, oía la de Assane. Sucedió que hasta en su risa pura *veía* yo a Assane. En el corazón de su inocencia latía a veces, como un nervio doloroso, todo el odio que yo había albergado contra su padre. ¿Se puede hacer responsable a un niño de un pasado que desconoce? ¿Es heredero, forzosamente, de los acontecimientos que lo precedieron? ¿Se le puede guardar rencor por los errores cometidos por su ascendencia? ¿Reprocharle el hecho de ser el rastro de lo que fueron sus antepasados, el depositario de sus actos? A estas preguntas, la mayoría de los hombres responderán que no. Tendrán razón, sin duda. Yo, no obstante, dudo. Dudé. Al tocar a Elimane envuelto en sus pañales cuando no era más que un niño de teta, me preguntaba por qué no iba a tener nada que ver con su padre. ¿Por qué iba a estar absuelto de su pasado? ¿Acaso era completamente nuevo, sin relación con su historia? Assane dijo que la sangre venía de una fuente lejana cuyo curso iba más allá de los individuos. ¿Acaso no estaba atado Elimane más allá del simple vínculo filial? Hubo días en que respondí que sí: Elimane era fruto del deseo de Assane. Antes de ser la carne de su carne, fue una idea de su mente, por lo menos como el horizonte de una obsesión carnal por una mujer. Una parte profunda de lo que había sido mi hermano había quedado depositada en Elimane como limo en el fondo de un lago, el lago de la sangre. Elimane, aunque la repudiase, aunque emprendiese otros caminos distintos, continuaba la historia de

su padre. Podía incluso llegar a odiarlo más adelante, considerarlo como el hombre más innoble del mundo: no por eso se libraría de la parte de Assane que llevaba dentro, una parte que no es solo física, sino mitológica –la parte de la nada del que cada hombre emerge–. Una vez más, recordé las palabras del tío Ngor: lo que había dicho sobre la espina de la civilización blanca clavada en la carne de la nuestra, sin posibilidad de arrancarla, valía también para Assane y para Elimane.

Elimane arrastraría con él por todas partes la sombra y el recuerdo de Assane. Era ese recuerdo y esa sombra. Solo por eso, sabía que siempre me haría pensar en mi hermano. Nunca se libraría de él. No nos libramos de nuestra historia cuando nos avergüenza. No la abandonamos en plena noche como a un niño no deseado. Luchamos contra ella, luchamos, sin parar, y la única manera de ganar es seguir luchando, hacer vida con ella, reconocerla, intentar designarla sin descanso, nombrarla, hacerla salir cuando se esconde para llevarnos hasta ella. ¿Esto que digo te parece horrible? Estás en tu derecho. Puedes pensar que decirle a un niño que va a ser, aunque los mate o los olvide, la superficie sobre la que se proyectará por siempre la sombra de sus progenitores es espantoso. Lo puedes pensar, Siga. Pero sabes que en el fondo no me equivoco. Estás en disposición de saberlo. Tú me has matado en tus pensamientos y en tus deseos, por más que me mates en los libros que escribirás –he visto, aunque no te creas mis premoniciones, que escribirás libros más adelante, libros donde me matarás con tus palabras–, entérate de que estoy y siempre estaré aquí. Yo soy tu espina. Si me arrancas, morirás. Y hasta una vez muerta seguiré aquí.

Elimane no escapará a Assane. Yo tampoco. Mossane tampoco. Vamos a tener que luchar todos para que, en nuestra mente, esos dos rostros no formen uno solo. Elimane iba a sufrir toda su vida. Eso es lo que pensé la primera vez que lo oí llorar en brazos de su madre.

Entonces, ¿lo quise? Sí, con intermitencias. Lo quise más que lo odié. Sí, lo odié, en ocasiones, al oírlo jugar en el patio

o hablar con su madre. Pero lo quise. Lo quise porque quise a Mossane. Los meses de cólera no habían cambiado mis sentimientos por ella. Muy al contrario, me pareció que aquel período en el que había odiado a Mossane no había matado mi amor por ella; más bien, me había revelado sus razones profundas, su necesidad. Al exponerlo al peligro de la destrucción, este paréntesis de decepción había reavivado mi amor. Así que decidí, por y con ella, criar a Elimane como mejor supiera.

Habíamos acordado decirle la verdad acerca de su padre cuando cumpliera los siete años. Eso hicimos. Fue de lo más fácil porque Elimane se reveló como un niño excepcionalmente despierto y avisado, curioso e inteligente, precoz y muy atento. En todos estos puntos se parecía a su padre, que había mostrado aptitudes similares temprano. Pero Elimane no desplegaba sus facultades por pura seducción. Al contrario que su padre —y enseguida me di cuenta—, cargaba con una gran melancolía unida a su impaciente inteligencia. Era un niño juguetón, vivaracho, sociable, pero también sentía una inclinación por la soledad y por la sombra que su padre nunca tuvo. Jugaba con los demás sin problema, se comunicaba con ellos, se reía como ellos, hacía el cafre como ellos. Pero siempre llegaba un momento en que desaparecía solo entre los matorrales que rodeaban la aldea, o se quedaba en casa pese a los comentarios de la madre, que lo animaba a salir. En esto era extraño: mostraba una alegría contagiosa y agitada en la que ya burbujeaban los resplandores de una mente poco común; pero también sabía, desde muy temprana edad, dejarse invadir por el silencio. No necesitaba verlo para saber o sentir cómo era. Algunos días, bastaba con que me hablase para percibir enseguida esta inclinación. Nos olvidamos de que los niños cargan también con su melancolía; y, para bien o para mal, la viven puede que incluso con más intensidad, ya que en esa época no hay medias tintas: el mundo se abalanza sobre nosotros con todas sus fuerzas y por todas las entradas de nuestra alma aún tierna. Lleva a cabo su obra sin miramientos con nuestra edad. Luego se retira con la misma violencia. Llega entonces el tiempo en que aprendemos

a comprender, a huir, a encerrarnos, a fingir, a trampear, a curarnos más rápido. O a morirnos. El caso es que el tiempo siempre enseña. Pero hace falta tiempo para aprender del tiempo. Y el niño solo está en el principio del tiempo.

En el principio de su tiempo, Elimane notaba ya todo esto. A lo mejor lo comprendía. Yo me lo preguntaba a veces cuando me interrogaba acerca de la oscuridad, la vida en la negrura, la percepción del mundo, el reconocimiento de las cosas, el empleo agudizado del resto de sentidos, el recuerdo de imágenes conservadas o del rostro de mi madre. Un día me dijo:

—Tokô Ousseynou, ¿quién es más digno de lástima: un ciego que no ha visto jamás, un ciego de nacimiento, o un ciego como tú, que se ha vuelto ciego después de haber visto? ¿Qué es peor: no haber visto nunca y desear ver, o haber visto?

Reflexioné varios días sin poder decidirme. Entonces le pedí su opinión.

—Creo que el más desgraciado es el que ha visto, Tokô Ousseynou.

—¿Por qué? ¿Porque ha visto la belleza del mundo, porque echa de menos esa belleza o porque la añoranza es más dolorosa que el deseo?

—No —me respondió—. Es más desgraciado porque vive en el recuerdo que tiene de la belleza del mundo. Pero no sabe que su recuerdo ya no existe, porque el mundo cambia. El mundo tiene una belleza para cada día. Pero el ciego que ha visto es desgraciado sobre todo porque el recuerdo le impide imaginar. Le dedica tanta energía a no olvidar que olvida que era capaz de reinventar lo que vio y de inventar lo que ya no verá. Y un hombre sin imaginación, ciego o no, siempre es desgraciado. Pero tú no eres así. Tú has visto, pero aún sabes imaginar cosas por ver.

Debía de tener como unos diez años por aquella época. Era un muchacho precoz. Mossane lo adoraba. Yo había temido (o quizá, en el fondo, esperaba) que detestase a su hijo. Que, al

igual que yo, viese a Assane en él y lo rechazase por ese motivo. Que se acordase, al verlo, de que su padre los había abandonado a ambos. Sobre todo la había abandonado a ella. La había dejado sola, embarazada de su hijo, para irse a luchar a la otra punta del mundo, en el país que amaba más que a ella y a su futuro hijo. Había preferido morir solo allí lejos antes que vivir aquí con Elimane y con ella. Pero Mossane quiso a su hijo con pasión. Encontraba las fuerzas de su devoción maternal en el deseo de no abandonar a Elimane a la simple historia de su padre, la historia de un hombre que le había dado la espalda.

En cuanto al propio Elimane, nunca supe qué pensaba realmente de su padre. ¿Lo odiaba? ¿Había sentido deseos de conocerlo? ¿Le era indiferente? Jamás me hizo preguntas sobre él. No sé si se las hizo a su madre. A mí, en cualquier caso, Elimane no me preguntó nada.

Hasta los diez años, de acuerdo con su madre, le enseñé las bases del Corán, pero también los fundamentos de nuestra cultura tradicional, en la que Roog Sèn es el espíritu supremo y los pangoles los espíritus de los antepasados. A mí me habían formado las dos culturas, y quería que él las conociese. Como de costumbre, sintió la misma curiosidad por ambos saberes, de los que aprendió los rudimentos con pasión e impaciencia. Le transmití conocimientos que habitualmente no se adquieren hasta la madurez. Le enseñé muchas cosas, cosas que no te imaginas. Pero lo asimilaba todo tan rápido, hacía tantas preguntas, exigía tanta reflexión... Quería ir más lejos, siempre más lejos. Me ponía contra las cuerdas. Se habría dicho que buscaba algo ya, por muy joven que fuese. Que se apresuraba a aprender y a digerir nuevos conocimientos para encontrar una respuesta, un secreto. Me pregunto si no había venido al mundo con su pregunta, Marème Siga. Me lo pregunto. Era un niño (y más tarde, un adolescente) con prisas. Sediento. A la vez en espera y tenso. Algo bullía en él. Esa cosa agitaba su horizonte interior, y quería alcanzarlo rápidamente. Yo no tenía ninguna duda sobre el hecho de que Elimane ya había vivido varias vidas antes de esta. Pero, a

diferencia de otros, no había olvidado nada de lo aprendido en sus existencias precedentes. Es la impresión que siempre me dio.

A los diez años, contra mi voluntad, Mossane lo matriculó en el colegio francés. Una misión se había instalado en una aldea situada a algunos kilómetros de la nuestra. Ya no había necesidad de ir a la ciudad para encontrar un colegio de blancos. La experiencia de Assane me había puesto en contra de aquella enseñanza. No era solo que me diese miedo. La detestaba: la forma última del miedo, quizá. Lo que los *toubabs* le habían hecho a Assane, o lo que habían estimulado en él, me había hecho creer que semejante formación no podía más que destruir aquello que los africanos llevábamos en lo más hondo. Este colegio arrancaría de cuajo todo lo que, a lo largo de diez años, habíamos intentado sembrar en Elimane. Pero incomprensiblemente, Mossane no quiso oír nada. ¿Era una voluntad de Assane? Me dijo que no, que era ella quien deseaba que su hijo recibiese también aquella educación occidental. La noche que discutimos sobre este tema, una de las pocas veces en las que me enfurecí contra Mossane desde su regreso, recuerdo haberla acusado de mandar a su hijo al matadero donde Assane había muerto. ¿Es que no tienes memoria? ¡Mira lo que hicieron con Assane! ¡Mira lo que te han hecho! Ella me respondió en voz baja que Elimane no era Assane. Entonces comprendí que, en cierto modo, Mossane pretendía, a través de Elimane, obtener su revancha sobre Assane, borrar su recuerdo. Quería mandarlo por los mismos caminos que el otro y demostrarle que su hijo podía seguirlo sin acabar embarrado.

En el colegio francés, Elimane demostró unas capacidades prodigiosas. Los misioneros a cargo de su educación se quedaron tan impresionados por la rapidez con la que asimilaba sus enseñanzas que un día vinieron a vernos. Querían felicitarnos, pero también preguntarnos de dónde venía aquel don para el aprendizaje, la memorización, la reflexión. Dejé que respondiese Mossane. Sabía lo que iba a contestar. En efecto, habló un buen rato de Assane, que había

sido así de talentoso. Eran sus genes, le dijo al padre Greusard, el cura que dirigía la misión. Llegó con su ciclomotor flanqueado por un intérprete. Comprendí, cuando Mossane habló de Assane, que una parte de ella siempre seguiría unida a él. Eso me apenó, pero intenté que no se me notase. ¿Se dio cuenta ella, a pesar de todos mis esfuerzos por mantener la compostura, de que me había herido? Lo ignoro, pero inmediatamente después de haber hablado de Assane y de sus genes, añadió que yo había formado a Elimane de entrada en el aprendizaje del Corán y de la cultura animista antes del colegio. Eso, dijo, le había abierto el cerebro, lo había vuelto permeable al saber. El padre Greusard me felicitó, pero yo creo rotundamente que el mérito era solo de Elimane. Recuerdo que Mossane, aquella noche, estaba pletórica, resplandecía de orgullo por su hijo. En cuanto a mí, aquella visita entusiasta del padre Greusard me sumió en la inquietud. Veía en lo que se iba a convertir mi sobrino ineludiblemente: en un producto del colegio occidental, menos alienado que su padre, quizá, pero igual de ávido del saber que iba descubriendo y de los encantos de la lengua francesa. Elimane pasaba mucho tiempo en casa del padre Greusard, que tenía una gran biblioteca. A Elimane Madag le fascinaba y, en cuanto supo leer, el padre Greusard lo invitaba cada dos por tres.

Hago un breve paréntesis: tal vez te preguntes si Mossane y yo nos habíamos casado entretanto. No se dio así la cosa. Nunca quiso casarse. Pero en 1918, cuando la guerra tocó a su fin sin que tuviésemos noticias de Assane, le pedí que compartiésemos habitación. Ella aceptó. En 1920, se quedó embarazada. Pero el niño que llevaba no sobrevivió. Nació muerto, cosa frecuente por aquella época en nuestras aldeas. Me entristeció no tener un hijo con la mujer a la que amaba. Para Mossane también fue triste, pero encontraba un poco de consuelo en la educación de Elimane. Me dijo que, si no podíamos tener un hijo había que aceptarlo, y añadió que no se opondría a que yo tomase una esposa para tener descendencia. Le dije que tal vez el problema lo tenía yo, que igual era yo la fuente de la esterilidad. Mossane me dijo que no, que ella

sabía después de haber dado a luz al niño muerto que algo se le había removido dentro. Por aquella época yo no me sentía capaz de casarme y amar a otra mujer que no fuese ella. Pese a su insistencia, renuncié a tomar otra e intenté, como ella, encontrar mi felicidad en ellos dos, ya que eran la familia que el destino me había dado.

Nuestra vida continuó así, marcada por las hazañas escolares de Elimane. Pronto se convirtió en uno de los preferidos de la aldea. Heredó la inteligencia y la prestancia de su padre; la belleza y la energía serena de su madre. ¿Y de mí? ¿Qué recibió de mí? Otras cosas. Otros saberes.

VII

En 1935, a los veinte años, tras aprobar el bachillerato (con, según el padre Greusard, resultados jamás vistos en un indígena), Elimane recibió la propuesta de ir a Francia para continuar sus estudios. Nos lo consultó. Yo me opuse a su partida. Seguía viendo la mano y la sombra de su padre. Pero Mossane lo animó a marcharse. No pude disuadirlo. Parecía tan feliz de aquello en que se estaba convirtiendo su hijo que no me atreví a explicarle mis temores. El padre Greusard tenía contactos. Se ocupó de todo y logró, insistiendo en el carácter excepcional de aquel africano comparable a un joven genio, colocarlo en un prestigioso internado. También le consiguió una de las becas que la administración colonial reservaba a los indígenas sobresalientes. Eso le permitiría vivir convenientemente. Iba a prepararse el examen de ingreso al mejor colegio francés de la época, de donde salían los intelectuales, los pensadores, los escritores, los presidentes de la República, los profesores. Los ojos de Elimane, me dijo Mossane, brillaban cuando hablaba de ello. A partir de aquel momento se vio claramente que no podía hacer otra cosa que marcharse. Como su padre.

De modo que, hacia la estación de lluvias, en 1935, Elimane nos dejó. La víspera de su partida habíamos pasado la noche juntos en el patio. Mossane tarareaba. Yo noté que Elimane quería decir algo. O quería que le dijésemos algo. Quizá, por primera vez, se daba cuenta de que seguía los pasos de su padre, y que llegaba a la etapa que este último se había perdido. Quizá quería preguntarnos qué debía hacer, qué iba a pasar. ¿Le daba miedo acabar como su padre? No lo sé. No dijo nada. Mossane se calló. Por la noche lo noté, muy en el fondo, invadido de una gran y hermosa tristeza, a menos que fuese la mía.

—Vete en paz, hijo. Sigue siendo el hombre que eres y todo irá bien. No olvides de dónde vienes ni quién eres. No olvides a la madre que dejaste aquí.

—Sí, Tokô Ousseynou, lo prometo.

Elimane tenía un nudo en la garganta. Preferí no añadir nada que aumentase la pesadez de aquel momento ya de por sí grave. Al cabo de un instante, dijo:

–Volveré, madre. No me perderé allí. Volveré y estarás orgullosa de mí.

–Lo sé, Eli. Volverás y yo te esperaré. Soy tu madre. Vas a ser un gran hombre. Lo he soñado muchas veces. Pero volverás.

Reanudó su canto y no dijimos nada más hasta que nos venció el cansancio. La cara de Assane flotaba sobre nosotros y sonreía sin parar, inquieto, duro, ensangrentado, sereno, tierno, enigmático.

Durante el primer año de su vida en Francia, Elimane nos escribía. No a menudo, pero cada dos o tres meses recibíamos algunas letras. Nos contaba su vida en París, contaba sus encuentros, sus sorpresas, nos hablaba de amigos que hacía, de blancos, de africanos que había conocido allí. También nos hablaba del examen que estaba preparando y de sus estudios, difíciles pero enriquecedores. El padre Greusard, que recibía las cartas, nos las traía y las hacía traducir por su intérprete. Acto seguido, Mossane se las guardaba y a veces se pasaba horas mirándolas con un aire a un tiempo alegre y triste, aun cuando no supiera leer. Se las llevó con ella.

A partir de 1937, empezamos a recibir cada vez menos cartas de Elimane y, muy pronto, ni una sola. Tras unos meses sin noticias, Mossane fue a ver al misionero y le rogó que le escribiese a su hijo en su nombre. El misionero le escribió, pero Elimane no respondió y continuó en silencio. Me da un vuelco el corazón cuando pienso en aquellos meses, porque sé que fue en aquella época cuando Mossane comenzó a marchitarse. En el silencio repentino de Elimane tenía la sensación de revivir la desaparición y el silencio de Assane, que también había dejado de escribir. He aquí el principio de la tragedia de Mossane (y una parte de la mía): Assane y Elimane, el hombre al que escogió y el hijo que tuvieron juntos se habían marchado. Pese a ser distintos, habían tenido

el mismo destino, marcharse y no volver, además del mismo sueño: hacerse sabios en la cultura que dominó y masacró la suya.

¿Cómo explicarlo? ¿Por un fallo personal inscrito en sus genes? ¿Por la capacidad de seducción de la civilización blanca? ¿Por cobardía? ¿Por detestarse a sí mismos? No lo sé. Y mi ignorancia es precisamente el núcleo del drama. Los blancos llegaron, y algunos de nuestros hijos más valerosos se volvieron locos. Locos de atar. Locos de amor por ellos, sus amos. Assane y Elimane formaron parte de estos locos. Abandonaron a Mossane, y ella, a su vez, empezó a volverse loca.

Ya vas entendiendo adónde quiero ir a parar, Siga. Te lo repito: tú estabas en el vientre de tu madre, puse una mano en su vientre y se hizo un gran resplandor en mi mente. En el centro de esta luz vi tu cara entre la de ellos: la de Elimane y la de Assane. Los que se fueron. Supe antes de tu nacimiento que los seguirías. Que tu destino tendría lugar lejos de nuestra cultura. Vi que también tú intentarías encontrar la inteligencia en la lengua de los franceses. Que serías escritora. No es que no te quisiera por haber muerto tu madre al darte la vida. Fue porque al venir al mundo reactivaste mi herida más tierna y mi recuerdo más doloroso. Eras la tercera persona maldita de la familia, la heredera de los dos hombres que más daño me hicieron en el mundo. La verdad es que no te odio; te temo. Me has dado miedo desde que estabas en el vientre de tu madre. Anunciabas nuevas tragedias. A lo mejor Assane tenía razón. Los misterios de la sangre desafían toda lógica y sobrepasan los razonamientos individuales: tú eres mi hija biológica, pero por espíritu, Siga, por espíritu y hasta por corazón, perteneces a la sangre de Elimane, a la sangre de Assane. Ellos ya habían destruido mi familia. Habían destruido a la mujer que los amaba. Y tú, lo sabías, harías lo mismo: destruirías algo o a alguien. Pues ya está: ahora lo sabes.

La voz se calló entonces un largo rato. No abrí los ojos. Había vuelto a Ámsterdam. Varias barcas se deslizaron por el

canal. A bordo, unos juerguistas borrachos voceaban un cántico que reconocí: pertenecía al repertorio de los hinchas del Ajax de Ámsterdam y estaba dedicado a Johann Cruyff, el mayor futbolista de la historia del país. La voz habló de nuevo. La seguí en el pasado.

Ya casi he acabado, Marème Siga, préstame tu atención aún unos minutos.

Estábamos en 1939 y Elimane llevaba un año sin escribirnos. No teníamos ninguna noticia suya, y las cartas que habíamos hecho escribir al padre Greusard seguían siendo cartas muertas. Era como si se hubiese evaporado. Entonces empezamos a imaginarnos lo peor: que hubiera muerto. Mossane se hundió en sus pozos internos. De vez en cuando la oía hablar, llorar, rezar, farfullaba sola. Por la noche se despertaba en medio de una pesadilla, empapada de sudor, repitiendo el nombre de Elimane. Su caída había comenzado, y parecía inevitable.

En el mes de agosto de 1938 sucedió una cosa. Oí petardear la moto del padre Greusard. Unos instantes después entró en nuestro patio sin resuello. Mossane no estaba. Yo remendaba una vieja red de pesca.

—Ha escrito —dijo (después de unos años aquí, el padre había empezado a hablar nuestro idioma).

—¿Quién ha escrito?

—Elimane. Nuestro Elimane. Su sobrino.

Me quedé atónito un instante.

—¿Tiene la carta?

—Sí. Pero no solo hay una carta, Ousseynou. Ha escrito otra cosa: ha escrito un libro.

—¿Un libro?

—¡Un libro!

—¿Como los de su biblioteca?

—¡Sí!

—¿Dónde está ese libro?

—Aquí lo tengo.

—¿También la carta?

—Sí. ¿Quiere que se la traduzca?

—No será necesario, le pediremos que lo haga a uno de los alumnos de su misión. El hijo de nuestro vecino lee muy bien en su idioma. Nos ayudará. Gracias, padre Greusard.

—¿Y el libro? Ese alumno no podrá traducirles a la perfección todo el libro. Puedo volver a hacerlo yo, si quiere.

—Sí, pero hoy no. Otro día, si usted puede. Hoy solo vamos a leer la carta.

—Como quiera... Nuestro Elimane se está haciendo grande, Ousseynou, se está convirtiendo en un gigante. Dígale a su madre que su hijo se está haciendo grande.

El padre Greusard me dio la carta y el libro, luego se marchó a toda prisa. Palpé aquellos dos objetos que se suponía debían procurarme alivio y alegría, pero que me llenaron de pesadumbre. De manera que Elimane estaba vivo. Estaba vivo y no había vuelto a dar señales de vida. Se había hecho escritor, había tenido tiempo para escribir todas aquellas páginas y ni una sola a su madre durante un año. Todavía noto la bola abrasadora de cólera dentro del pecho en aquel momento. Tomé la decisión de no decirle ni enseñarle nada a Mossane. Fue una decisión fácil, aunque las consecuencias fuesen graves. No me arrepiento, a pesar de todo lo que sucedió a continuación. Lo haría de nuevo. Si pudiese volver atrás, volvería a ocultar a Mossane la carta y el libro de su hijo. Saber que estaba vivo, que había escrito un libro durante todo aquel tiempo sin mandarle una palabra a ella, saber todo esto, en el estado en el que se encontraba, habría acabado con ella. Así que escondí la novela de Elimane entre mis efectos personales. No era el momento de que resurgiese en nuestras vidas, que ya había dejado heridas al desaparecer. Podría haberlo destrozado o quemarlo y deshacerme del libro para siempre. ¿Y entonces por qué no lo hice? Porque percibí que

aquel libro era un objeto muy poderoso. Noté que Elimane había puesto en él una parte de su alma. Principalmente, supe en cuanto lo tuve entre las manos, que todavía desempeñaría un papel en nuestras vidas. Ignoraba cuál, pero lo sabía. Así que lo escondí en un sitio donde nadie pudiera encontrarlo. En cuanto a la carta, la destruí en el momento, sin intentar averiguar su contenido. Tenía la impresión de que al destruir la carta, al esconder el libro, protegía a Mossane.

Nunca he sabido qué había en este libro. El padre Greusard tuvo un grave accidente de motocicleta unos días después de su visita y se lo llevaron a la ciudad, donde lo cuidaron durante muchos meses hasta que sucumbió a unas heridas en la cabeza. Era el único de la aldea, aparte de mí, que sabía que Elimane había escrito aquel libro y había mandado aquella carta. No se lo había dicho a Mossane. Nunca se enteró. Había decidido no revelarle aquel asunto, y me consoló el silencio persistente de Elimane. Después de la publicación del libro, no volvió a escribirnos. No dio señales de vida. Yo hasta dudaba que fuese el autor de aquel libro. A lo mejor era otro Elimane. A lo mejor le había sucedido alguna desgracia al nuestro después de tanto tiempo. O a lo mejor simplemente había decidido traicionar la promesa hecha a su madre la noche antes de partir. En lugar de regresar, como había jurado, quizá se había limitado a escoger otro camino, en otro sitio.

El estado de Mossane empeoró a principios del año 1939. La demencia endureció su control sobre ella. Empezó a pasar los días bajo el mango. Contemplaba el cementerio donde habíamos enterrado al niño muerto que tuvimos. Un día me dijo que pensaba en aquella criatura (era una niña). Pero yo sabía que al contemplar el cementerio pensaba en Assane y en Elimane, cuyos cuerpos habían desaparecido. En realidad, contemplando el cementerio de la aldea intentaba ofrecer un cementerio mental, una tumba de pensamiento a los dos cuerpos que tanto había amado y que la habían abandonado. Su mente fue su fosa común. A mediados del año 1939, me fui a la iniciación con el Cheikh sufí cuando otra guerra, decían las noticias, estallaba en Europa. Mi guerra estaba aquí. Tenía

que librarla contra la locura de Mossane. Había decidido intentar ocuparme de ella por mi cuenta. Ya sabes el resto de la historia. Mi fracaso. El mango. Mis visitas regulares. Mi pregunta. El silencio de Mossane.

Vuelvo a ese día de 1945, Mossane había puesto su mano sobre la mía. Había reaparecido para responder; lo había visto en mi sueño premonitorio. Lo había esperado. Llevaba esperando treinta años a que me dijese por qué lo había escogido a él en vez de a mí. Me dijo:

–Te escogí a ti. La prueba es que estoy aquí y tú también estás aquí, Ousseynou, conmigo. Pero estoy cansada. Vuelve mañana y te contaré. Hoy estoy cansada, necesito que la tierra tiemble.

Me había emocionado tanto el sonido de su voz –que no había vuelto a oír desde hacía cinco años por lo menos– que no quise contrariarla haciéndole todas las preguntas que se atropellaban en mi corazón. No entendí nada de aquello de la necesidad de que la tierra temblara, pero no me preocupé. Así que volví a mi casa. Al día siguiente volví. Mossane no estaba. La busqué por todas partes durante días y días. Se había volatilizado. Algunos aldeanos que vivían no muy lejos del mango me contaron que la habían visto entrar en el cementerio por la noche. No la habían visto salir de allí. Pero esta versión se asemejaba demasiado al comienzo de una leyenda como para creérmelo. Continué buscando, pero, tras varias semanas (incluso fui a la ciudad), tuve que conformarme con su desaparición. Con esto pasaba definitivamente una página de mi vida. Necesité muchísimo tiempo para aceptar la idea de que Mossane se había ido. Nunca he guardado luto por ella. Nunca he podido y nunca he querido. Cada noche desde hace treinta años espero verla entrar por la puerta de esta habitación. Sin duda, voy a morir esperándola. Conocí a tu madre años después de la desaparición de Mossane. Tú naciste quince años después de que ella abandonase la sombra del mango. En mi oscuridad, solo la veo a ella. Y por mucho que haya amado y siga amando aún a Coura, Ngoné y a Dib, por mucho que amase a tu madre, en mis sueños, es Mossane

quien aparece. La veo tal y como la vi años atrás, en el agua, cuando perdí los ojos. Está desnuda y sonríe. Algunas noches lloro. Otras, me enfado con ella. Me pregunto dónde se fue. Me pregunto también qué me habría dicho si hubiese estado allí al día siguiente, como me había prometido. Pero en el fondo, poco importa. Me dio una respuesta.

Quería contarte todo esto. Sé que te vas a tu destino y que no volveré a verte nunca más. Tenías que saberlo antes de separarnos. No te pido que me...

—No te perdono —le dije yo reuniendo lo que me quedaba de valor—. No te perdono por haberme condenado desde el vientre de mi madre a ser imposible de amar. Te observo y te odio. Con toda la fuerza de mi ser. Te odio. He deseado tanto que me quisieras durante la infancia que mi odio no es más que el reverso de ese amor muerto. Mi desgracia es que en el fondo te quise. Nada queda de este amor que nunca has compartido. Contarme todo esto no cambia nada. Te desprecio demasiado. No te perdono.

Él me respondió con calma:

—No pido tu perdón, Marème Siga. Solo quiero que sepas. No supe quererte por las razones que te he dicho. Puedes guardarme rencor de por vida si eso es lo que te dice el corazón. Yo no te guardaré rencor a ti. Yo, en tu lugar, probablemente me habría odiado. Pero recuerda: aunque me odies, siempre estaré ahí. He acabado. Me queda una cosa por darte. Es mi testamento. Tu herencia. Después, podrás marcharte. Y yo también.

Entonces, dijo Siga D., mi padre metió las manos bajo la almohada y sacó un libro. Me lo dio sin añadir palabra, luego se calló. Así es como conseguí *El laberinto de lo inhumano*. El ejemplar que te presté y que mi padre guardaba entre sus pertenencias desde 1938. Y desde aquella noche de 1980, aquella noche de confesión, este libro me acompaña. El libro de Elimane Madag, alias T. C. Elimane, mi primo.

Abrí los ojos. La Araña Madre tenía la mirada fija en el sofá. El cuerpo de su padre no se movía ya. Empezó a

esfumarse suavemente y acabó por desaparecer del todo, con un estertor, llevándose a las sombras su fiel escupidera llena de arena y saliva.

Segundo biografema

Tres gritos sin dejar de temblar

... y luego qué le ha dado a la gente con preguntarme de todo como si no tuviese bastantes preocupaciones ya, me da un poco de rabia, no es para menos, que quede muy claro, porque en el fondo, al fondo de mi agujero, me viene bien, es decir, el asunto de la tierra me viene bien, es la oportunidad de hacerla moverse, sé que esta pregunta la hace moverse, aunque por otro lado no sé por qué le parece una cosa tan importante, pero bueno, ahí está, he dejado de preguntarme por qué son importantes las cosas para la gente o para las cosas, lo son y punto, cada cual vive como le parece y eso puede parecerles incomprensible a los demás pero no les toca a ellos decidir si es importante o no, nadie es nada de otro, cada uno es cada uno, cada uno, aunque parezca parecido a los demás, no es más que en primer lugar y en todo momento uno mismo, nadie está en el corazón de los demás o en su cabeza, y mejor así, sobre todo por la cabeza, creo que sería lo peor que podría pasar, lo que sucede en la cabeza es un caos, en la mía por lo menos, e imagino que en otras cabezas las cosas no están mejor ordenadas por más que todo el mundo aparente estar perfectamente equilibrado y mentalmente sano, a mí me da la risa, porque sé, lo sé, que basta con que los mire y toda la locura de sus cabezas les baja a la mirada y una vez allí nada puede ocultarse, los ojos son indiscretos, no vale la pena esperar y esconder, en fin, a ver, me desvíó de la pregunta de la tierra, voy a responderla sin intentar comprender por qué es esta pregunta la que la anima, aunque tengo una idea al respecto, voy a responder y a esperar que gire, cosa que me hará mucho bien, así que respondo No sé a la pregunta de la tierra, y no falla: ha empezado a estremecerse, cosa que demuestra que la conozco bien, sabía que montaría en cólera y temblaría, pero me gusta cuando tiembla a mi alrededor, cuando el mundo tiembla es cuando me siento bien: mi visión se vuelve nítida de nuevo, como si me pusieran de golpe esas cosas encima de la nariz, gafas creo que se llaman, y la vista se corrigiese, para explicar rápidamente cómo son las cosas para mí, la tierra se agita y las cosas se acomodan a mi mirada, se adhieren de nuevo a mi ritmo y al latido de mi corazón, si no se agita mi cuerpo es el único en vibrar y entonces todo se

desplaza, pero yo sé que no es la realidad la que se desplaza, se desplaza porque yo estoy desplazada, sí, yo soy la primera desplazada, todo se mueve en mí, soy un temblor de cuerpo de magnitud variable, depende de mi humor, y para recuperar la armonía y la estabilidad necesito que la tierra se mueva, de cólera, de frío, de risa, de sed, de alegría, de enfermedad, de llanto, de excitación o de lo que le dé la gana, necesito que la tierra tenga escalofríos para vivir, de lo contrario me acecha la nada, cuando la tierra está inmóvil solo vibra mi cuerpo, y es la nada lo que me amenaza, pero, para ser sincera, eso no me molesta, la nada no es tan terrorífica como dicen, pero no hay que quedarse mucho tiempo ahí porque detrás de la nada hay otra cosa mucho más temible, pero no sé cómo se llama, creo que no hay una palabra para eso, para eso que viene después de la nada y que yo temo, no me da vergüenza decirlo, y para evitarlo o rechazarlo es para lo que tengo que provocar a la tierra como acabo de hacer al responder a su pregunta, y funciona, ha empezado a temblar así que he insistido, No lo sé, pero da igual, no saber no es importante y no quiero saber; lo que cuenta es que..., creo, no sé..., ¿es tan importante, realmente?, soy yo quien cuenta, el resto no es importante, para él soy yo quien cuenta, su madre, soy yo quien cuenta, en cuanto al padre, no tiene importancia en realidad, él escogerá a quien quiera de los dos, a Assane o a Ousseynou, a Ousseynou o a Assane, eso no tiene importancia, es casi lo mismo aunque sean muy distintos, lo que cuenta soy yo, Mossane, la madre, su madre;

... ya retumba, me encuentro mejor, me encuentro mejor, el movimiento viene de las profundidades, las raíces se tensan como cuerdas de arco, me encuentro mejor, soy yo y no otra, el follaje del mango se balancea encima de mí y me lo murmura con dulzura, tú eres tú y enteramente tú, Mossane a quien todo el mundo desea y a quien ya nadie se atreve a acercarse salvo él, pero no sé si está ahí por él o por mí, para encontrar respuesta a mi pregunta o para pedirme la mía, pero no pasa nada, está ahí, nunca se ha ido, intenta salvarme sin saber de qué, entonces viene y se sienta y nos llamamos y pensamos cada cual en el pasado, en nuestras decisiones, en

los numerosos «y si» que pueden ser una tortura, y si hubiésemos hecho esto en vez de aquello, y si hubiese dicho esto en lugar de esto otro, y si y si y si, y basta, esto lleva a la desazón, al aturdimiento en el sueño imposible de corregir el pasado y desandar el camino del tiempo, cosa que puede ser amarga, sin embargo, yo no quiero amargura, tengo el sufrimiento y la espera y con eso me basta y me sobra, quiero aprovechar este retumbar de la tierra, y es que todo en mí se apacigua en la cólera del suelo, todo se reordena, todo se mueve y nada deja de moverse, veo claro, así que miro hacia el cementerio que ya no me da miedo desde hace tanto, el cementerio donde sé que está mi sitio, mi sitio ya listo, mi tumba ya cavada, y hace tiempo que la habría ocupado si no estuviese esperando noticias, soy esclava de la espera y nadie debería ser esclava de la espera, nadie debería tener que esperar lo que se ha marchado sin fecha de regreso posible, quizá sin regreso posible, pero sigo esperando, espero desde, pongamos, ay, a la mierda todo, qué engorro e ilusorio pretender calcular la espera, que por otra parte no se mide en horas días meses años, sino en unidades de medida de la descomposición del alma: caídas existenciales, apocalipsis espirituales, extinciones mentales y morales, unas después de otras, mientras esperamos, o porque esperamos, y sin embargo siempre viva, familiarizada con la nada, luchando contra lo que hay detrás de la nada y que no tiene nombre, o si lo tiene yo no lo conozco, pero viva, bien viva en mi silencio, es asombroso lo largo que puede ser caer, y aún más asombroso ver lo vivas que pueden estar las personas mientras caen, pero no sé si aguantaré mucho tiempo más, no creo, pero pasará cuando tenga que pasar, de todas formas tengo las llaves de mi destino, y como puedo irme en cualquier momento, abandonar la escena cuando quiera, sigo esperando, pero la salida está ahí, disponible, lo que pasa es que no quiero malgastarla, me la guardo para el día que no pueda más, o que el dolor sea intolerable, ese día no tendré más que levantarme y andar unos pasos para entrar en la región de los muertos, donde alguien también me espera, un serecillo de luz y de inocencia también me espera, así que para qué quedarme aquí y hacerlo esperar

cuando sé lo asesina que puede ser la espera, por qué, sé por qué, espero porque amo, es así de simple, espero porque amo y espero ser amada a cambio aun cuando nada aparezca en el horizonte de la gran espera, línea vacía que dejaré de observar un día para entregarme por fin, y ese día entraré en el cementerio y ocuparé mi sitio y nadie más me hará sufrir, y nadie más podrá decir que no he esperado, habré ido hasta el mismísimo fondo de la espera, al fondo de la sed que toda el agua de la tierra no habría sabido contener y que solo habría sabido calmar la gota del regreso, pero tengo claro que entre esa gota y yo se extiende un desierto inmenso, pero esta noche es una noche de paz, no quiero pensar en todo eso, la tierra se mueve y veo claro, me encuentro bien, me encuentro mejor, y eso porque le he dicho a la voz bajo la tierra que no sabía quién era el padre de Elimane, mira que es fácil hacer enfadar a los hombres, basta con decirles que no sabes, que lo que quieren saber no es importante y que lo que cuenta es tu vida, les dices eso y se vuelven locos, lo mismo da que lo digáis de verdad o por ponerlos de los nervios, se vuelven locos, tiemblan y gruñen, y eso le va bien al fondo del fondo, al fondo del agujero donde espero sola desde hace tanto tiempo;

... pero es verdad que no sé, es verdaderamente verdad que ignoro la identidad del padre, evidentemente no, esas cosas se saben, creo, o se sienten, yo, en todo caso, estoy segura, sé quién es su padre pero no diré nada porque la que cuenta soy yo, de todas formas es pasado y las cosas son como son, cada cual en esta historia cree que es así, y por mí bien, Elimane cree que Assane es su padre, Assane cree que Elimane es su hijo, Ousseynou cree que Elimane es su sobrino, Elimane cree que Ousseynou es su tío, Ousseynou cree que soy una puta que lo traicionó para entregarme a Assane que se fue convencido de tener descendencia, y yo contemplo todo esto y sé la verdad, pero a la tierra le digo que no lo sé, si no no retumba, y sin su retumbar la vida es un poco complicada, así que le digo lo que no quiere escuchar, a mí ya me conviene, pero en el fondo me pregunto por qué la tierra entera se entromete en mi vida, Ousseynou que me pregunta por qué él, la tierra que me pregunta quién es el padre, dejadme en paz, ¿es demasiado

pedir?, dejadme en paz, yo soy la madre de Elimane y eso es lo único que cuenta para él, eso es lo que le dije antes de que se marchara, él me dijo que volvería pero no ha vuelto y lo espero, porque es a él a quien espero, no a Assane, a quien amé, claro, como amé a Ousseynou, pero a quien espero, evidentemente, es a ese que uno cree su hijo y otro su sobrino, cuando podría ser a la inversa, de todas maneras, cada uno le transmitió algo, pero ni uno ni otro saben, y eso es lo que vuelve loca a la tierra, que retumba, que retumba, para mi satisfacción, tan grande, que un día quizá le cuento la historia, de cómo aquella noche, cuando Ousseynou se presentó en nuestra casa en la gran ciudad, oí su discusión con el guardia, a quien Assane, antes de marcharse de viaje con los misioneros, había ordenado que no abriese a nadie, llevaba dos días sola en casa y me moría de aburrimiento y entonces oí a Ousseynou fuera, cuando lo reconocí casi grito su nombre y corro a verlo, pero me acordé de cómo nos habíamos despedido, de las duras palabras que había dirigido a mi vientre, negra alienada, hija sin honor, aquellas palabras no las he olvidado nunca ni las olvidaré, así que cuando recordé aquellas palabras me contuve, aunque tuviese ganas de verlo, de hablar con él, de preguntarle cómo estaba, de decirle que lo amaba pero que también amaba a su hermano, y que quería pasar tiempo con este último después de haber estado con Ousseynou durante todos aquellos años en la aldea, quise decirle que no quería escoger entre uno y otro, y que amaba por igual a uno y a otro, porque uno y otro tenían algo que yo buscaba, pero esto no puede entenderlo ningún hombre, ellos quieren poseer por completo o nada en absoluto, quieren todo tu cuerpo para ellos solos, así que preferí no decir nada, luego se me ocurrió una idea y, discretamente, mientras el guardia estaba ocupado hablando con Ousseynou para echarlo, aproveché su distracción para escalar la tapia de la casa y saltar a una calle vecina, aún era joven, fuerte y ágil, el guardia no vio nada porque estaba de espaldas al patio, Ousseynou no vio nada porque no ve nada, el pobre, así que me vi fuera y esperé a que el guardia echase a Ousseynou para seguirlo con disimulo, de lejos, amparada por la noche que se cernía,

entonces él atravesó la ciudad en el crepúsculo y yo lo seguí, no parecía saber adónde iba, cosa que me sorprendió, porque los ciegos siempre dan la impresión, incluso yendo a tientas, de saber exactamente adónde van, pero lo seguí, y me dije varias veces que debería acercarme y hablarle, pero algo me retuvo, y me mantuve a distancia, esperando la ocasión, que acabó por presentarse cuando lo vi entrar en una pensión destartalada de los arrabales tras una larga caminata, esperé unos instantes, luego entré también, no lo vi, pregunté al encargado dónde estaba el hombre que acababa de entrar, me dijo que estaba comiendo y me dijo Qué quieres de él, entonces me jugué el todo por el todo, observé el sitio y parecía un burdel disimulado, y hasta aquel hombre parecía el dueño de un burdel disfrazado de encargado de pensión, así que me jugué el todo por el todo y le dije que necesitaba dinero y que el hombre, Ousseynou, se había cruzado conmigo en la calle y me había propuesto irme con él si quería ganar algo, que yo había aceptado tras dudar un poco, de ahí que llegase siguiéndolo, pero el encargado no pareció creerse realmente mi historia o, si la creyó, no tenía intención de dejar que me saliese con la mía así como así, entonces me dijo que aquello no era un lugar de paso, a menos que pagase, entonces le dije que le daría la mitad del servicio si él me lo organizaba, cosa que aceptó tras fingir que se lo pensaba unos instantes, y me dijo: Eres joven y tienes buenas formas, le va a encantar, me dijo que esperase delante de la pensión, que vendría a buscarme cuando estuviese acordado, yo salí y esperé en plena noche, como una pelandusca auténtica, observé a la gente pasar echándome miradas fulgurantes de deseo, pero de deseo combinado con asco de sí mismos y de mí, no sé, la verdad, una cosa estaba clara, yo gustaba, les provocaba deseo, un hombre me dijo, incluso: Tú eres Salimata Diallo, le dije que no, él me dijo que tenía las mismas caderas y desapareció diciendo que un día cabalgaría esas caderas, qué raro, porque me sentí tremendamente avergonzada y, al mismo tiempo, soberana, orgullosa como nunca, tenía la impresión de ser una puta santa, una puta divina, sagrada, necesaria para la salud de las almas condenadas, y ya me iba a poner a hacerle psssst a

los transeúntes cuando el hombre, me refiero al encargado, volvió y me dijo, Bueno, ya ha comido y bebido bastante, ve a por él, hemos fijado el precio, está en tal habitación, le di las gracias como una estúpida y fui a aquella habitación, llamé, Ousseynou dijo Entra, entré y vi su cuerpo en la cama, desnudo, listo, en la penumbra, apenas le vi la cara, no dijo nada pero noté claramente su cólera, me dije que no era el momento de hablar, que él no necesitaba hablar y yo tampoco, quería otra cosa, así que me desnudé, me acerqué y él se abalanzó sobre mí con cólera y furor, quiso poseerme, sacarme de mí misma, pero yo no le iba a la zaga, no fue el único que estaba perdido y que quería encontrar un desahogo a su rabia, así que también yo dejé estallar todo lo que tenía dentro e hicimos el amor luchando, pero encontré en aquella pulsión la verdad de un lugar perdido, luchamos en aquella cama hasta empaparla de todos nuestros líquidos, creí que me iba a reconocer, pero no me reconoció, y además estaba tan furioso que ni la voz me reconoció, cuando gemía, ni mi olor, ni mis manos, estuvo del todo ciego, por así decirlo, no solo de los ojos sino de todo su ser, pero no lo dejé dominarme, respondí hasta que nos derrumbamos, agotados, jadeantes, lo miré en la oscuridad mientras recuperaba el aliento, era guapo, quise hablarle pero él no tenía nada que decir, entonces me levanté, me volví a vestir y, antes de marcharme, me preguntó el nombre, no sé por qué, y espontáneamente le di el nombre que el transeúnte había dicho, que me vino de repente a la cabeza, Salimata, Salimata cómo era, Salimata Diallo dije, Salimata Diallo, a quien no conocía pero que un hombre que la conocía había comentado que tenía unas caderas generosas similares a las mías hasta el punto de confundirnos, Ousseynou me preguntó si era aquella cuyas nalgas ocupaban las conversaciones de todos los hombres de la ciudad, yo respondí Sí, y ahora ya sabes por qué, y con estas palabras salí antes de que reconociese mi voz, pero en el fondo creo que no la habría reconocido ni aunque me hubiese pasado la noche entera hablando, salí y hui de aquella pensión sin siquiera recoger mi dinero, volví a casa para gran sorpresa del guardia, que no me había visto salir pero que me vio entrar de nuevo, le dije que

no pasaba nada, que yo era un ave y que volaba, cosa que pareció creer, abriendo unos ojos supersticiosos y atemorizados, y así entré en casa de nuevo y esperé a Assane, él llegó al día siguiente, y a su regreso, como buena esposa que ha echado de menos a su marido, me entregué a él, y tres meses más tarde supe que estaba embarazada y que el niño había sido concebido a lo largo de aquellas noches en que me había acostado con ambos hermanos, anuncié a Assane que esperaba un niño y se puso loco de alegría, convencido de que era el padre, aunque unos días después me anunció que tenía que ir a la guerra y debía dejarnos aquí al niño y a mí, por nuestro bien, cosa que comprendí, Assane era así, amaba Francia, así que no le guardé rencor, lo dejé marcharse, él creía que la guerra no iba a durar, que gracias a Dios la invencible Francia ganaría, y que volvería pronto para asistir al nacimiento de su hijo, pero yo sabía que no regresaría, que de una manera u otra se quedaría en el país que amaba y por el que estaba dispuesto a morir, así que lo dejé marcharse, lo único que importaba era mi niño, e incluso cuando Assane me llevó a la aldea para dejarme con su hermano, me dije que el niño era lo importante, y me aguanté cuando Ousseynou me despreció porque el niño era lo importante, me aguanté cuando intentó echarnos de su casa, cosa que también entendí, y aguanté cuando aceptó acogernos, a mi bebé y a mí, aquella noche, después de que Assane se despidiese de mí de una manera tan conmovedora, pidiéndome que cuidase del niño hasta su regreso, diciéndome los nombres que deseaba que llevasen el niño o la niña al llegar al mundo, acepté todo esto, y Assane se fue, triste pero contento de marcharse, y yo me quedé con Ousseynou y el niño vino al mundo y se llamó Elimane Madag, y era mi hijo, y su padre no tenía importancia, Assane o Ousseynou, su padre no tenía importancia, lo que era importante era que yo lo quisiera, y lo quise, como si lo hubiese concebido sola, y es que lo *concebí* sola, lo quise y él lo sabe, allá donde esté hoy en esta tierra él sabe que lo quise y que tiene una madre que lo espera, aunque a veces se olvide, en el fondo sabe que lo espero, y mi amor por él es más importante que saber la identidad de su padre

biológico, yo lo sé, y solo se lo diré a él si me lo pregunta, a él, a mi hijo, y a nadie más, ni siquiera a la voz masculina de la tierra, a ella a la que menos, a ella tengo que seguir diciéndole: No lo sé, para que retumbe y tiemble, y que yo siga bien y vea claro y encuentre fuerzas para llegar al extremo de la espera que no puede tocar a su fin, mi pequeño Elimane, vuelve antes de que vaya a ocupar mi sitio en el cementerio frente al mango;

Segunda parte

Investigadoras e investigados

I

Hacía un buen rato que Siga D. se había callado. Yo notaba que aquel silencio podía prolongarse hasta el amanecer, y tal vez incluso lo deseaba. Cada protagonista de este relato tenía alguna fisura. De ahí surgía una pregunta existencial resplandeciendo con tal fuerza que deslumbraba la mirada que intentaba leerla. Ousseynou Koumakh, Tokô Ngor, Assane Koumakh, Mossane, Elimane... Todas las siluetas de este pasado abierto de pronto bullían ante mí en una coreografía tan compleja como fascinante.

¿Habían sido conscientes en su época de que se agitaban para el porvenir? ¿O más bien se les había ocurrido ya que su vida constituiría, llegado el momento, mucho después de su muerte, la obsesión de otras vidas? Pensé entonces en la mirada que Brigitte Bollème lanzaba en sus fotos; esa mirada que parecía dirigirse a la posteridad. ¿Los protagonistas del relato que acababa de oír se preocupaban, como Bollème, de mandar señales hacia el futuro?

Me dije: evidentemente no, Diégane, pues claro que no, no seas tonto: en el fondo, aunque las apariencias den a entender lo contrario, aunque el movimiento de su existencia lo lleve hacia lo desconocido, ningún hombre *piensa* en el futuro. Nuestra preocupación tiene que ver, en el fondo, con el pasado; y mientras caminamos hacia el porvenir, hacia lo que devendremos, lo que nos preocupa es el pasado, el misterio de lo que fuimos. Esto no tiene nada que ver con una nostalgia fúnebre. Es simplemente que entre estas dos preguntas que esconden una angustia de la misma naturaleza —¿*qué voy a hacer?* y ¿*qué he hecho?*—, esta última es la más importante: ataja toda posibilidad de una corrección, de una nueva oportunidad. En ¿*qué he hecho?* resuena también el tintineo del *no hay vuelta atrás*. Es la pregunta del hombre honrado que comete un crimen en un ataque de ira y que, después del acto, recuperada la lucidez, se interroga: ¿*qué he hecho?* Este hombre sabe lo que ha hecho. Pero su angustia, su horror, provienen principalmente de saber también que ya no puede deshacer, reparar lo que ha hecho. Al atribuirle esta

consciencia trágica de lo *indefectible*, de lo *irreparable*, el pasado es lo que más inquieta al hombre. El miedo al mañana siempre conlleva, por ínfima que sea, aun cuando sepamos que tal vez y muy probablemente se vea defraudada, la esperanza de los posibles, de lo factible, de lo abierto, del milagro. El miedo al pasado solo carga con el peso de su propia inquietud. Y ni siquiera los remordimientos o los arrepentimientos bastan para modificar el carácter irrevocable del pasado; muy al contrario: lo confirman incluso en su eternidad. No solo echamos de menos lo que fue; también, y sobre todo, echamos de menos lo que jamás será.

Así que no, pensé: todas estas formas no se agitaban para nuestro ahora, Diégane, para este instante en que las observas sin entender necesariamente el mensaje que no han intentado dirigirte. Se preocupaban de sus actos pasados. Vivieron; y el peso que les atribuyes solo a ti te compete: son tus deseos, tus preguntas. Elimane, Mossane, Ousseynou Koumakh y Assane Koumakh no te han pedido nada. Eres tú quien los persigues en el tiempo y no al contrario. Creemos, como si fuese una obviedad, que es el pasado el que vuelve a habitar y rondar el presente. Habría que plantearse que la proposición inversa es tanto o más probable, y que somos nosotros quienes rondamos a quienes nos precedieron sin dejar que descansen. Nosotros somos los verdaderos fantasmas de nuestra historia, los fantasmas de nuestros fantasmas.

—He intentado muchas veces hacer un libro de esta historia —dijo de pronto Siga D.—. Pero aún no lo he conseguido. Igual porque me toca demasiado de cerca, es demasiado íntimo. Es el colmo, para una escritora que ha levantado toda su obra en experiencias íntimas. Sin embargo, no tengo prisa. Un día escribiré esta historia. O la escribirás tú, ¿por qué no?

Siga D. se calló. Tal vez esperaba a que yo reaccionase, pero no dije nada. ¿Quería dar a entender que era yo —porque escribía novelas— quien debía escribir esa historia? ¿Me estaba pidiendo que la escribiera? ¿Me estaba preguntando si contaba con escribirla? Sin duda suponía que había ido a verla por ese motivo. Al cabo de un momento añadió:

—Mi padre murió tres días después de contarme su historia en ese cuarto en plena putrefacción. Recuerdo la casa enlutada, el patio lleno de figuras devastadas, los llantos fingidos y sinceros que se oían, mis madrastras inconsolables o fingiéndose inconsolables, mis hermanos y hermanas confusos. Y yo, en secreto, estallaba de júbilo. Leí por primera vez *El laberinto de lo inhumano*. Lo leí bajo el mango frente al cementerio, como si quisiera impregnarme en aquel lugar de una parte de la historia de donde había surgido aquel libro. Lo leí una cantidad considerable de veces. Siempre con entusiasmo. Siempre con sorpresa. Pero nada de lo que sentí después fue comparable con el choque de las primeras lecturas. Tenía la sensación de que mediante aquella historia del rey que quemaba a la gente para obtener el poder absoluto, Elimane hablaba de una historia más personal. La suya. La historia de su familia, de nuestra familia. Este libro iba dirigido a mí. Como siempre se dirige a nosotros un libro esencial. Enterraron a mi padre. No fui a su tumba. Creo que habría llorado. Así que hui. Me despedí de mis madrastras. Creo que sabían que no iba a volver. Los puentes estaban cortados. Acto seguido, salí hacia la capital. Libre por fin. Lista para plantar cara. Entre mis pertenencias, como único tesoro, estaba este libro. Me matriculé en la facultad de filosofía. Conseguí, tras vivir unas semanas en casa de un tío materno, encontrar una habitación universitaria. No tenía cómo pagarla. Pero daba igual. Estaba sedienta de mundo. Quería exprimirla y sorberle hasta la última gota de vida. Me tiré de cabeza al mundo.

—¿Esa época que viviste es la que contaste luego en *Elegía para noche negra*?

—Sí.

Volvió a callarse. Yo recordaba *Elegía para noche negra*, el primer libro de Siga D., el que la había revelado como escritora. De toda su bibliografía, este era mi libro preferido. Con él llegó el largo escándalo que su obra, desde entonces, no dejaría de constituir para una gran parte de la sociedad senegalesa. Contaba la vida de Marème, una joven estudiante

de filosofía de apetito sexual devastador pero tremendamente solitaria, enferma del deseo de amar o de ser amada, poseída de una profunda atracción por la muerte. Buscaba alcanzar un absoluto en los cuerpos que se sucedían contra ella o en las múltiples aventuras sentimentales que vivía (de esta cautivadora confusión entre sexo frío y exploración ingenua, dolorosa, del amor, nacía la terrible ambigüedad, es decir: la belleza del libro). No se sabía si esta búsqueda debía elevarla, envilecerla, aumentar la intensidad de su vida o apagarla. Marème parecía querer todo esto a la vez, de todas partes, en la universidad, en los hombres, en las mujeres, en los placeres solitarios y en las calles de la capital donde su reputación de sedienta sexual atraía a mucha gente, a curiosos, anónimos, marginados, humildes, jaraneros, libertinos, pero también a personalidades de las esferas mediáticas, políticas, religiosas, que escondían bajo grandes sermones sobre la virtud la promiscuidad de vidas secretas y pecaminosas. Contó cómo, en el espejo que era su cuerpo, se reflejaba la miseria sexual de su sociedad, que descubría frustrada, enferma, echada a perder por la discrepancia entre lo que pretendía o deseaba ser y lo que era en el fondo. Contó su caída, cómo la echaron de la universidad después de que un gran profesor, cliente de una noche incapaz de tener una erección en el momento crucial (se había visto obligada a procurarse placer por su cuenta mientras él intentaba volver a levantar aquel chisme flácido), la acusase de corromper el campus y la denunciase. Describió su errancia exterior, su errancia interior. Su primer intento de suicidio. Contó cómo un desconocido del que solo había entrevisto la cara antes de desmayarse y al que no volvió a ver nunca más la salvó mientras se desangraba en plena noche en una calle desierta. Describió cómo buscó la cara de aquel desconocido en todas las caras que se cruzaba después de salir del hospital. Contó su soledad y sus ataques de locura. Su segundo intento de suicidio, pero el Atlántico no la quiso y la escupió. La ingresaron en el psiquiátrico Dalal xel. Se pasó tres meses entre paredes blancas, hombres y mujeres de blanco, esquizofrénicos, retrasados, posesos, desposeídos, oscilando como un péndulo entre la extinción total y la pura

alegría. Salió, llegó a Dakar. El torbellino la volvió a engullir. Evocó sus terroríficas alucinaciones y sus delirios por las calles de la ciudad. Habló de los pedazos de carbón que recogía para escribir, de noche, en las paredes de la capital, sus ataques de nervios: palabras que destellaban como principios de incendios poéticos, de metáforas abrasadoras donde la vida consumía a los seres. El caos –no el desorden, sino el caos– reinaba en su mente, de donde llovían torrentes de frases largas como boas. Se ahogó en este aguacero diluviano de palabras antediluvianas, de palabras mucho más antiguas que ella, que surgían humeantes, como recién forjadas, de su vientre, pero que ella sabía que no humeaban más que por llevar demasiado tiempo en las brasas. Sus propias palabras eran más antiguas que su vientre y su historia, más viejas que la historia de todos los vientres que habían ido de la Noche a su noche. Eran vocablos huérfanos de lengua que esperaban su lengua. Ella estrujó a las boas y aprendió su idioma. Siseó su odio contra todas las asfixias del placer. Siseó su deseo de otro mundo, jamás conocido, que entreveía sin embargo cada noche en sueños. En su garganta ardía su sed intacta, potente, de amor. Relató su lucha contra la tentación de aniquilarse. Contó cómo una mujer mucho mayor que ella, una poeta venida de lejos, venida de Haití, y que trabajaba como alta funcionaria en Dakar, la había encontrado una noche, cuando se disponía a escribir una de sus imágenes con su trozo de carbón. La poeta dijo que llevaba tiempo buscándola; le confió que llevaba muchas semanas rebuscando para encontrar a alguien que la cubriese con una lava tan ardiente y pura. Contó el nacimiento de su amistad, la curiosidad que experimentó por aquella mujer que la llamaba Corazón y que era hermosa como la melancolía de una noche de verano. Evocó sus largas noches escribiendo, charlando, calladas a veces y, muy rara vez, discutiendo. También descubriéndose. Amándose como nadie sabría. Contó la noche sin estrellas en que, en su casa, la poeta haitiana le había dicho: Hoy es una noche negra sobre la ciudad, igual que la vida es una noche negra sobre o alrededor de nosotros, pero tú has escrito su belleza negra con *këriñ*, con carbón negro, una elegía para la noche negra, y ella fue la

estrella solitaria que seguí para encontrarte, Corazón. Contó cómo, antes de marcharse de Dakar (la habían reclamado en Estados Unidos para ocuparse de otras funciones), la poeta le propuso ayudarla a reanudar sus estudios, no aquí, sino allá, en París. Contó cómo la destrozó separarse de quien la había salvado de la locura igual que, en la callejuela, la salvó de la muerte aquel desconocido. Se despidieron con un juramento: seguir fieles, cada una y juntas, a aquella relación poética, totalmente poética, es decir: abierta a toda manifestación de una palabra sin mentira, una palabra sin traición de lo esencial, una palabra de valor en toda lucha aun cuando toda lucha acababa siempre en derrota. Contó la marcha de la poeta haitiana y los versos que le dejó a modo de despedida. Y cómo ella, unos meses más tarde, también se fue a París, donde su amiga le había ayudado a matricularse en la universidad y a encontrar un cuartito pagado por un año. Contó todo esto crudamente, con una honestidad cruel para la sociedad senegalesa pero más cruel aún para sí misma. Esto es lo que no le perdonó su sociedad: el haberse infligido ella misma la intransigencia que esta le tenía reservada. El haber infringido las reglas de la *masla*, aquel pudor, aquella delicadeza redondeada según la cual las verdades difíciles, entre nosotros, no se dicen, sino que se insinúan y, a veces, se disimulan en nombre de la salud del honor público. Ella, Siga D., había hablado sin tapujos, sin *masla*, no en el claroscuro, sino a plena luz del sol, bajo la luz aguda del mediodía. Poca gente vio en su libro, cuando apareció (en 1986), lo que a mí me parece que buscaba realmente. *Elegía para noche negra* fue el inicio del malentendido entre Siga D. y su sociedad. Persiste aún. Ha aumentado. Siga D. nunca ha vuelto a su casa. Creo que morirá sin haber vuelto jamás. Pero toda su obra, aun cuando haya encontrado otros escenarios, otras imágenes, otras pasiones, lleva en su corazón los de su país.

—Lo que no dije en aquel libro —añade Siga D.— es que tuve un tercer salvador. Junto al desconocido de la calle y la poeta haitiana, estaba Elimane. Estaba su *Laberinto de lo inhumano*, por lo menos. Hubo períodos en los que lo leía cada uno de los días que Dios nos ha dado. Me lo sabía de memoria y gracias a

él pude vivir en el infierno. Hay varias maneras de atravesar el infierno y una de ellas es aprenderse un libro de memoria. Eso es lo que hice. Lo podría haber tirado, porque ya me lo sabía. Pero lo conservé como un talismán. Lo había perdido todo, y esas pérdidas acabaron convirtiéndose en parte de mi riqueza. Pero mi posesión más valiosa, es decir, la que no podía perder ya, era *El laberinto de lo inhumano*. Se convirtió en mi parte no compartida. Elimane era mi amante, y no se lo presenté a nadie, ni siquiera a la poeta de Haití, a quien no obstante me sentía ligada por un sentimiento más profundo que la intimidad. El libro era mi secreto, mi cielo, lo que no podía ser conocido, visto, amado más que por mí. En medio de los ataques de demencia, de las tentaciones ante el mar, de los insomnios, de las borracheras, de toda la patética y sublime soledad, sobre un jergón de basuras que se disputaban los perros, bajo un cuerpo sudoroso a cambio de unas monedas, en el subterráneo de la locura, lo volvía a abrir o lo recitaba. Imposible morir así. Hasta cuando me corté las venas sabía que la muerte no me querría. Tendida sobre mi sangre, decía las frases que formaban parte de mí. No me sorprendió cuando el desconocido me salvó. Estaba convencida de que era Elimane. Era él, o su espíritu, a quien las frases que murmuraba yo en el umbral de la muerte habían convocado. El rostro que atisbé podía ser el suyo. No estoy segura. Nunca lo había visto. Pero recuerdo la sensación entre sus brazos. La de estar entre los brazos de un hombre amado, conocido.

Dejó de hablar y cerró los ojos, quizá para recordar aquella sensación contra el cuerpo del desconocido tan reconocido.

—Sí. Era él. No podía ser nadie más que él —continuó con dulzura y certeza, abriendo los ojos—. Su libro me ha acompañado a todas partes. Elimane era mi primo. De mi sangre. Su historia era también la mía. Estábamos atados por algo más profundo que una lectura. Era una confesión. O un psicoanálisis familiar. Me hablaba. Elimane me hablaba. Yo sabía de qué hablaba. Y por eso me agarré a su voz. Y yo también, como tú hoy, empecé a preguntarme qué le había sucedido, dónde había ido, qué había hecho, vivido, sufrido,

callado y ocultado. Un hombre semejante no desaparece así. O a lo mejor sí. Tal vez todos los hombres pueden desaparecer de esa manera. Pero ¿podemos creer en las desapariciones sin legado? ¿En las desapariciones absolutas? Yo no me las creía. Sigo sin creérmelas. Hay una presencia que permanece después de cualquier partida. Es posible, incluso, que la verdadera presencia de los seres y de las cosas empiece solo después de su desaparición. ¿No te parece? Yo no creo en la ausencia. No creo más que en el rastro. A veces el rastro es invisible. Pero lo podemos seguir. Ya sabía lo que había dejado Elimane como recuerdo en la memoria de mi padre. Pero estaba convencida de que otras memorias se acordaban de él. Tenía la certeza de que había vivido en otras vidas. Se trataba de encontrarlas. De seguirles el rastro y encontrarlas. En el fondo, Diégane, muy en el fondo, lo sabía: la propuesta de la poeta haitiana de terminar mis estudios no la había aceptado por ella, aun cuando la amase; ni por mí, es decir: para escapar de mi país. No: la acepté por Elimane Madag. Es a él a quien vine a buscar a Francia, adonde llegué en 1983, después de tres días de vagabundeo y de tumbos silenciosos al borde de un altísimo acantilado con mis pedazos de carbón por las calles de Dakar.

II

Unas semanas después de la publicación de su crónica, mientras contemplaba la tumba de su confidente con una emoción de la que ella era la primera sorprendida, Brigitte Bollème me dijo que se había preguntado, exactamente, en el cementerio de aquel pueblecito, bajo un cielo sucio de finales de otoño, si la difunta le había revelado la verdad.

—Nunca me había cuestionado la veracidad de su testimonio hasta aquel preciso instante. Debe usted de preguntarse por qué esta interrogación se me ocurría entonces, tantos años después de mi entrevista.

Evidentemente, Diégane, Brigitte Bollème no hablaba conmigo. Se hablaba a sí misma. Pero también yo me pregunté, observándola, por qué solo ante la tumba de aquella mujer, tras la aparición de *¿Quién era realmente el Rimbaud negro?*, había cuestionado la palabra de su principal fuente. Aun así, es el abecé del oficio de periodista. En aquel instante, ante la pregunta que acababa de plantear Brigitte Bollème, yo pensé lo siguiente: es porque su fuente principal acaba de morir y porque se da cuenta usted en este momento de que nadie más, que usted sepa, podrá hablar de Elimane. Sí, eso es lo que pensé, Diégane: que Brigitte Bollème se enfrentaba al vértigo del silencio definitivo que rodearía en adelante la vida de Elimane, ya que la última memoria que lo sostenía acababa de desaparecer. Esto justificaba para mí que le otorgase tanta importancia a la verdad de este último testimonio...

—Pero eso no tiene nada que ver con la cuestión de la autenticidad del testimonio —le dije a Siga D.—. Preguntarse si aquella mujer había dicho la verdad no guardaba relación con el hecho de darse cuenta de que podía ser la última persona en haberlo conocido vivo. Bollème debía de tenerlo claro, ¿no?

—Te equivocas —respondió Siga D.—. Las dos verdades están unidas. En este momento me parecen unidas, en cualquier caso. La que acababa de morir era la última persona en Francia que frecuentó a Elimane. Eso significaba que lo que había dicho pasaría por verdad eternamente. Tal vez había mentido

acerca de algunos elementos de su historia común. Tal vez podría haberse arrepentido. Tal vez habría corregido su versión de los hechos. Pero estaba muerta. Ya no se llevarían a cabo ni los arrepentimientos ni las correcciones. Su testimonio sobre Elimane estaba fijado en la eternidad. Bollème lo había añadido a su relato. Para siempre, aun cuando no fuese verdad del todo, este testimonio sería la verdad para la posteridad. Los dos sabemos hoy, Diégane, que no es verdad, que la historia de Elimane continuó, y que otras personas lo conocieron. Sabemos que su vida no se terminó en 1938. Pero eso, la Brigitte Bollème de 1948, la que se encontraba ante la tumba, no podía saberlo. La crónica que acababa de publicar se fundamentaba en una inmensa parte en confidencias. Si se revelaban falsas, su trabajo no valía nada. Creí que eso era lo que le angustiaba.

—Entiendo —dije—. Igual tenías razón.

—Ah, pues no, me equivocaba. En cualquier caso, eso es lo que Brigitte Bollème me hizo comprender aquel día. Tras guardar silencio unos instantes, me dijo: Estamos en 1985, señorita, publiqué mi crónica en el 48... ¿o en el 49? No, en el 48. Por cierto, ¿la ha leído?

—Sí. Encontré un viejo ejemplar en el trastero de un librero de segunda mano.

—Solo debe de encontrarse en sitios así, sí... Es una crónica que no le interesó a nadie. En el 48, todo el mundo había olvidado a Elimane, o ya no querían oír hablar de él. El único testigo murió a los pocos días de la publicación de mi relato. 48, sí, principios de noviembre del 48. Esa mujer se dejó morir, estoy segura. Solo he vuelto a pensar en aquella mañana, en el cementerio, delante de su tumba, cuando me escribió usted hace unos días para pedirme que nos viésemos. ¿Por qué solo entonces me pregunté si me había dicho la verdad? Hasta que recibí su carta no obtuve respuesta. Ahora tengo una: al recoger la confesión, lo que vi fue a una mujer que sufría. Y creí, a causa de dicho sufrimiento, que decía y no podía decir más que la verdad. En ningún momento, durante nuestra entrevista, me dije que podía estar mintiendo o

desviándose de la verdad. Su sufrimiento era demasiado grande. Me pareció sobre todo demasiado pura como para engendrar una mentira. Y hasta que no me vi delante de su tumba no me dije que no había correlación natural entre sufrimiento y verdad; que uno no dice la verdad porque sufra, ni siquiera sobre la naturaleza de ese sufrimiento, su causa o sus consecuencias. Sucede, incluso, que traicionamos la verdad por culpa del sufrimiento. Hasta que no me vi delante de su tumba no pensé: esta mujer, deliberadamente o no, podría haber traicionado la verdad. Tal vez murió creyendo haberla dicho cuando se limitó a explicar su sufrimiento. Eso es lo que pensaba aquel día frente al cementerio. Eso es lo que me apesadumbraba mientras contemplaba su tumba. Había empezado a llover. Recordaba el día que habíamos pasado juntas, a lo largo del cual me había contado la verdadera historia que los había unido. La verdadera historia de *El laberinto de lo inhumano* y de su maldición. O, más bien: lo que ella había creído que era la verdadera historia. Iba a descubrir poco después que mi intuición del cementerio, la fuente de esta duda repentina, no era del todo infundada. Pero lo que sucedió a continuación solo lo sé yo. No lo he escrito ni contado en ninguna parte. Podría haber aportado un complemento a mi crónica. Debería haberlo hecho. Pero no lo hice. Para empezar, porque a nadie le importaba este asunto. Y, luego, porque tenía miedo de hablar. Supongo que si está usted aquí es para averiguar qué sé yo.

—¿Y era verdad? —dije yo—. ¿Por eso fuiste a ver a Brigitte Bollème en 1985?

—Al contrario que a ti, Diégane, el Elimane que me fascina no es el escritor. Es el hombre. Sé que en ti ambos se confunden. En mí, no. Esta discusión ya la tuvimos, no la repitamos. Yo a quien buscaba era al hombre y no la continuación de *El laberinto de lo inhumano*, como tú. El escándalo del plagio no me interesaba mucho. Lo que me interesaba de él, lo que me atraía hacia él, era su silencio.

—A mí también, su silencio es su enigma central.

—Tal vez. Pero creo que no es el mismo silencio, Diégane.

Yo me refiero al silencio con su madre, su familia. No mantuvo su promesa con Mossane. Quería saber por qué. Quería saber por qué nunca volvió y nunca mandó noticias a su madre ni a su tío, es decir, mi padre. El motivo de su exilio voluntario y radical, eso es lo que yo buscaba. Estaba escribiendo *Elegía para noche negra*, y la figura ausente de Elimane me asediaba cada día un poco más intensamente. Me decidí a salir en su búsqueda. Me topé de inmediato con el nombre de Brigitte Bollème. Busqué, encontré y leí su crónica. Acto seguido le escribí. No le mentí.

Le dije que era la prima de Elimane, y que estaba investigando sobre él.

—¿Y entonces qué?

—Entonces dije: Sí, señora Bollème.

—Brigitte.

—Sí, Brigitte. Por eso estoy aquí. Para saber qué sabe usted.

Ella me miró con una especie de curiosidad divertida y dijo:

—No pensaba que fuese a conocer nunca a un pariente de Elimane. No sabía que los tuviese. Es un tema que nunca abordó con nadie, creo.

Siga D. me preguntó si me acordaba bien de los detalles de *¿Quién fue realmente el Rimbaud negro? Odisea de un fantasma*. Le confirmé que lo tenía todo presente, y que tenía allí algunas notas que había tomado en la hemeroteca. Siga D. continuó con su relato:

—Mientras decía esto, Brigitte Bollème se puso en pie y se dirigió hacia su biblioteca. Aún la veo, un poco encorvada por la edad, pero siempre elegantísima, vestida con el estilo que le había dado fama: un pantalón de terciopelo, una blusa de lino y su fular anudado al cuello. Siempre llevaba el pelo corto, y entre los dedos jugueteaba con la larga y fina boquilla de fumar de dandi que la había acompañado en todas las batallas de vanguardia de la postguerra, en todos los excesos, en todas las polémicas y contracciones donde intentaba renacer Europa. Y su mirada, de un gris metálico oscuro... Emanaba un

carisma que hoy no se ve habitualmente. Cogió un librito de la biblioteca y me lo tendió.

—¿Le importaría leer esto? Lo sé: ya lo ha leído. Ya me lo ha dicho. Pero me gustaría que lo releyese igualmente para mí. Hace muchos años que no lo leo. Hay detalles de los que hoy ya no me acuerdo.

Cogí el libro. Brigitte Bollème se volvió a sentar y se encendió un cigarrillo. Entonces le leí su propia crónica.

III

¿Quién fue realmente el Rimbaud negro?

Odisea de un fantasma

por B. Bollème

Hace diez años, el ambiente literario francés se vio agitado por un suceso clamoroso que hoy todo el mundo parece haber olvidado. Es comprensible: coincidió con la guerra. Sin embargo, el otoño de 1938 estuvo marcado por una extraña historia literaria: la de *El laberinto de lo inhumano* y su autor, T. C. Elimane.

La rememoraré en pocas palabras: en septiembre de 1938, un autor originario de Senegal publicó en la editorial Gemini *El laberinto de lo inhumano*. Libro asombroso en todos los sentidos: por su tema, por su estilo y por su autor, un africano de veintitrés años del que nadie había oído hablar jamás. Su talento hizo decir a un célebre crítico que era una especie de «Rimbaud negro». El libro tuvo sus admiradores y sus detractores. La cosa duró unas semanas, hasta que un tal Henri de Bobinal, profesor en el Collège de France, explorador y etnólogo especialista en el África negra, publicó en la prensa un artículo donde acusaba a T. C. Elimane de haber plagiado el mito fundador de una etnia de Senegal para escribir su novela. A este artículo acusatorio lo siguieron, días más tarde, los descubrimientos del señor Paul-Émile Vaillant, también profesor de literatura en el Collège de France. Reveló la presencia, en la novela, de innumerables préstamos de grandes textos de la literatura. Este último artículo firmó la sentencia de muerte de *El laberinto de lo inhumano* y de su autor; y muy pronto pareció que el libro era a partes iguales, como mínimo, la mezcla de un sutil collage de citas y de creación original. Se interpusieron varios procesos contra Gemini. La editorial se declaró culpable, reembolsó las sumas debidas y cerró el negocio poco antes de que la sombra de la guerra comenzara a planear sobre nuestro país y sobre el mundo. T. C. Elimane no intervino en la prensa en ningún momento durante todo el suceso. Desapareció con su libro sin que nadie supiese quién era ni si existía. Llegó la guerra; el escándalo de este libro se olvidó.

Por mi parte, no lo olvidé y decidí buscar a su autor. Sus editores no me respondieron. Se decía que se habían marchado de París después del juicio.

A principios del año 1939, se me ocurrió la idea de ir a mirar en los ambientes estudiantiles e intelectuales negros de París. Su silencio, durante toda la polémica alrededor del libro de Elimane, me había

sorprendido mucho. No obstante, tenían medios para hacerse oír en algunas revistas de entreguerras. Pienso sobre todo en *Légitime défense*. Logré entrevistarme con Léopold Sédar Senghor.

Me confió que no le había «gustado mucho aquella novela espeluznante a propósito de la que se escribieron cosas ridículas en los periódicos». Le pregunté a qué se refería. Entonces me respondió, con una dicción melodiosa en la que se percibían todos los signos de puntuación: «Vaya a interrogar al profesor Henri Bobinal sobre los basari, de quienes dice ser un especialista. Lo que el señor Bobinal afirma en su texto es exacto, quizá, pero hay un problema: los basari no son de Senegal. Tal cual. Por lo tanto, o bien el señor de Bobinal jamás ha estado en Senegal y no conoce los pueblos, lo cual sería una vergüenza; o bien fue y confundió el pueblo que estudió con los basari, lo cual sería aún más vergonzoso. En ambos casos hay confusión; mejor dicho: fabulación. Por otro lado, no entiendo por qué el señor Elimane, tan silencioso, no se apresuró a airear esta superchería.»

Estupefacta, al día siguiente me presenté en el Collège de France. Quería encontrar a Henri Bobinal y ponerle delante las afirmaciones de Senghor sobre los basari. Me informaron, para mi gran sorpresa, de que Henri de Bobinal había muerto en los últimos días del año 1938, varias semanas después de la publicación de su artículo, de un infarto fulminante.

En cambio, Paul-Émile Vaillant, el otro profesor del Collège de France implicado en el suceso, seguía vivo. Él era quien había revelado los plagios literarios en el texto de *El laberinto de lo inhumano*. Le repetí las palabras del señor Senghor acerca de Henri de Bobinal. El profesor Vaillant me contó entonces lo que sabía. Considero su testimonio crucial: «El señor Senghor tiene razón. El artículo de Bobinal sobre *El laberinto de lo inhumano* era deshonesto. En los últimos años de su vida, Bobinal se había encerrado en un discurso racista, él que tanto había amado y defendido las culturas indígenas de África. Esta contradicción es el enigma profundo del hombre. La aparición del libro de este africano sacó de quicio a Bobinal. Entonces se inventó aquel mito cosmogónico basari que el autor habría plagiado. Confió sus intrigas a uno de nuestros amigos comunes, que me las reveló tras su muerte. Bobinal mintió. Los auténticos plagios son los que descubrí y revelé: plagios literarios. Sin embargo, pese a todo, sigo convencido de que el señor Elimane es un escritor.»

Esas son las revelaciones que me hizo Paul-Émile Vaillant. Recordé la pregunta del señor Senghor: ¿por qué ni Elimane ni sus editores, sabiendo que el artículo de Bobinal era una fabulación, reaccionaron en la prensa? ¿Qué secreto ocultaba el silencio de T. C. Elimane, tan pesado que prefirió la calumnia a la inocencia?

Eso es lo que quise saber. Pero llegó la guerra y pronto fue imposible, en aquellas condiciones, hacer nada. La guerra y la resistencia contra el nazismo me sacaron de mi obsesión por Elimane.

Hasta principios de este año 1948 no he podido volver a abrir el dossier de *El laberinto de lo inhumano*. Conseguí, tras varias semanas de búsqueda, encontrar en París a uno de los tres empleados con los que contaba Gemini, el señor André Merle (los otros dos eran Pierre Schwartz – deportado a Dachau– y la señorita Claire Ledig, la secretaria de la editorial, rapada por colaboración horizontal al llegar la Liberación). André Merle era contable en Gemini cuando apareció *El laberinto de lo inhumano*. Cuando le anuncié el objeto de mi visita, me informó de que nadie en la editorial, aparte de Charles Ellenstein y Thérèse Jacob, había visto a Elimane jamás. Le dije que no sabía dónde encontrarlos.

Fue entonces cuando Merle me confió que la última vez que vio a sus antiguos jefes en los locales de Gemini, estos discutían. Ellenstein quería marcharse de París porque la ciudad ya no era segura para gente como ellos, es decir: judíos. Thérèse Jacob deseaba quedarse en la capital, no huir. Finalmente, Ellenstein logró convencerla de marcharse. Le pregunté si sabía adónde. Esta fue su respuesta:

–Hablaron de dos municipios de provincias donde había casas de campo: Cajarc y Tharon, en Loira Inferior...

No dudé ni un segundo y salí para Cajarc. El departamento del Lot había formado parte, a principios de la Ocupación, de la zona libre, al contrario que la región del País del Loira, donde los nazis pulularon hasta mayo de 1945.

Así que suponía que una pareja de judíos habría tenido más posibilidades de sobrevivir en Cajarc que en Tharon, y llegué al hermoso valle del Lot unos días después de mi conversación con André Merle. Sin embargo, me bastaron dos días allí para enterarme, a partir de informaciones recogidas entre los habitantes, de que Charles Ellenstein y Thérèse Jacob, si bien habían vivido en el pueblo a principios de la guerra, no se quedaron juntos hasta el final. Una de sus vecinas me dijo que se separaron en 1942. Charles se fue aquel mismo año. Thérèse también acabó marchándose, pero después de la guerra, en 1946. Esta vecina no sabía, evidentemente, adónde podían haberse ido uno y otro. «Era una pareja muy cerrada durante el tiempo que vivieron aquí. Eran educados, pero no hablaban con los demás. Yo creo que ni hablaban entre ellos», me dijo.

Dejé Cajarc después de tres días y decidí presentarme en Tharon,

esperando encontrar más huellas de Charles Ellenstein y de Thérèse Jacob.

Era finales de invierno. El aire de Tharon, frío y agitado, azotaba las carnes. El viento oceánico lo empujaba en borrascas ininterrumpidas por las calles. Encontré enseguida una pensión y pregunté al dueño si conocía a algún Charles Ellenstein o a una Thérèse Jacob por allí. Me respondió que no, pero añadió que si buscaba a alguien allí tenía que preguntar en la zona del mercado.

Dejé mis cosas y salí enseguida para explorar a pie los lugares, que formaban una escena perfecta para una novela negra costera. ¿Acaso no estaba yo en una especie de libro policíaco, sumida en una crónica literaria repleta de brumas, en la que un escritor había desaparecido sin dejar rastro?

Crucé las dunas herbáceas que bordeaban la playa como murallas y bajé hacia el mar, que bordeaban o vigilaban las zonas de pesca con pinta de miradores. El sol se ponía. Recuerdo haberme dicho: así es como T. C. Elimane desapareció de la vida, sin hacer ruido, como una puesta de sol en el océano. Un pesado cansancio se deslizó sobre mi nuca en aquel momento. En lugar de pasearme por las tabernas del puerto buscando a Ellenstein o a Thérèse Jacob, decidí volver a mi cuarto a descansar. El comienzo de mi investigación podía esperar al día siguiente. Cené en la pensión y releí, antes de irme a dormir, algunas páginas de *El laberinto de lo inhumano*.

Me desperté hacia las cuatro de la madrugada y fui incapaz de volver a dormirme. Hacia las cinco decidí ir a ver la salida del sol. Ya había una persona en el muelle. La saludé. Ella se volvió hacia mí con energía, sin duda un poco sorprendida. Aunque estuviese un poco oscuro, la reconocí enseguida: era Thérèse Jacob. Sé que ella también me reconoció. Pero nos quedamos un rato en silencio. Hasta que no hubo salido el sol no dijo:

—Me ha encontrado usted.

Su voz no era la de mis recuerdos. Sonaba suave, casi aliviada, cuando yo la recordaba nerviosa y rápida. Volví la cabeza hacia ella. Aunque se le habían arrugado las mejillas, seguía teniendo una cara joven y hermosa.

—Buenos días, señorita Jacob. Entonces se acuerda de mí.

—La recuerdo, señora Bollème.

—Llámeme Brigitte, por favor.

—Me acuerdo de usted, Brigitte. Recuerdo la conversación desagradable

que sostuvo con Charles y conmigo acerca de Elimane. Supongo que es a él a quien busca. Pero solo estoy yo.

Le entró un violento ataque de tos que tardó unos minutos en calmar. Me dijo que estaba un poco débil de los pulmones, y añadió que estaríamos mejor a resguardo. Me tomé aquello como una invitación y la seguí. Tosió un poco más, con menos violencia, durante nuestro trayecto. Llegamos tras unos diez minutos andando ante un chalecito pintado de azul. Nos sentamos en el salón y le pregunté si podía grabar nuestra charla. No vio inconveniente. Instalé mi material (un pequeño magnetófono del que casi nunca me separaba), luego eché una ojeada más atenta al lugar donde estábamos.

—Era la casa de los padres de Charles —me dijo, trayendo café y las pastitas locales, las *kouignettes*—. Murieron los dos aquí. Charles era hijo único.

—Ya veo. ¿Y Charles? ¿Dónde está?

—Charles se marchó.

—¿Se marchó? ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir simplemente que se marchó.

Me contuve las ganas de replicar al respecto. Era Elimane quien me interesaba; Elimane y no la vida privada de Ellenstein y Thérèse Jacob; Elimane y su libro, solamente. Así que preferí no insistir en Charles Ellenstein. Me encendí también un cigarrillo, el primero del día, y, durante unos instantes, fumamos en silencio.

—Sabía que alguno de ustedes acabaría viniendo. Así que ha sido usted. Daba por hecho que seguía usted poseída por *El laberinto de lo inhumano*. Nunca se liberará. No se puede salir así como así de él. Elimane...

Ahí se calló. Le pregunté si le molestaba que tomase notas, aparte de la grabación. Con un gesto vago me hizo entender que le daba lo mismo y terminó su frase:

—Elimane es un demonio. Posee. Pero él también está poseído.

Se calló otra vez. Yo no la importuné. La confesión debía venir de ella, al ritmo que decidiese.

—¿Se acuerda de las circunstancias en las que dijimos haberlo conocido Charles y yo?

—¿Lo que contaron en la entrevista? ¿El encuentro en el bar? Sí, me acuerdo.

–Se acuerda usted de una mentira. No nos lo encontramos en un bar, por casualidad. La primera vez que lo vimos fue en un gran liceo parisino. Tenía veinte años, acababa de llegar de su país natal e iba a emprender sus dos años de clases preparatorias literarias. Como en cada comienzo de curso, algunos antiguos alumnos del centro que habían entrado en la Normal Superior venían a animar a los recién llegados. Charles y yo formábamos parte de los escogidos aquel año. Acabábamos de empezar en la edición. Elimane era, evidentemente, una de las atracciones de la nueva promoción. Cada vez se veían más estudiantes negros en París, pero el fenómeno seguía siendo raro en nuestro centro. Todo el mundo tenía ganas de oírlo hablar, de saber cómo se desenvolvía, de hacerse una idea de su persona o de ver si se correspondía con la que se habían hecho ya.

Se invitó a los nuevos alumnos a presentarse. Tomaron la palabra uno por uno, pero al que todos esperaban era a Elimane. Cuando le llegó el turno, habló con una voz límpida y clara en medio de un silencio sepulcral y dijo: «Me llamo Elimane. Vengo de Senegal. Quiero escribir.» Estas tres frases resonaron como disparos en el patio del liceo. El silencio se prolongó durante unos segundos, luego un rumor subió de entre las filas de alumnos, de profesores, de antiguos alumnos. Era un rumor indescifrable, mezclado. Algunos parecían asombrados de que hablase nuestro idioma. Otros repetían su nombre como un talismán o un hechizo: Elimane... Elimane... Otros se preguntaban dónde estaba (o qué era) Senegal. Pero lo esencial estaba en su última frase: Quiero escribir. Había en aquellas palabras algo de puro. Habrían cubierto de ridículo y de pretenciosidad a cualquier joven lechuguino recién salido de la adolescencia y que se fantasea ya un Stendhal o un Flaubert. Es una frase que no se dice a la ligera, sobre todo en preparatoria, clase en la que a menudo descubrimos que no por saber moldear una frase nos acercaremos siquiera a ser escritores. Pero cuando Elimane dijo aquellas palabras sentí en el fondo que no era solo vanidad. Iba a tener que demostrarlo, que aguantar, que resistir a las burlas que no tardarían en llegar (¡un negro, una criatura apenas por encima de un primate en la escala de la civilización, que quería escribir!). Pero en su voz y en su mirada había... había un fuego. Charles y yo lo notamos.

El primer año estuvo interno en el liceo. Charles y yo nos informamos de sus comienzos y nos pareció enseguida que no había necesitado, como se suele decir, adaptarse a su nuevo entorno. Parecía que llevaba toda la vida allí, como si en su casa en Senegal lo hubiesen preparado. Los profesores con los que charlábamos nos decían que tenía una cultura literaria y filosófica muy sólida. ¿De dónde la sacaba? ¿Era uno de esos hechiceros

africanos que poblaban el imaginario europeo cuando se aludía al continente negro? Una cosa era segura: tanto por saber como por madurez, se encontraba unos palmos por encima de sus compañeros, cosa que le atrajo admiración y odio a partes iguales.

Un día, con las vacaciones de otoño al caer, Charles me dijo que debíamos ser francos con él. Así que fuimos a verlo:

—Somos editores —le dijo Charles—. Queríamos volver a verle porque no hemos olvidado sus palabras: «Quiero escribir.» ¿Sigue queriendo escribir?

Yo añadí entonces: «Nos gustaría leerle, si tiene algo, un manuscrito.» Él nos miró unos segundos antes de darnos la dirección de un bar, cerca de la plaza de Clichy, donde, nos dijo, escribía durante sus escasas salidas.

—Estaré allí todas las tardes, a partir de las tres, durante las vacaciones.

Luego se levantó, se despidió y se marchó.

Desde el primer día de vacaciones lo fuimos a ver allí. Y durante casi todo lo que duraron las vacaciones nos vimos en aquel restaurante, en la plaza de Clichy, siempre a primera hora de la tarde. Aún no éramos amigos, pero allí tuvieron lugar nuestras primeras conversaciones.

Elimane nunca quiso hablarnos de él, de su familia, de su vida en Senegal, de cómo había adquirido nuestra cultura. Lo único que le interesaba era el presente. Y el presente era su libro. No quiso hablarnos del libro, al principio. Decía que nos lo quería leer cuando estuviese listo. Recuerdo que era muy tranquilo, muy dulce, salvo cuando discutíamos de literatura. Ahí se animaba y se removía como un depredador, un toro en una plaza. Al final de las vacaciones, creo que nos habíamos hecho amigos. Se había unido mucho a Charles, sobre todo. Se habían descubierto un montón de gustos literarios en común, aunque sus debates sobre ciertos autores eran épicos. Algunas noches, cuando yo estaba cansada, Charles quedaba con Elimane y volvía tardísimo. Formábamos un trío de amigos, pero yo veía a las claras que ellos dos se comprendían un poco mejor. Había como una simbiosis. No tenía celos en absoluto. Al reanudarse el curso, continuamos viéndonos de vez en cuando. Nos dijo que el libro estaba avanzado. No lo presionamos, pero teníamos ganas de leerlo.

Fue durante el verano cuando se produjo el acontecimiento en el origen de todo. Nos dijo que quería ir al norte de Francia, sin concretar la razón. Charles propuso que lo acompañásemos. Pero yo tenía otros proyectos, otros deseos. Charles se empeñó en seguirlo, por lo menos en una parte

del viaje. Así que se fue con Elimane durante varias semanas, cuatro o cinco, antes de volver conmigo.

—¿Ahora sabe cuál era el objeto del viaje al Norte? ¿Adónde iba Elimane? ¿Qué hicieron durante aquellas semanas?

—Cuando volvió, le pregunté a Charles, pero fue bastante evasivo, como si hubiese prometido no revelar lo que habían hecho. Insistí y Charles acabó por responder. Entonces fue cuando entendí por qué le resultaba difícil hablar de su viaje con Elimane. Tenía la impresión de violar la intimidad de nuestro amigo.

—¿Qué le contó?

—Me dijo: Elimane busca el cuerpo de su padre, un soldado senegalés. Desapareció en la Gran Guerra, en el norte de Francia.

—¿Y sabe si lo encontraron?

—No sé nada, Brigitte. Charles no me dijo mucho al respecto. Simplemente me contó que habían recorrido un montón de pueblos del norte de Francia cerca de los cuales había habido frentes y combates durante la Primera Guerra Mundial. En los departamentos de Somme y de Aisne, sobre todo. Nada más. Noté que lo que había sucedido durante aquel mes de viaje solo les pertenecía a ellos. Así que dejé el tema. No interrogué más a Charles. Pasamos el resto de las vacaciones juntos, entre Cajarc y Tharon. Elimane había vuelto a París. En septiembre lo volvimos a ver.

—¿No volvió a decir nada sobre ese padre al que buscaba?

—No. Pero espero de todo corazón que encontrase algo sobre su padre. Quizá vino a Francia para buscarlo. Quizá simplemente buscaba su historia. En todo caso, aquella búsqueda lo liberó. Le dio el impulso necesario para escribir la novela que soñaba con escribir. Sí: pienso que *El laberinto de lo inhumano* nació de aquel verano.

Thérèse Jacob se calló y se quedó pensativa, como si hubiese conseguido formular y comprender una verdad oculta en ella desde hacía mucho tiempo.

—¿Y luego? —dije yo tras unos segundos.

—Luego dejó de preparar el examen de ingreso a la Escuela Normal. Dijo que quería escribir y nada más. Esta decisión desconcertó y entristeció a todos los profesores, que creían que triunfaría. Elimane no volvió a matricularse y encontró un trabajo de albañil. Desde luego, le habíamos propuesto que se instalase con nosotros; teníamos algo de sitio. Pero él

dijo que quería buscarse la vida solo, a pesar de nuestra amistad. El capataz de la obra, un tipo sospechoso, le propuso alquilarle en negro un cuarto miserable. Elimane aceptó. A partir de aquel momento empezó el período más feliz que vivimos juntos. Al dejar sus estudios, Elimane descubrió un nuevo ritmo de vida. Por la mañana, desde las seis hasta el mediodía, trabajaba en la obra. Luego escribía por la tarde, tras una siesta. Después nos veíamos en un bar cerca de nuestra casa. Se ve que le sentaba bien. Notábamos que tenía sed de experiencias, de libertad, de encuentros, de viajes, de cosas extraordinarias. Quería experimentar el mito de París, ciudad de artistas, de fiestas, de borracheras. Después de mucho discutir, Charles y yo decidimos introducirlo en un universo de nuestra vida que él aún no conocía.

Thérèse Jacob se calló, como si quisiera obligarme a plantearle la pregunta que se imponía, cosa que me apresuré a hacer:

—¿Qué universo?

—El universo de los libertinos.

En ese momento, Thérèse Jacob me miró con un brillo de desafío en los ojos. Quizá esperaba una reacción, un juicio. Yo ni pestañeeé.

—Charles y yo no estábamos casados —dijo finalmente—. Pero habíamos construido una relación libre, sin otra ley que la del placer. Frecuentábamos los ambientes libertinos desde hacía unos años. Era un ambiente de secretos, máscaras, sombras. La gente no se interesaba por tu currículum, ni siquiera por tu identidad. Solo querían hacer de ti un aliado en el erotismo.

No abrí la boca. Ella continuó:

—No sabíamos gran cosa de la vida íntima, erótica, me refiero, de Elimane. Charles sabía quizá algo, porque tenían más confianza. Pero yo no. No le conocía ninguna amante, ni tampoco ningún amante. Parecía que solo tuviese la literatura. Así que, una noche, le hablamos de ello, sin ambages, en casa. Cuando acabamos, reflexionó un buen rato y dijo que quería. Entonces empezamos a invitarle a nuestras fiestas de postín. Se convirtió de inmediato en la principal atracción. En esos ambientes solo se alimentan de la novedad, de la carne desconocida, del escalofrío del descubrimiento. Elimane, aparte de representar todo aquello, era africano. Ni siquiera aquel universo repleto de gente sabia y cultivada escapaba a los estereotipos sobre los africanos y su sexualidad. Pronto se labró una reputación de amante. Lo reclamaban. Todo el mundo quería descubrir a Elimane, saborearlo, ver si el don que se le atribuía era cierto.

—¿Charles y usted hicieron tríos con Elimane?

Thérèse Jacob se quedó un momento en silencio, luego dijo:

—Sí. Al principio yo era reticente a la idea, pero Charles quería. Le excitaba, siempre le había excitado mirar a otro hombre haciéndome el amor. Y creo que la idea de que Elimane fuese ese hombre aún lo excitaba más.

—¿Por qué lo cree usted?

—No lo sé. Tal vez porque veía en él a una especie de gemelo. Es una simple hipótesis. No lo sé.

—¿Y por qué era usted reticente a esta idea?

—Presentí que acabaría por destruirnos. Pero ya volveremos a eso. Elimane era un amante maravilloso, atento, imaginativo, fogoso, infatigable y sediento, brusco cuando tocaba, dulce cuando era necesario, y ponía una gran intensidad en cada uno de nuestros encuentros. Su mirada durante el acto te hacía sentir que te confiaba su alma. Sabía hacer ciertas cosas..., cosas que pocos hombres saben hacer... o se atreven a hacer. O imaginan hacer. Se habría..., sí..., se habría dicho que mientras hacía el amor se transformaba en un viento suave, o en agua caliente, o tibia, y que te entraba por el vientre, por el sexo, por todo el cuerpo. Te inundaba. Y su crecida subía hasta el cielo. Charles era un perverso de la imaginación, un as de la puesta en escena erótica. Inventaba, ya fuese entre nosotros o con otras personas, guiones que provocaban una gran excitación entre todos los participantes de aquellos arrumacos. Siempre se le dio bien eso, bajo esos aires de editor respetable preocupado por el único Libro.

Un nuevo ataque de tos la hizo encorvarse en aquel momento. Le di de beber. Recuperada, dijo:

—Gracias... Continuemos. Imagino que todo esto que le he contado acerca del libertinaje de Elimane no le interesa realmente...

—No se engañe. Todo me interesa.

—Entonces escuche bien lo que sigue. A principios del año 1938, Elimane pudo alojarse en una habitación más cómoda. La primera vez que nos invitó a Charles y a mí nos anunció que había acabado de escribir. Nuestra sorpresa fue tan grande como nuestra alegría, como le será fácil adivinar. Teníamos tantas ganas... Aquella noche nos leyó *El laberinto de lo inhumano*.

Volvió a sumirse en sus recuerdos un largo rato, luego dijo:

–Extraordinario. El texto me pareció extraordinario, la lectura de Elimane me pareció extraordinaria. Todo. Al final, cuando miré a Charles, tenía lágrimas en los ojos, y supe que no íbamos a cambiar nada de aquel manuscrito, ni una sola coma.

–¿No se percataron de los plagios?

–A eso iba. De oído, no. El texto nos subyugó.

–¿Y Elimane no dijo nada?

–No. No fue hasta unos días más tardes, cuando releímos el manuscrito que nos había enviado, cuando Charles y yo tuvimos dudas sobre algunos pasajes. Los de los autores más evidentes. Habíamos verificado y nos habíamos asombrado al descubrir aquellos préstamos, pero también al ver cómo había logrado fundirlos en el movimiento de su texto. Una vez recuperada de la sorpresa, aún me admiró más *El laberinto de lo inhumano* y el genio de Elimane (sí, me atrevo a usar esa palabra). Hay que ser un genio para escribir toda una obra con fragmentos de las de otros. Como mínimo hay que tener el genio del collage. Charles fue más circunspecto. Veía el virtuosismo de la composición, reconocía la singularidad de la historia del libro, pero no llegó a librarse de la idea de que era un robo, una impostura deshonesto. Era un libro único, nunca visto, profundamente original, pero era al mismo tiempo una suma de libros existentes. A Charles, esta ambigüedad le resultaba insoportable. Cuando volvimos a ver a Elimane, aquella misma noche, estalló nuestra primera discusión. Charles le reprochó haber saqueado la literatura; Elimane respondió que la literatura era un juego de saqueos, y que aquel libro lo demostraba. Dijo que uno de sus objetivos era ser original sin serlo, ya que era una definición posible de la literatura y hasta del arte, y que su otro objetivo era demostrar que se podía sacrificar todo a un ideal de creación. No dejaron de discutir. Charles no estaba de acuerdo con nada, y sufría tanto más cuanto que no podía negar que el libro tenía su belleza propia, y que no era un pálido reflejo de las obras que contenía. Dijo que no publicaría aquel libro tal como estaba y Elimane dijo: «Perfecto, entonces lo publicaré en otro sitio.» En cuanto a mí, no dije nada aquella noche. Dejé que pelearan los gallos. Pero en el fondo estaba de acuerdo con Elimane. Cuando acabé de explicarlo, Charles se subió por las paredes y vociferó que no le sorprendía, que Elimane me había vuelto loco. Creo que estaba un poco celoso de él, aunque fuese su mejor amigo.

–¿Y luego?

–Tras unos días de tensión y de debate entre nosotros, Charles invitó a Elimane a casa. Le dijo que quería publicar el texto, con la condición de

poner entre comillas las citas literales, y en cursiva los pasajes reescritos. Evidentemente, Elimane se negó. Charles, en una tentativa desesperada, intentó hacerle aceptar la idea de un prefacio o de un prólogo, una advertencia para explicar su manera de hacer. Elimane rechazó la idea de nuevo, enfadado. Dijo que no había nada peor que una obra que se explica, se avisa, da pistas para que la comprendan o la absuelvan de ser lo que es. Se puso furioso y se fue. Charles y yo lo perseguimos hasta la calle. Cuando lo atrapamos, Charles le dijo que finalmente quería intentarlo.

—¿Por qué cambió de opinión, según usted?

—No lo sé. Tal vez se acordó de todo el camino que había recorrido Elimane para llegar hasta allí.

—¿Y cómo reaccionó él cuando Charles le dijo en la calle que lo publicaría?

—Se puso a llorar como un niño. Es la única vez que vi desbordarse sus emociones. Charles también lloró. Nos fuimos al bar donde quedamos la primera vez, en la plaza de Clichy. Lo celebramos, luego volvimos e hicimos el amor los tres, con ardor, embriaguez y alegría. Elimane nos dio las gracias por nuestra confianza, y nos anunció aquella misma noche que publicaría *El laberinto de lo inhumano* bajo el nombre de T. C. Elimane. T por Thérèse y C por Charles. Quería poner las iniciales de nuestros nombres junto al suyo. Tres meses más tarde, publicamos *El laberinto de lo inhumano*. A los pocos días, usted fue la primera en hablar de él en *La Revue de deux mondes*. El resto ya lo sabe.

—Pues no, precisamente. ¿Cómo reaccionó Elimane a los artículos de la prensa? No hablo aún del artículo de Bobinal o del de Vaillant. Me refiero simplemente a los otros críticos.

—Lo apenaron mucho. Durante aquel período se encerraba en su casa, triste, muy afectado. Lo que sus colegas y usted misma escribieron sobre *El laberinto de lo inhumano* lo destrozaron. Decía que no habían entendido nada, que ninguno de ustedes entendía, que todos, hasta los que lo defendían, malinterpretaban su lectura. Pensaba que no lo estaban leyendo, o peor aún, que lo leían mal, y que no saber leer era un pecado.

—Sin embargo, en la época circuló el rumor de que su libro interesaba mucho al jurado del Goncourt.

—Es verdad. A Rosny padre, el presidente del Goncourt, le gustaba la dimensión sobrenatural de la novela. Se contaba que Rosny hijo, en cambio, no estaba convencido. Lucien Descaves encontraba el libro audaz,

quizá demasiado. Dorgelès, que había combatido junto a los artilleros senegaleses, a los que respetaba, había dado a entender que apoyaría el libro. Léon Daudet le habría dicho a un periodista: «La única cosa que me desagrada en ese libro es su editor, Ellenstein, ¡un israelita!» Léo Larguier había calificado su lengua de monstruosa. Francis Carco le veía estilo. Pol Neveux, ninguno. Pero hablaban de ello, sí.

—Y pese a todo, ¿Elimane seguía triste?

—A él no le preocupaba realmente el Goncourt. Cuando lo veíamos, repetía incansablemente que no lo habían comprendido y que eso era un crimen. Nos sentíamos impotentes. Veíamos claro, pese a todos nuestros esfuerzos, que era inconsolable. En ese momento fue cuando usted nos escribió, a Charles y a mí, para pedirnos una entrevista. Evidentemente, él se negó, pero no se opuso a que nosotros nos reuniésemos.

—Pero ¿qué es lo que le apenaba en concreto? ¿Que no hubiésemos visto lo que el profesor Vaillant vio después: los plagios? ¿Las reescrituras? ¿El virtuosismo de su composición?

—Ni siquiera ahora, diez años después, lo entiende usted. Lo que le apesadumbró es que no lo viesen ustedes como escritor, sino como fenómeno mediático, como negro de excepción, como campo de batalla ideológico. En sus artículos apenas se hablaba del texto, de su escritura, de su creación.

—Discúlpeme, pero Charles y usted también lo habían visto como negro excepcional...

—Eso es falso —dijo ella con voz dura—. Nosotros vimos en él al escritor de excepción; no al Negro sabio. Al contrario que ustedes. Para ustedes no era más que un bicho raro. Ustedes lo expusieron; no como escritor talentoso, sino como se expone a un hombre en un zoológico humano. Como el objeto de una curiosidad denigrante. También por eso no podía mostrarse. Ustedes lo habían matado.

—Los que lo mataron fueron Bobinal y Paul-Émile Vaillant. Ellos son quienes hablaron de plagios. Sabían ustedes, por cierto, que el artículo de Bobinal era...

—... una sarta de mentiras. Sí, lo sé. También sé que Bobinal murió. Cuando su artículo salió en el 38, fuimos de inmediato a ver a Elimane. Nos dijo que aquel profesor mentía, ya que los basari no eran un pueblo de Senegal. Bobinal se había inventado el mito. Charles quiso escribir un artículo para desmentir el de Bobinal, pero Elimane se lo prohibió. Le dijo que quería quedarse en silencio, y que nada más lo haría reaccionar.

Fuimos una tarde a verlo. Había tormenta. Le dijimos que era egoísta, y que en aquel asunto él no era el único afectado: nosotros, sus editores, su editorial, estábamos también en primera línea. Charles dijo que escribiría un artículo, lo quisiera o no Elimane, para limpiar el honor del libro, de la editorial, de todos nosotros. No soportaba que una mentira acabase con Gemini sin antes defenderse. Elimane, evidentemente, intentó disuadirlo. La discusión subió de tono. Llegaron a las manos. Elimane le llevaba ventaja, era un coloso. Charles era valiente pero no tenía ninguna posibilidad. Yo gritaba que parasen, ellos no me escuchaban, la tormenta rugía fuera. Sucedió muy rápido. En un momento dado, cuando Charles estaba en el suelo, medio inconsciente y con la frente sangrando, Elimane dijo: «Voy a parar todo esto. Es necesario.» Me miró, una mirada donde había tantas cosas, tantas súplicas y ruegos, tanto dolor, y también lágrimas, y amor, pero no dijo nada, y salió a la tormenta después de coger cuatro cosas. Fue la última vez que lo vi.

Dejé pasar unos segundos de silencio antes de preguntar de nuevo:

—¿No volvió a verlo después de aquella discusión? ¿Nunca más?

—No. Aunque sí tuve noticias tuyas mucho más adelante. Aquella noche, la noche en que se pelearon, después de marcharse, nos quedamos en su apartamento. Era su apartamento. Me ocupé de Charles y le curé la herida. Me dijo que todo aquello era una estupidez inefable, una locura. Lloró y dijo que era culpa suya y que no debería haber metido a Elimane en aquel asunto de la escritura. En aquel momento lo detesté, odié su debilidad, pero sobre todo odié su condescendencia y su arrogancia. Había que tener mucha para creer que Elimane no habría escrito si no fuese por él. Pero no dije nada y nos quedamos en el apartamento, esperando a que Elimane volviese. No volvió aquella noche. Ni al día siguiente. Volvimos a casa. Los días siguientes Elimane tampoco estuvo allí. El portero nos dijo que no lo veía desde hacía muchos días. Empezamos a temernos lo peor. Lo habíamos buscado en todos los lugares posibles: cafeterías, bares, jardines, librerías, sitios adonde íbamos juntos y que le gustaban. Habíamos visitado todos los escenarios libertinos donde lo habíamos llevado. Había desaparecido. Íbamos a poner un anuncio de se busca cuando apareció el artículo de Vaillant. Aquello fue el golpe de gracia: se centraba en los plagios auténticos y nos ponía directamente en la picota. La prensa fue más allá, y pronto se vio mezclada la justicia. Algunos herederos de autores plagiados exigieron una indemnización. Para Charles y para mí, aquellos fueron los peores momentos. Recibíamos correos amenazadores de todas partes, la justicia nos condenó, la opinión nos crucificó, nos convertimos en los culpables de

golpe, ya que Elimane no aparecía por ningún sitio. Como el cuerpo del escritor seguía invisible, atacaron a sus editores. Tuvimos que cerrar Gemini después de destruir todos los ejemplares que pudimos encontrar de *El laberinto de lo inhumano*. Los retiramos de las librerías y de todos los almacenes posibles. Vaciarnos nuestro stock. Lo que quedó de nuestro capital sirvió para abonar los gastos judiciales, para compensar a los herederos que habían denunciado y pagar a los tres empleados que teníamos. Después de eso, nos quedaba muy poco dinero. Cerramos Gemini, vendimos el apartamentito donde vivíamos y nos fuimos de París por insistencia de Charles. Nos fuimos a Cajarc, en el Lot, mientras pasaba la tormenta. A mí no me apetecía; para empezar, porque odiaba nuestra casa de Cajarc, que es la herencia que me habían dejado mis padres, pero después porque tuve la sensación de que abandonábamos nuestros sueños y nuestra juventud en París. Y, claro está, a Elimane.

—¿No tuvieron ninguna noticia de él durante el proceso judicial?

—Ninguna. Estábamos tan desbordados e histéricos que no fuimos a buscarlo más ni a su casa ni a ninguna parte. Simplemente queríamos salir de aquella tormenta. No vino al juzgado, no nos escribió. Permaneció invisible. Creí que había muerto. Incluso me dije que más valía que así fuese: su muerte por lo menos explicaba su silencio.

—¿Dónde estaba y qué hizo durante aquellas semanas de juicio?

—No lo sé. No lo dijo cuando nos escribió.

—¿Cuándo les escribió?

—Dos años después, a principios de julio del 40. Llevábamos en Cajarc un año y medio y sabíamos que no nos íbamos a marchar de momento por la guerra. Habíamos intentado escribirle a su dirección, claro. Pero nuestras cartas no recibieron jamás respuesta. Luego, un buen día, llegó su carta.

—¿Qué les dijo en aquella carta?

Thérèse Jacob no respondió enseguida. Me miró unos instantes, luego dijo:

—Es personal.

—Por favor, señora Jacob, yo...

—No insista, Brigitte. Y déjese de señora Jacob. Llámeme Thérèse. Esa carta es personal. Solo puedo decirle que acababa con estas palabras: «Ahora que todo está cumplido y por cumplir, por fin puedo volver a casa.»

–Volver a casa... ¿A Senegal?

–No lo está entendiendo. Estábamos en guerra. El país estaba ocupado. Le era imposible volver a Senegal en aquel momento. «Por fin puedo volver a casa» solo puede significar una cosa: voy a volver a escribir.

–¿Y qué quería decir con «ahora que todo está cumplido y por cumplir»?

–Que iba a volver a empezar después de haber cumplido su pena.

–¿Qué pena?

–La pena a la que todo el mundo, también usted, lo condenó en 1938: no ser comprendido. Todo está cumplido significa: he acabado por entender que en literatura no solo es raro ser comprendido, sino que hay que hacer todo lo posible para no ser comprendido totalmente, cuando uno es escritor. Ahora ya puedo escribir libre de la angustia de no ser comprendido, porque ya no deseo ser comprendido. Eso es lo que quiere decir.

–Insisto en que es su interpretación.

–Es usted libre de darle otra.

–¿Guardó esa carta?

–Si fuese el caso, no se la enseñaría.

–¿Le respondieron ustedes?

–No. Elimane no indicó ninguna dirección. Por otra parte, al principio de la guerra estábamos bastante ocupados sobreviviendo en Cajarc. Fueron años difíciles. No me gustaba la casa de Cajarc, ya le he dicho. Es una casa que me traía malos recuerdos de infancia. Pero lo que dificultaba más la vida era la cólera creciente que estaba alimentando, según Charles. Quería estar en París. O en cualquier sitio menos en Cajarc. Pero él decía que París era una enorme ratonera, y que había que esperar un poco en la región y buscar las redes de una posible resistencia. Existía, en efecto, y nos apresurábamos a entrar en contacto cuando Charles se marchó. Un buen día, en 1942, sin avisar, se marchó. Al despertarme ya no estaba allí. Dos días más tarde entendí dónde estaba, cuando me escribió. En cualquier caso, no volvió. La única carta que me envió desde ese frente era también una especie de adiós. Creo que Charles quería redimirse. Quería redimirse a mis ojos, pero también a los suyos. Creo que acabó odiándose por haber abandonado a Elimane. Charles no me había avisado porque sabía que no lo habría dejado marcharse. No sin mí, por lo menos. En la única carta que me envió después de irse, me decía que, si pasaban tres

días sin recibir cartas tuyas, es que estaba muerto. No volvió a escribir. Entendí. No podía hacer nada. Así que me quedé escondida en Cajarca hasta el final de la guerra. Ayudé a la resistencia a mi manera. Y en el 46, hace dos años, vine a instalarme aquí. Echo de menos a Charles. Lo amaba. Ahórrese el pésame. Continuemos. Y Elimane, ¿verdad? ¿A Elimane lo amaba? No era un hombre amable, Brigitte. No quiero decir que fuese imposible de amar. Emanaba una violencia silenciosa, y no sabías si querías apagar aquella violencia, compartirla para aliviarlo, o si querías huir de ella y alejarla de ti cuanto más mejor.

—¿Así que no ha vuelto a tener noticias tuyas desde la carta de julio de 1940?

—Nunca. Pero varias veces, después de marcharse Charles, he tenido la impresión de que Elimane estaba cerca, que me observaba. Seguramente, fruto de mi imaginación. Debió de morir durante la guerra, como Charles. Con el tiempo he acabado por entender que la carta que nos mandó en julio de 1940 era una despedida.

No dije nada. Pasó un largo rato, luego me miró.

—Pues ya está, Brigitte. Creo que eso es todo lo que quería decirle. Para mí también está todo cumplido, en cierto modo.

Tras estas palabras, Thérèse me dijo que estaba cansada y que su tos la hacía pasarlo mal. La conversación había terminado. Le di las gracias y me volví a la pensión. Escribí y retranscribí la primera versión de este relato todo el día y toda la noche, sin pegar ojo, sin comer apenas. Dos días después volví a ver a Thérèse Jacob para que lo leyese. Me dijo que no le interesaba, y que podía hacer con él lo que quisiera. Me dijo adiós. Mi estancia en Tharon había acabado.

De vuelta en París, procedí a efectuar algunas verificaciones complementarias. Encontré, por ejemplo, el rastro del brillante paso de Elimane por el liceo entre 1935 y 1937, y descubrí su nombre completo, con el que lo habían inscrito en el registro de extranjeros en la prefectura de París: Elimane Madag Diouf. Pero básicamente no añadí nada al relato de Thérèse Jacob, el que tienen ustedes entre sus manos.

Es posible que esta crónica sea un fracaso. ¿Quién fue realmente el Rimbaud negro?, se pregunta el título. Pero ¿lo sabemos al llegar al final de estas páginas? ¿Sabemos quién es realmente Elimane Madag Diouf, alias T. C. Elimane, al cerrar este libro? No estoy segura.

Quizá sabemos un poco más, sí, sobre su llegada y su vida en París en cierta época, en la que escribió y publicó *El laberinto de lo inhumano*. Sin

duda, ya no podemos pasarlo por alto, dado el misterio absoluto que rodeaba su vida. También sabemos un poco sobre cómo compuso esta novela, engendrada por tantos otros, con una construcción completamente deliberada.

No me corresponde juzgar ni al hombre ni la obra. La posteridad, si aún se interesa un día por *El laberinto de lo inhumano*, lo hará. Sabemos un poco más sobre cómo vivió Elimane aquel torbellino. Conocemos una parte de sus costumbres, de su carácter, de su mente. Sabemos que fue brillante y que los libros lo obsesionaban. Pero ¿basta todo esto para decir quién era en el fondo?

Elimane, desde 1940 y aquella carta que Thérèse Jacob dice haber recibido, no ha vuelto a dar señales de vida. Muchas cosas, cosas terribles, como sabemos, sucedieron después de 1940 en nuestro país. Tal vez Elimane se viese arrastrado en el curso de aquellos trágicos acontecimientos. Pero es imposible saberlo. Nada nos dice que no siga vivo, en algún sitio, aquí, y que no esté leyendo esta crónica con media sonrisa, tal vez en este preciso instante. Nada me dice que no haya regresado a África. Una cosa es segura, y la dijo Thérèse Jacob: encontró en la literatura su auténtico país; quizá el único.

En el momento de escribir las últimas líneas de esta crónica, pienso en él, allá donde esté. Y pienso también en los que fueron sus amigos: Thérèse Jacob y Charles Ellenstein. Les dedico esta crónica.

Tercer biografema

Dónde acabó Charles Ellenstein

Según se va acercando a París, Charles Ellenstein no sabe, evidentemente, dónde podría encontrarse Elimane (ni siquiera si sigue viviendo en la capital). Ante todo, Ellenstein no tiene ni idea de lo que le espera. Le han llegado algunos rumores. Pero, tanto por temperamento como por cultura, Charles Ellenstein no cree en esos rumores. Tiene fe en la medida y en la inteligencia de los hombres. Aunque los rumores que ha oído no son ni medidos ni inteligentes: son repugnantes.

De todas formas, Ellenstein no es *realmente* judío. No practica el culto. Su interés por la Torá y el Talmud es limitado, y de orden estrictamente intelectual. Al igual que Thérèse, su identidad judía no lo obsesiona, su imaginario no lo domina, no la reivindica ni piensa en ella casi nunca, por más que el clima antisemita de los últimos años lo haya afligido y hasta indignado. En realidad, la condición judía de Charles solo se la recuerdan los demás, que la oyen en su nombre; y cuando estos hacen alusión, Ellenstein responde, sonriendo, que es judío, pero no adrede.

Charles Ellenstein se acuerda de su amigo. Se separaron sin despedirse de verdad. Se arrepiente. Por eso vuelve a París, para corregir el pasado (Ellenstein es de la clase de hombres que creen que eso es posible). Está ahí por Elimane, pero también por Thérèse, y un poco por él mismo.

Unos días atrás, en Cajarc, el sentimiento de culpabilidad lo invadió, y como nunca antes. Charles Ellenstein se dijo entonces que no podía quedarse ahí, escondido como un cobarde, bajo la mirada terrible de Thérèse, que lo despreciaba desde su huida. Entonces tomó la decisión, sin hablarlo con ella, de volverse solo a París. El barquero que lo ayudó a atravesar clandestinamente la línea de demarcación entre la zona libre y la zona ocupada le dijo que iba directo hacia la muerte.

Julio de 1942: pronto hará cuatro años (desde finales del 38) que ni Thérèse ni él han vuelto a ver a Elimane. Solo les respondió a una de las cartas que le enviaron. Fue durante el

verano de 1940: una especie de carta de despedida que terminaba con estas palabras: «Ahora que todo está cumplido y por cumplir, por fin puedo volver a casa.» La última vez que lo vieron, aquella famosa tarde de tormenta en la que todo se fue al garete entre ellos y casi acaba en drama, fue en casa de Elimane, en el cuarto que alquilaba en la última planta de un edificio, no muy lejos de la plaza de la República.

Es la última dirección postal que conoce Charles. Así que es ahí donde tiene previsto comenzar sus pesquisas.

Independientemente de lo que estuviese preparado para oír (pero nadie sabe prepararse adecuadamente para la decepción), Charles se queda contrariado y desamparado cuando se entera de que Elimane ya no vive en su antiguo edificio. La portera (la misma de entonces) le dice que Elimane se marchó, está segura, antes de la guerra. Ellenstein le pregunta si sabe adónde fue. La portera le contesta que aquel africano no era muy hablador, pero que le pareció entender que se mudaba al sur de París, cerca de la Puerta de Orleans. Es una información ínfima, que no garantiza nada, pero es la única de la que dispone, así que Ellenstein decide seguir lo que no conviene llamar pista, sino más bien un crujido de matorrales en medio de una tupida jungla.

Cruza la ciudad a pie, tiene que detenerse varias veces para recuperar el aliento. Se le acelera el corazón cuando da unos pocos pasos, y Ellenstein, que es aún joven y goza de buena salud, se pregunta si será el cambio de aire lo que le provoca esos ahogos repetidos. Acaba por parar una bici y un hombretón de espaldas anchas, piernas fuertes, silencioso y conocedor de París lo lleva hasta la Puerta de Orleans. Mientras contempla, sentado en la carreta, pasar la ciudad, Charles Ellenstein comienza a comprender la causa de las taquicardias que ha experimentado. Cierra los ojos. Entonces el corazón le palpita a un ritmo más o menos normal, pero pronto le parece que esa vuelta a una medida más regular lo abandona a una angustia más profunda. No es solo que no reconozca la ciudad lo que lo sume en ese estado, es sobre todo el sentimiento de no ser reconocido por la ciudad. O, al revés, el sentimiento difuso de que la ciudad lo reconoce a la perfección, todas sus calles lo identifican, todos los edificios lo observan. Toda la ciudad murmura su nombre, y eso es lo que le aterra. Intenta dominar el miedo. Solo desaparece cuando vuelve a quedarse solo. Logra alquilar un cuarto en un hotel, el hotel de l'Étoile, situado en la calle del Couëdic, a unos centenares de metros de la Puerta de Orleans.

Cuando se calma un poco, Ellenstein decide escribir a

Thérèse, para tranquilizarla y explicarle dónde está, así como los motivos de su repentina marcha. En la siguiente carta le cuenta también su primer día en París, le dice que la echa de menos, y la informa de sus proyectos para el día siguiente (esencialmente, caminar por los alrededores de la Puerta de Orleans y quizá ir al ayuntamiento, con la esperanza de cruzarse con la sombra de Elimane). Al final de la carta, le confía a Thérèse que al atravesar París ocupado, repleto de oficiales y soldados alemanes, atestado de carteles nazis y de cruces gamadas, casi vacío de gente, cubierta de amarillo, ha sentido el *deber* –vacila un buen rato, a este respecto, entre deber, querer y poder, y acaba escogiendo deber por su ambigüedad– de morir.

Se decide acto seguido a ir a Correos, con el corazón en un puño. Pero fuera, la ciudad no murmura ya su nombre y su temor se atenúa. Se duerme y, esa noche, sueña con su padre, Simon Ellenstein. De pie en el pasillo central de una sinagoga, discutía con otro hombre a quien reconoció enseguida: el Führer en persona. Charles Ellenstein no entendía su conversación: hablaban los dos en un extraño idioma híbrido, una especie de araboalemán mezclado con hebreo, que, acompañado de la teatralidad y los grandes órganos hitlerianos, se convierte en una atronadora hélice demente de cuchillas enrojecidas. Simon Ellenstein, por su parte, respondía con una firmeza serena, con una notable economía de gestos, al contrario que el Führer, que se agitaba. A Charles le costaba decir (en el sueño, por lo menos, porque cuando lo reflexionó despierto le pareció evidente) si el contraste entre aquellos dos estilos oratorios y existenciales confería a la escena una cualidad cómica o trágica. A unos metros de los dos espadachines, en uno de los bancos, un tercer hombre parecía rezar, o dormir, o simplemente soñar. Ellenstein creyó reconocerse de espaldas. Se acercó. Cuando pasó entre Adolf Hitler y Simon Ellenstein, ninguno de los dos se fijó en él, como si fuese un convidado invisible. Observó a su padre de cerca y coincidió con su madre en que tenían la misma curvatura en el mentón. En cambio, no se detuvo demasiado en el rostro del Reichsführer, que se parecía en todos los

detalles al rostro del Reichsführer y no planteaba ninguna sorpresa. Los dejó con su disputa y fue hacia el hombre sentado más allá. No había duda: era él mismo. Pero una vez delante del hombre, vio, en lugar de su propia cara, la de Elimane. También vio que no estaba dormido: estaba muerto. Invasado por el espanto, Charles quiso gritar, pero de pronto la voz de su padre retumbó (en francés): Charles, ya no puedes hacer nada por él. Y a Hitler que añadía (en la lengua híbrida que entendía intuitivamente): Tampoco puedes hacer nada por ti ya.

Charles se despierta, empapado, y se queda aturdido unos instantes; luego se dice que solo es una pesadilla, y que no cree en las pesadillas, lo mismo que en los rumores. Bebe un vaso de agua y se duerme de nuevo. El resto de la noche es apacible.

Naturalmente, como el lector, que sabe cómo es la vida, sospecha, Charles Ellenstein no se cruza con Elimane por casualidad al día siguiente. En cambio, se topa, por la tarde, con alguien que no espera. Está sentado en un banco público en la calle de Alésia preguntándose si volver a París no es un proyecto absurdo o suicida, cuando una mujer, después de pasar por delante de él, vuelve atrás. Se detiene a su altura y dice: ¿Señor Ellenstein? Este levanta la mirada hacia ella pero no la reconoce. Está prácticamente seguro de no haberla visto nunca, aunque, por su parte, la mujer exhibe una sonrisa de complicidad que indica o sugiere que se conocen. Ellenstein intenta remover el barro de su memoria en busca de esa cara. Es en vano. La mujer dice:

—Charles, ¿es usted?

—Sí, pero... Discúlpeme, pero...

—¿Tanto he cambiado? Soy yo, Claire. La señorita Ledig.

Charles Ellenstein vacila todavía durante un segundo; luego, de manera evidente, el rostro de la señorita Ledig encaja con su nombre, y vuelve el recuerdo. Le parece imperdonable haber olvidado la cara de la que fue secretaria de Gemini, su editorial, durante varios años. Se deshace en excusas, le dice que no ha cambiado nada (es falso) y que es él, que andaba perdido en cavilaciones (cosa cierta). La invita a tomar una copa para acabar de hacerse perdonar, ella acepta, porque va con tiempo. Ledig le propone que la acompañe a un bar cercano donde ha quedado después. Llegan, está a unos minutos de allí. Ella pide un té, él una cerveza. Hablan, cómo no, de Gemini, de los tiempos gloriosos en que la editorial era sólida y funcionaba bien a pesar de su modesto tamaño y de sus exigentes pero (o por eso, precisamente) limitadas ambiciones editoriales. La sombra de *El laberinto de lo inhumano* planea sobre la conversación; sin embargo, ni Ellenstein ni Claire lo mencionan. Él le pregunta si encontró trabajo después del cierre de Gemini.

—Más que un trabajo, Charles, encontré a un hombre. Voy a casarme.

Charles Ellenstein la felicita. La señorita Ledig le da las gracias con la boca pequeña, un poco incómoda. Charles se da cuenta y le pregunta por qué. Ella duda antes de responder:

—Mi prometido es... Es, ya sabe, estoy segura de que lo entenderá, porque es usted un hombre abierto, es... un oficial alemán. ¡Pero no es como los demás! —añade precipitadamente, casi suplicando.

Charles Ellenstein no sabe qué contestar durante unos segundos, luego dice:

—Son cosas que pasan. No estoy aquí para juzgarla.

Se quedan los dos en silencio, hasta que Ellenstein le pregunta si tiene noticias de Pierre Schwartz y de André Merle, sus antiguos colegas en Gemini. Claire dice que no. Luego, para evitar que la incomodidad se vuelva a instalar entre ellos, le pregunta a su antiguo jefe qué hace allí:

—Creía que había decidido marcharse. ¿Ha vuelto a vivir aquí?

—No, me fui de París. Volví justo ayer. Me alojo en un hotelito cerca, el hotel de l'Étoile, en la calle del Couëdic.

—Ah, lo conozco bien. Intenté que me contrataran allí tras el cierre de Gemini, pero me cogió otro hotel.

—Ya veo... He vuelto a París, porque...

Igual que ella un momento antes, duda antes de proseguir:

—He vuelto porque busco a Elimane.

—¿Elimane?

—Sí, ya sabe, el autor de *El laberinto de lo inhumano*, se acordará... Sé que usted no llegó a verlo nunca, pero...

—Yo no lo vi, no. Pero Josef sí. Josef lo vio. Eso me dijo.

—¿Josef es el oficial alemán con el que sale usted?

—Sí. Se encontró con Elimane. Y sé que, sin su libro, Josef

quizá nunca me habría hablado.

Charles Ellenstein vacía su vaso. Claire empieza a contarle la historia. Tras el cierre de Gemini, encontró un puesto en la recepción de un bonito hotel particular, por Montparnasse. Apenas llevaba tres meses trabajando cuando estalló la guerra y, mientras los alemanes perforan el frente francés en el 40 y se acercan a París, ella decide, al contrario que muchos de sus colegas, quedarse. Se queda porque ama su trabajo, pero también porque no tiene adónde ir. El hotel es encantador. Los ocupantes no tardan en requisarlo. Alojan a los oficiales, guapos oficiales, botas restallantes, uniformes impecables, hombreras altas con hebillas de oro, elegantes y orgullosos como arcontes griegos desfilando. Entre ellos se encuentra el capitán Josef Engelmann, uno de los príncipes del estado mayor alemán en París. Es un francófilo declarado que ha estado varias veces en París antes de la guerra y que conoce bien la poesía francesa. La lee en el idioma original, aunque el sentido de algunas palabras y de ciertas imágenes se le escapa, principalmente las del poeta que considera superior a todos los demás, y que coloca incluso por encima de la constelación poética y sagrada que dibujan Lautréamont, Baudelaire y Rimbaud: Mallarmé.

Las proezas militares de Engelmann y su valentía durante la campaña francesa no dejan, no obstante, duda alguna sobre su dedicación a la *Vaterland*. Se distingue incluso por una determinación y una crueldad en el combate que se interpretan como una voluntad, por medio de actos violentos e iracundos, de disipar cualquier sospecha al respecto. Una vez vencida Francia, ha vuelto a transformarse en un delicado y sensible esteta. Pasa el tiempo, después de despachar sus tareas administrativas, leyendo, buscando obras raras, paseándose por esta ciudad a la que tanto ama. Es un hombre bastante solitario, que prefiere la compañía de las obras a la de las personas. Aunque se lo ve enzarzado en alguna trivialidad, charlando con Ernst Jünger, con quien a menudo lo comparan, si bien este último goza de un aura y de un prestigio que

Engelmann, por otra parte, ni posee ni desea. No es escritor y no tiene la tentación de serlo. Leer y amar la poesía le bastan.

Engelmann se fija en Claire Ledig, a la que ve a veces en la recepción del hotel. Intercedió en su favor cuando sus superiores quisieron sustituirla por una alemana de pura cepa. Engelmann ha aprovechado para subrayar que Claire Ledig, nacida en Alsacia antes del tratado de Versalles, no ha olvidado nunca este origen alemán, aunque se haya integrado por completo en la sociedad francesa. Por lo demás, habla tan bien el francés como el alemán, cosa que constituye una incontestable ventaja, dado el contexto: podría ser una valiosa aliada para el régimen. Fraulein Claire le gusta; aun así, su sentido un poco anticuado del cortejo lo frena durante mucho tiempo. Un día, sin embargo, el capitán Engelmann vuelve de uno de sus paseos con un libro que le ha comprado por un pedazo de pan a un coleccionista. En recepción, le pregunta a Claire, en un francés impecable (aunque la conversación prosigue en alemán, un alemán igual de límpido), si conoce ese libro que acaba de comprar, cuya lectura lo ha subyugado.

—Era *El laberinto de lo inhumano* —dice Claire—, nuestro *Laberinto de lo inhumano*. Imagínese mi sorpresa cuando vi ese título y volví a ver el logo de Gemini. Josef debió de creer que despertaba en mí un recuerdo doloroso, o que se había explicado mal, cuando vio la expresión de mi cara. Pero me recompuse y le conté el motivo de mi reacción. Él también se quedó atónito con semejante coincidencia. Pero lo que más lo fascinó fue la historia del libro, cómo lo había hecho el plagiarlo, que nunca hubiésemos visto a Elimane, que sigamos sin saber quién es. Además, me explicó que la historia misma que contaba el libro era una potente alegoría de la búsqueda de elevación moral y estética por medio del fuego purificador. Yo no había leído el libro en su momento, se lo confieso, Charles, y por eso no pude discutir aquel día con Josef, pero lo estuve escuchando hablar largo rato de literatura. A partir de aquella conversación, nos fuimos viendo a diario, y me confesó que llevaba mucho tiempo esperando una ocasión romántica de abordarme sin parecer descortés, y que *El laberinto de lo*

inhumano se la había proporcionado. Me volvió a hablar a menudo del libro y de la fascinación que le producía tanto su tema como su destino. No se creía que Elimane fuese negro, y se inclinaba por la tesis de la mistificación literaria. Me hizo preguntas sobre usted, sobre sus encuentros con Elimane, sobre el lugar donde vivían (cosa que no pude decirle, porque no lo sabía). Creo que se pensaba que usted había orquestado la farsa. Una noche, unos meses después de conocernos, volvió agitado al hotel y me dijo: Lo he conocido. ¿Qué? ¿A quién has conocido? A T. C. Elimane, lo he conocido. ¿En serio? Y entonces Josef me contó cosas un tanto curiosas y delirantes, que no entendí; en cualquier caso, dijo que había encontrado a Elimane por azar, como un poema mallarmeano, como en una tirada de dados, que habían estado charlando durante seis horas seguidas, que Elimane era, desde luego, un negro, pero que también era Igitur, el que descendió los escalones del espíritu humano, el que fue al fondo de las cosas, Igitur, *mein Liebchen*, el que bebió la gota de nada que le falta al mar, Igitur, pues, el que se retiró a la noche. Pero aquí viene el milagro más grande: Elimane lo está escribiendo, Claire, *mein Schatz*, le he visto escribir el Libro, el libro en el que debe desembocar el mundo. Es más o menos lo que dijo. Creí que mi Josef, tan robusto y tan fuerte, tenía un acceso de fiebre, le toqué la frente y le ardía. Lo estuve cuidando, se durmió y, al despertarse, lo primero que dijo fue que quería presentarles a Elimane a los jefes del Reich, porque este poseía el secreto, la fórmula de la solución, el remedio a sus males. Mientras tanto, era él quien padecía, y se pasó tres días en cama. Pero me pidió que le leyese *El laberinto de lo inhumano* porque lo calmaba. Así es como finalmente descubrí ese libro, leyéndoselo a mi hombre. Es espeluznante, pero te dan ganas de acabarlo, no te deja opción. Cuando recuperó fuerzas, Josef volvió de inmediato al lugar donde se había encontrado con Elimane, el sitio donde lo había visto escribir, una cafetería, creo. Pero Elimane se había ido no se sabe adónde. Durante unos días, Josef estuvo al borde del delirio. Estaba loco de rabia por haber perdido el rastro de Elimane. Por suerte, ha pasado el tiempo. Está mejor. A veces vuelve a hablar de

Elimane y de ese Igitur del que yo no sé nada, pero está mejor. No se explica aquella fiebre. A veces vuelve a ese bar, por si Elimane hubiera aparecido de nuevo. Pero Elimane no está. Se ha volatilizado.

Claire se calla. Ellenstein la observa unos instantes, con la mente ardiendo. Acaba por decirle:

—¿Cuándo sucedió todo esto?

—Pronto hará seis meses.

—¿Aquí, en París?

—Sí.

—¿Sabe usted el lugar exacto donde Josef se cruzó con Elimane?

—En una cafetería. Por desgracia, ya no me acuerdo del nombre. Josef me lo dijo y lo he olvidado. Pero, mire... Se lo podrá decir él mismo. Veo que llega, lo estaba esperando a él.

Ellenstein se gira y ve entrar a Josef Engelmann en la sala. Tiene una gran prestancia. No se la da el uniforme, le viene de lejos, del interior. Los clientes de la cafetería lo miran sin hostilidad, incluso con admiración. Probablemente todos se dicen que de soldado solo tiene el uniforme, y que en el fondo es un artista. Claire se pone en pie. Se abrazan e intercambian unas palabras en alemán. Acto seguido, Claire vuelve al francés y, sonriendo a Ellenstein, le dice al oficial alemán:

—Te presento a Charles, un viejo amigo. Lo conoces sin conocerlo. Él también te conoce a ti.

Ellenstein se pone en pie. Los dos hombres se estrechan la mano sin una demostración de virilidad excesiva. El capitán Engelmann dice que está encantado, aunque no está seguro (mira a Claire) de conocer al señor.

—Charles es mi antiguo jefe, el editor de T. C. Elimane. El editor de *El laberinto de lo inhumano*. Ahora estábamos hablando de eso.

Los dos hombres no se quitan ojo. Saben, a partir de ese

instante, que están atados.

—No se puede imaginar el placer que supone conocer al hombre que publicó a T. C. Elimane —dice el alemán—. Me siento hasta intimidado. Le envidio. Haber sido el primero en posar los ojos sobre ese texto es un privilegio.

—Gracias, capitán. Parece que usted ha tenido el de conocer a Elimane hace poco.

—Sí —responde Engelmann—, en efecto, he tenido ese honor insigne, Charles. Llámeme Josef.

Josef Engelmann saca una tercera silla, pide una cerveza y se sienta con Claire y con Ellenstein. Charlan y se conocen un poco, hasta que Ellenstein le pregunta al oficial alemán el sitio donde conoció a Elimane. Engelmann le da la dirección. Ellenstein la reconoce de inmediato: es la del restaurante donde Elimane, Thérèse y él se vieron por primera vez, en la plaza de Clichy. El oficial alemán entiende que Ellenstein espera encontrar a Elimane y se apresura a decirle que él mismo ha intentado volver a verlo en ese restaurante, pero que Elimane parece no haber vuelto por allí después de su encuentro. Añade que todos los habituales del susodicho bar le han dicho que Elimane era así: desaparecía a veces durante meses y reaparecía un buen día. Ellenstein se lo confirma, pero en secreto piensa: si no ha vuelto a encontrar a Elimane, capitán, es porque él no quería volver a verlo a usted; no ha desaparecido; está escondido, y todos los clientes del bar que lo conocen lo ayudan a esconderse. Pero a mí querrá verme. Soy su amigo.

Ellenstein está convencido de que los propietarios del restaurante lo reconocerán y le dirán dónde encontrar a Elimane. Este pensamiento le devuelve la esperanza y lo pone de buen humor.

Ellenstein, Engelmann y Claire Ledig dejan enseguida de hablar de Elimane y abordan otros temas. El alemán tiene una cultura sólida y rica, a la que recurre con modestia y fineza. Ellenstein se dice que esos rumores son pura mierda, este capitán es la prueba absoluta. Tras una hora de conversación,

Charles se levanta para despedirse. Quiere pasarse por el pequeño bar donde cree (no, está seguro) que está Elimane. Abraza a Claire y le da las gracias por reconocerlo. A continuación le da la mano a Engelmann, que le da un vigoroso apretón.

–Encantado de conocerle, Charles. Eisenstein, ¿verdad?

–¿Cómo?

–Eisenstein, ¿no es ese su apellido?

–Ellenstein.

–Ah, sí, disculpe. Ellenstein, eso. Pero eso entonces es un patronímico... claramente...

Charles adivina cómo termina la frase, que por otra parte se lee en la mirada del capitán alemán.

–... judío, en efecto –dice Charles–. Soy bien judío... –deja pasar un breve instante (un mundo, en realidad) antes de continuar–... pero no adrede.

Después de dos o tres segundos de tiempo suspendido, estallan en carcajadas, sobre todo el capitán. Cuando se calman, Engelmann dice:

–¡Menudo humor, el de los judíos! ¡Judío, pero no adrede! Aunque, después de todo, es posible. Raro pero posible. No se preocupe, de todas formas: a algunos no les importa si es adrede o no.

Ellenstein dice: Sí, imagino; Claire baja la cabeza; Josef Engelmann se ríe de nuevo solo a carcajadas. Suelta por fin la mano de Ellenstein. Claire lo coge de inmediato por el brazo y le susurra:

–No se preocupe, Charles. Josef no es como..., ya lo ve..., como los demás..., como los verdaderos..., en fin, ya sabe, todos esos rumores. Esas historias de los campos, de próximas redadas, de deportaciones de judíos... Chorradas. *Nicht war, Josef?*

–Ja, genau, mein Schatz! Das ist absolut lächerlich!

Ridículo y absurdo.

Claire Ledig mira al capitán alemán con amor y confianza. El capitán alemán mira a Charles Ellenstein a los ojos y sonríe. Ellenstein sonríe también, sin saber por qué, quizá solo por cortesía. Quiere pagar, pero Engelmann le ruega que se deje invitar. Qué menos, dice. Ellenstein cede, le da las gracias y sale.

Se va directo al bar que le ha indicado Engelmann para buscar a Elimane. Pero no lo encuentra. El encargado, que lo reconoce, le cuenta que Elimane, con tanto nazi dando vueltas por la calle, cada vez se deja ver menos en público. Su piel, dice, su piel... No quiere arriesgarse. Pero puedo encontrar la manera de transmitirle un mensaje de tu parte. No sé dónde vive, pero aún pasa algún rato aquí, discretamente, cuando no hay casi nadie.

Ellenstein espera pacientemente largas horas en el restaurante, en la plaza de Clichy. Elimane no aparece. Ellenstein se resigna a volver, pero antes, escribe unas palabras y se las deja al encargado. En la carta, le dice a Elimane que irá a esperarlo todos los días a partir de las dieciocho horas. Le dice también que lo echa de menos, que Thérèse lo echa de menos, y que se arrepiente de cómo terminaron las cosas entre ellos. Acaba mencionando a Claire Ledig y al capitán Engelmann. Quién me iba a decir, escribe, que le daría las gracias a un alemán en esta época, pero es gracias a este Engelmann a quien tú ya has conocido, según creo, que he tenido oportunidad de dar contigo aquí, amigo mío. Ellenstein le entrega acto seguido la carta al encargado, vuelve a su hotel y empieza a escribir una segunda carta, destinada esta vez a Thérèse Jacob.

(Llegados a este punto, el lector, siempre perspicaz, sabe que Ellenstein no escribió esta carta a Thérèse Jacob, o que, si la escribió, la destruyó cuando se dio cuenta de que la sombra, la sombra donde no brillan más que dos destellos silenciosos, llamaba a la puerta de su habitación. Escondida, había esperado pacientemente su vuelta al hotel de l'Étoile. El lector también sabe cómo —y dónde— acabó Ellenstein. Pero a pesar

de la noche y de la niebla, a pesar de los dos destellos rodeados de oscuridad, Charles Ellenstein no reveló ningún nombre, ninguna dirección, ningún secreto.)

Cuando acabé de leer la crónica, dice Siga D., Brigitte Bollème se quedó inmóvil, con los ojos cerrados, tanto tiempo, Diégane, que por unos segundos creí que se había dormido en el transcurso de mi lectura. Iba a toser cuando dijo, sin abrir los ojos:

—Hay algunas fórmulas con cierta gracia, pero, en conjunto, esta crónica es un completo fracaso y no está muy bien escrita. ¿No le parece?

Yo me quedé en silencio. Ella abrió los ojos, me observó y dijo:

—Soy una entrevistadora malísima. Llevaba diez años pensando en Elimane y cuando encuentro a Thérèse Jacob en el 48 en Tharon no le hago ni una sola de las preguntas que tendría que haberle hecho. Realmente soy una entrevistadora pésima. Menos mal que ya nadie lee esta crónica y nadie se preocupa por saber quién es T. C. Elimane.

—Entonces se echó a reír de buena gana y yo, Diégane, no sabía cómo reaccionar. Así que la contemplé riéndose de sí misma, de aquella crónica suya que consideraba un fracaso, o del hecho de que ya nadie supiese quién era Elimane en 1985.

—¿Y tú —le pregunto a Siga D.—, a ti la crónica te parecía fallida?

—No, yo no diría tanto. No diría fallida, sino incompleta. No se puede hacer una crónica exhaustiva, por lo menos sobre la vida de un hombre. Solo hay fragmentos. Puestos unos detrás de otros, pueden cubrir una extensión bastante amplia de la vida, pero seguirían faltando cosas. Es la vida misma lo que se niega a la pretensión totalizadora de la crónica. Solo hablo de la vida en sus manifestaciones exteriores, las susceptibles de servir como objeto de una investigación. Puesto que los movimientos psicológicos, la vida mental y del alma, el enigma interior, no pueden someterse a una crónica con precisión. Eso solo puede ser confesado, deducido o supuesto. Pero conocerla... Brigitte Bollème había cubierto una parte de

la vida de Elimane. Yo conocía una parte de su infancia por mi padre. Teníamos dos pedazos. Nos faltaban muchos. Pero su crónica no era fallida. No me lo parecía.

—¿Y le preguntaste por qué decía que la consideraba fallida?

—No tuve oportunidad. Quería. Pero en cuanto dejó de reírse, dijo:

—A nadie le preocupa ya saber quién era Elimane, salvo a usted, claro. Y a mí, un poco. Pero yo estoy al final de mi vida. Yo ya me preocupo de cosas más ligeras. He llegado a eso después de que Elimane me persiguiese durante mucho tiempo.

—¿Perseguir?

—Yo reaccioné exactamente como tú cuando Brigitte Bollème dijo eso, Diégane. Dije: ¿Perseguir? Entonces Bollème se puso en pie y salió del salón. A los dos o tres minutos volvió con otro libro en la mano. Era *El laberinto de lo inhumano*. Lo reconocí enseguida. Había dos sobres metidos entre sus páginas. Bollème volvió a sentarse y dijo:

—En realidad, para ser justa, no sé quién perseguía a quién realmente. Deme su opinión. Unas semanas después de la publicación de mi crónica, recibí un correo del Ayuntamiento de Saint-Michel-Chef-Chef, al que pertenecía el municipio de Tharon. Entendí, evidentemente, antes de abrirlo, que tenía que ver con Thérèse Jacob. Había muerto. Una neumonía mal curada. Así me enteré. Recordé sus ataques de tos. El Ayuntamiento me pedía que volviese a recoger algunos efectos personales que me había dejado. Sí, a mí. Ese era, en realidad, el verdadero motivo del correo. Así que volví a Tharon, o, mejor dicho, a Saint-Michel-Chef-Chef, Thérèse Jacob me había dejado dos sobrecitos. El Ayuntamiento me los remitió y, antes de volver a París, pregunté si la habían enterrado en el cementerio del pueblo. Era el caso. Lo había dejado todo dispuesto. Así que me presenté en el cementerio, donde encontré bastante rápido la tumba, una piedra gris, sobria, alrededor de la cual la tierra aún se veía removida y fresca. Reposaba junto a un cenotafio que adiviné, antes incluso de

leer la inscripción grabada, que era el que se había erigido en memoria de Charles Ellenstein. Fue en aquel momento, como ya le he dicho, observando aquella tumba, cuando me cuestioné por primera vez la veracidad del testimonio de Thérèse Jacob. Elimane había dejado tan pocas huellas que yo me había aferrado con todas mis fuerzas a la única que había conseguido encontrar. Ahora Thérèse Jacob estaba muerta, y solo entonces empecé a tener dudas. Para ser sincera, creo que no tenía dudas, en realidad. Simplemente me decía que tendría que haberle hecho más preguntas, obligarla a contar más, a ser más precisa. Me comporté ante ella como una niña fascinada a quien le cuentan una historia maravillosa, y no como una periodista lúcida y crítica que pretende arrojar luz sobre una vieja historia. Me quedé un buen rato en el cementerio, y lo que me sacó de la contemplación distraída e inquieta de las tumbas fue la lluvia. Entonces me fui. En el tren a París no miré el contenido de los sobres, que llevaba apretados contra mi cuerpo. No los abrí hasta llegar a casa, sola, por la noche. En uno había una carta, la carta que Elimane había mandado a Charles y a Thérèse en julio de 1940, y que se había negado a enseñarme. La dejé aparte para leerla más tarde.

Abrí el siguiente sobre y saqué una foto en blanco y negro: en primer plano, a la izquierda del todo del encuadre, había un joven de pie medio girado hacia el objetivo, mirando a su derecha. A la derecha, pero detrás del joven, se veía, de perfil, a una joven andando, y su larga melena rubia flotando detrás, azotada por el viento. Con la mirada perdida a lo lejos. Estaban en una playa. Detrás de ellos, en tercer plano, el mar, un mar un poco agitado cuyas olas burbujeaban de espuma. También se atisbaba a lo lejos, en el margen izquierdo, la punta de un acantilado flanqueado de peñascos. Encima de todo esto, un cielo vacío, sin nubes. Por cómo iban vestidos los dos personajes, se adivinaba que hacía frío. La mujer que andaba por la playa era Thérèse Jacob, la reconocí enseguida. El joven en primer plano era Elimane, lo supe por intuición. La foto debía de haberla hecho Charles Ellenstein. Le di la vuelta. No había fecha ni detalle del lugar. La tenían que haber hecho entre 1935 y 1938, por fuerza. Me inclinaba más bien

por 1937: la foto da la impresión de una proximidad, incluso de una complicidad secreta entre Elimane y Thérèse, pero también entre ellos dos y Charles, que los fotografía. Todo ello me hace pensar que fue un período en que la amistad entre ellos era bella y pura como el cielo que preside la imagen. Quizá es el momento en que Elimane ya había sido introducido en los círculos libertinos. O quizá me equivoco. Miré la foto un buen rato, fascinada por el rostro de Elimane, que veía por primera vez. Fíjese: una de las razones, por ejemplo, que me hizo pensar que soy mala entrevistadora: al interrogar a Thérèse Jacob en el 48 no le pregunté en ningún momento si tenía una foto de Elimane. ¿No le parece extraño que me haya pasado años buscando a un hombre con el que creía tener tanta familiaridad que me olvidé de que nunca lo había visto ni habría sabido reconocerlo si me lo hubiese cruzado por la calle? Así que miro esa cara. Es la cara de un hombre, pero conserva algo de juvenil, de enérgico. En realidad, solo le veo la mitad de la cara. La otra mitad, por culpa de la exposición, está sumida en la sombra. Aunque veo un ojo, media frente, media nariz, una parte de la boca. Al resto le falta luz. Solo me lo puedo imaginar. Pero la parte visible basta para saber qué aspecto tenía. Sigo mirando el rostro. Elimane tiene una expresión extraña: sonríe (o hace una mueca) pero también parece intrigado (o divertido) por algo, o por alguien, que atrae su mirada hacia la derecha. Entrecierra el ojo y parece a punto de decir algo, o quizás Charles hizo la foto justo cuando terminaba de hablar. Encima del ojo derecho, una sombra, o una concavidad, visible, que le dibuja el arco superciliar. Es un rostro expresivo. Es, sobre todo, un rostro bello. Bello por expresivo, bello por elocuente. Pero, en realidad, el movimiento de Thérèse Jacob es lo que da vida a la imagen. La belleza y el misterio de esta imagen están en el paso que está dando, el movimiento de su melena al viento, su mirada al horizonte. Noto el viento. El olor del mar. Noto el frío. Sobre todo noto que unos segundos después de la foto es hacia ella, hacia Thérèse, hacia quien se va a girar Elimane, para mirarla y mirar el mar. Y detrás del objetivo, veo, sí, veo a Charles, los ojos azules y tristes incluso cuando sonríe, su

pelo rubio peinado hacia atrás, el cigarrillo en la comisura de los labios mientras captura la escena.

—Disculpe que la interrumpa, Brigitte —digo yo—, pero ¿ha conservado usted esa foto?

—Pues claro que la he conservado, señorita. Está dentro del libro que tengo aquí. También guardé aquí la famosa carta. La foto y la carta están dentro de estos dos sobres, metidos entre las páginas de mi viejo ejemplar de *El laberinto de lo inhumano*. Cuando se vaya se lo puede llevar.

—¿Te dio esos sobres?

—Sí.

—¿Entonces tienes la foto y la carta?

—Tengo la una y ya no tengo la otra.

—Habla claro: ¿tienes la foto o la carta?

—Paciencia. Pronto sabrás todo lo que sé yo, Diégane. Deja por lo menos que disfrute de la pequeña ventaja que tengo sobre ti sin meterme prisa.

—Muy bien. ¿Qué pasó luego donde Bollème?

—Me dio los dos sobres y los abrí. Al igual que ella, estuve un buen rato mirando la foto. Era la primera vez que veía a Elimane. Era como Brigitte Bollème lo había descrito, muy guapo, joven pero ya maduro. Tenía algo que ya había visto en otro sitio. No necesitaba verle la cara entera para saber que guardaba un vago parecido, imposible de captar pero real, con mi padre. Saltaba a la vista.

—¿Y qué? ¿Era él?

—¿Cómo dices?

—Que si era él, el desconocido que salvó a Marème en *Elegía para noche negra* en aquella calle donde se estaba desangrando.

—Parece que me leas el pensamiento. No el pensamiento de ahora, sino el de 1985, cuando observé por primera vez esta

foto frente a Brigitte Bollème. Me pregunté escrutando a Elimane si era aquel el rostro que vi entre la vida y la muerte mientras el hombre me llevaba al hospital. La respuesta te va a decepcionar inevitablemente: ya no lo sabía. Al mirar la cara de Elimane en la foto comprendí que nunca había visto la cara del hombre que me salvó en la calle. Solo le había otorgado unos rasgos. Los rasgos que también le había otorgado a Elimane, pero que no se correspondían con los que veía en la foto. Ya no lo sé. El hombre que me socorrió en la calle era Elimane, estoy segura. Quiero decir que el espíritu de Elimane estaba en él. ¿Me entiendes?

—Sí, te entiendo. Pero te dejo continuar. Miras la foto de 1985. ¿Y entonces?

—Entonces leí la carta, lento, muy lento. Era bastante misteriosa y sibilina, pero se entendía todo. El problema es que no por comprenderlo todo está todo claro. Alto ahí, Diégane, no intento hablar con enigmas ni hacerte un lío. Pero esta carta sí. Ya conoces la última frase: «Ahora que todo está cumplido y por cumplir, por fin puedo volver a casa.» Es una frase que entiendes bien, es cristalina, y, sin embargo, puede significar varias cosas. En su crónica, Bollème hablaba ya de esta ambigüedad, de esta pluralidad de interpretaciones posibles. ¿Hay que entenderla literal o simbólicamente? ¿Leerla al pie de la letra o ver una metáfora? Con la carta de Elimane era difícil decidirse. Cuando conoces algunos elementos de su vida, cada una de sus frases se vuelve ambigua, un doble sentido permanente. No es una carta muy larga, pero me pasé unos minutos leyéndola y releyéndola, hasta que Bollème dijo:

—Es inquietante, ¿verdad?

—Sí.

—Yo reaccioné igual que tú en el 48 —añadió Bollème— cuando la leí. Y a partir de aquella noche, y durante largo tiempo, he tenido el sentimiento de que me acompaña perpetuamente la sombra invisible de Elimane, o de verla por todas partes. O de buscarla por todas partes. No sé muy bien. Pero notaba que

estaba aquí, en algún sitio, en la ciudad o en el mundo, a menos que solo fuese cosa de mi mente, pero ahí estaba. Me espiaba. A veces era una suave calidez que me daba vueltas en la barriga y me sentía protegida, invulnerable. Otras, era como la luz roja de una mira apuntándome en mitad de la frente, y sentía el peso de una amenaza mortal. Yo me decía, unas veces, que me guardaba rencor por haber intentado, con mi crónica, sacarlo de su refugio de silencio, y otras, que me agradecía que hubiese ido en su busca. Hasta hace poco, nunca he tenido la sensación de haber estado realmente sola. Es una impresión desagradable y tranquilizadora al mismo tiempo. Me ha costado mucho, largos años, acostumbrarme a su sombra. Pero los primeros fueron espantosos. Un día que miraba de nuevo esta foto, me pareció que su ojo se había movido y que me había mirado por unos instantes, y en aquel ojo dirigido hacia mí oí su voz, entre el rumor de las olas, que me decía: «Tú eres la siguiente.»

—¿La siguiente? ¿La siguiente qué?

Brigitte Bollème se calló unos segundos, luego, con tranquilidad, me dijo:

—A lo mejor usted es la siguiente, señorita, mi sustituta. Igual ese es el sentido de todo eso. Sería hasta lógico. Quizá usted es su próxima presa.

—¿Qué dijiste tú? ¿Entendiste lo que Brigitte quería decir?

—Sí, lo entendí, Diégane. Lo entendí muy bien. Por eso respondí: Que venga. No le tengo miedo ni a él ni a la muerte. La he visto. La veo siempre.

Bollème dijo entonces:

—Entonces vendrá. Incluso ausente, vendrá.

París, 4 de julio de 1940

Thérèse mía, Charles mío,

Ni valor ni locura: para entrar en El laberinto de lo inhumano no hay que probar el incendio del infierno sino la sangre de los condenados. Qué imbécil he sido por tener la poca vista, y qué ceguera, de desviar la mirada cuando el ojo del huracán os trituraba.

Pero la tormenta... Fue sangre, lo que descargó la tormenta diluviana. Eché a volar una paloma negra en la noche que volvió y me dijo: la tierra absorbe la sangre más lentamente que el agua. Comprendí que también había que beber, lamer como un animal salvaje, cumplir mi parte si quería acceder al corazón del Laberinto donde os he lanzado y abandonado a una amenaza más mortal que el cuerno del Minotauro. Ya la conocéis... No os pido perdón, sino que os perdono. No podía saberlo. Yo no quería. Ahora veo, bebo, sé. Estoy con mi rey y me dicta su obra.

Uno por uno, salvo dos que se bambolean dentro de una barca en la superficie, los pescadores serán repescados del lago de los infiernos. Yo estaré con ellos, pero nadie me repescará porque yo soy las aguas del lago. Estaré con ellos porque yo también soy pescador; pero me negué a probar la inocencia cuando me sugirieron su fruto, a menos que se me olvidase el sabor durante el Juicio Final que se dictó por rebeldía. Nunca me han visto. ¿Cómo iban a poder cortarme la cabeza? El que decapitaron en el cadalso de gloria bajo los escupitajos del pueblo era un pobre hombre anónimo y honrado. No se quejó. Sabía –pero ¿quién era?– que su sangre iba a abrir el Laberinto. Yo estoy con mi rey y me tiende su corona para poder reencontrarse con su amada.

Os quiero, amigos míos, os quiero. Se cierne sobre nosotros otro Laberinto, más inhumano. Las fauces que se abren y se cierran en su centro engullen todas las frases del libro. El libro ignora que se traga su veneno. El libro esencial solo lo

es porque mata. Quien quiere matarlo, muere. Quien lo acompaña hasta la muerte, vive.

Ahora yo soy el rey sanguinario, aquí mi Laberinto. Que las pieles viejas mueran por mi fuego. Pido de nuevo. Acepto que me exijan. Acepto volver a comenzar, ya que solo hay reinicios.

Un abrazo, Charles mío, y otro para ti, Thérèse mía. Resistid a la sombra. Seguid vivos.

Ahora que todo está cumplido y por cumplir, por fin puedo volver a casa.

Elimane

Releí cuatro o cinco veces la famosa carta bajo la mirada de Siga D., luego le dije:

—Esto es una porquería criptosimbolista. Una mistagogia ridícula, una parodia de mal gusto de un profeta, del Maestro Eckhart o de un charlatán evangelista congoleño que pretende expulsar el demonio interior de mujeres posesas sodomizándolas en directo en Facebook, biblia en mano. T. C. Elimane jamás habría escrito algo semejante en serio. No creo en la autenticidad de esta carta. La escribió la propia Thérèse Jacob. No me la creo. ¡Menuda mierda! ¿Quién va a escribir así a sus amigos?

—Eso lo dices porque no lo entiendes, o peor aún: porque crees entender sin saber lo que crees entender.

—No, en realidad lo digo porque creo que es un batiburrillo metafísico vacío.

—Te la dejo.

—¿Me dejas la carta? No la quiero.

—Quédatala. Con el tiempo y las relecturas la comprenderás. Elimane es un escritor que solo se entiende al releerlo. Eso también vale para *El laberinto de lo inhumano*. Vale para esta carta.

—Habría preferido la foto.

—Era una foto muy bonita. Pero ya no la tengo.

—Qué decepción. Me siento traicionado. Esa carta no tiene nada que ver con el genio de *El laberinto de lo inhumano*.

—Elimane sabía lo que escribía. Te puede parecer estúpido o hermético, pero cada una de estas frases dice algo concreto. Aunque sea bajo una forma ambigua o cifrada. Aunque voy a evitar explicarte el texto. Tampoco tengo la seguridad de haber comprendido la carta después de tantos años. Pero hay un detalle que me dejó tocada en 1985, cuando la leí en compañía de Brigitte Bollème.

—¿Cuál?

—Esa barca en la que dos pescadores flotan en el lago de los infiernos mientras el resto se hunde hacia el fondo. Ahí hay algo concreto. ¿Quiénes son esos pescadores, según tú?

—Te dejo que me lo digas. Yo no entiendo nada en esta carta.

—Yo tampoco entendí nada en las primeras lecturas. Pero ese detalle se me quedó. Me aferré a él. Se lo dije a Bollème, que me respondió entonces muy lentamente: Los dos individuos de la barca en la superficie del lago de los infiernos somos Paul-Émile Vaillant y yo. Me quedé pasmada, intentando establecer conexiones entre Vaillant y ella, tratando de releer la carta a la luz de aquella interpretación. Bollème añadió:

—Cuando la leí en el 48 no entendí la carta, realmente. Aparte de algunas frases, me quedó todo velado. Luego, a fuerza de releerla y de hacer hipótesis, acabé por decirme que aquel famoso Juicio Final del que se habla era el conjunto de críticas de *El laberinto de lo inhumano* en 1938. Desde entonces me resultó evidente, pero me costó mi tiempo establecer esa analogía. A partir de ahí, el resto, por lo que respecta a esa parte, queda cristalino: los críticos son los pescadores y Elimane es el lago en el que se ahogan. Lo tuve claro por una pista cuando releí mi crónica. ¿Sabe cómo llamaba Elimane por entonces, en el 38, a quienes, según él, no sabían leer? Sí, exacto: pescadores. Más concretamente, decía que eran pescadores de mal leer.

—Sí —dije yo interrumpiendo el relato de Siga D.—, pero eso no demuestra nada. En mi opinión, eso solo demuestra que Thérèse Jacob es quien está detrás de esa carta. Es ella quien pronuncia la palabra «pescador» dando a entender que cita las palabras de Elimane. Y posiblemente es también ella quien la utiliza en esta puñetera carta.

—Espérate, Diégane. Espera a oír lo que sigue. No te obceques con esta carta. Lo que cuenta es lo que descubrió Bollème a partir de ella. Entonces, cuando me dijo aquello, le pregunté: Pero Brigitte, ¿por qué van a ser Paul-Émile Vaillant y usted los únicos críticos que no se hundieron en el lago? Ella contestó:

—No pensé de inmediato que aquellos dos supervivientes fuésemos Vaillant y yo. Me costó meses deducirlo. Después de releer todo el dossier crítico, todas las reseñas que se habían hecho diez años antes de *El laberinto de lo inhumano* en la prensa parisina fue cuando llegué a esta conclusión. Paul-Émile Vaillant fue el primero en comprender la estructura o la composición de *El laberinto de lo inhumano*, aunque a sus ojos el libro fuese un conjunto de plagios. Pero por lo menos había visto que lo que formaba la carne del libro eran reescrituras o collages de otros textos. Había comprendido esto mientras los demás, incluso yo, habíamos hablado mucho del autor, del hecho de que fuese africano, de la capacidad o no de los negros para escribir, de la colonización, etcétera. Y no hay que olvidar que Vaillant jamás escribió directamente en la prensa sobre *El laberinto de lo inhumano*: le reveló sus descubrimientos a un periodista, Albert Maximin. Eso lo deja libre de responsabilidad.

—¿Y usted? ¿Qué la exonera a usted de todo esto? Usted también habló más de otras cosas que del texto.

—Es verdad. Y durante mucho tiempo me pregunté por qué le había caído en gracia. Teniendo en cuenta que mi primera crítica no era suave con el libro para nada. Ni con el autor, de hecho. Me encontraba dividida. La entrevista que les hice a Ellenstein y a Thérèse Jacob tampoco fue simpática. Por la misma razón que veía claro el motivo por el cual,

metafóricamente, Vaillant quedaba a salvo del ahogo en las aguas del Mal, no veía en qué me afectaba a mí.

—¿Entonces?

—Entonces, señorita, acabé por caer en la cuenta a base de darle vueltas. Aunque es una razón evidente. De todos los críticos que habían hablado del libro en los periódicos, yo era la única mujer. Eso puede parecer una simple teoría...

—... una teoría estúpida.

—... que no pasó por alto Brigitte Bollème, Diégane. Buscó a todos los críticos y periodistas que habían escrito acerca de *El laberinto de lo inhumano* al aparecer en 1938.

—¿Y?

—Todos estaban muertos.

—¿Y?

—Y entonces escucha lo que me dijo Bollème: Todos, señorita, se suicidaron entre finales de 1938 y julio de 1940. Solo uno de ellos murió de muerte natural: Henri de Bobinal. Este no se suicidó. Murió de un infarto fulminante pocos días después de haber escrito su artículo mendaz sobre la mitología basari, a la edad de setenta y dos años. Excepto Bobinal, todos los demás, seis hombres en total —Léon Bercoff, Tristan Chérel, Auguste-Raymond Lamiel, Albert Maximin, Jules Védrine, Édouard Vigier d'Azenac— se mataron. Todos muertos. Todos suicidados.

Bollème se calló y me miró con gran seriedad. Le dije: Usted cree que...

—No, señorita, no. No hablemos aún de lo que yo creo. Ciñámonos a los hechos. Los hechos están ahí: todos los que hablaron en la prensa de *El laberinto de lo inhumano* y de Elimane, bien o mal, para atacarlo o para defenderlo, a excepción de Vaillant (que murió apaciblemente a los ochenta y dos años en 1950) y yo, están muertos. Uno de un ataque al corazón, Bobinal, y seis por suicidio. Durante aquel período, nadie tuvo noticias de Elimane. Y en julio de 1940, el mismo

día –¡el mismísimo día, 4 de julio de 1940!– del último suicidio de los seis periodistas que comentaron el libro –se trataba de Albert Maximin–, reaparece en una carta donde alude a siete pescadores en el fondo de un lago y a dos supervivientes. Puede que lo que yo crea ya no tenga demasiada importancia en 1985, después de tantos años. Es la convicción de una vieja. Se la contaré enseguida. Pero usted, ¿qué opina?

–Sí, ¿qué opinas tú?

–Yo le dije a Bollème: ¿Está usted segura de que se suicidaron? Ella dijo: Lo comprobé. Fueron suicidios. Incluso hice una especie de informe donde consigné las circunstancias de cada supuesto suicidio. Lo llamé *Informe de suicidios o asesinatos*. Ya le daré ese documento, aunque es siniestro. Haga usted lo que quiera con él. Como si quiere destruirlo. Ahora responda a mi pregunta: ¿usted qué opina? Entonces le dije que no sabía, que no tenía todos los datos, y que, a falta de pruebas, nadie podía acusar a Elimane Madag. Insistí en el hecho de que era una acusación muy grave. Añadí que todo aquello, todos aquellos suicidios, a lo mejor eran...

–¿Coincidencias? ¿Azar? Señorita, el azar no es más que un destino que ignoramos, un destino escrito con tinta invisible. Elimane es el vínculo de todos esos muertos. Yo no creo en el azar, aquí. Le seré franca: creo que los mató. Eso creo. Los mató. No directamente, claro. Pero tengo la certeza de que los empujó al suicidio. ¿Cómo? Mediante persecución psicológica. Se creará que estoy loca, o pensará que solo una vieja francesa podría decir cosas semejantes, pero poco importa, a mi edad se puede decir lo que se piensa y te da igual si te creen o no, si te juzgan o no. Yo creo que Elimane dominaba la magia negra. Siempre lo he pensado, sin atreverme a ir más lejos, por miedo a morir también, de ser tentada al suicidio, de verlo cada noche en pesadillas insoportables que me quitaran las ganas de vivir. No llegué a encontrar a Elimane. Pero se lo digo: no ha habido un solo día en que no sintiese su presencia. Está ahí. Está ahí, sin duda. Cerca y lejos. Por edad, ya no me queda mucho por vivir.

Ahora puedo decir lo que quiera sin miedo a la muerte. Puede quedarse todo esto, la foto y la carta, y hacer con ello lo que desee. Yo ya no las necesito. Sabe prácticamente todo lo que yo sé de Elimane. Si hay algo que no le haya contado será porque lo he debido de olvidar. Me flaquea un poco la memoria. Ahora, señorita, discúlpeme, su compañía es agradable, pero necesito dormir un poco. Las ancianas, ya lo descubrirá un día, tienen que descansar. Y yo soy una anciana un poco enferma, ya tengo ochenta años, ¿sabe usted?

Tercera parte

Noches de tango por marea alta

Por entonces yo estudiaba filosofía en Nanterre y bailaba con los pechos al aire tres noches por semana en un club para subsistir. El contrato de la habitación que la poeta haitiana había alquilado para mí expiraba a finales del 84. La beca de la que me beneficiaba bastaba apenas para cubrir el resto de mis gastos. Necesitaba encontrar un complemento. Tenía una compañera de facultad por aquella época, una martinicana, Denise, alta, guapa, con unas piernas largas y esbeltas y un culo precioso. Fue ella, aquel verano, cuando le conté que me urgía encontrar un trabajito, quien me dio a conocer el baile erótico, que ella llevaba practicando poco tiempo. Me dijo:

—Ahora mismo están buscando chicas. Tú tienes todo lo que hace falta. Y más todavía. No pagan mal. Tus tetas los van a volver locos.

A principios de temporada, en octubre del 84, me presenté en el club Le Vautrin. Los jefes, un par de cincuentones, Andrée y Lucien, me contrataron. Empecé aquella misma noche. No era un club superelegante. Atraía a un público de clase media. Pero pagaban bastante bien para una estudiante. Con las propinas llegábamos a veces a una suma más que pasable.

Yo tenía tetas y no me daba reparo enseñarlas ni ver lo que provocaban: admiración, celos, fascinación, envidia, deseo, miedo, repulsión. Me preguntaban si eran naturales. Si no estaba desnuda, me desabotonaba la pechera, deslizaba los tirantes del sostén por los hombros y se las plantaba delante de las narices al curioso o la curiosa sin dejar de mirarlos a los ojos. Luego les daba un silencio de tres palabras: «Dímelo tú mismo» o «Compruébalo tú mismo».

Yo era la única Negra de las diez bailarinas del Vautrin. Denise tenía la tez más clara. Así que no la consideraban realmente africana. Por lo menos no todo el tiempo. Ella se sentía, según comentaba, como perdida entre dos colores, oscilando a un lado o a otro del despiadado revelador de la epidermis, esa línea que no tenía nada de imaginario y que

distinguía, según los días y las apuestas, entre infierno y paraíso, belleza y basura, noche y día, mentira y verdad.

Nos íbamos turnando a lo largo de la semana por cuatro plataformas, construidas cada una alrededor de una barra de *pole dance* que conectaba el techo con el suelo. Un poco elevadas respecto a la muchedumbre del bar, nos desvestíamos y la cosa comenzaba. Del grupo que formábamos, solo la mitad sabía bailar realmente, o lo intentaba, por lo menos. El resto se conformaba con retorcerse como víboras o banderas azotadas por la lluvia. Yo pertenecía a la mitad que bailaba bien.

Algunas chicas, para ganar más, quedaban a veces con clientes en la segunda planta, en los camerinos del Vautrin. Yo no. Después de las sesiones, en plena noche, prefería volverme a casa a pie. A veces pasaba a ver a Hafez, poeta como su ilustre homónimo persa, pero poeta sin obra, o cuya obra no tenía libro..., y camello. Charlábamos un poco. Me recordaba su filosofía de la existencia, que se podía resumir así: la realidad no tiene contrario, todo lo que sucede en la experiencia humana es realidad. Nunca estuve segura de entenderlo. Él sonreía sin explicarse y me daba su droga. Yo volvía, fumaba, escribía. Escribía a la poeta haitiana y trataba de escribir también *Elegía para noche negra*.

Aquellas horas de escritura o de lectura tras el baile siguen siendo mi auténtico consuelo de aquella época. Eran las únicas horas que no me parecían completamente perdidas.

Por aquel entonces estudiaba filosofía en Nanterre, hacía striptease en el Vautrin, escribía a mi poeta haitiana y estaba henchida de mi primer libro, cuyo parto, lo notaba, requeriría abrirme el vientre a hachazos. Pero también leía. Leía sin parar *El laberinto de lo inhumano* y pensaba en Elimane, mi único faro en aquel océano de vida de mierda.

Al principio no pude buscarlo: instalarse, acostumbrarse, desacostumbrarse, rehacer todos los recorridos de relaciones sociales me ocupaba los días enteros. Pero lo importante era tenerlo en mente, que no desapareciese jamás de mi

pensamiento. Su libro era la piedra angular de mi biblioteca. Sobre ella empecé a construirla con libros que recogía de la basura o que encontraba en jardines, olvidados en los bancos. También los compraba baratos en rastros y librerías de viejo, o iba a recogerlos a gente que ya no los quería. Pero *El laberinto de lo inhumano* sostenía toda la estructura. Elimane era el rey invisible de aquel castillo. Dormía en una cámara secreta, y era cosa mía ir a buscarlo, despertarlo, ponerlo en libertad.

Los recuerdos de mis años de vagabundeo por las calles de Dakar me asediaban, bajo la forma de pesadillas y de sombras que aún no lograba transmutar en imágenes poéticas. Sin embargo, las llagas seguían allí, abiertas, disponibles: solo tenía que servirme de ellas. Pero la pluma que sumergía salía siempre con la punta seca. Se sucedieron los meses, las frustraciones, y los fracasos.

Luego, mucho después, comprendí: tener una herida no implica que debamos escribirla. Ni siquiera significa que queramos escribirla. Por no hablar de si podemos. ¿El tiempo es asesino? Sí. Nos revienta la ilusión de que nuestras heridas son únicas. No lo son. Ninguna herida es única. Nada humano es único. Todo se vuelve espantosamente común con el tiempo. He aquí el impasse; pero es en este impasse donde la literatura tiene oportunidad de nacer.

Como me negaba a prolongar el baile en las habitaciones del Vautrin, muy pronto me convertí en una de las más deseadas. Lucien y Andrée no obligaban a nadie. No quería decir no. Pero un no, en el Vautrin, solo tenía validez para una noche; a la siguiente, todas las posibilidades se reabrían. Se volvía a jugar. Se volvía a intentar. Se apostaba por la obra del tiempo, por el lento resquebrajamiento del muro de los principios. Se contaba con la reversibilidad del alma humana, con su ansia, con su debilidad, con su codicia.

Yo siempre decía que no. Algunos creían que era por mojigatería, otros, que por cálculo, por hacer subir la apuesta; había quien afirmaba que era por frigidez. Nadie veía que era por aburrimiento.

Pronto, solo Denise y yo nos negábamos a ir a las habitaciones. Las dos Negras (Denise, en aquella situación, se convirtió o volvió a convertirse en evidentemente negra) que resistían. La máquina de fantasmas exóticos estalló. También la de los motes: la Guardia Negra, las Hermanitas Gemelas, Black Virgins, las Infollables, las Monjas, y tantos otros que he olvidado... Denise y yo nos partíamos. Lucien y Andrée nos programaban expresamente la misma noche, sabiendo que mucha gente, aparte de la clientela habitual del bar, vendría, por curiosidad, para intentar reventar *el Cerrojo Negro*..., otro de nuestros sobrenombres.

El hombre empezó a venir a principios del año 85, hacia mediados de enero. ¿Venía por la nueva atracción que formábamos? No lo sé. Las primeras veces que vino no lo vi. Fue Denise quien me lo señaló una noche. Estábamos bailando cuando me hizo un gesto disimulado con la cabeza en su dirección. Era la primera vez que lo veía: un hombre solo, en un rincón, dando la espalda a la sala. Al final del baile, cuando me crucé con Denise en el vestuario, me dijo:

—¿Has visto que ha vuelto el príncipe africano?

—No me había fijado nunca.

—O eres muy corta de vista o muy distraída. Tampoco hay tantos clientes negros aquí. Pero como este no hay ninguno, ni negro ni blanco. Viene cada noche desde hace una semana y se sienta en el mismo sitio.

Repetí que yo no me había fijado y que tampoco era tan sorprendente, porque le daba la espalda a la sala, de cara a la pared. Denise dijo que esa actitud ya debería bastar para distinguirlo. Igual era verdad, pero yo no lo había visto, sin más.

—Todas las demás hablan de él —dijo—. Invita a fantasear. Es muy rico.

—¿Eso por qué lo creéis?

—Lo haces adrede, bonita. ¿Es que ni después de haberle echado una ojeada ves que da el cante? Es un diplomático. O

un ministro. Fuma cigarrillos de marca. Igual es hasta un presidente. Ya sabes, uno de esos que llevan maletas repletas de billetes al Elíseo, por lo que se cuenta. Las relaciones complicadas entre Francia y sus antiguas colonias africanas, todo eso, tú lo sabes mejor que yo, ¿no? Es africano como tú. Te lo ligas, me invitas, dejamos de dormirnos con Chestov y Jaspers y nos largamos de este sitio. Piénsatelo.

Sonreí sin responder. A mí me encantaba leer a Jaspers. Cuando miré al hombre no me había fijado en que fuese negro, y mucho menos en que pareciese rico. La única cosa que me había chocado durante el breve instante en que mi mirada se posó en él fue la soledad. No obstante, en el Vautrin veía a muchos solitarios bebiendo, silenciosos, aplastados por sus pensamientos o por la embriaguez. Incluso puedo decir que, en aquel bar, eso era lo único que había. Pero la soledad de aquel hombre tenía algo distinto. Quizá mi recuerdo de aquel instante se ha transformado con el tiempo. Ya no estoy segura. Pero cuando vuelvo a pensar, cuando vuelvo a pensar en el momento exacto en que mis ojos vieron aquella espalda, veo el color de su soledad. Distinguí un aura que flotaba a su alrededor. Era un halo de un color púrpura lechoso, forrado con una fina capa verde, un verde que no sabría describir, no conozco realmente los matices de ese color. Pero lo que me viene a la mente es un verde, no sé, quizá un verde Veronés. Aquello había durado unos segundos, luego me volví a concentrar en el baile, diciéndome que debía de estar muy cansada para ver auras rodeando a la gente.

Cuando salimos, el bar se vaciaba. Miré hacia la mesa que ocupaba el hombre. Ya no estaba allí.

No volvió a venir en los siguientes días. Dos, luego tres, cinco semanas pasaron sin que reapareciera. Me burlaba de Denise. Le decía que a fuerza de soñar demasiado, de alabar demasiado, de fantasear demasiado, las chicas habían derramado sobre el hombre solitario la fuerza negra de la Boca. El mal de ojo. Entre nosotros, claro está, nada desataba las esperanzas como la Boca. Le expliqué todo aquello a Denise. Has hecho huir al riquísimo príncipe africano, me

mofaba, nos condenas a leer a filósofos alemanes el resto de nuestras pobres existencias y a menear el culo a perpetuidad entre las barras de baile del Vautrin.

En febrero del 85, en un ataque de locura o de lucidez, quemé las hojas de mi manuscrito. No lograba escribir *Elegía para noche negra*; o, más bien, lo que había escrito no me satisfacía. La destrucción me pareció la única posibilidad para aquellos esbozos. Les faltaba algo. Siempre pensé que cada libro que publicaba un escritor no era sino la suma de los que había destruido antes de llegar a él, o el resultado de todos los que había evitado escribir. Aún no estaba preparada para aquel libro. Así que eché todo lo que tenía que ver con él al fuego. Dejé de escribir un tiempo, y empecé mis investigaciones sobre Elimane.

La crónica de Bollème fue lo primero que leí. Había logrado encontrarla en un librero de segunda mano de los muelles tras largas semanas de búsqueda. Le quedaba un solo ejemplar.

Luego, rebuscando en tiendas de antigüedades, en subastas, en los muelles, en las tiendas de coleccionistas especializados en prensa, logré reunir todos los periódicos de preguerra, del año 38 exactamente, donde se hablaba del libro. Me gasté las propinas del Vautrin, pero conseguí encontrar y leer todos los artículos de la época. Sabía que Brigitte Bollème seguía viva. Presidía el Femina, coronada con la doble aureola de gran periodista literaria y de heroína de la Resistencia. Le escribí una carta donde le decía la verdad: era prima de Elimane, estaba investigando sobre él y esperaba que pudiese ayudarme.

El día que envié la carta a Bollème reapareció el hombre en el Vautrin. Entró mientras bailábamos. Llevaba un sombrero de fieltro cuya ala le tapaba la cara. Atravesó con lentitud la sala y se sentó de nuevo en el fondo. Nos dio la espalda, como de costumbre, y no distinguí sus rasgos. Pero esta vez lo miré bien, vi su elegancia, sus maneras lentas y educadas al quitarse el sombrero y poner el abrigo en el respaldo de la silla. No volví a ver su aura púrpura y verde, pero nada había cambiado en la densidad de su soledad. La silla que tenía delante estaba vacía, ontológicamente vacía: quiero decir que el hombre daba

la impresión de no haber tenido jamás a nadie frente a él en una mesa, y de que, desde siempre, todas las sillas del mundo frente a las que se había sentado hubieran estado ocupadas por el vacío. Parecía haber hecho las paces con su soledad y no esperar ya nada. A diferencia de otros, que sufren su soledad y esperan en lo más profundo que el destino o un encuentro fortuito la disipe, él daba la impresión de saber que la soledad era irrevocable, que nada iba a disiparla, y que ni siquiera un encuentro supondría cambio alguno, en realidad.

Denise lo había descubierto al entrar, y no se ahorró sonrisitas y guiños llenos de sobreentendidos y de burlas. No lo hacía con mala intención.

En un momento dado, el hombre se puso en pie, se colocó el sombrero de nuevo y fue a ver a Lucien y a Andrée. Los vi conversar por el rabillo del ojo. Oí, más que vi, que hablaban de nosotras, de Denise y de mí. Esta última tampoco le había quitado ojo a la escena. Tras unos minutos de charla el hombre no volvió a su mesa, sino que subió las escaleras que conducían a las habitaciones, precedido de Lucien. Andrée nos hizo parar de bailar y bajarnos del escenario con un gesto:

—Os quiere ver —dijo con aquella voz cascada por tres décadas de tabaco y alcohol—. A las dos. Quiere que vayáis. Lucien lo ha llevado al último cuarto, el 6, al fondo del pasillo. Quiere estar tranquilo. Vosotras decidís, chicas, como de costumbre. Sé que decir no ha sido vuestra elección hasta ahora. Lo respeto, y también Lucien. Pero si me permitís un consejo, y creedme, sé de lo que hablo, yo llevo haciendo lo mismo que vosotras cada noche —cada noche— desde hace veinte años, si os puedo dar un consejo es que no dejéis escapar esta oportunidad. Y no tiene nada que ver con la pasta. Creo que este hombre tiene algo distinto. Dos minutos de conversación con él bastan para percibirlo. Vosotras veréis.

Lucien bajó en aquel momento y se acercó. No dijo nada, como tantas veces. Era taciturno: un hombre de gestos y de miradas. Durante unos segundos, observé su mirada. Parecía querer decir algo, pero nada salió de sus labios.

—¿Y bien? —dijo Andrée.

Miré a Denise. Al igual que ella, estaba intrigada; pero algo me frenaba y no sabía qué. Tal vez el miedo a contagiarme de la soledad de aquel hombre. U otra cosa que no entendía.

—¿Y bien? —repitió Andrée.

Dije que no. Denise, que sí.

La observé subir la escalera con lentitud y pensé: qué alta y qué hermosa es. Contemplé sus largas piernas, leí el relato sensual de sus caderas, miré también sus nalgas, unas nalgas en toda su plenitud, que todas las chicas, yo incluida, le envidiaban, seguí el bamboleo de sus hombros desnudos, también me detuve sobre su nuca; observé todo esto y, en el fondo de mi admiración ante el hermoso cuerpo de mi compañera, tuve un mal presentimiento. Pero ahora, insisto, es fácil reconstruir las impresiones. Quizá no tuve ningún presentimiento y lo único que se me pasó por la cabeza fue la feminidad espléndida de Denise subiendo los peldaños de la escalera para presentarse en el sexto cuarto, donde la esperaba el hombre.

Aquella noche estaba agotada, les pedí Andrée y a Lucien si podía salir pronto. Aceptaron. Me volví a casa y escribí una carta a la poeta haitiana. Pero no recuerdo a propósito de qué.

Dos días más tarde, Denise no apareció por la facultad de Nanterre ni por el Vautrin. Cuando pregunté si había avisado de su ausencia, Andrée me contó que Denise había llamado para decir que estaba enferma y que volvería en cuanto se encontrase mejor. Aquella noche bailé sola. Eché de menos a mi amiga. El hombre solitario tampoco vino.

Al día siguiente, encontré la respuesta de Brigitte Bollème en mi buzón. Aceptaba verme y me proponía encontrarnos en su casa una semana después.

Ya sabes más o menos lo que hablamos, Diégane. Volveré sobre ello. Pero mientras esperaba a ir a ver a Brigitte Bollème, me pasé por casa de Denise. Llevaba tres días sin noticias de ella y empezaba a preocuparme.

Vivía en las afueras, al sur de París, en un pequeño estudio caluroso que yo conocía bien. Ya me había invitado varias veces a comer, a estudiar, a charlar o a vernos con gente, chavales de la facultad, charlatanes y pedantes. Citaban a filósofos que no habían leído, o que habían leído pero no habían entendido ni entenderían jamás, sin duda. Generalmente eran un latazo. Pero para una o dos noches, cuando ya no tenían nada más que decir y ya solo quedaba follar, podían servir.

Llegué a casa de Denise. No había timbre. Antes de llamar, me pareció oír en el interior un canto que se desvanecía, las últimas palabras, dulces y graves, de una melodía que no reconocí. Me quedé inmóvil ante la puerta y agucé el oído. Nada más que silencio. Igual era la radio. Por lo menos, Denise está aquí, pensé entonces. Golpeé primero tres veces, luego otras tres veces tras unos segundos sin respuesta. El ritual que realizábamos frente a la repugnante habitación de mi padre me seguía viniendo a la cabeza. Denise no me abría. No está, me dije. O a lo mejor se ha dormido. Y, curiosamente, aquel pensamiento me quitó un gran peso de encima, como si de pronto, aunque había ido allí precisamente para eso, ver a Denise me hubiese parecido una idea incongruente y peligrosa. Ya me apresuraba a bajar las escaleras cuando la puerta se abrió con lentitud, sin ruido, como si nadie la hubiese accionado, como si una voluntad propia la habitase. La miré pivotar como estirada o empujada por un fantasma, luego vi a Denise, primero su brazo, luego uno de sus hombros y, por fin, la cara, o más bien una parte de su cara. La otra, como el resto del cuerpo, estaba tras la puerta. Observé la mitad de su figura unos segundos sin decir nada, intentando sonreírle. En cambio, en el medio rostro de Denise no pude descifrar nada. Una corriente de aire húmedo sopló en el rellano.

Entra, cariño, dijo Denise. Vas a coger frío. Se apartó de la puerta para dejarme paso. Entonces solo vi la penumbra del interior. Un pasillo estrecho llevaba al salón. Las ventanas estaban cerradas. Todo parecía normal, liso, frío. Y, sin embargo, en el fondo, tenía la certeza de que la habitación

sería capaz de cortar todo lo que entrase en ella; que era un machete con la hoja recién afilada que solo estaba esperando una presa a la que despedazar. Entra, repitió Denise, invisible tras la puerta. Es su voz, pero no la reconozco, me dije. Tuve la intuición de que darle la espalda –no me refiero a Denise, sino a aquella voz– habría sido suicida. Entra, no te quedes ahí. No era un tono imperativo. Incluso parecía un ruego, pero un ruego dirigido al dios de los infiernos. La obedecí y entré. En aquel momento tuve claro que no era Denise quien me esperaba tras la puerta, sino otra presencia que percibía con nitidez en el apartamento. Di tres o cuatro pasos después de cruzar el umbral, sin echar ninguna mirada al rincón tras la puerta. Se cerró detrás de mí. Delante, el pasillo daba la impresión de no tener final, se prolongaba sin llegar a desembocar en la sala de estar. Me di la vuelta intentando mantener una actitud lo más natural posible. Estaba lista para ver el centelleo frío de un cuchillo o el cañón negro de una pistola, o el nudo corredizo de una soga.

Nada de eso: Denise estaba sola y llevaba una larga bata de estar por casa azul noche o verde oscuro, que impedía ver sus bellas formas. Había adelgazado, eso se veía de inmediato. Le pregunté cómo andaba. Todavía necesito recuperarme durante unos días, dijo ella deslizándose hacia mí. Se detuvo a mi altura. Yo no me moví. Me puso una mano en el brazo –una mano fría como un guante metálico olvidado fuera en pleno invierno–. Vi de repente que sus ojos, al contrario, ardían. Dijo: Lo más duro ya ha pasado, ayer era incapaz de moverme o de abrir los ojos siquiera, la fiebre me tenía a su merced, estuve horas con los ojos cerrados, es absolutamente terrible lo que pueden llegar a invocar nuestros párpados, supliqué por mi vida, me bajó la fiebre poco a poco, vino un médico y me dio medicamentos, en unos días me repuse, gracias por pasarte, cariño. Me apretó el brazo antes de retirar la mano (pero continué sintiendo el peso frío de aquella mano durante mucho rato). Luego me adelantó en el apartamento. El pasillo había recuperado su longitud normal.

Era una sola habitación que había dividido en dos espacios

con ayuda de un enorme biombo japonés. El primero hacía las veces de salón y de cocina. El segundo servía de dormitorio. También estaban ahí la ducha y el lavabo. Me senté en el sofá. Denise me ofreció un té. Le dije que lo preparaba yo para que no se cansase, pero ella insistió en servírmelo. Observé con más atención los objetos del dormitorio. No se había movido nada desde mi última visita. Y, sin embargo, la sensación de que no estábamos solas en el apartamento se intensificó. La presencia que había percibido tras la puerta estaba allí en aquel mismo instante, y lo modificaba todo: el orden de los libros de la biblioteca, el número de tazas en el mueble de la vajilla, el tamaño de las letras de un póster, la sonrisa de los padres de Denise en la foto del aparador. Todo en su corazón estaba apagado. Denise se afanaba alrededor del hervidor. Miré el panel. La persona solo podía estar al otro lado, en el cuadrado del dormitorio. La notaba, silenciosa y atenta, lista para estallar al más mínimo movimiento.

Denise me sorprendió en plena inspección y me tendió una taza. Se sentó frente a mí. Durante unos instantes ninguna de las dos habló. Tampoco bebimos. Sostuvimos las dos nuestras tazas sobre las rodillas y buscamos un objeto sólido sobre el que fijar la mirada, pero todo se zafaba. Los vapores del té me calentaban la parte baja de la cara, por más que las manos, alrededor de la taza, siguiesen heladas. Acabé por probar el brebaje y enseguida me puse a hablar de la facultad con Denise. Le prometí pasarle los apuntes que se había perdido, los prolegómenos de Kierkegaard. Le hablé de las *Migajas filosóficas*. Cuando me callé, no me preguntó sobre Kierkegaard:

—¿Y en el bar?

—¿En el bar? Todo bien en el bar. Te echamos de menos.

Sabía muy bien que esa no era la respuesta que esperaba. Pero ella tampoco había planteado la verdadera pregunta, la que encendía su mirada: *¿Ha vuelto a su mesa, de cara a la pared?* Eso era lo que Denise quería saber, pero no se atrevía a decirlo. Durante unos segundos, vi la intensa lucha interior que se libraba en ella. ¿Se atrevería a formular la pregunta?

¿Tendría valor, pese a la presencia tras el panel? En aquel instante, la presencia fue más palpable que nunca, atravesaba el biombo japonés y se hinchaba por toda la habitación. Denise se asustó y dijo: Yo también os echo de menos. A los pocos segundos, se le escapó la taza de entre las manos y se hizo añicos en el suelo. El té se derramó a sus pies. Soltó una risa de inmediato y dijo: ¡Mira que soy torpe!

Me puse en pie, recogí los trozos de cristal y limpié. Esta vez, Denise me dejó hacer. Cuando acabé, a sus pies, creí oírla murmurar: Vete. Levanté la mirada hacia ella. ¿Había hablado, realmente? Imposible asegurarlo: miraba en dirección al dormitorio y parecía haberse olvidado por completo de mi presencia y del charco de té que se extendía por las baldosas. Me puse en pie. En aquel momento debería haber tenido el valor de ir al dormitorio, tras el panel japonés, para ver quién había allí. Pero no lo tuve. Estaba aterrada. Le dije a Denise que la iba a dejar descansar. Me pareció aliviada, aunque pensándolo ahora podría decir que lo que pasó por su rostro demacrado en aquel instante no fue alivio, sino desesperación, o una llamada de socorro. Pero no estoy segura. Le dije que esperaba verla pronto. Mi voz la sorprendió y dio un respingo. Yo la abracé y me dirigí hacia la salida, conteniéndome para no echar a correr.

Sin embargo, me volví hacia ella antes de abrir la puerta. Sus ojos intentaban decirme algo, pero yo tenía demasiado miedo de saber o de adivinar qué. Salí. Cuando empezaba a bajar las escaleras creí oír, en el apartamento, las mismas voces, los mismos ecos de canción terminando que había oído antes de entrar. Me dije que estaba loca y no volví a mirar atrás.

Me vi con Brigitte Bollème dos días después de esta visita a Denise. Salí de su casa con la carta y la foto de Elimane. Pero también con el documento siniestro del que me había hablado Brigitte Bollème. ¿Te acuerdas? El documento donde había apuntado las circunstancias del fallecimiento de los críticos literarios. ¿Te das cuenta? Estaba tan convencida de que fue Elimane quien los había empujado al suicidio que había

recogido sus biografías en aquellas fichas. Es esto, el *Informe de suicidios o asesinatos*. ¿Quieres leerlo? Algunas fichas están escritas en un estilo lapidario, indirecto, a veces telegráfico. Otras están redactadas con gran esmero. Hay varias en las que se mezclan ambas cosas. No sé por qué. Toma.

Léon Bercoff (1890-14 de abril de 1939): Hijo de inmigrantes judíos rusos. Estudió filosofía. Renuncia a su plaza de profesor a causa de la Primera Guerra Mundial (12.º regimiento de coraceros). A continuación, periodismo. Escribe en diversas revistas y periódicos parisinos de entreguerras. Crónicas literarias, recensiones filosóficas. A partir de mediados de los años veinte: abandona la crónica de obras literarias o filosóficas. Pasa a la política. Heredero de dreyfusards de primera hornada, se mide contra Maurras y Bourget. Enérgica denuncia del antisemitismo en Francia. En 1927: B. escribe varios artículos. Posibilidad, a la luz de lo que sucede después, de interpretarlos como profecías (o intuiciones) de la Shoah.

El laberinto de lo inhumano. En un principio, Bercoff se mantiene al margen de los debates. Luego, mi entrevista con Ellenstein y Thérèse Jacob. Bercoff reacciona. Muestra su gusto por la justicia y su desprecio por la persecución racial. Deplora la fascinación de los periódicos por la anécdota y el detalle biográfico en detrimento del texto y del trabajo literario. Considera mi entrevista tendenciosa y de mediocre factura. Termina su artículo apoyando a Elimane. Lo anima a defenderse.

B. sufre de fuertes migrañas a partir de finales del año 1938. Hospitalizado tras frecuentes desmayos a principios de 1939. Vuelve al trabajo, aparentemente en forma. El 14 de abril de 1939, cuando estaba escribiendo (un ensayo, una refutación filosófica sería del *Mein Kampf*), su hijo de nueve años se lo encuentra muerto en su despacho. Una bala de revólver en la boca. Ninguna carta.

Tristan Chérel: El 2 de marzo de 1939, hacia las doce y media de la noche, Tristan Chérel (Brest, 1898) sale del lecho

conyugal. Dice tener unas ganas irresistibles de fumar. Pasa una hora. No vuelve a acostarse. Así que su mujer se levanta para ir a buscarlo. Lo encuentra en el jardín de la casita. Gira lentamente sobre sí mismo, colgado de la rama de un gran abedul.

Testigos formales: Chérel: hombre enérgico. Amaba la vida y el mar. También los viajes. Por desgracia, *El laberinto de lo inhumano* no le hizo viajar. Decepcionado. En su artículo, explica su frustración por no haber visto más de África, de la que se hacía una idea exótica. Reprocha a Elimane que se haya recreado en un ejercicio de estilo vano y sin enjundia. Que no haya mostrado suficientemente los paisajes y la vida del continente negro. No lo suficientemente negro para él.

Incinerado. Restos esparcidos por sus hijos y su mujer en una playa del Finisterre bretón.

Auguste-Raymond Lamiel (11 de julio de 1872-20 de diciembre de 1938): Los horrores de las trincheras de la Primera Guerra Mundial acabaron de convencer a Auguste-Raymonde Lamiel de la estupidez humana. Pero más que extraer una filosofía desesperada y pesimista, Lamiel extrajo motivos para un combate encarnizado, que libró a lo largo de su vida, contra todo lo que pudiese erigir barreras entre los hombres. Educado en la Escuela Normal Superior, socialista, humanista, pacifista dogmático después de la guerra, Lamiel se dio a conocer principalmente por sus virulentas posturas anticolonialistas, defendidas con desenvoltura y arrebató en las páginas de *L'Humanité*, periódico en el que colaboró desde que lo fundó Jaurès, entre cuyos amigos se contaba.

Criado en la cultura clásica (fue profesor de gramática grecolatina), parece poco probable que pasara por alto las referencias, plagios y reescrituras de *El laberinto de lo inhumano*, que aplaudió casi desde su salida. Le debemos la fórmula de «Rimbaud negro», que demuestra, quizá, que Lamiel había visto pero preferido callar lo que Elimane le debía a Rimbaud y a muchos otros, sobre todo a los autores del período del que él era especialista. Le habría dicho, incluso, a

uno de sus colegas: «Este africano lo ha leído todo, de Homero a Baudelaire, absolutamente todo.»

Poco antes de su suicidio, Lamiel publicó en *L'Humanité* su último artículo, dedicado a *El laberinto de lo inhumano*. Se lamenta amargamente de que no se haya comprendido que Elimane jugaba con sus referencias, más que plagiarlas, que las reescrituras eran demasiado claras como para no ser deliberadas (tiene, de hecho, una frase a este respecto: *Hay que estar ciego para no verlas*).

Unos días antes de Navidad, se suicidó tragándose una cápsula de cianuro. Se cuenta que había empezado a tener unas visiones apocalípticas que ni san Juan. En la última carta que dejó, escribe: *La guerra volverá desde Alemania. Es inevitable. Pero esta vez no le daré el gusto de soportarla*.

Lamiel tenía por enemigo mortal a Édouard Vigier d'Azenac, una de las plumas más aceradas del *Figaro*, contra quien se midió durante muchos años por medio de artículos. A pesar de haber sido amigos en su momento, por lo visto se enfrentaron en duelo a finales del siglo XIX en dos ocasiones. Todo acabó por enfrentarlos: la política, la ideología, los gustos literarios, la concepción de la humanidad. Pero se diría que la causa de aquel odio mutuo y sólido fue de orden amoroso. ¿Qué quiere decir esto? ¿Que fueron amantes antes de odiarse o que el amor de la misma persona los enemistó? No he encontrado nada concluyente al respecto.

Albert Maximin (16 de octubre 1900-4 de julio de 1940): Se vio mezclado en esta terrible historia un poco por casualidad. Poca información sobre su vida. Yerno del profesor Paul-Émile Vaillant. Ahí está. Publica las revelaciones de su suegro acerca de *El laberinto*. Su artículo: más bien neutral. Se conforma con enumerar los descubrimientos de Vaillant. Se divorcia de su hija en febrero de 1939. Menos de un año de matrimonio. Ningún talento real para la pluma. Escribe cada vez menos. Caza. Arma: un fusil de cañón doble. Lo utiliza para poner fin a sus días, cada vez más solitarios y ensombrecidos por el trauma de la derrota francesa. A su muerte, aún no había cumplido los cuarenta.

Jules Védrine (11 de junio de 1897-13 de junio de 1939): Al final del artículo que dedicó al caso Elimane en *Paris-Soir*, Védrine dio a entender que aún no se había desvelado la verdad sobre el asunto. En este comentario sobre una verdad pendiente de establecer podemos detectar al amante de las novelas policíacas que fue Védrine. En *Paris-Soir*, se ocupaba de temas diversos y hacía esporádicamente crónicas de novela negra. Incluso escribió dos con el pseudónimo de Hector J. Frank. No sabemos qué opinaba realmente de *El laberinto de lo inhumano* ni de los plagios, en el plano literario. Parece que se limitó a cubrir el caso. No obstante, el tono de su artículo hace pensar que se alegró de que el ambiente literario oficial (ese que, en otros términos, menosprecia la literatura policíaca por juzgarla vulgar y buena solo para divertir a la plebe inculta) se viese un poco sacudida por Elimane, aunque la historia acabase mal para el autor. He sabido que tenía planeado emprender una investigación para descubrir la verdadera identidad de Elimane. Por desgracia, un mal de amores lo abatió en pleno despegue. Dos días después de cumplir los cuarenta y dos años, se lanzó bajo las ruedas del metro parisino. Su editor publicó, con su nombre auténtico, un manuscrito que le había enviado un mes antes. Es, para mi gusto, el mejor libro de Védrine.

Édouard Vigier d'Azenac (14 de diciembre de 1871-9 de marzo de 1940): El padre de Édouard Vigier d'Azenac, el capitán Aristide Vigier d'Azenac, murió con honores tras la debacle de Sedán en 1870. Unos meses más tarde vino al mundo el pequeño Édouard. Desde su infancia, alimentó, a la vez que el sueño de una brillante carrera militar en homenaje a la figura paterna, un odio profundo hacia la República. La vocación de las letras fue más fuerte que la de las armas, a fin de cuentas, y d'Azenac escribió de muy joven notables biografías de Carlos X y del conde de Chambord. Como legitimista convencido que era, sostendría el lema: *Vivo a la luz de dos Verdades eternas: la Religión y la Monarquía*; frase que toma prestada de Balzac, aunque modificando el verbo.

En 1898, a pesar de lo antidreyfusard que era, publicó en *Le*

Figaro un artículo denunciando el antisemitismo primario de la mayoría de sus amigos, cosa que deshonoraba los valores del cristianismo. Este texto le supuso la amistad de un dreyfusard radical, Auguste-Raymond Lamiel, quien lo consideró valiente y honesto. La asociación de ambos jóvenes fue tan apasionada como tormentosa. Durante un año se frecuentaron y se profesaron una admiración mutua pese a los abismos ideológicos que los separaban. En 1899, algo o alguien los enemistó y puso fin a una amistad bella pero insostenible a largo plazo. Se cuenta que se enfrentaron en dos duelos a pistola, ambos sin vencedor tras intercambiar doce disparos en total. En 1914, a principios de la guerra, Vigier d'Azenac se alistó por Francia, como modesto camillero. Los horrores de los que fue testigo y que vivió le hicieron insoportable la visión de la sangre ya para siempre. Al volver del frente continuó escribiendo libros y publicando en *Le Figaro*, del que se convirtió en uno de sus pilares. Se presentó varias veces como candidato a la Academia Francesa, sin éxito.

En su última intentona, en 1938, D'Azenac no obtuvo ni un solo voto para el sillón 16, para el que salió elegido Maurras aquel año.

Fue un partidario iracundo de la empresa colonial en África, fino crítico literario, lector de Taine y polemista temible. Édouard Vigier d'Azenac –y esto se trasluce en sus artículos durante el caso Elimane– considera a los negros subhumanos (o subsimios) que no merecen sino la subordinación y que no sabrían, en consecuencia, ponerse a la altura de la humanidad (y menos aún de la escritura). «El judío, pase; el negro, ¡jamás!», escribió en una carta a una de sus amantes. Su odio a *El laberinto de lo inhumano* y a Elimane es franco, directo. Lo profesa sin andarse por las ramas y con contundencia. Es él quien publica el artículo de Bobinal. ¿Sabía que era una fabulación? Lo ignoro.

Parece ser que la noticia del suicidio de Lamiel lo apenó y que se pasó dos días sin pronunciar (ni escribir) una sola palabra. Durante el verano de 1939 sufrió varios ataques de demencia. Acabaron por internarlo. En marzo de 1940, en un

asilo parisino, en un momento de lucidez, se cortó las venas en su cuarto con una cuchilla de afeitar, después de tomar la precaución de vendarse los ojos para no ver su propia sangre.

Y ya está.

No creo en el sobreentendido de este informe porque no creo en la mística. Pero durante mi infancia escuché muchas historias sobrenaturales. Y fantaseando con aquellos suicidios en serie de críticos literarios sin otra concomitancia que el oficio y el hecho de haber escrito sobre *El laberinto de lo inhumano*, me vino a la mente uno de esos relatos.

Deja que me líe un porro antes de contarte esa historia. No te ofrezco: esta variedad es fuerte. Es altamar, y tú todavía no estás listo para el altamar.

Cuando era niña se contaba que tiempo atrás –antes de nacer yo–, un hombre llamado Mbar Ngom, que vivía en una aldea serere de nuestra región, contrajo una enfermedad terrible y desconocida que le provocaba atroces sufrimientos físicos, psicológicos y mentales. Sus lamentos, de noche, retumbaban por todo el pueblo; y sus siniestros ecos le valieron a Mbar Ngom una reputación en la que se mezclaban la conmiseración y el terror. Se le tenía lástima y al mismo tiempo se temía que el mal que lo consumía fuese contagioso. Su familia intentó curarlo, evidentemente, en vano: la medicina tradicional, hacia la que se volvió en un principio, no logró identificar el origen del mal y varios diagnósticos se contradijeron. En cuanto a la medicina occidental, se declaró directamente incompetente ante aquella patología desconocida. La familia fue a ver a decenas de sanadores, curanderos, hechiceros. Ninguno lo pudo curar. Algunos lograron calmarlo a fuerza de atiborrarlo de sedantes y de ahogarlo en baños de vapor secretos y malolientes; pero el efecto solo duraba unas pocas horas y Mbar Ngom se sumía de nuevo en un sufrimiento multiplicado. Muy pronto, ante el espectáculo insoportable del deterioro del hombre, se empezó a desear que la muerte lo liberase y aliviara a su familia. Pero la muerte no parecía querer saber nada de aquel paciente. Y Mbar Ngom siguió sufriendo y vociferando por las noches

como un fantasma torturado, como un demente intranquilizable.

Su caso preocupaba y emocionaba a todo el mundo. Los ancianos de la aldea se reunieron una noche en una especie de consejo consuetudinario en el que participó la familia de Mbar. Se analizó el camino a seguir. Se tomó la decisión. Solo quedaba una solución, una sola manera de ayudar a Mbar.

En este punto es donde mi padre, Ousseynou Koumakh, entra en escena. Un emisario de la aldea de Mbar Ngom fue a verlo una noche. Fue Ta Dib quien me lo contó cuando era niña. Me dijo que el emisario encontró a mi padre delante de casa, como si lo estuviera esperando. Y antes incluso de que le hubiese podido plantear el objeto de su visita tras los saludos, mi padre declaró:

—Sé qué le trae por aquí.

—En ese caso, ¿nos ayudará? ¿Ayudará a Mbar?

—Vuelva dentro de siete días —lo exhortó mi padre.

El emisario se marchó. Ousseynou Koumakh, mi padre, ya te lo he dicho, era un hombre reputado en nuestra región por su ciencia mística, sus poderes soteriológicos, sus facultades de vidente. Para los casos más complejos o más desesperados, era a él a quien iban a consultar. Y, desde luego, el caso que acababan de confiarle no solo era complejo y desesperado, sino también urgente. La enfermedad de Mbar Ngom no atañía solo a este: la comunidad entera participaba de ella.

Siete días después —me siguió contando Ta Dib—, el emisario de la aldea de Mbar Ngom volvió a casa y se entrevistó con mi padre, que le dijo que a Mbar Ngom no podía curarlo ninguna medicina de ningún tipo en este mundo. El emisario, que sabía interpretar las palabras veladas, comprendió de inmediato que si se curaba a Mbar solo podía ser en el otro mundo, la región eterna de los antepasados, en la otra orilla del gran río donde se mezclan las aguas de la vida y de la muerte.

—¿Él aceptará seguirle? —se preguntó el emisario.

Mi padre se quedó un momento en silencio, luego respondió:

—Aún no lo sé. Mi visión no puede atravesar su voluntad, que es densa como el bosque de los espíritus.

—¿Vendrá usted conmigo?

—No. No necesito desplazarme físicamente. Lo haremos mañana por la noche.

Dicho esto, me contó Ta Dib, el visitante se inclinó a los pies de mi padre, como si sus últimas palabras hubiesen revelado una dimensión de su ciencia que el emisario no sospechaba; una dimensión que ya no apelaba al simple respeto, sino a la deferencia, quizá al temor. Luego el visitante se marchó.

Al día siguiente, al caer la noche, el espíritu de mi padre abandonó su cuerpo. Los aldeanos cuentan que oyeron soplar un vendaval por el pueblo. Los más sabios supieron que el espíritu de Ousseynou Koumakh había salido y dijeron a sus familias que volviesen y se quedasen en sus casas. En aquel momento, el cuerpo de mi padre estaba en la nuestra, en el patio, bien a la vista de sus mujeres y de sus hijos. Aquella noche estuvo inmóvil durante largas horas, sentado en una silla plegable, con los ojos abiertos, como si de pronto hubiese recuperado la vista. Pero sabíamos que no estaba allí, que su espíritu había abandonado su envoltorio carnal y, sobre todo, que no había que hablarle ni acercársele.

Durante aquel rato, el viento se arremolinó alrededor del mango frente al cementerio. Se quedó unos segundos, envolvió brevemente, como en un abrazo amoroso, la ausencia de Mossane; luego continuó su viaje. Unos minutos después sobrevolaba el río. Lo acarició; el agua tembló; unos grandes círculos se formaron en la superficie y se agrandaron en ondas múltiples y regulares, hasta la orilla. Acto seguido, el viento recorrió un inmenso *tann* donde resonó su soprido, redoblado por el potente eco que le rebotaba la llanura desierta. Finalmente, cruzó un antiguo bosque donde supuestamente moraban los espíritus. Cuando pasó por encima de sus

cabezas, estos lo reconocieron y lo saludaron como a uno de los suyos. Así es como, a la hora en que la tierra empezaba a enfriarse, el espíritu de mi padre, transportado por aquella corriente ventosa, llegó a la aldea de Mbar Ngom.

Este vociferaba bajo los efectos de su demencia y de su oscuro mal, como de costumbre. El espíritu de mi padre se introdujo en su cuarto. Lo llamó. Quiero decir que llamó al espíritu de Mbar, no a su cuerpo. Se cuenta que Mbar, en cuanto oyó la llamada, se calló. Su familia supo entonces que mi padre había llegado. Contuvieron el aliento. El espíritu de Mbar se elevó mientras su cuerpo yacía tumbado en la cama. Asustado, se observó desde lo alto y quiso gritar; pero la presencia de mi padre le tapó la boca, lo envolvió y se lo llevó del cuarto a un lugar más tranquilo. Luego, mi padre deshizo la mordaza invisible que le había puesto en la boca al espíritu de Mbar Ngom y le dijo:

—No tengas miedo, estoy aquí para liberarte.

—¿Liberarme? ¿Quién eres? ¿Y qué somos?

—Quién sea yo no tiene importancia. Pero tú sabes lo que somos en este preciso instante. Somos lo que somos realmente en el fondo: espíritus. Energías vitales.

Ta Dib me contó que en el patio de nuestra casa, en aquel instante, mi padre hablaba, en voz baja, con los ojos desorbitados y el cuerpo inmóvil por completo en la silla.

—¿Por qué estás aquí?

—Ya lo sabes, Mbar Ngom. Tienes que morir. Aquí no hay más vida para ti. Si continúas viviendo, sucederá lo peor que le puede suceder a un hombre en la tierra.

—¿Y qué es eso?

—Continuarás sufriendo. Pero eso no es lo peor. Lo peor es que tu alma enferma, estando vivo, se despegará de tu cuerpo. Este continuará viviendo, pero torturado. En cuanto a tu alma, errará también por el mundo de los espíritus. Aquí o allá, estarás solo y perdido.

—Ya estoy solo y perdido.

—Es verdad. Por lo menos aquí. Si aceptas unirme voluntariamente al otro mundo, los espíritus que te esperan te darán la oportunidad de curarte. Una nueva vida en comunidad te espera. Los espíritus saben que la vida del alma es mucho más larga que la del cuerpo. Es el alma lo que sanamos. En el otro lado tenemos tiempo para ocuparnos de ella. Puedes volver a ser alguien, tomarte tiempo para reencontrarte. Aquí ya no hay nada para ti. Nada más que sufrimiento.

—¿Y si prefiriese este sufrimiento a eso que me propones? ¿Y si quisiera vivir, incluso enfermo?

—Aceptaría tu decisión. Pero entonces morirás igualmente. Y, en ese momento, tu alma ya estará tan estropeada por la separación precoz de su protección carnal que nada, ni siquiera el tiempo de la eternidad, podrá salvarla. Te aferras a tu vida de aquí pese a tu enfermedad. Pero es en el otro lado donde comienza la verdadera vida. Ven y verás.

El espíritu de Mbar se quedó en silencio. El de mi padre lo animó a reflexionar, luego lo llevó de nuevo a su cuarto, donde le reintegró a su cuerpo. Mi padre le dijo que podía encerrar su mal en la palma de su mano durante dos días mientras él deliberaba. Mbar le dio las gracias. Mi padre desanduvo el camino hasta su cuerpo, en el patio de nuestra casa.

Al despertarse, Mbar Ngom se acordaba de todo. Se cuenta que aquel día, por primera vez en años, pareció que no sufría. Pasaron dos días, en el transcurso de los cuales encontró de nuevo una paz interior. Pasó tiempo con sus hijos, con su mujer, sus parientes, sus amigos. Pero todos sabían lo que esto significaba.

Tal y como había prometido, mi padre-espíritu volvió a las dos noches. Mbar Ngom lo esperaba.

—¿Entonces? —dijo mi padre.

—Libérame —dijo Mbar Ngom.

Se cuenta que mi padre abrió la palma de la mano izquierda, donde tenía el mal, y la posó sobre la cara de Mbar. Murió al

instante. Su espíritu se elevó por los aires. Mi padre lo acompañó así hasta la otra orilla del gran río de la muerte y de la vida.

Pues ya está, Diégane: conoces la historia de Mbar Ngom.

Ahora supongamos –digo bien: supongamos– por un instante que sea verdad y que mi padre hubiese, en efecto, sabido cómo entrar en la cabeza de la gente y convencerlos de la necesidad de su muerte. Supongamos que prometiéndoles a las personas un ultramundo feliz, pacífico, puro, tuvo el poder de llevarlos a escoger la eutanasia, incluso mediante el suicidio. Supongamos que le hubiese podido transmitir este conocimiento a Elimane. ¿Entiendes adónde quiero ir a parar? Sí, lo entiendes. En su última confesión, en su jergón de mierda, mi padre dijo que le había enseñado muchas cosas a Elimane Madag, otros saberes. Quizá ese saber místico formaba parte de ello y Elimane, bajo los efectos de la cólera y de la vergüenza, los usase contra los críticos literarios, contra Bobinal, contra todos los que no habían comprendido *El laberinto de lo inhumano* o le habían hecho daño. Todo esto no es aún más que una suposición. Una suposición inverosímil. Todos esos suicidios no fueron más que coincidencias, trágicas coincidencias. Que *El laberinto de lo inhumano* los uniese no pudo ser más que fruto del azar. Brigitte Bollème me habría dicho que una casualidad no es más que un destino del que no vemos la caligrafía. Quizá ella creía en la mística. Yo no.

Toma, fuma un poco, *als het erop aan komt*, fuma el altamar, una calada solo, suave, ahí, *bine-bine*, eso es, ahí. Ahora abre los ojos, y que venga a ti el mar, grumete.

Sería horrible que Elimane hubiese empujado a aquellos pobres críticos franceses al suicidio por medio de sus poderes mágicos. Pero en medio de aquel horror posible, lo vería cómico. ¿Tú no? Un escritor que se considera incomprendido, mal leído, humillado, comentado desde un prisma para nada literario, reducido a una piel, un origen, una religión, una identidad, y que se pone a matar a los malos críticos de su libro por venganza: es pura comedia.

¿Acaso han cambiado las cosas en la actualidad? ¿Acaso hablamos de literatura, de valor estético, o hablamos de gente, de su bronceado, de su voz, de su edad, de su pelo, de su perro, de los pelos que tienen en el coño, de la decoración de su casa, del color de su ropa? ¿Acaso hablamos de escritura o de la identidad, del estilo o de las pantallas mediáticas que dispensan de tenerlo, de la creación literaria o del sensacionalismo de la personalidad?

W. es el primer novelista negro en recibir tal premio o en entrar en tal academia: leed su libro, forzosamente fabuloso.

X. es la primera escritora lesbiana en ver publicado su libro en lenguaje inclusivo: es el gran texto revolucionario de nuestra época.

Y. es bisexual ateo los jueves y mahometano cisgénero los viernes: ¡su relato es magnífico, emocionante y realísimo!

Z. mató a su madre violándola, y cuando su padre va a verla a la cárcel, ella le hace pajas bajo la mesa de la sala de visitas: su libro es un puñetazo en la tráquea.

Por todo esto, por toda esta mediocridad promovida y recompensada, merecemos morir. Todos: periodistas, críticos, lectores, editores, escritores, sociedad..., todos.

¿Qué haría hoy Elimane? Mataría a todo el mundo. Luego se mataría él. Te lo repito: todo esto no es más que una comedia. Una comedia siniestra.

¿Y Denise?, ¿verdad? Ya voy.

Una noche en la que yo bailaba, cinco días después de visitarla, llamaron al Vautrin. Era el hospital. Un médico me dijo que fuese cuanto antes: Denise quería verme. Suspendí mi número con permiso de Andrée y Lucien, corrí al hospital donde estaba ingresada Denise. Encontré a la única familia que le conocía: su tío, su tía y dos de sus primos. Me dijeron en el pasillo que no era una simple fiebre, sino un ataque relacionado con su enfermedad. ¿Qué enfermedad? La drepanocitosis, me informó su tía. La heredó de su padre, que

murió de eso cuando ella tenía diez años. Su madre falleció pocos años después en un accidente marítimo.

Yo no sabía nada de aquello, Denise solo me había contado que perdió a sus padres, pero nunca en qué circunstancias murieron. Tampoco me había dicho nunca que hubiese sufrido ataques ligados a la drepanocitosis.

Te está esperando, dijo su tía. Entré en la habitación. Denise me esperaba, en efecto. Observaba ya la puerta cuando la crucé, como si supiera que llegaba, o como si hubiese oído mi voz en el pasillo. Yo estaba preparada para encontrármela débil, inconsciente tal vez, rodeada de innumerables hilos formando una inquietante telaraña, con tubos por los que resbalara con lentitud un líquido translúcido o amarillento, unida a sondas enchufadas a su vez en máquinas, de oxígeno, de goteros. En lugar de eso, todo estaba despejado, desnudo y hierático alrededor de su cama, como si se hubiese recuperado y estuvieran a punto de darle el alta o, al contrario, que la supiesen ya condenada y abandonasen toda cura. Estaba incorporada, las piernas tapadas por una manta blanca. Sonreía. Me acerqué y le cogí el brazo que me tendía.

—Leo esto y me encanta. Encontraré sin problemas un epitafio chic.

Me enseñó lo que sostenía en la otra mano: las *Migajas filosóficas*. No tuve valor ni ganas de ilusionarla o de consolarla. Ella sabía mejor que nadie a qué distancia se encontraba de la muerte, veía quizá ya sus ojos. Decirle que esos ojos no eran de verdad, decirle que no venían a por ella, habría sido típico de la arrogancia que colorea a veces la esperanza de los sanos ante los enfermos. Me limité a apretarle la mano.

—Normalmente lo noto, cuando se acerca una crisis —me dijo—. Sé prepararme. He aprendido, con el tiempo. Se anuncia. Pero esta me ha pillado por sorpresa y me ha vencido. No he podido hacer nada.

—No te sientas obligada a hablar, Denise. Charlemos de otra cosa.

—No seas tonta, cariño. Tenemos que hablar, y lo sabes. Pasó cuando estaba en la habitación 6. O más: pasó después de la habitación 6. O por su culpa.

Dejó pasar un momento en silencio. Yo no dije nada. Su mano respondió débilmente a la presión de la mía. Dijo:

—No ha vuelto al Vautrin después de aquel día, ¿verdad?

—No.

—A lo mejor ya lo ha hecho.

—¿Ha hecho qué?

Denise me miró unos segundos con intensidad, luego dijo:

—Cuando fui a verlo a la habitación 6, estaba sentado en una butaca, en la penumbra. Solo el halo luminoso de la noche entraba por la ventana, que había abierto pese al frío. Pero no me molestó, tenía un poco de calor. Se había quitado el sombrero de ala ancha, pero debido a la oscuridad no le veía muy bien la cara. Lo saludé y le pregunté si deseaba que encendiese la luz. Me dijo que no, que la penumbra le iba bien. Acto seguido, me preguntó por qué había ido sola. Le dije que tú no habías querido ir. Entonces se quedó en silencio, como decepcionado, y yo estaba allí, plantada delante de él, sin saber si debía acercarme, desvestirme por completo, ponerme a bailar, tenderme en la cama o simplemente esperar a que me dijese lo que quería. Al final, después de un buen rato, dijo que no valía la pena, y que yo sola no conseguiría calmarlo lo suficiente para lo que se disponía a hacer en los próximos días. Yo no dije nada y él prosiguió: ¿No me pregunta usted qué pienso hacer? Entonces le respondí que me lo había preguntado mentalmente, pero que no le iba a plantear la pregunta, porque después de todo no era más que una bailarina encargada de darle placer. Él se calló unos segundos más antes de decirme que en otra época, antes de la guerra, aquí no había bailarinas. Y antes de que le preguntase, continuó: Sí, conozco este sitio, por lo menos lo conocí como ya no es, tenía otro nombre y yo venía a veces, hace mucho, con amigos, o solo. Era uno de los mejores locales de la plaza de Clichy. Luego

quiso que le masajease los hombros. Me acerqué y pude ver de cerca su cara por primera vez. Debía de tener setenta años largos, creo. Me puse detrás de él y empecé a masajearle los hombros. Al poco, se puso a cantar un tango de Carlos Gardel. Yo continué masajeándolo, deseando que cantase tangos toda la noche, porque era muy bonito y él cantaba bien. Pero se calló. Entonces empecé a tener miedo, un miedo lento pero irresistible. No entendía por qué. Supongo que fue lo que llamamos un mal presentimiento. Me puse a temblar. Para tranquilizarme, me dije que empezaba a tener frío por culpa de la ventana abierta, aunque en el fondo sabía que aquello no tenía nada que ver con el aire fresco que entraba. Aun así, le pregunté al hombre si podía cerrar. Se levantó y cerró él mismo. A continuación, volvió conmigo. Me pareció gigantesco y me sentí indefensa, completamente a su merced. En la butaca parecía un anciano elegante pero debilitado. De pie, era un hombre muy distinto: fuerte y muy alto. El miedo era omnipresente, pesaba en mi vientre como una enorme piedra. El hombre debió de darse cuenta, y me dijo que no lo temiese, que no me haría nada, que a su edad uno pensaba principalmente en el material de su propio féretro y en las flores que querría para su entierro. Sonreí. Puede marcharse, me dijo. Yo le dije: ¿Ya? Dijo que sí. Aliviada, di unos pasos hacia la puerta: él se volvió a sentar en la butaca. Entonces hice lo que no debería haber hecho: me paré y le pregunté: ¿Qué es lo que va a hacer en los próximos días? Lo vi sonreír, la piedra de mi vientre se movió. Respondió: ¿Está segura de que quiere saberlo? Asentí. Me preguntó por qué. Le respondí que tenía la impresión de que él quería que yo lo supiera. Él murmuró: Quizá; luego se calló, antes de continuar: Entonces se lo voy a decir, ya que quiere saberlo y ya que quizá yo también quiero, pero sobre todo no se lo diga a nadie, esto no debe salir de esta habitación, de lo contrario... No terminó la frase. Creí que estaba jugando conmigo, y así era, en efecto, pero a un juego de vida o muerte, y solo él conocía las reglas. Pero como una imbécil, le prometí: No se lo diré a nadie, juré, muerta de miedo pero sonriendo. Entonces, con esa mueca horrible, dijo: Me dispongo a hacer lo que llevo haciendo

durante años: matar; me queda una persona por matar en los próximos días, y luego habré acabado, todo estará cumplido. Se calló, y yo me reí como una boba. Él ya no sonreía. Se puso el índice en los labios. Imité este gesto y salí preguntándome si todo aquello era inquietante o cómico. Cuando bajé para cambiarme en el vestuario, Andrée y Lucien vinieron a verme. Me trajeron un montón de dinero. El hombre me había dejado una propina tremenda. Me insinuaron que se lo debía de haber pasado muy bien en la habitación 6 para recompensarme así. Debería haberme callado la boca en aquel momento, pero no pude. Les conté lo que habíamos hecho en la habitación. Hablé del masaje, del tango, hasta de la ventana. Y, para rematarlo, comenté que era un viejo nostálgico y solo que se inventaba una vida trepidante para atenuar su soledad, y que antes de marcharme me había confiado ser un temible asesino, que se disponía a cometer un enésimo asesinato. Andrée respondió: Qué decepción, yo creía que tenía algo, pero no es más que un pobre anciano que se aburre y se conforma con masajes de jóvenes mientras canta a Gardel; la vejez, menuda caída en la aniquilación, prométeme que no me dejarás hacerme vieja, Lucien. Este se quedó serio, como de costumbre, en silencio. Luego me volví a casa. A lo largo del camino tuve la impresión de que me seguían, pero cuando me daba la vuelta no había nadie. Empecé a notar de nuevo la piedra en el vientre. Me acosté y dormí con aquel peso. Al día siguiente ya no había piedra, sino los primeros síntomas de la crisis. Al principio no lo relacioné con la habitación 6. Durante tres días no pensé en ello. O, más bien, me negué a pensar en ello. Solo comencé a entender lo sucedido el día que viniste a verme. Por eso me comporté de una manera tan extraña. No fue por la enfermedad. Fue porque acababa de darme cuenta de que todo aquello sucedía por culpa del secreto que no había guardado. Sé que es inverosímil. De hecho, no se lo he contado a nadie más. Nadie me habría creído. Ni siquiera tú, ya lo veo, me crees. Los médicos no se explican la violencia de esta crisis súbita. Aunque me estaba tomando todos mis medicamentos. Las cosas iban bien. Hasta aquella noche, por lo menos. Igual no te lo crees, pero en el fondo sé que estoy aquí por haber

hablado. Desde aquella noche en la habitación 6 tengo la impresión de que el anciano está a mi alrededor por todas partes. A veces oigo su voz cantando un tango argentino, pero no veo a nadie. Igual soy yo quien canta sin darse cuenta. O a lo mejor está dentro. Está en mí. Es el fantasma de la piedra que tengo dentro. Se creen que deliro. Pero no deliro. Y ahora está en algún lugar de esta gran ciudad, a punto de matar a alguien, o quizá ya ha matado a esa persona, y nadie puede hacer nada.

Denise se calló y cerró los ojos. Yo también pensé que deliraba. Al cabo de unos segundos, abrió los ojos y dijo:

—No deliro, Siga. Sé que no deliro. Tienes que creerme.

—¿Sabes su nombre?

—No me lo dijo. No dijo nada más sobre sí mismo, aparte de que había conocido el lugar antes de que fuese el Vautrin, y que le gustaba aquel tango. Y que era un asesino. No sé nada más. Pero te lo quería contar, cariño, por si...

Se calló para inspirar hondo. Me pareció muy debilitada. Le dije que me iba a marchar y que volvería pronto. Ella me volvió a coger la mano.

—... por si me muero, y por si vuelve al Vautrin. Ten cuidado con él. No te acerques a él. O, si te acercas, no le preguntes qué va a hacer.

Cerró de nuevo los ojos. Hablar le había costado. Le di un beso y salí de la habitación.

Me pasé el resto de la noche pensando en lo que Denise me había contado. Pensé en la habitación 6. Pensé sobre todo en la impresión que había tenido cuando fui a ver a mi amiga a su casa; la de una presencia humana escondida tras el biombo japonés. Y pensé en la canción que me había parecido oír en la puerta y que no había reconocido. Sin embargo, todas aquellas cavilaciones no me aclaraban los acontecimientos de la habitación 6 ni el delirio de Denise. No eran más que una red mísera y confusa de sensaciones mediocres, de impresiones vagas, de suposiciones infundadas. Fui a ver a Hafez, mi

camello, y le pedí su «pack especial marejada», una sustancia especial y potente que reservaba a sus clientes más fieles. Yo lo era. Hafez me indicó una posología precisa, que me desaconsejó no observar salvo en caso de fuerza mayor. Insistió mucho: caso de fuerza mayor.

Aquella noche fumé poco y escribí con furor y energía hasta el amanecer. Había vuelto a ponerme a trabajar en *Elegía para noche negra*. Al día siguiente, poco después del mediodía, recibí dos noticias sucesivas que me pusieron de un humor excelente. La primera me llegó por vía de la poeta haitiana. Me había escrito para anunciarme que venía a París unos días más tarde. Pasaría una semana allí antes de irse a Argentina de vacaciones. Me había dicho que me echaba de menos. Puedes imaginarte la emoción que me procuró semejante noticia. No la había vuelto a ver desde Senegal, y la idea de estar juntas de nuevo pronto me puso contenta como hacía mucho que no estaba.

La segunda noticia vino del hospital. Había llamado para saber de Denise. Estaba durmiendo; pero su tía me dijo que su estado había mejorado durante la noche.

Aquella tarde fui alegre al Vautrin, convencida de que Denise volvería pronto y feliz de ver a mi poeta en unos días. Me había olvidado de todo lo demás. Hacia las dos de la madrugada acabé mi turno y, al regresar a casa, tomé otra vez, aumentando la dosis, la sustancia para marea alta de Hafez. De noche, después de bailar, pasaba a veces por un jardín que me gustaba por silencioso y solitario. Me fui allí con mi porro. Había dado un par de vueltas cuando vi, a cierta distancia, al hombre del Vautrin. No había lugar a duda, era él, lo envolvía aquella aura púrpura y verde.

Estábamos solos en el jardín. Cuando se hubo asegurado de que lo había visto, el hombre se internó a zancadas entre dos hileras de árboles. Yo me quedé petrificada unos segundos y luego me puse a seguirlo. Me metí por el camino pero no lo vi. Enseguida temí haberle perdido el rastro; pero, como si quisiera tranquilizarme, se puso a cantar. Reconocí de

inmediato la melodía de un célebre tango de Carlos Gardel. Lo oía con nitidez. No debía de estar lejos. Seguí el canto.

Fue en aquel momento, creo, cuando me fijé en que no reconocía realmente lo que me rodeaba, el camino que había dejado atrás, las cosas alrededor. En lugar de los bancos públicos por los que había pasado de largo, ahora había árboles, pero árboles desconocidos, más grandes que las especies que acostumbremos a encontrarnos aquí. Su envergadura era enorme, su tronco, más imponente; en cuanto a la fronda, tan densa que las copas parecían esferas de una resina negra compacta. Levanté la cabeza: el cielo que contemplaba unos segundos antes, muy claro, ya solo era visible entre los intersticios del tupido dosel que se había trenzado sobre mí.

Me costaba distinguir algún punto de referencia. El único que seguía teniendo era la voz del hombre invisible. Agucé el oído un buen rato, intentando reprimir la agobiante oleada que se acumulaba en mi pecho. Ya no veía al hombre, pero el sonido de su voz me hacía pensar que solo iba unos pasos por delante de mí. Pero entonces, ¿por qué no lo veía? Muy simple: porque a mi alrededor, el parque tal y como lo conocía ya no existía. Era otro parque, el parque de otro mundo, de otra ciudad. El decorado había terminado su silenciosa e invisible metamorfosis: todo había cambiado sin que apareciese el hombre, como si, sin darme cuenta, sin que nada se moviese siquiera, el parque se hubiese convertido en una jungla, o hubiera sido transportado a una jungla, o hubiese acogido parte de una jungla; y todo esto había sucedido ante mis ojos, pero unos ojos ciegos.

Evidentemente me dije: estás alucinando, ¡esto es la marea alta especial de Hafez, y enseguida vas a ver tigres metafísicos agazapados tras matorrales amazónicos carnívoros, o la reencarnación del cocodrilo mítico de tu aldea, el que devoró a tu abuelo Waly! Me reí y le quité hierro a la situación. Atribuí toda aquella extrañeza extravagante al cansancio de los últimos días, combinado con los efectos del psicotrópico. Me pregunté si aquello sería un *good trip* o un *bad trip*, un

sucedáneo de sueño o el prólogo de una pesadilla, pero no llegué a decidirme, sin duda porque de momento lo que estaba viviendo no era ni una cosa ni la otra: era una extrañeza que todavía no coloreaba ninguna cualidad. Me detuve, me lié otro porro poniendo la dosis máxima. Caso de fuerza mayor.

La voz no dejaba de cantar su tango en algún lugar por delante de mí. De modo que avancé entre los grandes árboles, guiada por la melodía. Y, al cabo de un momento, como si me invadiesen ataques de lucidez, me vi caminando en plena noche por aquel sitio persiguiendo a un hombre de aura púrpura y verde. Solté una risita y esas risitas se hincharon y se transformaron en un auténtico río de risa que arrasó con todo a su paso. El ruido de aquella risa descontrolada, por un momento, logró incluso tapar las palabras del tango; y me reí de mí y de mi locura hipando pedazos de frase o de palabras que no llegaba a terminar, y esto continuó así durante un rato que me pareció largo y jubiloso, por lo menos hasta el instante en que me di cuenta de que lo que yo tomaba por un ataque de risa loca era en realidad una cascada de sollozos aterrorizados —o en eso se había convertido—. Me paré y me apoyé en el tronco de un magnolio para calmarme y recuperar la compostura. Como si me acompañase o adivinase mi situación, el canto se volvió un dulce consuelo.

Entonces sí que empecé a sentir pavor, y comprendí por qué mis carcajadas se habían transformado en sollozos unos minutos antes: mi cuerpo sabía en el fondo que no tenía ningunas ganas de reír, y que lo que lo dominaba en aquel instante era un miedo atávico, el que se experimenta a la espera de una catástrofe inminente e ineludible o de la aparición del horror. Era el miedo del niño convencido de que el monstruo, a pesar de las palabras tranquilizadoras y las comprobaciones de sus padres, está bajo la cama y saldrá sin duda; el miedo del investigador que sabe que tras la próxima palada se encuentra el primer cadáver de una gigantesca fosa común.

Me puse a andar más rápido detrás del canto, murmurando que había que acabar con aquello. Ya no sé cuánto tiempo

estuve siguiendo aquella melodía, pero, en cambio, recuerdo los cruces, las bifurcaciones, los zigzags, los giros, las rectas sin horizonte, los senderos que surgían al final de otros senderos y torcían hacia nuevos senderos, todos bordeados de árboles como los ya descritos y todos sin farolas, aunque había claridad, como si la luz emanase de partículas invisibles y suspendidas en el aire. Una duda empezó a calar en mis huesos: ¿y si estaba lúcida?, ¿si no tenía la excusa de la alucinación?, ¿y si aquel tango en alta mar no le debía nada a la sustancia de Hafez? Nada produce más espanto que la injerencia en la realidad, estando en tus cabales, de fenómenos extraños que tenemos que asumir sin las muletas de lo irreal y de la sinrazón, recursos fáciles que nos dispensan no solo de observar todas las facetas de la realidad, incluso las más feas, sino que no aceptan la idea de que la realidad tenga varias caras. ¿A eso se refería Hafez cuando decía que la realidad no tenía un contrario, que todo lo que sucedía era realidad?

No avanzaba solo por el laberinto del parque, sino por el laberinto de mi vida. Metáfora fácil pero precisa. Una piragua drogada y perdida en medio del mar, siguiendo en plena noche el tango que cantaban unas sirenas escurridizas. Así de triste era mi vida: una vida de Ulises hundida, pero una Ulises sin regreso, una Ulises para quien Ítaca es y no puede ser más que el mar, el canto de las sirenas, las artimañas, las lágrimas bajo la lluvia, el Cíclope y otra vez el mar, el mar para siempre.

Era consciente de que no volvería a Senegal, Diégane: mi ruptura con el país había sido demasiado profunda, y tenía claro que ese malentendido no se disiparía con el tiempo. Al contrario, iría reforzándose. De este malentendido tendría que nacer yo como escritora; es eso, después de ese nacimiento, lo que debería escribir yo. Todos mis libros, lo notaba antes de haber escrito ninguno, tendrían que ver con esa ruptura con mi país, con la gente que había conocido, con mi padre, con Mame Coura, Ya Ngoné, Ta Dib, mis madrastras, con todos aquellos hombres y mujeres con los que me crucé en la calle o en la universidad por espacio de una noche. Escribiría sobre esto y nadie entendería, todo el mundo allí me odiaría por un

motivo bien simple: no solo los habría traicionado por medio de la escritura; habría duplicado esta traición escribiendo de otro lugar. Pero bueno, me dije, bueno: entonces escribiré cómo traicionamos a nuestro país, es decir: cómo escogimos por territorio no el país natal sino el país fatal, la patria a la que nuestra vida profunda nos destina desde siempre, la patria interior, la de los recuerdos calurosos y la de las tinieblas heladas, la patria de los primeros sueños, la patria de los miedos y de las vergüenzas chorreantes apelmazadas en los flancos del alma, la patria de toda la perrada errante a lo largo de noches color petróleo, de calles blancas, de pueblos que hasta los fantasmas abandonarían, la patria de las visiones cristalizadas de amor e inocencia, pero también la patria de la locura risueña, de los amontonamientos de cráneos y de la lucidez despiadada que devora el hígado, la patria de toda la soledad posible y de todo el silencio disponible, la única patria que encontraba *habitable* (y por habitable me refiero a: imposible de perder o detestar, imposible de exponer a una nostalgia sentimental y superficial, imposible de tomar como pretexto o rehén con vistas a colgarnos el gratificante dije del exilio en el pecho y, en fin, la patria imposible de defender, ya que se defiende sola con sus inexpugnables contrafuertes y no exige mayor sacrificio que el de nuestra pereza y nuestras ganas de hacer el amor todo el tiempo). Entonces ¿cuál es esta patria? Tú la conoces: evidentemente, es la patria de los libros: los libros leídos y amados, los libros leídos y despreciados, los libros que soñamos con escribir, los libros insignificantes que hemos olvidado y que ya no sabemos siquiera si llegamos a abrir alguna vez, los libros que fingimos haber leído, los libros que no leeremos nunca pero de los que no nos separaríamos por nada del mundo, los libros que esperan su hora en una noche paciente, antes del crepúsculo deslumbrante de las lecturas del amanecer. Sí, dije, sí: seré ciudadana de esa patria, seré leal a ese reino, el reino de la biblioteca.

No me había dado cuenta, perdida en mis pensamientos, de que el canto había cesado. ¿Cuánto tiempo hacía? Llegué a la salida del parque. Allí había una pequeña explanada muy iluminada, un área de juego infantil. Creía que el hombre del

Vautrin me esperaría allí y que sería el momento de la verdad. Pero el hombre que me encontré, sentado en un banco, no era él. Era bastante viejo, pero bajito, vestido modestamente, sin sombrero. Llevaba gafas negras. Me acerqué. Volvió la cabeza hacia mí, no pareció sorprendido. Lo saludé. Él me respondió con una cortesía anticuada.

—Discúlpeme —le dije—, pero... ¿no habrá... no habrá visto pasar a un hombre con un sombrero de fieltro, muy bien vestido? Un africano... Hace un momento... Muy alto. Iba cantando un tango.

El viejo se quedó unos segundos inmóvil, como si yo hubiese hablado demasiado deprisa y le hubiese faltado un poco de tiempo para entenderlo todo. Luego contestó:

—Soy ciego, señora. Por eso llevo estas gafas. Sí que había un hombre aquí hace unos minutos, pero no sé si era alto o bajo, si iba bien o mal vestido. Lo único que puedo decirle es que tenía una voz serena y tranquilizadora, una voz confiada.

—¿Adónde ha ido?

—¿Acaso sabe alguien adónde va la gente? Se ha ido, sin más. La noche es un territorio vasto.

—Ha hablado usted de su voz. ¿Qué le ha dicho?

—Me ha dado las gracias por cantarle. Porque no era él quien cantaba. Era yo. El tango, era yo. Al hombre le ha gustado mi voz. Le traía recuerdos. Me ha vuelto a dar las gracias y las buenas noches. Y dos minutos después ha llegado usted. ¿Es policía? ¿Ese hombre está en busca y captura?

—No soy policía.

—¿Lo conoce?

—No, no lo conozco. No..., no creo.

—Su respuesta no es muy clara. ¿Lo conoce o no? ¿Es su amante?

No respondí. Me acabé el porro y me despedí del viejo cuando se ponía de nuevo a cantar. Aquella noche no conseguí

dormir, así que escribí. Los efectos de la marea alta se disiparon al amanecer. De madrugada, llamaron del hospital. Fui. Comprendí lo que había pasado en cuanto vi las caras de los allegados de Denise. Me quedé con ellos hasta media tarde, luego volví a casa y lloré. Por más que me resistiese, por más que la rechazase con todas mis energías, una certeza iba aumentando en mi interior: era el hombre del Vautrin el que había matado a Denise, y el hombre del Vautrin era Elimane. Era él desde el principio. Siempre había sido Elimane.

Dos días después, se llevaron el cuerpo de Denise a Martinica. Mientras me preparaba antes de ir a despedirme de ella en la morgue, me enteré por la radio de la muerte de Brigitte Bollème. La presidenta del premio Femina acababa de morir, a los ochenta años, de un ataque al corazón.

En los siguientes días, Andrée y Lucien me dijeron que me tomase un descanso. No me quería quedar en casa; así que usé mis ahorros para pagarme una habitación de hotel barata. Huía de mi pequeño estudio para evitar que el recuerdo de Denise volviese para decirme: ¿por qué no viniste a la habitación 6 conmigo? Huía de mi ejemplar de *El laberinto de lo inhumano*. Y huía de la foto de Elimane, colgada encima de mi escritorio, la que me había dado Brigitte Bollème. Durante el día, iba a escribir a los cafés. Pero cuando caía la tarde me volvía a la habitación del hotel y me quedaba allí como una liebre asustada en su madriguera. El cazador rondaba fuera. Oía sus botas. Venía a por mí. Andaba muy cerca. Cada noche, durante un tiempo, fue noche de guardia.

No me atreví a volver a casa hasta cinco días después, cuando la poeta llegó a París. Estrecharla entre mis brazos fue un inmenso alivio. Ya no estaba sola. Cuando entramos en la habitación no tardó ni dos segundos en fijarse en la foto de Elimane encima de mi escritorio. Se quedó lívida y creí que iba a desmayarse. Se sentó unos segundos en la cama, y me pidió, después de beberse un vaso de agua, que le hablase del hombre de la foto.

Me senté a su lado. Todas las emociones de los últimos días se mezclaron en mi interior y salieron con fuerza. Lloré un

buen rato, luego le conté a la poeta mi historia con Elimane, con el fantasma de Elimane, con el sueño de Elimane, con las visiones de Elimane, con *El laberinto de lo inhumano*. Lo conté todo, desde lo que había dicho mi padre hasta los acontecimientos más recientes con el hombre del Vautrin, sin olvidar mi discusión con Brigitte Bollème. Todo.

Cuando me callé, la poeta me abrazó. No lloró, pero su voz temblaba cuando me dijo que por fin entendía el origen y el motivo de nuestro encuentro. Yo también, prosiguió, conozco a ese hombre. No solo de oídas, por testimonios, por leyendas, por hipótesis ni por su libro. Lo conocí en carne y hueso. Estuve con él. Viví con él. Tal vez amé a Elimane. Fui en su busca y te encontré a ti. Pero es él quien nos reunió. Hoy por fin lo entiendo.

En el amanecer de Ámsterdam

—¿Ya está? ¿De verdad?

—Sí, ya está. ¿Te esperabas otra cosa?

Siga D. se levantó y desapareció en la cocina, donde la oí preparar café. Unos minutos después volvió con dos tazas, me tendió una, luego apagó las lámparas y nos dejó con el amanecer que despuntaba por única iluminación. Se volvió a sentar.

—Me esperaba más... ¿Y el hombre del Vautrin? —le pregunté.

—No volvió. En todo caso, no volví a verlo. Dimití del Vautrin unos días después de la noche del parque. No volví por el bar. Pero al pararme a pensarlo, me digo que el hombre no tenía nada que ver con Elimane. ¿Cómo iba a tener que ver?

—No sé.... Yo creía que la poeta haitiana...

—... ¿que me aclararía el asunto?, ¿que me diría quién era Elimane?, ¿que solucionaría el tablero de juego? Es imposible. Nadie puede aclarar todo este tablero. Tampoco serviría de nada: no hay quien mire el tablero. Hay que encontrarle su sentido, su belleza o su fealdad, su enigma y la clave de su enigma en un detalle. La poeta pasó una semana conmigo en París, después de aquella famosa noche en que nos lo dijimos todo. Estaba allí cuando acabé *Elegía para noche negra*. Cuando estuvo lista la primera versión, ella se imprimió una copia y se la llevó a Argentina. Quería pasar allí las tres semanas de vacaciones que le quedaban. La acompañé al aeropuerto. Me abrazó, y las últimas palabras que me dirigió fueron maravillosas palabras de amistad y de amor, porque era el sentimiento que nos unía, el equilibrio más perfecto entre la amistad y el amor. Una semana más tarde se produjo el accidente de coche. Volvía de Buenos Aires después de ir a visitar a una pareja de amigos —los que gestionaban el cine independiente que vivían en otra ciudad. Conducía muy rápido. Siempre condujo muy rápido. Te acuerdas de lo que decía: ¿para qué quieres un coche si no disfrutas de los excesos y los

vértigos de la velocidad? Su coche dio un bandazo en aquella carretera argentina. Murió en el acto. Sus amigos me avisaron. En el momento de su muerte, la poeta tenía mi manuscrito entre sus efectos personales, donde estaban anotadas mis señas. Así fue como lo supe. Unas horas después de haberme enterado de la muerte de la poeta haitiana, mientras me marchitaba de pena en mi habitación, recibí una primera respuesta positiva y entusiasta a mi manuscrito. Rompí aquella carta en pedazos. Detesté mi manuscrito. Detesté aquella coincidencia de la desgracia absoluta con una razón para estar contenta. Quise morirme, pero ya no tenía ni fuerzas. Escribir casi me había matado ya. La muerte de Denise, y la de la poeta sobre todo, me habían matado ya.

Siga D. se calló y yo respeté aquel silencio enlutado. Pero se puso a hablar bastante rápido, como si no quisiera dejar que la tristeza la hiciese perder el hilo de su relato:

—En aquella época no contaba con ningún medio para llegar a Argentina. No fui hasta dos años y medio más tarde, en 1988, cuando mi libro fue traducido al español y publicado en Argentina. A la poeta la habían enterrado en Buenos Aires, al lado de sus padres. Me quedé un buen rato frente a su tumba, sin rezar, sin pensar en ningún momento concreto que hubiésemos compartido. Simplemente estaba allí, junto a ella. Intenté volver a escuchar su voz. No oí nada. No había más que un silencio, pero un silencio de paz, un hermoso silencio de paz. Salí del cementerio y deambulé por Buenos Aires a pie, sin rumbo. Fue en aquel preciso instante cuando oí a la poeta caminando a mi lado. Fue durante ese vagabundeo cuando me volvieron todos los recuerdos. Continué caminando y lloré en silencio. Tomé conciencia por fin de que estaba en la ciudad de la poeta, su última morada, pero también en la ciudad de sus comienzos. En el fondo, no podían enterrarla más que ahí, porque, aunque hubiese nacido en Haití, era en Buenos Aires, junto a sus prestigiosos maestros en literatura, donde había nacido a la escritura. Buenos Aires era su ciudad. Me senté en una cafetería, pensando que quizá se había tomado algo allí, con Elimane. Me dije que había tenido

suerte, Diégane. Había tenido ocasión de volver a ver a la poeta una última vez, de hablar con ella, de estrecharla entre mis brazos, de dormir a su lado, bajo sus caricias. Esta idea volvió mi estancia en Buenos Aires menos dolorosa. Me consoló. Aquel viaje también me alivió del peso de Elimane en mis pensamientos. Cuando volví a París dejé de buscarlo. Releo *El laberinto de lo inhumano*. Pienso en él a menudo. Todavía sueño frecuentemente con él, sueños embarullados o sin gran interés, pero también otros sueños donde hablamos largamente. Sueños significativos, premonitorios, que me dicen o me muestran algo. Sueños eróticos también, a veces a dos, él y yo, pero más a menudo a tres, con la poeta haitiana, sueños de una potencia y de una intensidad espantosas, de donde emergo siempre temblando, casi muerta. Pero después de aquel viaje a Buenos Aires, le dije adiós. Lo acojo cuando vuelve a mí. Pero no lo busco.

—¿Por qué?

—Porque sé que encontrarlo no significaría comprenderlo, y menos aún conocerlo. Por eso dejé de buscarlo. En Buenos Aires, comprendí de pronto que no debía cometer el error de Brigitte Bollème y la poeta haitiana: intentar alcanzar los límites del alma de Elimane. ¿Quién era? ¿Un escritor absoluto?, ¿un plagiador vergonzoso?, ¿un mistificador genial?, ¿un asesino místico?, ¿un devorador de almas?, ¿un nómada eterno?, ¿un libertino distinguido?, ¿un niño que buscaba a su padre?, ¿un simple exiliado pesaroso que ha perdido sus referentes y se ha perdido? Qué más da, en el fondo. Lo que amo en él es otra cosa.

Se calló y yo también me callé. Finalmente, la Araña Madre me dijo:

—Vamos a caminar un poco. Vale la pena ver Ámsterdam a esta hora.

Salimos y recorrimos el canal, en cuya superficie se deslizaban los destellos del nuevo día, vacilando entre el bermellón y el plata. Leí en ello la promesa de horas espléndidas. Caminamos en silencio, cediendo, tras toda una

noche de palabra, a la llamada de nuestra ciudadela interior. Algunas estrellas se demoraban en el firmamento como si se hubieran perdido durante un peregrinaje cósmico. El espacio vacío dejado por sus compañeras ya embarcadas en otra vía del infinito les regalaba un escenario privilegiado. Centelleaban con todo su fuego antes de ser engullidas por el día. Los astros también entonan su canto del cisne, que solo los ojos pueden oír. El mundo es realmente misterioso, pensé entonces contemplando el cielo: para la luz de las estrellas, la sombra se encarna en la luz del día.

—¿Y la foto? —dije de repente—. La foto en la playa. La que Brigitte Bollème te dio al mismo tiempo que la carta de julio de 1940, y que colgaste encima del escritorio. Me has dicho que ya no la tenías. ¿Dónde está?

—Se la di a la poeta haitiana. Vi, cuando estuvo en mi casa en París, cómo la miraba, cómo miraba la cara de Elimane. Entonces se la di. También la tenía entre sus pertenencias cuando el accidente. Sus amigos me dijeron que la habían enterrado con aquella foto.

Acabábamos de dar unos pasos en un puentecito, al otro lado del cual había un embarcadero de barcos para turistas, cuando Siga D. se detuvo. Solo nos habíamos cruzado con unos pocos solitarios, que no supe decir si eran madrugadores o noctámbulos rezagados por la calle como las últimas estrellas en el cielo.

—Creo que no tengo nada más que decirte, Diégane. He hecho mi vida, he dejado Francia para venir a vivir aquí, he decidido no volver a Senegal porque es un país perdido (entiende esta expresión en el sentido que quieras), he escrito mis libros y he aceptado todo lo que me brindaban: admiración, odio, desconfianza, juicios. Lo que yo piense de esta historia no tiene importancia más que para la escritura. La he vivido. Todo lo que he dicho esta noche espera a ser escrito. Un libro. O varios. Escribiré el mío un día. El resto me importa un comino. Elimane hace mucho que murió. Elimane está vivo y tiene ciento tres años. Elimane ha dejado algo. Elimane no dejó nada. Elimane es real. Elimane es un mito.

Me importa un comino. Quiero decir que Elimane existe en mí, con una vida más potente que ninguna, más incluso que la que él vivió realmente. O sea que sí: me importa un comino la realidad. Siempre es demasiado pobre comparada con la verdad. Si no es tu caso, si no te importa un comino como a mí, ya sabes adónde tienes que ir. Sabes qué hacer. Pero a mí me importa un comino.

Me acerqué hacia Siga D. Pensaba que recularía. No se movió. La besé. Me cogió del brazo, volvimos a su casa y, el resto de aquel amanecer de Ámsterdam, hasta que la luz del sol se despegó de la noche y se coló por toda la casa, hicimos el amor y yo no pensé en ninguna frase. Hasta la noche, al subir al tren que debía llevarme a París, no me acordé de mi juramento nocturno. ¿Me había liberado, aunque fuese provisionalmente? ¿Había hecho el luto de Aïda entre las patas y el pecho de la Araña Madre?

En el fondo, no tenía importancia. Lo importante era que, al contrario de lo que había temido la noche en que la vi por primera vez, aquella noche en París, en la habitación del hotel, el contacto de Siga D. no me a.to.mi.zó. Y este simple hecho me alivió, incluso me hizo irracionalmente feliz.

Libro tercero

Primera parte

Amistad – amor $\times$ literatura = ?política

Día 5

El drama se produjo dos días antes, el 7 de septiembre, poco después de las diez de la mañana. Hacia el mediodía, ya nos estábamos poniendo hasta el culo en el comedero de la indecencia. No obstante, todas las intervenciones comenzaban con gran dignidad: decían lo tristes que estaban, expresaban su espanto, formulaban sus ruegos y sus esperanzas. Pero tal y como acabaron los ruegos, se inició el ballet de ponciopilatismo: cada cual se lavaba las manos de la responsabilidad por lo sucedido. La cosa culminó en el informativo de las ocho de la tarde, cuando el primer ministro, con voz imprecatoria, se dirigió, con el mentón bien alto y frente a la cámara, a aquellos que, habiendo «saboteado, sistemáticamente y siguiendo viles intereses, todos los esfuerzos del gobierno por salir airosamente de aquella crisis, habían llevado al horror de aquella mañana. Tendréis sobre la conciencia la sangre de muchísimos otros inocentes que enviaréis a la muerte».

Este cliché político del matadero industrial y de la manipulación sacrificial pasó casi desapercibido pese a su cinismo. El país, aquella noche, contenía la respiración y la náusea. Vivía aún en el recuerdo de las imágenes de la mañana. Todos pensaban en la vida suspendida gracias al talento de los médicos.

Estos lucharon todo el día para salvar a Fatima Diop. Pero poco después de que el primer ministro hubiese acusado a la oposición y a los activistas de ser los principales impulsores de aquella situación, la joven pudo completar su obra a pesar de la obstinación desesperada de los doctores: murió.

Nadie, aparte de ella, quizá, sabía aún que su suicidio sería, no el origen, sino el último acto de una larga crisis social y política cuyo epílogo no podía escribirse más que en una lengua de caos, una lengua de titanes heridos y furiosos.

Aterricé en Senegal el 6 de septiembre por la noche, la víspera del suicidio de Fatima Diop. A la hora de su muerte aún estaba yo durmiendo, pero al despertarme no me

ahorraron nada. Como todo el mundo o casi, vi las imágenes. Y como todo el mundo o casi, seguí con una mezcla de emoción e inquietud todo lo que pasó desde aquel siniestro vídeo.

La muerte de Fatima Diop fue anunciada por un médico del hospital. Se adelantó con aire cansado ante las cámaras de televisión apelonadas en la entrada del hospital y declaró, con una sencillez conmovedora y púdica, que sus colegas y él no habían podido salvar a Fatima. Lo había dicho así, exactamente: Fatima, como si hubiese sido una allegada, quizá una hija, una sobrina; como si hubiese sido alguien cercano a todos los senegaleses. Le dio el pésame a continuación a la familia de la joven. Luego, cuando se podría haber esperado que detallase lo que habían intentado hacer para salvarla, el doctor había mirado a cámara unos segundos sin decir palabra, con lágrimas en los ojos, había dicho «lo siento» y se había vuelto a meter en el hospital. Creo que aquel lo siento les rompió el corazón a todos los telespectadores. Expresaba la impotencia, la súplica, la cólera del médico, pero también de todo el país.

La familia de Fatima la enterró al día siguiente, 8 de septiembre, en Touba. Lo hizo con discreción a pesar de algunas voces del gobierno que habían deseado un funeral nacional. La familia se había negado, y había preferido guardar su luto con pudor, que es el único fasto de los muertos.

Al mediodía, el colectivo ciudadano BMS, acrónimo de *Ba Mu Sëss* (que traduciremos por «Intransigentes»), reaccionó. Dio una conferencia de prensa con la sala llena, en una atmósfera sobrecalentada de la que ciertos periodistas un poco líricos dijeron que exhalaba, aunque fueran las tres de la tarde, el perfume de las Grandes Noches. El portavoz de los Intransigentes comenzó dándole el pésame a la familia de Fatima. Luego recordó que esta militaba con BMS desde hacía dos años, y juró, con lágrimas en los ojos, que BMS seguiría con la lucha. Para terminar, llamó a la manifestación del 14 de septiembre, prometió al poder el infierno que todos los pueblos irritados abren en la calle para lanzar dentro a quienes

han traicionado su confianza y sacrificado sus esperanzas. Terminó su alocución proclamando que los miembros de BMS, y todos los patriotas, serían los porteros de dicho infierno.

Los partidos políticos de oposición vieron en ello un golpe de suerte. Durante toda la noche del 8 de septiembre, sus líderes no se privaron, pese a las acusaciones de indecencia que el gobierno les lanzó a la cara como huevos podridos, de declarar unos tras otros su solidaridad con la marcha del 14 de septiembre en homenaje a Fatima Diop. Poco les importaba a aquellos jefes de oposición que se les respondiese enseguida que aquella marcha también era contra ellos, ya que condenaba las prácticas de una clase política a la que pertenecían desde hacía mucho (algunos de aquellos integrantes de la oposición habían ejercido el poder anteriormente, incluso). Sí, poco les importaba. Lo esencial para ellos, decían, estaba en otro lugar. Se les creyó a pies juntillas.

Fiel a su reputación de gran esfinge, el jefe de Estado dejó que su primer ministro decretase tres días de duelo nacional y no hizo declaraciones. Actitud, de hecho, coherente con una definición que había dado él mismo de la política años atrás, cuando aspiraba al poder, en una entrevista menor, hoy olvidada: el arte de esperar, de hacer esperar, de aparecer luego repentinamente, como un mesías o un profeta o un rayo, para dirigirse con majestuosidad a la gente, en un momento en que su sufrimiento los tuviese tan destrozados que decirles «¿De qué mal os quejáis?» sonase a sus oídos como lo siguiente: «Yo soy el único remedio posible a todo mal imaginable.» ¿Qué quería decir eso? Que *timing is everything*. ¿Pero qué más? Que la política no era a sus ojos más que la capitalización bien resuelta de las desesperaciones bien comprendidas.

No obstante, según la opinión generalizada, no había que contar con una futura relajación del clima. Los principales líderes de la marcha juraban que tendrían que meterles una bala en el cráneo, amontonarlos como cucarachas en los

calabozos repugnantes de Rebeuss o inyectarles gas lacrimógeno directamente por la garganta para impedir que se dedicase un homenaje popular, puro y fraternal a Fatima Diop, su compañera de lucha, el 14 de septiembre.

Mi repentino regreso el 6 de septiembre había sorprendido. Cuatro años sin volver a Senegal y, un buen día, sin previo aviso, allí estaba. Me había dado un poco de vergüenza confesar a los míos las auténticas razones de mi presencia. Así que no había dicho nada aquella noche. Pretexté nostalgia, ganas de ver a mis hermanas pequeñas y conocerlas mejor, ganas de volver a ver la casa, de volver a saborear el ambiente del país. Nadie, me dije, habría comprendido el motivo real de mi regreso. Mi padre me había preguntado por qué no había avisado, para recibirme con una fiesta. Yo le contesté que las mejores fiestas eran las improvisadas, y que la que estábamos celebrando me llenaba de alegría.

Mi madre fue menos crédula, o simplemente estaba más nerviosa, y, a pesar de su alegría al verme de nuevo, me interrogó más. ¿Tienes problemas con los papeles? ¿Te han expulsado? ¿Has hecho algo malo en Francia? La actualidad del país, que ya era tensa antes del drama del 7 de septiembre, le hizo pensar que había vuelto por motivos políticos. Creía que la oposición, o los jóvenes de BMS, entre los cuales yo tenía un amigo de la infancia con el que estuve durante la escuela militar, Chérif Ngaïdé, querían reclutarme. Yo lo negué y dije que estaba allí para reponer fuerzas.

Mi madre no se lo tragó. Aquella noche volvió a la carga varias veces y me preguntó qué opinaba de la situación política. Le respondí que no opinaba nada, cosa que era cierta: no me interesaba por la actualidad de Senegal desde hacía casi dos años. Mi respuesta la dejó atónita: me dijo que había leído mi blog aquellos últimos años; yo tenía ideas sobre todo y las largaba con firmeza. Y allí, en un contexto similar, por mi propio país, ¿no iba a opinar nada? Yo no había cedido a su presión y había mantenido mi negativa. Mi madre había aflojado un poco. Ella, evidentemente, opinaba algo de aquella crisis política contra la cual los jóvenes llevaban meses

manifestándose. La escuché. Entonces dijo, con una voz de oráculo: Esto acabará mal, los jóvenes van a morir y las madres van a llorar, se abrirán investigaciones con una mano y se cerrarán con la otra enseguida; pese a las víctimas, ningún responsable, nada cambiará.

Yo había sonreído ante la lección política de mi madre: concisa, crítica, catastrófica. Le había dicho que era conservadora por inquietud. Mi padre era revolucionario por remordimientos. Él esperaba asistir a la gran ruptura política que su generación, aunque muy politizada, no llevó a cabo en su juventud.

—Pensábamos que las Independencias encarnaban ya esa ruptura radical. Nos dimos cuenta de nuestro error demasiado tarde...

Se excusaba casi por haberlo creído. Yo no había intentado juzgarlo. Este país que, sin embargo, él había contribuido a construir se encargaba de ello, recordándole cada día que su generación había metido la pata. Una vez se jubiló, mi padre se había reeducado en el ámbito político. Yo lo veía mucho más radical. Solamente menos ingenuo, me corregía él siempre. Aquella noche había dicho que esperaba que los jóvenes tomasen las riendas. Quería acompañarlos, bajar a la calle.

—Eso está por ver —había dicho mi madre—. Si te crees que te voy a dejar salir de aquí para que te pongas peor del dolor de espalda...

Mi padre frivolisaba. Mi madre dramatizaba. Yo había estado viéndolos representar aquel viejo sketch tonto y conmovedor a partes iguales. Me había sentido a la vez feliz y triste de volver a verlos. Pero eso, por lo menos, me lo esperaba.

Siga D., recordando lo que le contó la poeta haitiana la última noche que pasaron juntas: Ya me esperaba que se marchase el día menos pensado. Nunca lo he olvidado. Nuestra relación se parecía a una tormenta permanente, pero cada remanso justificaba haber atravesado la tempestad. Acabé

por darme cuenta de que también me gustaba la tempestad. Él no frecuentaba mucho los ambientes artísticos ni literarios argentinos. Desde luego, algunas veces, cuando no tenía elección, se dejaba ver. Tenía pocos amigos. Admiraba la obra de Borges; pero sus amigos más íntimos eran Gombrowicz y Sabato. Creo que se acostó con todas las mujeres hermosas de la *intelligentsia* porteña, y con las feas también. Estoy convencida de que se acostó con Victoria Ocampo, pero también con Silvina Ocampo, quizá con las dos hermanas a la vez. Era un ermitaño muy paradójico. No andaba por los lugares donde había que estar. Pero cada vez que aparecía, ejercía como quien no quiere la cosa, sin forzarlo, dando la impresión de que le molestase o le irritase aquel efecto de su presencia del que parecía excusarse con todo su ser, con un encanto espiritual; un encanto no solamente físico, sino espiritual, incluso diría *mental* si eso significara algo. Sin embargo, no era muy hablador. No se volvía el centro de atención. No pretendía deslumbrar por su mente y desconfiaba de todos los artificios retóricos, de todas las maneras, de todas las seducciones de la inteligencia. Y, no obstante, seducía. Era un astro negro, pero nadie brillaba más que él. No creo que todo aquello tuviera que ver con la atracción del misterio. No solamente, en todo caso. Esta explicación psicológica sería demasiado simple. Había otra cosa más profunda. Un día oí a una amiga de mi madre decir, mientras lo observaba con deseo y horror: Solo Satán seduce como ese hombre.

Lo conocí en 1958. Yo tenía dieciocho años, diez vividos en Haití y los otros ocho entre Estados Unidos (el país de mi padre, adonde convenció a mi madre de que fuese) y México, donde mis padres habían trabajado como funcionarios de la joven ONU a partir de 1952, antes de instalarse en Argentina en 1957. Amaban la poesía y el arte. Mi madre declamaba las páginas que Césaire había dedicado a Toussaint Louverture. Son los primeros versos que memoricé en mi vida.

Mi padre trabó amistad con intelectuales argentinos. Pronto empezamos a recibir a algunos en casa. Así es como conocí a

Elimane. Era –aparte de mi madre, que era mestiza, y de mí– la única persona negra de aquel ambiente.

En 1970, tras haber trabajado algunos años en Buenos Aires, obtuve un puesto en Europa en la Unesco. Argentina llevaba desde 1966 sumida de nuevo en la noche de una dictadura militar. En 1969 habían comenzado las revueltas populares y lo que llamaron el *Cordobazo*. Yo misma había participado activamente en la resistencia desde el advenimiento de la Junta. Pero me asfixiaba en medio de toda aquella violencia. Había acabado por perder fuelle y quise ver otras cosas. Él se había marchado de Argentina unos meses antes.

Al despedirnos, Elimane me dijo que iba a proseguir su viaje, pero que su destino final sería su punto de partida. Hacía mucho que había aprendido a no exigirle que fuese más preciso con sus enigmáticas frases, de las que no se sabía realmente si se trataba de metáforas (ya ves que no era la única en pensarlo, me dijo Siga D. en un paréntesis, luego reanudó el relato de la poeta): Simplemente me acostumbré. Seguíamos haciendo el amor como si quisiéramos imprimir la piel o el alma del otro en nuestra propia piel o en nuestra propia alma.

Luego se marchó. Yo también abandoné el país poco después. Sabía que era posible que no lo volviese a ver. Pero también sabía que tenía que irse y hacer lo que tenía que hacer. Esperaba que aquel fuese su último viaje a través de América Latina, y que entonces encontraría la paz y reencontraría el camino a su país. Nunca pude olvidarlo: ni al hombre ni al escritor. ¿Cómo olvidarlo? Me había hecho leer *El laberinto de lo inhumano*, que me había impresionado tremendamente y tras la lectura del cual estuve mucho tiempo sin escribir ni un solo verso. Luego me volví a apostar con una mirada nueva sobre las cosas, como si me hubiesen abierto los ojos. Mi poesía se había vuelto más fuerte y más personal.

A lo largo de la última noche que pasamos juntos me leyó las primeras páginas de un libro que yo no conocía. No sé si era su libro, el libro en el que llevaba trabajando todos aquellos años. Pero era uno de los comienzos de libro más

hermosos que he oído en mi vida. Tal vez intenté encontrarlo para saber cómo seguía. Todo el mundo quiere encontrarlo. Ah, Elimane... Ya sabes, Corazón, me pregunto si no figuraría también mi madre entre sus amantes. No me sorprendería. Mi madre estaba muy enamorada de mi padre. Era creyente, y la fidelidad contaba para ella. Pero Elimane...

Me quedé dormido pensando en todo lo que la poeta le había dicho a Siga D. No me había atrevido a confesar a mis padres que había vuelto por Elimane. Me había prometido hacerlo al día siguiente. Pero al día siguiente fue el 7 de septiembre y no quise aludir a aquel tema mientras Fatima Diop se acababa de matar y el país se hacía añicos, conmocionado.

Habían pasado dos días de su suicidio. Su foto estaba por todas partes, el recuerdo de su suicidio también público. La marcha del 14 de septiembre se haría por ella. Para saludarla o vengarla, lo ignoraba; pero sería por ella.

Día 4

El suicidio de Fatima Diop supuso, en la prensa y en las redes sociales, un ejemplo perfecto de cómo las emociones humanas generadas por un mismo acontecimiento podían ser igual de violentas o contradictorias, no solo de un individuo a otro, sino en el interior de una misma persona. La tristeza se mezclaba con la cólera, la contención con el descontrol, la plegaria con el insulto, y sin embargo todos aquellos impulsos parecían legítimos. Fatima Diop se convirtió, unas horas después de su muerte, en un espejo de concentración donde cada senegalés vio su propio y feo reflejo, en el que proyectó sus miserias cotidianas, su frustración demasiado tiempo reprimida, su miedo a cometer el mismo acto que ella al final de un día de desasosiego. Miraban su foto; recordaban las imágenes de su muerte, y enseguida decían: podría haber sido mi hija, mi hermana, mi sobrina, mi prima, mi mujer, pero sobre todo, podría haber sido yo.

Pasé el día 9 de septiembre leyendo y escuchando las reacciones de unos y otros. Maelström de indignaciones, de críticas, de espanto, de estupor, de voluntad de plantar cara, de hacer justicia, de hacerse oír.

Los militantes de BMS se explicaron mucho, llamaron mucho a la lucha, crearon numerosos hashtags de combate y eslóganes: *dox mba dè*, «marchar o morir», *ñaxtu wala faatù*, «reivindicar o reventar». Este frenesí llevaba a veces a la demagogia, incluso a la impostura; y yo sospechaba que ciertos militantes querían, en una especie de narcisismo potenciado por la virtualidad, demostrar que eran los más patriotas, los más radicales, los más conmovidos con el drama de Fatima. A solas tras sus pantallas, todos deliberaban, juzgaban, hablaban *urbi et orbi*. En el citómetro, Fanon («cada generación debe, dentro de una opacidad relativa, descubrir su misión, cumplirla o traicionarla») y Sankara («el esclavo que no es capaz de asumir su revuelta no merece que nos apiademos de su suerte») iban en cabeza.

La Revolución iba a tener lugar, finalmente, y Fatima era el

mascarón de proa. Quienes apelaban a una marcha mesurada y responsable se convertían en agentes dobles y acababan por callarse o desactivar su cuenta tras quejarse de la falta de tolerancia según ellos (cosa que constituía otra forma de narcisismo virtual). Luego, un sabio recordó que lo esencial era estar allí el 14, y que toda la energía consumida en parlotear sobre los *fora* (aquel sabio se sabía alguna declinación latina) digitales debía guardarse para el día D. La mayor parte del tiempo lo aplaudieron. Pero llegó el momento en que le reprocharon que quisiera dictar a los demás lo que debían hacer con su conexión a Internet y con su emoción tras la muerte de la joven.

Por la noche, para saber más de lo que se estaba preparando, llamé a Chérif Ngaïdé. Daba clases de filosofía en la universidad y militaba en BMS desde hacía mucho. Era, en cierto modo, uno de los teóricos oficiales del movimiento, y escribía muchos textos que habían acabado por constituir, con el paso de los años, la columna vertebral intelectual del colectivo. Los militantes lo estimaban, apreciaban la densidad de sus análisis, la intransigencia de su crítica del poder, su impresionante cultura histórica, filosófica y política. Conservaba, a pesar de todo aquel aparato teórico, un sólido contacto con la realidad, una sensibilidad con la miseria cotidiana, y creo que eso, más que otra cosa, fue lo que lo hizo popular.

Yo lo llamaba *Maag es*, «hermano mayor» en serere, mi lengua materna. Él me llamaba *Miñelam*, «hermano pequeño», en peul, la suya. Chérif se alegró de saber que estaba en Senegal. Noté mucho cansancio en su voz —con todo lo que estaba pasando debía de estar muy solicitado—. Propuso que cenásemos al día siguiente en su casa, cosa que acepté.

Unas horas después, sin discutir, acepté también el precio que me pidió el conductor por llevarme a la Médina. Había preferido no coger el coche de mi padre. El taxi circulaba con indolencia y, durante todo el trayecto, los temas se disputaban mi mente: tan pronto pensaba en mi destino como en Elimane.

Todas las personas que se lanzaron tras sus huellas habían

tratado de aclarar el misterio del hombre, principalmente. Yo seguía centrado en el misterio de la obra. Elimane, en su vagabundeo, continuó escribiendo. La poeta haitiana tuvo el privilegio de escuchar unas páginas, pero dijo no recordar el contenido. Ese olvido total contrasta con la fuerte impresión que le produjeron. ¿Cómo vamos a olvidar algo que nos ha sacudido así? En mi opinión, aun cuando no quisiera contarle más a Siga D., la poeta haitiana se acordaba de todo. Sin embargo, le había dicho:

No. Ya no recuerdo aquellas páginas, Corazón, pero intenté encontrarlas. Sobre todo quería encontrar de nuevo a Elimane. Lo echaba de menos. Después de diez años en París, me decidí y pedí un traslado a Senegal. Era el país de Elimane, y él había afirmado, recuerda, que el destino final de su viaje debía ser su punto de partida. Quizá, me dije, había que entenderlo literalmente. Quizá después de todos aquellos años de vagabundeo había añorado su país y había vuelto. O quizá había comprendido que para acabar su gran obra debía volver. Me encontraron un puesto en Dakar y llegué en 1980.

No tengo ninguna pista sobre su pasado. Elimane siempre había sido muy reservado con sus orígenes. Solo me había confiado una vez que había crecido cerca de un río, y estudiado en una institución de misioneros católicos. Nada sobre su familia. Nada sobre su aldea. Ningún nombre. Así que, durante dos años, recorrí los valles de los dos grandes ríos del país: el río Senegal, al nornoreste, y el río Gambia, en el centro-oeste, en la región del Sine Saloum. Pero sin ninguna información, era una misión imposible.

Iba un poco al azar, sola, en los fines de semana y las vacaciones. Tan pronto me dirigía hacia el norte como hacia el centro. Conducía sin guía, sin mapa, abandonada a aquel inmenso territorio. Conducía deprisa. Siempre he conducido deprisa. ¿Para qué quieres un coche si no disfrutas de los excesos y los vértigos de la velocidad? Aquel gusto en la búsqueda de Elimane me parecía aún más justificado: quería encontrarlo cuanto antes. Sin embargo, me di cuenta de la estupidez de mi iniciativa desde mi primera excursión. Sabía

que no encontraría nunca la pista de Elimane así, a menos que se cruzase en mi camino una casualidad divina. Llegar a una aldea y tratar de preguntar a gente que no comprende tu idioma y que te mira con curiosidad si conoce a un escritor llamado Elimane... Era tan cómico como inútil. Enseguida les pregunté a unos colegas senegaleses la traducción de la palabra escritor, o poeta, en los diferentes idiomas del país. Con las palabras que me sugirieron volví a salir en su búsqueda. En cada nueva aldea preguntaba qué idioma se hablaba. Y cuando lo averiguaba buscaba en mi morral la traducción de poeta o escritor en dicho idioma, y añadía: Elimane. Luego, por medio de gestos, intentaba dar a entender que estaba buscando a aquel hombre poeta. Muy a menudo no recibía más que risas o mohínes perplejos en respuesta, que me sumían en la hilaridad. A veces me respondían por extenso indicándome direcciones y yo acababa por comprender que un poeta o el equivalente a un poeta o a alguien que consideraban poeta vivía en algún lugar de la aldea o de la región, más lejos, hacia allá. Iba para allá. Evidentemente, nunca era Elimane, sino otros poetas, otros maestros del verbo, aedas, hechiceras y hechiceros, portadoras de la palabra, mayeutas de la lengua, griots reales, creadoras de ritmos, decidoras de poemas gímnicos, otros pastores del silencio. Pero a lo mejor, simplemente, no eran más que figuras posibles, alternativas, de Elimane... A veces acababa pasándome una hora o dos con alguno de ellos. Cada uno hablábamos nuestro idioma, sin intérprete. A veces ellos o ellas cantaban. A veces yo recitaba un poema. Estaba convencida de que hablábamos de la misma cosa.

Aquello duró más de dos años. Así, por medio de estas expediciones y de los encuentros que producían, es como conocí y amé ese país. Enseguida supe, lo repito, que así no encontraría a Elimane ni su origen. A lo mejor tenía otros ríos, o afluentes. A lo mejor Elimane no me había dicho la verdad y había crecido en Dakar o en Ndar. Pero continué con mis expediciones. A su manera, constituían una aventura poética. Saber decir poeta o poesía en todos los idiomas de un país que

estás descubriendo ¿no es un gesto poético? ¿No es el nacimiento mismo de la relación poética?

En 1982 dejé aquellas excursiones. Fue precisamente en aquel momento, cuando dejé de buscarlo, cuando lo encontré. O cuando él me encontró. El primer fin de semana que pasé en Dakar después de mis idas y venidas por el país, Elimane vino a mí. Quiero decir que soñé con él. No era la primera vez que soñaba con él desde que nos separamos en Buenos Aires. Incluso en Senegal había soñado con él a veces. Pero este sueño era particular, porque Elimane me decía que me necesitaba. Y cuando le preguntaba qué quería, me respondía en un idioma que yo no comprendía. Entonces le decía que no hablaba aquella lengua. Él repetía en francés que me necesitaba. Yo le volvía a preguntar qué quería. Él volvía a hablar en el idioma desconocido. Y así sucesivamente hasta despertarme.

Aquel sueño era tan extraño porque sucedía en un lugar que había reconocido enseguida. Iba allí a veces, después del trabajo, para estar sola. Era un pequeño refugio de pescadores en la playa de Ngor, frente a la isla. Por la orilla aún quedaban unos cuantos, aunque nadie los utilizaba ya. Yo me iba allí a veces para leer o contemplar el mar. En el sueño estábamos en una de aquellas cabañas, y creo que incluso era mi preferida, la más alejada de la animación de la multitud de bañistas. Al despertarme, fui. Elimane no estaba allí. El sueño no era una cita. No había nadie, pero había aquellas frases. Llenaban una de las paredes, y estaba segura de que antes no estaban. Las leí y releí. Me agradaron. Recorrí la orilla y entré en cada uno de los chamizos. Y todos, en el interior, en una de las paredes, tenían tu escritura, tu poesía. Entonces comencé a remover cielo y tierra buscándote por Dakar. Había dejado rastros en toda la capital, aunque seguías siendo invisible. Te busqué leyéndote. Tus versos escritos en carboncillo me guiaron y me perdieron a partes iguales por la isla. Y luego una noche, por fin, te encontré.

Lo que nos unió desde el principio fue la poesía. Es verdad; pero lo más importante es que provocó nuestro encuentro. Fue

Elimane quien lo provocó. Pero nunca hemos hablado de él. Cada una lo ha guardado como un secreto, ignorando que la otra ya lo compartía. ¿Qué habría sucedido si hubiésemos confiado lo que llevábamos cada una en lo más hondo? Debería de haberme tomado ese sueño más en serio. Elimane me había conducido a aquella cabaña donde estaban tus frases, y tus frases me habían llevado a ti. Las señales se desplegaban ante mis ojos. No supe comprenderlas. O quizá las entendía en el fondo, pero no las quise aceptar. Y, sin embargo, Corazón...

—¿En qué parte de Médina?

—¿Disculpa?

—Estamos en Médina. ¿Dónde te dejo?

—¿Estamos lejos del mercado de Tilène?

—No, está un poco más adelante, pero lejos no. ¿Te dejo ahí?

—Sí. O un poco más lejos. Delante del estadio Iba Mar Diop. Ahí me vendrá muy bien.

Unos minutos más tarde me había bajado del taxi. La Médina palpitaba como un enorme corazón cuando suena un trueno. Aquel barrio popular rebosaba vida por todos los poros; y aquel exceso de gritos, de disputas, de risas, de cláxones, de balidos de corderos, de cantos religiosos, de olores de basura, de olores de carne a la parrilla, de humaredas de tubos de escape, aquel exceso, todo esplendor y miseria, había acabado por saturar todo el espacio disponible, fuese visible o invisible. Luego, sin saber adónde ir ya, se desplegaba y se ofrecía, esperando a ser atrapado o atrapar. Aquí no era la muerte sino la vida lo que amenazaba con cogerte al doblar una calle y derramarse en ti hasta cortarte la respiración. Tenía ante mí la prueba de que el espectáculo más ordinario de la calle dejaba en nada cualquier novela. ¿Tentativa de agotar un lugar dakariano? Perek podría venir e intentarlo. Yo lo dejé y consulté el GPS de mi teléfono. La dirección no quedaba lejos. Respiré hondo, atravesé la avenida Blaise-Diagne y me metí en la calle 11.

Llevo en Dakar desde ayer por trabajo. Eso me hizo pensar

en ti. Me dije que valía la pena romper este largo pero necesario silencio. Si no quieres contestar, lo entenderé. Sería normal, después de tanto tiempo. Deseable, incluso. Un abrazo. Aïda.

Había descubierto este mensaje una hora antes, en WhatsApp. Me quedé diez minutos sin saber qué responder, con los ojos pegados a la pantalla. Varias veces había empezado frases idiotas que borraba enseguida.

Aïda debía de haber adivinado mi malestar y mi sorpresa mientras la aplicación, tras unos minutos, le indicaba que estaba «escribiendo». El caso era que no tenía ni idea de qué debía o podía decirle. Aïda... No había sentido necesidad de preguntarle qué hacía allí. Había adivinado de inmediato la conexión con la crisis política, el suicidio de Fatima Diop, la marcha del 14 de septiembre.

Finalmente, después de cómicas tergiversaciones, escribí: *Espero que el calor no te esté dando mucho la lata. Bienvenida a DK... De hecho, yo también llevo aquí unos días. Me alegro de leerte, Aïda. Estoy bien.*

En aquel «de hecho» que se pretendía indiferente pero que cargaba con toda mi angustia, Aïda vería enseguida relucir la falsa desenvoltura en medio de la noche. Podía imaginarme su sonrisa cruel y divertida ante mi torpeza. Esperé su respuesta temblando. Me llegó unos minutos más tarde. No se fue por las ramas y fue directamente al grano, no sin ironía, evidentemente:

—De hecho... aquí estamos, en la misma ciudad. ¿Y ahora?

Me mentí más a mí que a ella al fingir pensármelo unos segundos. Luego tecleé en la pantalla sin respirar. Empleé el condicional, que considero el tiempo más cómodo de la lengua francesa cuando se trata de disfrazar de prudente sentido común el miedo, de fingir avanzar mientras se recula:

—Podríamos vernos...

—Podríamos. Pero es evidente que sería una mala idea. Acabará mal.

Aquel futuro me daba una indicación de su ánimo. Me agazapé.

–Acabará mal... Últimamente he oído mucho esa frase.

–Eso es porque la mayoría de las cosas acaban mal. Y la mayoría de la gente lo sabe.

–No saben nada. Es una desilusión sin profundidad, el pesimismo fácil que se hace pasar por lucidez, el cinismo resignado que se esconde bajo la sabiduría del fatalismo, el miedo a la vida disfrazado de filosofía de la inquietud.

Solté mi baladronada, pero Aïda me conocía. Su respuesta echó a perder sin esfuerzo mi arrebató de soltura:

–No has cambiado: sigues pensando mediante fórmulas. Fórmulas que ni tú mismo te crees. Eso es el auténtico miedo a la vida. Te llevará a la perdición. Pero yo te he avisado.

Y para ahorrarse el discurso que me disponía a soltarle, me había enviado la geolocalización del Airbnb donde se alojaba, en el centro de la Médina. Le dije que llegaba en una hora. Mis padres ya estaban dormidos. De todas formas, le dejé un mensaje a mi madre diciéndole que salía y que quizá me quedaba a dormir en casa de un amigo.

Y ahora estaba allí, en plena palpitación de la Médina, y Aïda estaba a unos minutos a pie, al final de la calle 11.

Toda revolución comienza por el cuerpo, y el cuerpo de Aïda es una ciudad que se subleva, una ciudad en llamas que nunca tendrá cenizas, y en ella lucho, porque la lucha eleva al hombre y la causa aquí merece la pena, lucho porque nada es tan hermoso como combatir en una ciudad que amas aun cuando tienes la impresión de no conocerla del todo, pero a menudo si la amamos de verdad es porque una ciudad nos oculta secretos, además de porque nos brinda la posibilidad de perdernos en ella, y esos que dicen la ciudad no tiene ningún secreto para mí, me la conozco como la palma de la mano o como el vientre de mi madre, esos no dicen cómo amo esta ciudad, pero yo esta ciudad la amo, porque no se entrega a la primera, se da y se retira con el mismo gesto, es una ciudad

natal y extranjera, amo sus largas calles estrechas y oscuras, sus grandes avenidas despejadas y luminosas, sus paradas obligadas, sus zonas periféricas y sus lugares secretos, sus monumentos históricos (miren a su derecha esa suntuosa catedral gótica), sus terrenos vagos, sus parques, su casco antiguo, sus barrios calientes donde intento caminar como un capo (ya se ve que no soy un capo, sino un matoncillo del montón que pasa gramos), sus subterráneos misteriosos que nunca acabo de recorrer, sus tozudos callejones sin salida, etcétera, etcétera, sin embargo, hay que tener claro que no es ni una ciudad en pie ni una ciudad acostada, es –ya lo he dicho– una ciudad que se subleva, dice no y sí a la vez, sabe lo que ya no quiere, sabe a lo que aspira y su movimiento no deja otra opción a quienquiera que sea que acompañarla, confiar en ella a ciegas, seguirla en una trayectoria que parece un vagabundeo pero que no es nunca un vagabundeo, que se parece al deambular de un loco pero que es la iniciación del revolucionario, el único revolucionario de verdad, el amante, un revolucionario que descubrirá al final del camino que aún no está preparado, porque nunca se está realmente preparado para este tipo de cosas, pero habrá comprendido el sentido de los grandes sacrificios por las causas justas.

Hicimos el amor para intentar recuperar un año sin amor. Hicimos el amor en recuerdo de las noches de otros tiempos. Hicimos el amor por el banco de la plaza del bulevar Raspail. Luego volvimos a hacer el amor para guardar reservas, porque era posible que nuestro porvenir nos deparase un nuevo silencio para toda la eternidad. El último abrazo nos vació. Debían de ser las seis. En la sala de espera del día se impacientaron los primeros ruidos. Ignoraba si se podía decir que la Médina se despertaba, teniendo en cuenta que no había dormido o, como mucho, con un ojo abierto y el otro cerrado. El abierto había sido testigo de nuestra sublevación nocturna.

–Tenemos que descansar un poco –dijo ella–. A las dos de la tarde, Ba Mu Sëss –lo dijo en un wolof pulcro– organiza un comité de coordinación de luchas para el 14 de septiembre. Tengo que estar.

—¿Quién te informó de lo que se tramaba aquí?

—Amigos, corresponsales de prensa, militantes. Muchos periodistas siguen las acciones de los movimientos ciudadanos del continente africano. Después de Argelia me fui a Burkina-Faso. He conocido a gente fuerte, determinada, revolucionaria. Dignos hijos de Sankara. Cuando me enteré del suicidio de Fatima Diop comprendí de inmediato que también sucedería algo en Senegal. El reguero de pólvora debía pasar necesariamente por Dakar. Me subí al primer avión que pude. Hay esperanza para todas las jóvenes sublevadas de África y del mundo. Y no romantizo la revuelta, si es lo que estás pensando. Sé lo que suponen a veces estas luchas. Por eso las respeto. Por eso quiero que el mundo las vea como yo las veo. En la mirada de la gente hay ese fuego. Me conmueve. Lo veo en la cara de Fatima. Es un fuego de cólera y de humillación, pero también de tremenda dignidad.

Yo no dije nada y la rodeé con un brazo. Ella no rechazó el gesto. Me pareció notar, incluso, un imperceptible movimiento de caderas y de hombros para encajar nuestros cuerpos. Se hicieron unos segundos de silencio.

—¿Y tú? —dijo—. ¿Qué haces tú en Dakar?

Me quedé en silencio. ¿Debía mencionar a Elimane y *El laberinto de lo inhumano*? Temía, como con mis padres, que Aïda me considerase superficial o indecente por ello. Mejor mentir que asumir una pasión que el contexto volvía de pronto vergonzosa. Ante lo que estaba pasando en el país desde hacía unos días, ¿qué valor, qué importancia podía tener mi búsqueda? ¿Cuánto pesaba la cuestión de la escritura comparada con la del sufrimiento social?, ¿o la búsqueda del libro esencial comparada con la aspiración a la dignidad esencial?, ¿o la literatura comparada con la política?, ¿o Elimane comparado con Fatima? Así que le mentí a Aïda. Le dije que estaba allí de vacaciones, para ver a mi familia.

Día 3

Al día siguiente, en el momento de separarnos, en medio de la calle, Aïda y yo habíamos dudado: ¿un besito de circunstancias?, ¿un beso de verdad?, ¿un apretón de manos?, ¿un saludito con los dedos? La calle entera nos reprimía: y la cultura, y las miradas, y nuestro color de piel, y su larga melena en una larga trenza que parecía captar toda la luz y el mediodía en su espalda. Pero seguramente éramos más bien nosotros mismos los que nos reprimíamos; nuestro pasado desenterrado por una noche nos aplastaba. Optamos de común acuerdo tácito por el beso de circunstancias, pero en una sola mejilla (y muy cerca de la boca). Tuve cuidado de limpiarme el rastro púrpura de los labios antes de volver a casa. Por su parte, ella se fue hacia la universidad CheikhAnta-Diop, donde se celebraba la reunión de coordinación de BMS. Prometimos escribirnos.

Cuando llegué a casa, mi madre me echó una de esas miradas que parecen decir: soy tu madre y sé todo lo que has hecho esta noche. Aunque ni ella ni mi padre me preguntaron nada. Me pasé la tarde en casa con mis hermanas pequeñas y mis padres, e intenté volver a acostumbrarme a una cotidianidad de la que mi vida en Francia me había robado hasta el recuerdo.

SMS de Aïda: *Te echaba de menos, te lo confieso. Me he contenido para no escribirte durante todo este año. Para no quedar mal. Para no complicar las cosas. Pero las cosas se complican solas. Te sigo echando de menos. Todos mis sentidos te reclaman. Quieren seguir reconociéndote. Quieren que los sigas reconociendo. Sin embargo, sigo creyendo que volver a vernos es una mala idea. Sé que es contradictorio, pero es lo que hay. ¿Tú qué quieres?*

Evidentemente, quieres que te diga qué clase de hombre era, ¿verdad? –había dicho la poeta a Siga D., que me lo contaba–. No hay una respuesta sencilla a esta pregunta, Corazón. Asistió a los salones literarios de mis padres durante varios meses antes de que oyese su voz por primera vez. No hablaba

mucho. Escuchaba; y era como si esperásemos que, al acabar su meditación, de golpe, con una palabra, desgarrase aquel velo invisible que nadie veía pero que todos notábamos y que todos intuíamos que nos separaba de una verdad esencial.

Jamás intervenía en las discusiones intelectuales o políticas que dominaban el salón. Pero nadie se lo tenía en cuenta. Estaba como exonerado de participar mediante la palabra. Esta especie de convención rayaba incluso en un esnobismo inconfesable: *¿Sabe?, ayer pasamos la tarde con el silencioso y profundo Elimane, ese misterioso africano de mutismo extremadamente espiritual*. Por otra parte, nadie le hacía ninguna pregunta, ni siquiera cuando la discusión tenía que ver con temas africanos. No digo que su africanidad le otorgase más legitimidad para hablar de su continente, pero creo que a todo el mundo le habría gustado escuchar lo que pensaba, como africano, de ciertos acontecimientos de su continente. Estábamos en vísperas de los años sesenta. La independencia de los países africanos suscitaba grandes y vivos debates en el mundo, y también en nuestro salón. Pero el único africano de aquel círculo no decía nada.

Entonces, una tarde de 1958, me harté de aquel respeto que rozaba la deferencia. Estábamos comentando el rotundo «no» que Guinea Conakri acababa de responder por referéndum a la propuesta de De Gaulle de reunir los países del África Occidental Francesa en una comunidad francesa. Me levanté bruscamente y lo interpele: Y usted, señor africano, ¿qué piensa de esta decisión del pueblo guineano? ¿O es que no piensa nada, le deja indiferente y no le inspira más que ese silencio despreciativo que nos lleva regalando desde hace meses? Tal vez piensa usted que no merecemos escucharle. Pero el pueblo guineano, que considero magnífico, igual sí lo merece, ¿no cree?

Tendrías que haber visto la cara de los invitados, Corazón. Acababa de dejar helado a todo el salón. Aún me acuerdo de los ojos de algunos. Había miedo. Pero en algunas miradas capté curiosidad, diversión. Gombrowicz, me fijé enseguida, piafaba de excitación, como si pensase: ¡por fin un poco de

deporte! Sabato, el otro gran amigo de Elimane, siguió serio, pero creo que también tenía curiosidad por ver qué iba a responder Elimane. A decir verdad, creo que todo el mundo, incluso los que se habían quedado petrificados, esperaban su reacción. Él estaba sentado en una butaca, un poco aparte. Yo me había colocado insolentemente ante él, a tres metros, con una mano en la cadera, la otra sosteniendo una copa de vino. Era muy joven, llevaba el pelo corto, unos grandes aros en las orejas, un vestido largo azul que había suscitado algunas miradas, algunos cumplidos, algunas proposiciones indecentes e informúladas más que de costumbre. Lo desafiaba. Él había levantado la mirada hacia mí. Me había prometido no bajar la mía, cosa que había hecho antes sistemáticamente cuando las cruzábamos. Elimane se quedó inmóvil unos segundos con los ojos fijos en mí. Di un paso hacia él y dije: ¿A lo mejor no me ha oído? Le preguntaba qué piensa de Guinea. Me gustaría saber su opinión sobre la independencia, y sobre su líder, Sékou Touré.

Tras unos largos y pesados segundos, se puso en pie: ahí me pareció mucho más alto de lo que pensaba. Dando un paso ya lo tenía encima. No retrocedí. Levanté la barbilla para seguir mirándolo a los ojos. Tenía dieciocho años, acababa de empezar Derecho. Él ya era un hombre maduro. No sabía su edad. Hasta más tarde no me enteré de que tenía cuarenta y tres años, la misma edad que mi padre.

A unos centímetros de él tuve la confusa impresión de estar a la vez ante un muro y ante un mar vertical, una especie de ola en pie de la que oía los furiosos rumores internos. Durante unos segundos, me pareció ver pasar por su mirada un destello de odio, como si tuviese ganas de golpearme o matarme. Pero aquel destello desapareció enseguida. Lo sucedió una actitud serena, casi divertida. Luego sonrió un poco –pero creo que fui la única en ver aquella sonrisa apenas esbozada– y salió del salón sin decir palabra.

El silencio se prolongó un momento después de que se marchase. Fue Gombrowicz quien lo rompió. Dijo: Bravo, señorita. Tiene usted agallas. Pero reconozco los andares del

africano al marcharse. Tú también lo has reconocido, ¿verdad, Sabato? Eran sus andares de animal perseguido. De animal herido. Desaparecerá por un tiempo. Siempre hace eso cuando alguien se le acerca demasiado. Y, cuando se dispone a desaparecer, camina como lo acaba de hacer al salir de esta sala. Sabato y yo hemos acabado por acostumbrarnos. Mejor que usted también se acostumbre. En mi opinión, no volverá a verlo por aquí en mucho tiempo. Pero bravo, jovencita. Había que poner las cartas sobre la mesa, y aquí solo podía hacerlo usted.

Gombrowicz tenía razón: en los meses que siguieron a aquella velada, Elimane no volvió. No lo vi de nuevo hasta casi un año después, en agosto de 1959. Entretanto, Gombrowicz y Sabato aparecieron de vez en cuando por el salón de mis padres. Yo les preguntaba si su amigo aún me guardaba rencor. Uno de ellos siempre respondía que Elimane no estaba enfadado. Solo estaba ausente, de viaje. ¿Dónde? Por Latinoamérica. Lo mismo estaba en Chile, como en Brasil, o en México, en Guatemala, Uruguay, Colombia o Perú. Ni Gombrowicz ni Sabato sabían el motivo de aquellos frecuentes viajes. Desde que lo conocemos, siempre ha viajado mucho, me dijo un día Sabato. Pero no sé qué busca, ni siquiera si busca algo.

Escogí a Sabato y a Gombrowicz como profesores de literatura. Más bien fueron ellos quienes me escogieron como protegida. Ya gozaban de reconocimiento en el mundo como escritores. Mientras estudiaba Derecho en la universidad, sentía que mi atracción profunda se dirigía hacia la poesía. Gombrowicz y Sabato no eran poetas. Eran potentes y magníficos prosistas dotados de mentes de una inteligencia superior. Sin practicar la poesía, no obstante, la leían y la conocían. Las discusiones que sosteníamos sobre poesía fueron capitales para mí en mis inicios.

Sometí mis primeras tentativas poéticas a su mirada; una mirada exigente, sin complacencia ni apoyo fácil. Si me tomaba la literatura y la poesía en serio, si quería escribir, me decía Gombrowicz, no había otro camino que la exigencia, la

entrega absoluta a la creación. Me citaba una frase de Vladimír Holan, un poeta checo: «Del borrador a la obra, el camino se hace de rodillas.» Y añadía: Ese camino no tiene fin.

Gombrowicz era el más duro, pero también el más alegre y fantasioso. Frecuentaba mucho a los jóvenes, y su genio tenía algo de contestatario, de irónico, de desagradable, casi. Sabato era un hombre más taciturno. Sabía ser despiadado en sus juicios literarios, pero guardaba mucho la compostura en todas las circunstancias. También se notaba que navegaba en un universo interior vasto y profundo, donde se enfrentaba a las grandes preguntas metafísicas que atravesaban sus libros.

Elimane aparecía a menudo en nuestras conversaciones. Una noche en que cenaba a solas con Gombrowicz (Ernesto estaba enfermo y no había podido venir), le volví a preguntar sobre Elimane. Como tú hoy, Corazón, lo que yo quería saber, en el fondo, era qué clase de hombre era. Así que interrogué por extenso a Gombrowicz.

¿Cómo y por qué ha llegado aquí el africano?, dijo Gombrowicz. Qué pregunta más rara... ¿Cómo y por qué ha llegado aquí?, ¿cómo y por qué llegamos a cualquier sitio? Ni siquiera sé cómo llegué yo aquí ni por qué me quedé después de la guerra. Sin embargo, echo de menos las calles de Polonia, ese país maldito. Quizá me quedé para buscar el secreto de las calles de Varsovia en las de Buenos Aires. Para ver realmente mi país observándolo en el espejo de otro país. Quizá... ¿Pero Elimane? Creo que nunca lo ha dicho, en realidad. No porque lo esconda, sino porque nunca se lo he preguntado. No hablo con él de esas cosas. Elimane es un exiliado, como yo. Nos comprendimos y nos reconocimos como tales en cuanto nos vimos. Nos apetece hablar de todo, menos del exilio. De todas formas, no hay nada que decir sobre el exilio. No conozco un tema más molesto en este mundo. Pero pregúntale a Sabato cuando se cure. A lo mejor él sabe cómo y por qué acabó aquí Elimane. Aunque no te aconsejo que se lo preguntes a Elimane. Te arriesgarás a molestarlo y a irritarlo. La mayoría de los exiliados odian esa pregunta. A mí no me interesa, realmente. Ya ves. Ahora,

querida hijita de la bella y fogosa Haití, follemos, o hagamos el amor, si lo prefieres. Todo puede esperar, Elimane puede esperar, la muerte puede esperar, por otro lado, ella nos lleva esperando desde siempre, todo puede esperar menos el cuerpo, el deseo, el amor que llevo sin hacer –y es imperdonable a mi edad– desde...

Cuatro días. Cuatro días después de la muerte de Fatima Diop, cuando el país se disponía a iniciar una jornada roja, el presidente de la República decidió por fin dirigirse a la nación en el informativo de las ocho. Llegué a Liberté 6 hacia las siete de la tarde.

Allí, en un edificio precioso, era donde vivía Chérif solo desde su divorcio, dos años atrás. Nos reencontramos con gran placer, como de costumbre. Sin embargo, noté que tenía un aspecto cansado, como si llevase mucho sin dormir.

Cuando empezábamos a cenar (un excelente *dibi*), comenzó la alocución del presidente de la República.

–Me va a cortar el apetito –dijo Chérif.

Durante cuarenta y cinco minutos, el presidente discurrió con energía y solemnidad. Empezó por evocar la profunda tristeza que le había producido la muerte de Fatima Diop. Luego filosofó acerca de la crudeza del destino y la tragedia de morir joven. Finalmente, le dio el pésame a la familia de la desaparecida. Y solo entonces entró en el terreno político, en el que el pueblo esperaba soluciones rápidas, tangibles y eficaces contra la crisis. La esfinge anunció millares de medidas, reajustes y reformas. Había llegado la hora de las actuaciones cruciales, comprendía la cólera y el desasosiego, no era necesario que hubiese otras Fatimas, su prioridad era la juventud, etcétera.

Cuando llegaba a su conclusión, Chérif cortó el sonido del televisor. Durante unos minutos observamos al presidente hablando en la pantalla sin oír lo que decía. Sus labios se abrían y se cerraban sobre el silencio. Masticaba el vacío con fuerza.

—Eso es exactamente lo que vive el país —constató Chérif—. Nuestros dirigentes nos hablan desde detrás de una pantalla, un cristal que no atraviesa ningún sonido. Nadie los oye. No cambiaría nada si los oyéramos. No nos hace falta oírlos para saber que no dicen la verdad. El mundo que hay tras el cristal es un acuario. Nuestros dirigentes, en consecuencia, no son hombres sino peces: meros, bacalaos, siluros, peces espada, lucios, lenguados y peces payaso. Y muchos tiburones, desde luego. Pero lo peor, cuando nos paramos a mirar la cara de los peces, es que parecen decirnos: en nuestro lugar, no lo haríais mucho mejor. Decepcionaríais igual que decepcionamos nosotros.

Logré leer (o creí leer) los labios del presidente: «Os doy las gracias. Viva Senegal.» Chérif apagó la tele en el momento en que la bandera de la nación ondeaba gloriosamente ante nosotros.

—*Same fuckin' shit* —dijo—. A cada incendio, viene con sus cubitos de agua para echarlos sobre el fuego que él mismo ha encendido. El bombero pirómano: qué truco más viejo. Pero sabemos, y hasta él lo sabe, que eso no apagará el fuego. Su cubo está vacío. Es decir: lleno de mentiras. Y los imbéciles se lo tragan.

—Después del palo, la zanahoria...

—No, no, *Miñelam*. Esa es la ilusión mortal. Los anuncios como el que acaba de hacer para calmarlos son los que al final hunden a esa misma gente en la mierda. Ya no hay diferencia ni alternancia entre una zanahoria y un palo: nuestra zanahoria es también nuestro palo. Con tan poco nos contentamos en este país. No somos realmente exigentes con nada. Ni siquiera con nuestra vida. ¿Acaso nos merecemos esa exigencia?

No me dio tiempo a reflexionar y continuó:

—Siempre he condenado a quienes se abandonan a la comodidad de esta máxima: los pueblos tienen los dirigentes que se merecen. O su variante: los pueblos escogen a los dirigentes a su imagen y semejanza. Eso siempre se me ha antojado de un menosprecio hacia los pueblos y de una

complacencia imperdonable con ciertos dirigentes egoístas y crueles. «Los crímenes de los que mandan no son culpa de aquellos a los que mandan», escribió Hugo en algún sitio, no recuerdo dónde. Pero empiezo a pensar que la gente que considera a los dirigentes mediocres el reflejo de sus pueblos no se equivoca. Miro a nuestros compatriotas y me pregunto: ¿de verdad nos merecemos algo mejor? Nosotros también somos un banco de peces. De sardinas. ¿Qué hacemos, individualmente, colectivamente, para merecernos algo mejor que unas figuras políticas inmorales, conchabadas?

—No conocía la palabra: conchabadas. Supongo, visto el contexto, que es peyorativa. La buscaré. Pero ¿cuál es tu respuesta a la pregunta? Como individuos y como pueblo, ¿nos merecemos otra cosa?

En aquel momento le sonó el teléfono. Chérif lo miró, pero no descolgó.

—BMS organizaba un comité de coordinación de luchas hoy en la UCAD —dijo—. No he ido. Por eso me llaman. Quieren que escriba una tribuna, imagino. Pero no me apetece hablar con ellos. Ya no me apetece escribir tribunas ni análisis para ellos.

—¿Por qué?

—Ya no me reconozco realmente en lo que hace BMS. El movimiento se atasca en una contestación sistemática y estéril. Es una militancia crítica, necesaria, valerosa. Aunque por desgracia estéril, en el fondo. No cambia nada. Nuestra acción mantiene el *statu quo* político, la ilusión de un enfrentamiento de ideas con el poder. Pero el *statu quo* siempre beneficia al poder. Hay que ir más lejos. Hay que hacer más.

—BMS debe transformarse y estructurarse en partido político, ¿a eso lo llamas tú ir más lejos? ¿Entrar en el ruedo y ensuciarse, en lugar de jugar a los centinelas democráticos inmaculados?

—No, no es eso lo que quiero decir. El juego político siempre acaba por someterte a sus reglas. Es una muela, nosotros

somos granos, y los granos nunca cambiarán la muela, que continuará moliéndolos y pulverizándolos. Transformar las cosas desde dentro es una ilusión. Dentro, quienes nos transformamos somos nosotros. No las prácticas políticas. No las cosas. Las cosas nunca cambian. No así, en cualquier caso.

—¿Entonces cómo? ¿Tienes alguna otra propuesta?

Dijo que sí, pero se desdijo enseguida, como si su propuesta necesitara madurarse:

—No... No estoy seguro. No lo sé. Busco una tercera vía. Lo que ha pasado en los últimos días me convence de que hay que hacer otra cosa. Manifestarse, batirse contra la policía, aguantar las porras y el gas lacrimógeno, gritar, apedrear la Asamblea Nacional, el palacio de justicia o el de la República, vociferar el nombre de Fatima Diop con los ojos llorosos al sol, vale. ¿Pero después? ¿Y después?

No se me ocurrió qué responderle. Tras un momento de silencio, Chérif acabó por retomar la palabra:

—En fin... Háblame de ti, *Miñelam*. ¿Qué haces aquí exactamente? ¿Investigas para un nuevo libro?

—Sí, en cierto modo.

—Espero encontrarte más en este nuevo libro. Lo que le reprocho a BMS vale también para los escritores. Tienen que hacer más. No digo que la literatura no sirva para nada. Yo no seré escritor jamás porque le tengo un temor y una devoción sagrados a la literatura. Te digo que mejor no escribir si no tienes, como mínimo, la ambición de hacer temblar el alma de una persona. No me vuelvas a escribir un libro como *Anatomía del vacío*. Te lo suplico. Ese libro solo se dirigía a ti. Tú vales más que eso. Debes hacer mucho más que eso. Escribenos un gran libro, *Miñelam*. Un gran libro político.

Sonreí. No era una sorpresa: Chérif ya me había soltado aquel discurso tras la publicación de *Anatomía del vacío*. Me había reprochado que abandonase las cuestiones sociales en favor de preocupaciones egocéntricas. No me había dirigido aquella crítica como esos imbéciles que se creen más en el

suceso de la realidad, en la verdadera vida, en cosas concretas. No: me lo dijo con el desconcierto sincero de un hombre que ya no reconoce a un amigo.

Es verdad que en su momento compartimos ideales similares. Incluso puedo decir que, de los dos, yo era el más radical. Pero nadie queda intacto. ¿Acaso sería eso deseable? La fidelidad a un yo osificado a través del tiempo solo es una quimera; se me antoja una ceguera de la que se ríe la vida: la vida, su imprevisible movimiento, sus incertidumbres, sus circunstancias que, a veces, embrollan valores y principios que creíamos o fingíamos creer inmutables.

A veces oigo decir que tenemos que seguir siendo fieles al niño que fuimos. Esa es la ambición más inútil o funesta que se pueda tener en este mundo. Ese es un consejo que no pienso dar jamás. El niño que fuimos siempre echará una mirada despreciativa o cruel al adulto en el que nos hemos convertido, incluso en el caso de que el adulto haya cumplido su sueño. Eso no significa que la edad adulta esté fijada o amañada por defecto. Simplemente, nada se corresponde nunca con un ideal o con un sueño de infancia vivido en su cándida intensidad. Convertirse en adulto siempre supone una infidelidad a nuestra tierna infancia. Pero ahí reside toda la belleza de la infancia: existe para ser traicionada, y esta traición es el nacimiento de la nostalgia, el único sentimiento que deja abierta la puerta, al final de la vida, a recuperar la pureza juvenil.

Chérif no estaba convencido. No me hablaba de la infancia, sino de los dieciocho. Admitía que los sufrimientos de la vida nos transforman, pero no comprendía que nos pudiésemos apartar de la miseria. Esta preocupación era para él una constante de la conciencia. No consideraba que entrase en conflicto con la creación de bellas obras de arte. A Chérif le costaba más concebir mi «metamorfosis» por haberme conocido en una época en la que la más mínima expresión de miseria o injusticia me sublevaba. El *Miñelam* que había conocido, politizado hasta la médula, había cambiado tan rápido, tan brutalmente...

—Lo intentaré —le respondí—. Una gran novela política.

Luego hablamos de temas más agradables, por lo menos en apariencia: de libros, de mujeres, de viajes, de nuestros recuerdos tragicómicos de la escuela militar; pero yo notaba claramente que Chérif no conseguía abandonarse a la levedad. El fondo de sus ojos contradecía simultáneamente sus sonrisas, cuando intentaba esbozarlas. Poco antes de medianoche pregunté el camino. Me acompañó a mi coche de nuevo.

—¿Conocías a Fatima Diop? —le pregunté entonces. Se ve que militaba para BMS.

—Sí.

Antes de aquel sí transcurrieron cinco o seis segundos. Comprendí por intuición que habían gestado o reabierto en Chérif un abismo de recuerdos y de sufrimiento. Su voz, que jamás temblaba, había vacilado. Le dije que lo sentía y que ojalá lo hubiésemos hablado. Me dio las gracias y me aseguró que no importaba. Luego, el silencio y la oscuridad y el dédalo y la arena de las calles.

—Esa chica tenía alma —añadió de pronto cuando llegábamos al coche—. Un alma magnífica. La tuve de alumna de filo en la UCAD, antes de frecuentarla en BMS, y después en privado. La conocía bien. Y por eso me siento incapaz de ir a la marcha del 14 de septiembre.

Me entraron ganas de abrazar a mi amigo, pero un pudor natural me retuvo: no teníamos costumbre de demostrarnos nuestro afecto o nuestro consuelo así, me habría dicho que *realmente* había cambiado, de modo que me limité a repetir que lo sentía. Me respondió que él también. Le aconsejé que descansase. Prometió hacerlo. Nos dimos las buenas noches y me fui. Conduje unos segundos antes de echar un vistazo por el retrovisor. Chérif no se había movido, y yo sabía que no era a mí a quien miraba alejarse, sino a Fatima Diop. Pensé: a lo mejor un día me cuenta su historia con ella, me gustaría que me la contase algún día, incluso aunque acabe mal.

Salí de Liberté 6 y torcí al oeste para incorporarme a la VDN. Dirección Médina. Aquella noche, Aïdaville, capital de las sublevaciones del placer y de los éxtasis materiales me

llamaba de nuevo, y aquella llamada imperiosa se dirigía a mis
cimientos más lejanos, a la parte incondicional de mi deseo.

*Entonces hasta la noche, poeta del desierto, vuelve a
demostrármelo todo –me había dicho ella después de mi
respuesta a su SMS de la mañana–: Lo único que quiero, de
momento, es que sigamos nuestro deseo, y yo tengo un deseo
de ti ininterrumpido, un deseo que lleva durando un año y que
quiero saciar cada noche. También tengo sed de tu piel
continuamente. Hace un año que camino por el desierto y no
me basta con refrescarme con tu piel una sola noche. Todos
mis sentidos te reconocen, pero reconocer no basta: todavía
hay que demostrar que reconocemos. Sigo queriendo
demostrártelo, aunque me hayas creído.*

Día 2

Aquella mañana, por culpa de las tensiones y violencias que nos temíamos el 14 de septiembre, el periódico más leído del país había planteado la pregunta fatídica con un: *¿Qué hacer?*

Los guías de las diferentes comunidades religiosas llamaron a la calma. Dijeron que los senegaleses eran una comunidad de creyentes unidos por su fe en el mismo Dios. El país debía rezar por Fatima Diop y su familia. Lo que había que hacer por encima de todo era firmar la paz.

Para los miembros de la mayoría presidencial, el suicidio de Fatima Diop no debía politizarse ni instrumentalizarse. Se trataba de un drama humano que apelaba no a la cólera, sino a la responsabilidad. Lo que había que hacer en adelante era reanudar el diálogo y permanecer unidos a pesar de las divergencias políticas.

La oposición política profesional reiteró que el gobierno debía escuchar el clamor del pueblo y asumir responsabilidades. El presidente debía dimitir y organizar nuevas elecciones. Lo que había que hacer, por lo tanto y a cualquier precio, era política pura y dura.

A través de los medios, los ciudadanos honrados dudaron. Querían la paz, pero ¿la paz les daba de comer? ¿No era preferible una crisis de donde pudiera surgir más dignidad y justicia social, antes que una paz artificial que mantenía en su condición a los más desfavorecidos? Atrapado en este dilema trágico, el pueblo se preguntaba en voz alta. Lo que había que hacer era consultarlo con la almohada.

Para los líderes de BMS, no había nada que dudar. El 14 de septiembre debía ser la primera página de una nueva historia. No escribirla sería traicionar la memoria de Fatima Diop. *¿Qué hacer?* Lenin, en 1902, había publicado un tratado político cuyo título era esta pregunta tan simple. Su respuesta era igual de simple, y los Intransigentes la retomaron: para un auténtico revolucionario, lo que había que hacer era la revolución.

Y en mi opinión, como escritor, como joven escritor prometedor, uno de los supuestos augures del porvenir literario de la augusta patria, ¿qué había que hacer? Un internauta, militante radical de BMS, me había interpelado en mi página de Facebook. *¿Qué piensas tú de todo esto? ¿Qué hacen los escritores? ¡Tú eres la voz de los sin-voz! ¿A qué se debe tu silencio? ¡No nos traiciones! Los blancos hablan de ti en Francia. Pero tú, ¿qué dices tú por tu país?*

Estuve tentado de dar varias respuestas. *No te preocupes de lo que yo digo y habla por ti, compañero.* Borré. *¿Pueden reunirse todos los sin-voz en una sola voz?* Volví a borrar. *Cállate.* Lo quité. No me sentía legitimado para hablar por nadie. Mis propias palabras ya eran demasiado pesadas para mí, y mi estatus incierto de escritor no iba a cambiar nada. El tiempo de guías, visionarios, profetas, magos, pitias y otros hugolianismos sublimes ha pasado. No podemos seguir indicando el camino a seguir, sino seguir a personas anónimas en sus empresas y seguirlas hasta el final, es decir, hasta el fondo de su alma, o de la propia.

Tras una larga vacilación, renuncié a reaccionar a su mensaje. Me volvió a escribir en privado para decirme que era un ejemplo para muchos jóvenes y que me necesitaban, necesitaban mi palabra, mi compromiso. Ya no respondí nada más. Volvió entonces a mi página pública y escribió de nuevo debajo de su primer mensaje y en mayúsculas lo siguiente: *Te voy a decir por qué nunca serás reconocido aquí: nos miras por encima del hombro. Los blancos pueden alabarte todo lo que quieran, darte todos los premios que quieran, hablar de ti en sus grandes periódicos, pero aquí no eres nada. Cero. Y, cuando no eres nadie en tu casa, no eres nadie en ningún sitio. Eres un alienado, un negro vendido. Nunca le llegarás ni a la suela del zapato a...* Enumeró los nombres de siete u ocho intelectuales y escritores a los que consideraba como las dignas conciencias del pueblo.

Likeé su comentario y fingí una ironía bien altanera. Pero en el fondo me sentí herido. Me maldije por darle importancia a todo aquello. Y pensar que pocos días antes estaba en

compañía de Siga D. (mi fiscal, que sin duda no la había leído jamás, la había citado en su lista de escritores ejemplares), cuya obra reposaba sobre la traición, incluso en el asesinato del «nosotros», del país natal, de la cultura de los orígenes, de las expectativas de los «suyos», de la pertenencia. Ese era el precio de su obra. Intenté imaginarme a Elimane en mi lugar. ¿Qué le habría respondido a aquel tipo?

La poeta haitiana, cuando le pregunté si había interrogado a Elimane por los motivos de su presencia en Argentina, me contestó: Y tanto, Corazón. Y tanto que acabé por preguntarle qué lo había traído a Argentina y qué lo retenía allí. No reuní el valor para hacerlo hasta un año después. Cuando le planteé la pregunta, a diferencia de lo que me había dicho Gombrowicz que pasaría, Elimane no se enfadó. Pero la impasibilidad mineral que cubrió su rostro en aquel momento me aterrorizó más que una cólera evidente. Me clavó la mirada. Unas perlas de sudor brillaban en su frente, algunas le cayeron en las pestañas. Diecisiete segundos –los conté mentalmente gracias al ruidoso segundero del reloj colgado sobre su cama–, diecisiete segundos pasaron en completo silencio, luego dijo: Ya empezamos otra vez. Creía que sabías por qué, pero se ve que no. ¿No se lo preguntas a Sabato y a Gombrowicz durante mis ausencias, o simplemente cuando los ves sin mí?

Era principios del año 1964, una noche de finales de enero o principios de febrero. Recuerdo que había hecho mucho calor durante el día. Nos lo habíamos pasado en el pequeño estudio donde vivía, con las persianas echadas para conservar un poco de frescor a la espera de la tarde. Cuando por fin llegó y la temperatura bajó un poco, abrimos la única ventana de la habitación. El aire era más soportable, pero no soplaba ninguna brisa. La suavidad seguía suspendida en el cielo, incapaz de caer gracias a una capa invisible y espesa de humedad que lo recubría todo y calaba la ropa hasta la piel. Hacía cinco años que nos veíamos y solo aquella noche me había atrevido a hacerle la pregunta que me quemaba en la

boca desde que lo volví a ver, tras nuestro careo en el salón de mis padres.

Su respuesta, a decir verdad, no me sorprendió. Sabía, antes de hacerle la pregunta, que me plantearía otra pregunta. Era su especialidad; después de tantos años, empezaba a conocerlo. ¿Recuerdas que después del incidente en casa de mis padres, en 1958, se había pasado varios meses viajando por el continente sudamericano? Volvió a Buenos Aires en agosto de 1959. La primera noche que cenó con Sabato y Gombrowicz, estos me invitaron. Así que volví a verlo por primera vez desde nuestro encontronazo en casa de mis padres. Pero a diferencia de aquella noche donde había desafiado su silencio en un arrebató de rebeldía e insolencia, la noche de nuestro reencuentro estaba aterrorizada. Sin embargo, vi enseguida que no pretendía intimidarme. Incluso me pareció amable, casi tierno. Estaba solo con sus únicos amigos y, a pesar de que tampoco estuvo muy parlanchín, dijo en unos pocos minutos más palabras de las que le había oído pronunciar a lo largo de todas sus participaciones en las veladas artísticas de mis padres. A lo mejor era eso lo que me aterrorizaba: se me aparecía como no lo había visto nunca, un hombre nuevo.

Fue a partir de aquella época, los albores de los años sesenta, cuando comencé a verlo más. Al principio, siempre en compañía de Sabato y Gombrowicz, en cafeterías, o en casa de uno de ellos. También nos veíamos en casa de otros artistas, poetas, mecenas de Buenos Aires. Mis padres ya no continuaban con su salón, pero salones no escaseaban en la ciudad por la época. El de Victoria y Silvina Ocampo era popular. Te cruzabas con Borges, Mallea, Bioy y el resto de las figuras literarias argentinas que gravitaban alrededor de la revista *Sur*; pero también te cruzabas, a veces, con intelectuales y escritores de Europa como Roger Caillois o Aldous Huxley. Elimane se pasaba a veces. Pero, al igual que sus dos amigos, prefería las reuniones más reducidas, de menos relumbrón. Le gustaba sentarse, en verano, en los cafés porteños, de espalda a los grandes ventiladores que por entonces se acostumbraba colocar en esos sitios. Le gustaba el

aire revuelto dándole en la nuca y los hombros. Bebía escuchando tangos, sobre todo los tangos de Gardel, o conversaciones cotidianas, debates políticos, discusiones futbolísticas o pugilísticas cuyo tumulto acababa deslizándose con indolencia sobre el estuario. No sabíamos si estaba triste o feliz en aquellos momentos. Pero parecía tranquilo, por lo menos.

Hicieron falta muchos meses para que dejase de intimidarme tanto; tres años para verlo a solas. Mientras, a intervalos regulares, se ausentaba, a veces unos cuantos días, otras veces varias semanas, para sus misteriosos viajes a través de Latinoamérica. Sin embargo, cada vez que estaba allí, ardía en deseos de verlo, de hablar con él, de escucharlo, aun cuando rara vez pronunciaba palabra. Se habría dicho que contaba cada una de sus palabras, o que las descontaba; que cada frase tuviese un precio y solo la dijera una vez debidamente sopesada. Igual que sus acólitos antes, se convirtió en una especie de padrino literario para mí. Haber sido iniciada, leída, corregida, criticada, desanimada, animada en mi vocación poética por Sabato, Gombrowicz y Elimane sigue siendo el mayor orgullo de mi vida, Corazón. Tuve maestros.

Ya te hablé de Gombrowicz y Sabato, de sus respectivos caracteres, del estilo de uno y otro. Supongo que debo intentar hablarte de Elimane, aun cuando sea la cosa más difícil del mundo.

Alquilaba un espartano apartamento amueblado de dos habitaciones en el barrio de Barracas. Era un apartamento miserable, como todos los de ese barrio. La primera vez que me invitó me dijo que era la primera persona que entraba allí. Ni Gombrowicz ni Sabato habían ido nunca, cosa que me confirmaron luego cuando les pregunté. Eso fue porque en 1963 habíamos tenido más relación durante unos meses que estuvimos solos, me refiero a sin nuestros dos amigos. Invitado por una rica y prestigiosa fundación, Gombrowicz había vuelto a Europa, a Berlín, por primera vez desde 1939. Sabato, por su parte, hizo un viaje por algunas regiones de

Latinoamérica, donde se había hecho famoso gracias a la publicación de *Sobre héroes y tumbas*, su obra cumbre.

En su ausencia, Elimane y yo nos vimos más a menudo. Yo iba a la universidad durante el día y quedaba con él por la tarde en algún café. Charlábamos de literatura. Le hacía muy pocas preguntas sobre su vida personal y su pasado; era como un pacto entre ambos; y sin embargo, cuanto más lo conocía, mayor era la sensación de que no llegaría a conocerlo nunca realmente si no me daba la clave de su pasado y de su venida a Argentina, que cada vez me tenía más intrigada. Pero ignoraba cómo atravesar el hielo (o el foso lleno de caimanes) que separaba de su historia cualquier mirada externa. Podía mostrarse encantador, y conmigo lo era siempre, de hecho; pero comprendí muy pronto que aquella amabilidad tenía un precio. Pese a ser accesible, seguía siendo inalcanzable. Había intentado varias veces hacer que me contase algún fragmento de su vida pasada, pero con tanta torpeza que me pillaba antes de plantear cualquier pregunta.

La única grieta en su fortaleza la abrió él mismo una noche en que me preguntó si quería ver dónde vivía. Fue la primera vez que fui a su casa; la primera vez, también, que me dejó leer *El laberinto de lo inhumano*, que en Argentina solo Gombrowicz y Sabato habían leído. Me senté en su cama mientras él leía y corregía los últimos poemas que había escrito yo, y empecé *El laberinto de lo inhumano*. Encima de su cama, el reloj parecía agonizar con cada movimiento de sus agujas. Cada segundo que transcurría le arrancaba un estertor. Pero aquella noche, ni siquiera el asma del péndulo fue capaz de despegarme de las páginas del *Laberinto*. Era un libro extraordinario, a pesar de todo lo que luego me contó Elimane sobre él, sobre el tema de los plagios y de lo que le habían supuesto en Francia. Sí, me lo contó todo. Los plagios –por otra parte, yo no los consideraba realmente plagios– no tenían mucha importancia, ya que tejían una gran obra. Esa ha sido siempre mi postura sobre la cuestión. Aquella noche, la primera noche que pasé en casa de Elimane, lo interrogué por extenso acerca de *El laberinto de lo inhumano* y la acogida

que recibió en Francia. Me contestó con mesura, reservándose lo que consideraba que debía quedar en la sombra. Pero por lo menos averigüé un poco sobre su pasado. No fue ni una confesión ni un lamento: Elimane me contó aquella parte de su vida con pudor, sin afectación, aun cuando era evidente que le seguía doliendo. En dos o tres momentos, el silencio que se hacía o un temblor en la voz traicionaron una emoción aún viva, mezclada con cólera, vergüenza y amargura.

Al final de la noche, antes de sumirme en el sueño a su lado, comprendí: Elimane había puesto en mis manos las razones de su presencia, calmando así las preguntas que adivinaba en mí a este respecto. Lo deduje sola: había venido a Argentina para recuperarse de la amarga experiencia que fue su fracaso en el ambiente literario francés. O bien para olvidar. Era una explicación satisfactoria: atañía al amor propio, al orgullo, a la autoestima, a la dignidad; atañía a un conjunto de valores que, al verse ultrajados, podían hacer marcharse a un hombre. En el caso de Elimane, era tanto más convincente cuanto que el libro que le había valido la deshonra como hombre, pero también como escritor, era un gran libro. No me lo dijo, pero así lo entendí por aquella época: había venido a Argentina como quien se aleja en un gesto de amor propio herido. Creo, Corazón, que aquella noche me enamoré, no de él, sino de la herida permanente que era aquel hombre. Sí, eso es lo que era Elimane: una herida abierta de la que manaba sangre sin parar hacia dentro. Una hemorragia interna. Un géiser invertido. No quería ni curarlo ni salvarlo. Ni quería ni me sentía capaz tampoco. Sus sombras me habían seducido, sin más. Se convirtió, igual que Gombrowicz antes, en mi amante.

Durante unos meses no me volví a plantear la pregunta, ya que creía tener la respuesta, o una parte de la respuesta. Me contentaba con aprovechar los momentos con él, sus consejos, su experiencia. Él completó mi iniciación literaria y sexual, que Gombrowicz y Sabato habían emprendido.

A su regreso de Berlín, Gombrowicz nos anunció que volvía definitivamente a Europa. Se instalaba en Francia. Se organizó una pequeña fiesta a la que todos los amigos del maestro

polaco, jóvenes poetas de la ciudad en su mayor parte, acudieron para despedirse. Gombrowicz me pidió que durmiera con él una última vez antes de volverse. Es decir, antes de morir, dijo. Acepté; hicimos el amor durante toda la noche (¡qué guarro, lascivo, bromista y dulce llegaba a ser en la cama!), luego, de una manera bastante extraña, mientras tomábamos un café en su cocina a la mañana siguiente, quiso saber si le había preguntado a Elimane la razón de su presencia allí. Me asombró, porque él mismo, Gombrowicz, me había desaconsejado que lo hiciese. Le señalé aquella contradicción.

—Te sigo desaconsejando que le preguntes por qué está aquí —dijo, con su habitual gusto por llevar la contraria—. Pero te aconsejo también que le exijas la verdad. No cedas. No creo que sea el escándalo del plagio en su novela lo que lo trajo aquí. Ese no es el único motivo, por lo menos. Hay otra cosa.

—¿Eso piensas?

—¿Pensar? ¡Qué horror! No, yo no pienso: yo siento.

Eso es todo lo que se avino a decirme Gombrowicz. Acto seguido, se fue a Francia, donde conoció a la que sería su mujer, Rita, y se amaron. Su marcha afectó mucho a Sabato, a quien veíamos cada vez menos, mucho menos aún, porque había empezado a escribir la última obra de su extraordinaria trilogía novelesca. Así que, de nuevo, Elimane y yo nos veíamos a solas la mayor parte del tiempo, en las cafeterías y en su casa. Lo que me había dicho Gombrowicz la noche de nuestra despedida había reavivado la duda en mi espíritu. Elimane continuaba, de vez en cuando, ausentándose de Buenos Aires durante períodos más o menos largos. Estas ausencias repetidas, a propósito de las cuales no contaba nunca nada, acentuaron las preguntas que había vuelto a hacerme en cuanto a la verdadera razón de su presencia allí. ¿Adónde iba, realmente? ¿Qué hacía? ¿Qué era lo que vivía en el centro de su laberinto? No lo conocía. Ni siquiera Sabato, que era su amigo más antiguo en Buenos Aires, sabía nada de su vida privada.

Algunos días consideraba inútil mi preocupación. ¿Tan

importante era descubrir los secretos de un individuo al que amamos? ¿No lo amamos precisamente por lo que alimenta nuestra curiosidad? Lo que nos une a este ¿no es más importante que lo que creemos que oculta? Lo que me unía a Elimane era, por encima incluso del deseo y del amor, la literatura. Me convencía de ello cada vez que hablábamos. Pero este sentimiento no era duradero; cuando Elimane volvía al misterio de su vida secreta, mis sospechas se reanudaban y me corroían. Y entonces resonaban de nuevo las últimas palabras de Gombrowicz. Otra cosa...

No soportaba aquellas dudas. Echaban a perder mi relación con Elimane. Lo admiraba tanto como lo detestaba por haber trazado a su alrededor un círculo de fuego. De modo que una noche, cuando acababa de volver de un viaje de cuatro días a Uruguay, crucé la línea y me expuse a las llamas. Me lancé y le pregunté qué hacía realmente en Argentina desde hacía tanto tiempo. Ya sabes la respuesta:

—Ya empezamos otra vez. Creía que sabías por qué, pero se ve que no. ¿No se lo preguntas a Sabato y a Gombrowicz cuando los ves durante mis ausencias?

—Sí —le dije yo—. Pero Gombrowicz me dijo que no lo sabía, que no le interesaba y que, por otra parte, debía evitar hacerte esta pregunta para que no te enfadases.

—No me sorprende que dijera eso. Aunque también estoy seguro de que, conociéndolo, te ha animado a no conformarte con mis respuestas.

—Lo conoces bien.

—¿Y Sabato?

—Ernesto me contestó a la vez lo contrario que Gombrowicz y lo mismo que Gombrowicz: me dijo que debía hacerte la pregunta directamente a ti si quería saber.

—No me sorprende tampoco de él.

—Quiero saber. ¿Por qué te fuiste de Francia *realmente* para venir a vivir a Argentina?

—¿Estás segura de querer saberlo *realmente*?

—Sí. ¿Por qué nunca hablas de ello? ¿Es que huyes de algo o de alguien?

Elimane me observó con una gran intensidad —tuve de nuevo la impresión de estar frente a un muro— antes de responderme con calma:

—No huyo de nada. Estoy buscando a alguien.

Aunque me pilló desprevenida (no pensaba que fuese a responderme) encadené otras preguntas sin darle respiro, con la esperanza de que mi espontaneidad lo sorprendiese y prolongase el diálogo:

—¿Tus ausencias y viajes por el continente van unidos a esa persona?

—Sí.

—¿No la has encontrado en todos estos años?

—No.

—¿Quién es esa persona?

Sabía que esta vez Elimane no contestaría, pero quería ver la expresión de sus ojos, de toda su cara, en el momento en que se lo preguntase.

—¿Es una mujer?

Me miró fijamente y yo fui incapaz de descifrar nada en sus rasgos.

—¿Qué te prometió? ¿O qué te robó?

Él calló, impasible.

—A lo mejor me equivoco y no es una mujer, sino un miembro de tu familia. ¿Es tu hermano? ¿Tu hijo? ¿O tu padre, quizá?

Su rostro siguió cerrado y la llave en el fondo del río. Se levantó de la cama y fue hacia la ventana, ya abierta. Encendió un cigarrillo, se acodó en el borde del marco y fumó en silencio mirando algo fuera, o sin mirar nada en absoluto,

solamente la noche. Pero puede que también cerrase los ojos. Era tan alto que su cuerpo, así encorvado, tenía un punto de ridículo, algo de albatros, el famosísimo albatros al que le molestan sus propias alas. Pero sentía su fuerza: en la longitud de su espalda pegada a la camisa veía todo el daño que podía hacer si no se controlaba en un momento dado. Si no desplegaba las alas, si las mantenía apretujadas contra su alma, era porque su envergadura habría llenado la habitación, volcado los objetos, creado un desequilibrio, una falla en la que podría haber caído la habitación entera sin esperanzas de volver ni de reventar en un fondo. Podría haberle tocado algún órgano vital o destripar la noche misma sin querer. Él era consciente y, en cierto modo, también yo. No podía ceder, contarle todo, abandonarse a sus pensamientos en una confesión. Guardando sus secretos, vivía y mantenía con vida a los demás.

Sus anchos hombros ocupaban casi todo el marco de la ventana. Fuera se oía el griterío de los chavales jugando a la pelota en las calles, los chutes, los *potreros* de Barracas. Se sucedían partidos sin parar, incluso en plena noche, apasionados, temibles, violentos, sin otro objetivo que el honor, que en esa edad es el más serio, quizá el único objetivo, aparte del trofeo ocasional de dos botes de leche que los niños habían comprado mediante colecta. Del apartamento de arriba, cuya ventana debía de estar abierta, entró en el cuarto de Elimane la melodía de un tango. Escuchamos fragmentos de palabras entre dos oleadas de gritos de niños excitados por su partido de fútbol. Aunque tampoco hacía falta escuchar con claridad para saber que la canción, como en todos los tangos auténticos, hablaba de la soledad de las grandes profundidades humanas, de la imposibilidad de retener y aún menos de recuperar a los seres amados, de los momentos de inocencia y de felicidad, de las pruebas de la verdadera belleza borradas. También veíamos desde la ventana la silueta del estadio de la Bombonera. En caso de haber partido, habríamos oído los clamores enloquecidos y los cantos de amor de los hinchas del Boca.

Traté de sacarle una confesión por última vez:

—¿Qué quieres de esa persona?

Ignoro cuál fue la expresión de su cara, Corazón, solo le veía la espalda. No le vi los ojos. Pero su cuerpo, en todo caso, conservó una inmovilidad marmórea; y durante un segundo — un segundo, nada más, un solo segundo— tuve la certeza y la sensación física de que todo se había fijado a nuestro alrededor: las agujas del reloj de pared, la trayectoria del balón en la calle, el tango en mitad de un verso, la sangre en mis venas y hasta el humo del cigarrillo de Elimane había parecido quedar suspendido en la noche a su alrededor. Un solo segundo, no fuera del tiempo sino *bajo* el tiempo, y acto seguido todo recuperó su curso banal. Elimane se quedó un buen rato en la ventana. Se fumó un segundo cigarrillo. Luego se volvió hacia mí.

Comprendí al verlo que no solo no me respondería nada más sobre el tema, sino que en el futuro no tendría valor para volver a preguntarle por su pasado. Sonrió como no había visto ni he visto sonreír nunca más un rostro humano. El reloj ruidoso expectoró las diez de la noche por sus pulmones destrozados. Elimane seguía con aquella sonrisa horrenda en los labios y yo me sentía incapaz de hacer el más mínimo movimiento, congelada, a pesar del calor ambiente. Me sentí profundamente aliviada cuando la sonrisa se borró de su cara.

—Vamos a cenar —dijo—. Tengo hambre. Conozco unos cuantos restaurantes abiertos todavía cerca de los muelles. A lo mejor viene brisa del Río de la Plata. Sueño con un viento suave y fresco. El envoltorio humano es tan pesado... Me habría gustado ser aire; ser, para siempre, un viento ligero y agradable, planeando con gracia por encima de las cosas y de los seres.

Día 1

No hay calma antes de la tormenta.

Ayer por la noche, mientras hacíamos el amor, miré en el interior de una gotita que se deslizaba a lo largo del cuerpo de Aïda. Yo estaba debajo. Buscaba su cara, pero su postura me la tapaba. La energía de la cabalgata tensaba con brutalidad su pecho y veía con nitidez el arco sensual de su espalda. Su larga melena me azotaba los muslos y le acariciaba el nacimiento de las nalgas, la parte baja de la espalda. En esta tensión veía sus costillas, los pliegues del abdomen, el dibujo de la caja torácica, las dos cúpulas de sus pechos. Entre aquellas dos dunas de carne, su mentón se adelantaba como una pequeña pirámide. Ahí, en la punta de la barbilla, apareció la gota.

Resbaló lentamente y pareció enseguida una pequeña estalactita adherida a la pared del mentón. Esperé con ansiedad a que cayese. Un movimiento más intenso de las caderas de Aïda la hizo precipitarse sobre su garganta e inició la odisea por su cuerpo. Cuando se internó entre los pechos empecé a distinguir en su interior, como en la bola de una vidente, confusas visiones. Un hombre seguía a una mujer en una calle solitaria; y el hombre la llamaba, pero la mujer no se daba la vuelta, sin que yo supiera si lo ignoraba o no lo oía.

La gota dejó atrás el plexo. Vi al hombre correr, lentamente primero, cada vez más rápido luego, hacia la mujer. El hombre, mientras corría, sin dejar de gritar, en medio de la calle en silencio, el nombre de la silueta que no parecía oírlo o decidirse a responder, se echó a llorar, y esta escena era tan desesperada, me puse tan triste, que por un instante creí que iba a echarme a llorar también, y habría llorado sin duda si no me hubiese despabilado y contenido.

Ahora llegaba al ombligo después de atravesar la gota un bosque de lunares en el abdomen de Aïda, cuyos movimientos se hicieron más pacientes, largos, precisos, vitales, cosa que, como sabía, en ella siempre anunciaba el orgasmo. Noté los lentos espasmos de su sexo alrededor de mi pene, la crecida que iba en aumento en su interior, y la estrella blanca que

pronto iba a explotarle dentro y salpicar el universo hasta sus últimos confines. En la gota, en la calle, la mujer se dio por fin la vuelta, y tenía una cara hermosa, aunque parecía sorprendida al ver a aquel hombre que corría tras ella gritando su nombre. El hombre llegaba casi hasta la mujer. Pero en lugar de aminorar la marcha para detenerse, continuó corriendo y gritando el nombre de una mujer.

La gota pasó muy cerca del borde del pozo del ombligo pero no cayó. Resbaló hacia el pubis. Aïda se inclinó hacia delante y llevó su cabeza cerca de mi cara, que quedó tapada por la masa oscura de su melena. Su cuerpo se crispó en una contracción bestial, aplastó su frente contra la mía, sus manos se entrelazaron tras mi nuca, la aferraron, y el grito que salió de ella en aquel instante, el grito que salió no de su garganta, no de su boca, no de su pecho ni de su vientre, sino de toda ella, iba acompañado de un silbido que me recordó que me estaba y siempre me estaría vedado entenderlo, que solo se me permitiría formar parte de su cortejo o de su sombra.

La cabeza de Aïda reposaba contra mi hombro, su cara pegada a mi mejilla. La habitación se acomodó a nosotros: me pareció que todo lo que había en ella buscaba cómo lograr una respiración más larga y serena. La mujer de la calle reanudó su camino. Delante de ella, el hombre seguía corriendo y persiguiendo y llamando a una mujer que solo él veía: su ilusión.

No hay calma antes de la tormenta. La auténtica tormenta se precede, es su propia emisaria; sopla sin estruendo, tan silenciosa como una gota que recorre un cuerpo de mujer tenso en pleno placer o dolor. Luego pasa, como todo pasa, en una ilusión de inmovilidad eterna. Nada ha sido destruido y, no obstante, nada más se inicia realmente.

Aïda me dijo que no estaría disponible al día siguiente, es decir, hoy. Tenía que preparar su cobertura de la gran marcha.

—Si vienes, igual nos vemos. Podemos quedar en algún sitio. En la plaza del obelisco, por ejemplo. La marcha partirá de allí. El obelisco está montado sobre una enorme base de

piedra. En esa piedra hay un león pintado. Podemos encontrarnos ahí el 14 a las diez, bajo el vientre del león.

Nos besamos. Volví a casa. Aquella mañana, al despertarme, le escribí:

Iré a manifestarme. Pero mañana no estaré bajo el vientre del león, Aída. Lo que estoy satisfaciendo no es mi deseo de ti, sino mi venganza. Lo que tomas por el deseo de un año no es más que el deseo de hacerte sufrir, de hacerte pagar por haberme abandonado. Ahora sé que he sufrido. Se acabó. He venido aquí a buscar al escritor que me enseñará lo que quiero ser. Es mi ilusión. Mejor dejarlo aquí, antes de que recupere otra ilusión: la de resucitar mi amor por ti, con lo que no haría otra cosa que destruir el recuerdo. Lo siento.

Me pasé todo el día esperando su respuesta, que no llegó.

Releí *El laberinto de lo inhumano* y el final del libro me hizo llorar por primera vez. Me lo sabía de memoria; lo había leído ya decenas de veces y siempre acababa muy emocionado; pero nunca, hasta aquella tarde, había llorado. Fuera todo estaba en calma. Era la calma que precede a la tormenta de mañana, la tormenta del 14 de septiembre, por fin.

A finales de junio de 1966 –le había dicho la poeta haitiana a Siga D., que, en su casa, en Ámsterdam, me lo contaba–, la Revolución argentina derrocó a Arturo Illia. El general Onganía tomó el poder e inauguró así una nueva dictadura militar. La universidad, los cafés, los bares, los cines, los clubes, las salas de conciertos: todos aquellos lugares sufrieron los primeros, y con la mayor dureza, la oleada moralista que el nuevo poder lanzó sobre el país. Evidentemente, a quienes los militares pretendían controlar era a la juventud. Por aquella época, con mis estudios recién terminados, había encontrado trabajo en el servicio jurídico de la editorial más grande de Buenos Aires. Por la noche iba a ayudar a un par de amigos de la universidad. Regentaban un pequeño cine independiente y yo les echaba una mano como acomodadora. Se proyectaban obras de vanguardia. Una noche, en 1967, pusimos *Blow-Up*, la película de Antonioni, adaptación de una novela de

Cortázar, que la juventud argentina leía mucho por entonces. Los militares, a los que un delator infiltrado había avisado, irrumpieron, detuvieron a varias personas (mis amigos, incluidos), cogieron todas las bobinas que encontraron y decretaron el cierre del pequeño cine. Aquella misma noche, entré en lucha abierta contra el poder militar.

Me detuvieron varias veces por llevar la cabeza rapada, cosa que la Junta consideraba (al igual que las faldas cortas) como un signo de depravación femenina. Me negué a llevar peluca. Durante dos años participé en reuniones políticas clandestinas. Organicé en persona algunas en lugares secretos. Pegaba carteles, arrancaba los del poder, firmaba peticiones, contribuía a revistas en lucha, distribuía octavillas, corrí con el miedo en el cuerpo para escapar de las patrullas, pasé algunas noches en la cárcel. Mis padres me sacaban siempre, pero no me prohibieron nunca que luchase. Mi madre había conocido la opresión política en Haití. Siempre me decía que esperar que una dictadura se vuelva menos violenta por no resistirse era una ilusión suicida además de una cobardía.

Por todas estas razones, cada vez fui viendo menos a Elimane. La situación política parecía dejarlo indiferente o peor, fastidiarlo. Lo único que le interesaba, lo único que le había interesado y obsesionado siempre, me dijo entonces, era encontrar a la persona que buscaba. Continuaba su búsqueda y se ausentaba siempre regularmente de Buenos Aires. De pronto se me antojó egoísta, casi cobarde. Lo que le importaba no era ni el amor ni la amistad (¿acaso había considerado amigos a Sabato y a Gombrowicz?). Solo le importaban sus secretos. Todo lo demás, yo incluida, no era más que un decorado endeble y artificial que podía modular, desplazar, levantar a su antojo, como en el escenario de un teatro.

Ni siquiera servíamos, me decía yo, para suavizar o aplacar su soledad. Al contrario, le permitíamos hundirse más en ella, en aquella soledad que amaba. Solo nos veía para medir hasta qué punto le encantaba. Éramos los segundones de su soledad. Nos utilizaba para recordarse (y para enseñarnos) que no nos necesitaba. Eso era lo que pensaba yo por entonces.

Se lo dije, por ser sincera. Me respondió que me entendía. Así que dejé de frecuentarlo. Entre febrero de 1968 y septiembre de 1969 solo me lo crucé una vez, por casualidad, en la calle. Me había hecho un gesto con la mano. Fingí que no lo veía. Aquella noche, cuando volví a pensar en ello, me dije en un principio que había hecho bien; pero aquel convencimiento se fue modificando poco a poco y se convirtió en un remordimiento, y después en un intenso pesar. Todavía hoy sigo pensando en ello, Corazón, y el dolor de haberlo ignorado sigue ahí.

La lucha política continuó. Hubo violencia pero la lucha continuó; desfiguraciones, mutilaciones, torturas, pero continuó. Hubo muertos. Seguimos luchando. El año 1968 constituyó para mí, como para muchos jóvenes en todas partes del mundo, mi educación política.

Sin embargo, a partir de mayo de 1969, cuando las revueltas cogieron fuerza y la dictadura mostró los primeros signos de vacilación, empecé a sentirme menos cautivada por los acontecimientos. Una súbita fatiga me había apagado precisamente en el momento en que debía ser más combativa. Un viento de revolución empezaba a soplar, los que habían luchado en los últimos años encontraron en aquel arrebato popular un motivo de esperanza, el Cordobazo había mostrado de manera espectacular y violenta la resistencia de los humillados, y yo debilitándome. Me quedé encerrada en casa, sin hacer nada. Seguí las manifestaciones, las acompañé con el corazón, pero ya no volví a participar en ellas. No se me habían pasado las ganas de luchar; era solo que faltaba un ingrediente que había tenido y que ya no tenía. Pero ignoraba cuál.

Me enemisté con la mayoría de mis camaradas de lucha, que me acusaron de deserción. Me acusaron de haber luchado junto a ellos solo para expiar la culpabilidad de mi origen burgués. Algunos me remitieron a la condición de mi padre. «Viniendo de la hija de un diplomático americano, una traición como la tuya no es ninguna sorpresa. Hasta podemos preguntarnos cómo ha tardado tanto en llegar.» Solo conservé

mi amistad con la pareja que tenía el cine de vanguardia. Pero habían tenido que abandonar Buenos Aires dos meses antes por temor a ser detenidos y torturados.

Una noche de septiembre de 1969, mientras preparaba la cena, Elimane llamó al timbre de mi casa, en el barrio Núñez. No me sorprendió verlo. Creo que incluso tuve la impresión, antes de abrir la puerta, de que iba a dar la bienvenida a un viejo conocido a quien había invitado. Llevaba una botella de vino. Lo miré sin decir nada durante unos segundos. Él tampoco dijo nada. No sé qué pensé yo. Quizá: es triste que no nos digamos nada, o: es bonito que no nos digamos nada, o, más probablemente: aquí estamos y no tiene nada que decir. Me aparté y entró. Una patrulla militar subía por la calle. Cerré la puerta. Cuando me di la vuelta, Elimane no se había movido, y era tan alto que la cabeza casi tocaba el techo del pasillo. Me adelanté y lo guie hacia el salón. Él me dio la botella: Tiene que airearse un poco.

Tuve la extraña impresión de que su voz era la misma, y sin embargo me pareció otra ya. Aquella sensación de que Elimane no había cambiado, pero que me resultaba desconocido también, iba a prolongarse durante toda la velada. Era la primera vez que entraba en aquel apartamento. Me había mudado en marzo o abril de 1969, poco después de dejar de verlo. Su mirada iba de la biblioteca a los cuadros colgados en las paredes, del tragaluz al piano, del televisor al aparador, de una cesta de frutas a una máscara que representaba al dios Legba. Dejé que terminase con su silenciosa inspección y le indiqué con un gesto uno de los sillones.

—No es Sabato el que me ha dicho dónde vives. Ha sido tu madre.

—Ya lo sospechaba —dije yo—. Ernesto todavía no ha venido nunca, aun sabiendo que ahora vivo en este barrio.

—¿Tú también lo ves menos?

—Sí.

No dijo nada y se sentó. Me instalé frente a él y lo observé

mejor. La sensación me volvió: físicamente seguía tal y como era en mis recuerdos. Pero algo inasible se había movido en su alma, un movimiento imperceptible, como si desplazasen unos centímetros el lugar de un jarrón o enderezasen unos grados un cuadro en la pared.

Le propuse que se quedase a cenar conmigo. Pasamos a la mesa con su vino. Me preguntó si seguía metida en la resistencia contra el régimen militar.

—Un poco menos.

—Creo que deberías descansar un poco. Te veo cansada.

No respondí. Él prosiguió:

—Creo que he encontrado a la persona que llevo buscando desde hace veinte años. Voy a verla. Después de ese viaje, todo estará cumplido, cumplido de verdad esta vez, y podré volver por fin. Ese será el último viaje, el gran regreso. He venido a decirte algo, a leerte unas páginas, a hacerte el amor si todavía me deseas, y a decirte...

—... adiós —murmuré yo—. Ya lo sé.

D

La respuesta de Aïda no llegó hasta la tarde del 14 de septiembre, tras los acontecimientos de la jornada. Yo estaba fumando en el patio del hospital cuando recibí su mensaje:

La venganza es un plato que no se come. O si se come, no se digiere. Es un plato que se vomita. Tú lo has vomitado. Espero que te sientas mejor. Ya te has vengado, Diégane. Me has devuelto la bofetada que te di hace más de un año, nada más. Estamos en paz. A partir de ahora, ya sé lo que nos espera: ver marcharse al otro cuando nos gustaría que se quedase. Un poco más. Para siempre. Volver a encontrarte me hizo entender que no te había perdido nunca, en realidad. En el fondo, insistente, estaba tu recuerdo. Y más que tu recuerdo, estaba la esperanza de que un día, quizá... Qué estúpida. Pero siempre somos estúpidos.

Todavía me quedaré tres días en Dakar. Quiero ver las consecuencias de esta jornada extraordinaria y prometedora. Espero que no lo fastidies todo intentando volver a verme. Espero que estés lejos, ya ilocalizable, siguiendo el rastro de ese escritor que te enseñará el camino de aquello en lo que quieres convertirte. Espero también que tengas la elegancia de no responder a este mensaje. De no explicarte. De no justificarte. Si lo haces, si caes en esa debilidad sentimental, el reconocimiento y la ternura que siento por ti en este instante, todo el amor que tengo por ti, se transformarán —y no te lo perdonaría nunca— en un profundo desprecio, ese sentimiento en sí despreciable, que ensucia tanto a la persona que lo profesa como a la que es objeto del mismo.

Creo que nunca he escrito una frase tan larga como la anterior. Es decir. Adiós.

Leí varias veces aquel mensaje en el patio mal iluminado del hospital. Transcurrieron varios minutos, intenté frenarme, pero no pude evitar escribir:

Conozco tu orgullo, Aïda. Eres de esos seres a los que el consuelo les recuerda que se encuentran en la posición de

recibirlo, como un veneno. Pero yo no quiero consolarte. Quiero, aunque tú no quieras, explicarme. No pretendo vengarme. Pretendo evitar hacerlo en un futuro. Nos salvo de la autodestrucción. Yo...

Todo lo que llevo refrenando desde hace un año quiere salir, Aïda. Quiero decirlo todo: cuánto te he echado de menos, cuánto he sufrido al acordarme de ti, cuánto yo, cuánto tú, cuánto nosotros, etcétera. De manera que quiero escribirte un gran relato, pero no sé por dónde empezar. Se amontonan las frases en la cabeza. Agoto todos los registros, todos los estilos, todos los tonos, todos los giros.

Pero tengo la impresión de que ninguna frase, ninguna palabra, acaba de dar en el clavo con lo que quiero decir. Me empeño y exijo otra cosa: más profundidad, precisión, justeza. Las palabras me esquivan, o se hacen esquivas: se hurtan a su propia verdad. Se agotan, se marchitan en la repetición de mi tiranía. Cada nueva tentativa aumenta un poco más la separación entre sus posibilidades reales y la realidad de la experiencia interior. Pero se traicionan más a ellas mismas que a mí. Las palabras se suicidan.

Y muy pronto, por agotamiento o por desesperación, pero quizá también por simple nostalgia de la navegación solitaria, dejo de aferrarme a ti y miro, desde mi bloque de tierra desamarrado que flota con lentitud hacia el corazón del océano, o una isla nueva, mientras se aleja tu orilla, o lo que tomaba por una orilla y que sin duda no era más que otro pedazo de tierra, un átomo en movimiento entre otros movimientos de átomos, y que se va, como yo me voy, hacia un rumbo sin coordenadas. No me vengo, Aïda. Intento proteger lo que...

Borré. Demasiado largo. Demasiado ridículo. Demasiado afectado. La verdad era que no tenía el corazón puesto en aquello. Aquella jornada me había vaciado todo deseo de hablar. Aïda tenía razón: había que callarse.

En aquel momento, Amadou, el hermano de Chérif Ngaidé, salió conmigo al patio del hospital. Era a él a quien había

avisado el primero. Era el único miembro de su familia con quien tenía contacto.

—Tiene para largos años de convalecencia y de reconstrucción. No volverá a ser nunca más el mismo. Pero está vivo. Gracias a ti. Toda la familia te da las gracias. Te tendré al corriente. Nadie se imaginaba que un hombre como Chérif pudiese...

Amadou no terminó la frase, pero la entendí. Me estrechó la mano antes de volver a entrar en el edificio. Aplasté mi cigarrillo contra una pared y escuché la ciudad. Estaba extrañamente silenciosa después de haber escupido fuego durante las últimas horas. Olía a metal caliente, alquitrán fundido y pólvora. Dakar trataba de respirar un poco de aire, después de que los gases lacrimógenos y las humaredas se lo impidieran durante todo el día. El 14 de septiembre había pasado. La afluencia había estado a la altura de las expectativas: cerca de medio millón de personas habían caminado sobre el pavimento de Dakar. Había habido choques en varios barrios, más de cien heridos graves, tres de los cuales se encontraban en coma, pero ningún muerto. BMS ya había llamado a bajar a la calle de nuevo al día siguiente, para hacer rendirse al gobierno definitivamente. Este parecía superado por la magnitud de los acontecimientos y había invitado a varios actores sociales y a los líderes de BMS a unas negociaciones aquella misma noche. Sería larga. Nadie sabía qué iba a salir de ahí.

Tuve suerte. Primero, suerte de leer el mensaje de Chérif en cuanto me lo envió. La suerte, luego, de que mi intuición fuese certera. Tuve unos segundos para decidirme. Y tuve la suerte de que el tiempo jugase a mi favor.

Aquella mañana, hacia las nueve, cuando me disponía a salir para manifestarme, Chérif me había escrito un largo mensaje de texto en mi privado de Facebook: *Al final voy a manifestarme hoy. Me manifestaré para expiar mi culpa, porque es culpa mía. Soy yo quien le hablé de ello. Estábamos en mi casa. Acabábamos de enterarnos por los informativos de que trescientos jóvenes senegaleses habían muerto en el*

mar intentando llegar a Europa en piraguas. Salir en aquellas condiciones, sabiendo que probablemente vas a morir: es un suicidio, dijo ella. Yo me encontraba en tal estado de furor ante los males y la incuria de nuestro personal político que me embarqué en un discurso irresponsable. Dije que, en un país como el nuestro, el suicidio era una modalidad de acción política horrible pero eficaz, eficaz por horrible, tal vez la única protesta aún audible para nuestros dirigentes. El suicidio a veces hace oscilar la historia: mira a Mohamed Bouazizi en Túnez en 2011, mira a Jan Palach en Checoslovaquia en el 69, mira a Thích Quảng Đức en Vietnam en el 63, por no hablar del mítico suicidio de mujeres de Nder, que prefirieron matarse prendiéndose fuego dentro de una cabaña antes que entregarse a los colonos. Todos aquellos suicidas que provocaron una consecuencia, golpearon los espíritus, tuvieron una significación política. Tal vez solo les queda eso a las poblaciones de nuestros países desesperados. Tal vez eso es lo que deberían hacer los jóvenes: suicidarse, ya que su vida no es vida...

Solté esta perorata un poco a la buena de Dios, dejándome llevar por la emoción; pero Fatima se la tomó en serio y no la olvidó. El día en que pasó a la acción, unos minutos antes, me llamó y me dijo que tenía razón: la tercera vía que buscábamos era aquella, la del sacrificio: no un sacrificio metafórico o parcial, sino un sacrificio concreto, consciente, consentido, absoluto: el sacrificio de la vida. No entendí lo que quería decir. No lo comprendí hasta que vi las imágenes de su muerte. ¿Y tú, tú lo entiendes, Miñelam? Soy yo. Indirecta o indirectamente, soy yo quien le inspiró o le sugirió aquel gesto. Fatima se suicidó por mi culpa, preocupándose de difundir en directo su inmolación en el fuego en las redes sociales. Un teléfono colocado en el sitio justo, el vídeo activado, y el horror. En los últimos días he intentado decirme que yo no era el responsable. Pero es demasiado duro. Veo a Fatima cada noche. Ya no duermo. Ya no puedo. Soy el responsable. Solo hay una manera de pagar. Hacer exactamente el mismo gesto. Adiós, hermano mío. Un día te convertirás en el escritor que debes ser. Lo sé. Lo espero.

Después de leer esto, me quedé clavado en el sitio, en casa, durante unos segundos. Acto seguido intenté llamar a Chérif, pero evidentemente no contestó. Entonces cogí el coche de mi padre y salí a toda pastilla hacia su apartamento, en Liberté 6. Se me ocurrió de inmediato que, con la cantidad de policías y de gente que habría ese día en las calles, Chérif no iba a intentar quemarse vivo delante de la Asamblea Nacional, como Fatima Diop, sino en su casa.

Debí de cometer un número incalculable de infracciones de tráfico. Aún no sé cómo no me llevé a nadie por delante. A dos kilómetros del lugar donde vivía Chérif, las multitudes que empezaban a reunirse para marchar hacia la plaza del obelisco se fueron haciendo demasiado densas como para continuar en coche. Lo aparqué de cualquier manera y continué mi camino corriendo, con el corazón a punto de estallar. Al llegar, más o menos diez minutos después, el portero del edificio no quiso dejarme entrar al principio, pero enseguida comprendió que no estaba de broma. Me abrió y me siguió en mi carrera por las escaleras. Chérif vivía en la tercera planta, pero desde la primera oí sus gritos, y noté el olor terrible de la carne quemada. Tuvimos que emplearnos los dos, el portero y yo, para echar la puerta abajo, mientras sus vecinos empezaban a salir, alertados por lo gritos, la humareda, el olor.

Chérif se revolcaba por el suelo, el cuerpo en llamas. Profería unos alaridos demenciales que yo no sabía que un humano pudiera sacar del pecho; alaridos que no solo expresaban un sufrimiento físico particular, sino la esencia pura del sufrimiento, lo que esta tiene de ilimitado, de ciego, de insensato y de la que Chérif no era, como en ciertos ritos de posesión o de trance, más que el médium convulso. Al cabo de unos segundos, los gritos expresaron tal horror que los separé del cuerpo de Chérif. Aquello no podía salir de él. No era él, sino el dolor mismo, lo que oíamos gritar; el dolor absoluto dando vueltas en él, rugiendo como un animal salvaje en una trampa o como una divinidad ofendida en el fondo de un océano. El sufrimiento ya no se conformaba con destruir la carne de Chérif: quería escaparse de ella como si de una cárcel

se tratase. El cuerpo de mi amigo se volvió estrecho para aquel alarido que lo único que exigía era aumentar, explotar, esparcirse y golpear todo lo que encontrase a su paso.

La moqueta del suelo empezó a prenderse. Me precipité hacia la habitación, arranqué las sábanas y las colchas de la cama y volví para echárselas encima a Chérif, cuyos gritos atroces habían alborotado a toda la planta. Mientras tanto, el portero había tenido la presencia de ánimo necesaria para correr hasta el pasillo a coger los extintores del edificio. Estaba intentando cubrir por entero el cuerpo de mi amigo con las colchas cuando el portero volvió, accionó el extintor y derramó sobre Chérif y sobre mí un torrente de espuma fresca. Los vecinos llegaron al rescate con cubos de agua. En unos segundos, la antorcha humana se apagó.

El cuerpo estaba allí tirado. Ya no se oían sus gritos, pero un horror mucho más insoportable se expandía en el repentino silencio, un horror que rezumó acto seguido como el líquido purulento rezuma de una llaga: el olor de la carne humana quemada. El aire se doblaba bajo este horror y nosotros bajo el aire, con un nudo en la garganta y una presión en el pecho. El cuerpo estaba allí tirado. Había jirones calcinados de piel pegados en la alfombra. La humareda escocía en los ojos. Me aparté del cuerpo e intenté ir a buscar una ambulancia. Me dijeron que estaban todas movilizadas por la manifestación en curso. Los bomberos, por culpa de la circulación imposible, no podían llegar con rapidez: también ellos tenían mucho que hacer, con todos los incendios que no tardaron en declararse por la ciudad a lo largo de la jornada.

Fue en aquel momento cuando uno de los vecinos, en medio del pánico general, dijo que había una clínica privada a unos minutos. No disponíamos de camilla. Tres hombres se pusieron entonces a levantar a Chérif, oculto a nuestras miradas gracias a las colchas, afortunadamente. Uno quería cogerlo por las axilas; el segundo, sostenerlo por la cintura; el último, de las piernas. Cuando comenzaron la maniobra, en el afilado y breve filo de una visión del horror, me imaginé el cuerpo estropeado, tan descompuesto que los tres hombres no

lograban agarrarlo; que la carne se les deshacía entre los dedos o era imposible de despegar de la alfombra. Cerré los ojos para escapar a aquella abominable eventualidad. Por suerte, no fue el caso. Los tres hombres lograron levantar a Chérif del suelo y salieron enseguida del apartamento. Los seguí. Ninguno sabíamos si seguía vivo. Le colgaban los brazos inertes a ambos lados mientras lo transportaban. Vi la carne viva, repugnante, roja y negra...

En la clínica se ocuparon de él en cuanto llegamos. Avisé enseguida a Amadou, que también había pasado por la escuela militar y de quien tenía el contacto. Llegó media hora después, acompañado de sus padres. Comenzó entonces una espera larga y silenciosa. Fue entonces cuando Amadou me contó que Chérif se había grabado en vídeo, y que su intento de suicidio se había emitido en directo por su página de Facebook, muy transitada, ya que mi amigo posteaba con regularidad textos y vídeos de análisis políticos y filosóficos. Amadou había logrado suprimirlo, pero los internautas ya lo habían guardado y lo compartían en diferentes canales sin ninguna consideración. Amadou me dijo que se nos veía al portero y a mí (aunque no se nos reconocía en medio de toda la agitación) echar la puerta abajo y entrar. Antes de rociarse con gasolina y de prenderse fuego, por lo visto, Chérif había pronunciado una frase, una sola frase en wolof: *Fatima lay baalu, na ma sama njaboot baal*, «Le pido perdón a Fatima, que mi familia me perdone». No intenté ver el vídeo.

Esperé con la familia de Chérif en la clínica. Tres horas después, nos anunciaron que iban a trasladarlo al hospital, en una unidad especialmente dedicada a quemados graves. Estaba entre la vida y la muerte, con quemaduras casi de tercer grado. Su estructura tisular estaba casi por completo destruida de cintura para abajo.

Sin embargo, en las calles de Dakar, la gran marcha del 14 hacía temblar la ciudad. La mayor parte de los manifestantes ignoraba aún el gesto de Chérif. Algunos, al enterarse, lo consideraban un gesto de valentía desesperada, de mártir. Difícilmente se les ocurriría que fuese un gesto de

culpabilidad, aunque haga falta valor para asumir la propia culpabilidad y llevarlo hasta las últimas consecuencias. Esa era la lección que me dio mi amigo en su tragedia: ser valiente y hacer lo que había que hacer.

Y lo que yo debía hacer, más allá de la búsqueda del amor, de la legitimidad política y de las decepciones a las que tales empresas pueden llevar o exponernos, era continuar siguiendo la pista de Elimane, la pista de su libro. Mi vida, como toda vida, parecía una serie de ecuaciones. Una vez revelado su grado, inscritos sus términos, sus incógnitas establecidas y fijada su complejidad, ¿qué quedaba? La literatura; no quedaba ni quedaría nunca nada más que la literatura; la indecente literatura, como respuesta, como problema, como fe, como vergüenza, como orgullo, como vida.

Acababa de comprenderlo, o más bien, de aceptarlo, cuando me llegó el texto de despedida de Aïda.

Día + 1

Mi padre me prestó su coche unos días. No me preguntó adónde iba. Mi madre tampoco, como si hubiesen adivinado que ahora yo deseaba ocuparme de la verdadera razón de mi regreso. Esperaba llegar antes de que anocheciese.

Me leyó el comienzo de aquel libro desconocido aquella noche –había dicho la poeta haitiana a Siga D.–. Sí, aquella noche, Corazón. Habíamos hecho el amor, o más bien él me había hecho el amor, me hizo el amor hasta que me pareció que ya no quedaba amor ni en el cuerpo ni en el alma, que eran una misma cosa en aquel momento, nada que él no conociese y que no me hiciese conocer. Luego me leyó las primeras páginas. Creo que ese instante fue el más bello y el más triste a la vez de toda mi vida. Le daba una realidad al adiós. Me resultó tan agradable como difícil escuchar a Elimane leerme aquellas páginas. Tenía la impresión de que me estaba leyendo su testamento. Por primera vez desde que lo conocí, noté que estaba dispuesto a contármelo todo si yo lo deseaba, y era precisamente esta disponibilidad repentina lo que me entristecía. Tenía la impresión de que había venido a disculparse por ser quien era, por haber sido como había sido. Yo había detestado su naturaleza, su silencio, su pasado brumoso y secreto. Había deseado más que nada en el mundo que se abriese a mí. Pero no aquella noche, no de aquella manera. Un hombre tan apegado a la soledad no abandona la sombra si no es porque percibe en esta una llamada más profunda, la última llamada. De modo que salió una última vez, se mostró. Pero quienes lo conocían no se dejaban engañar y sabían la verdad: era ya parte de la sombra con la que se disponía a reunirse para siempre. Yo no quería abusar de su debilidad, aprovecharme de un momento semejante, cuando había bajado la guardia voluntariamente, para vaciarlo. Estaba a mi merced; quiero decir: su alma estaba a mi merced. Habría bastado una simple pregunta para saber qué hacía allí, el objeto de su larga búsqueda. Pero no dije nada. Sin duda, te preguntas por qué. Durante mucho tiempo yo también me lo pregunté. Y creo que fue por pudor, Corazón, por pudor ante la

verdad de un hombre. O ante su dolor. Quizá son la misma cosa.

—¿Así que no le hiciste ninguna pregunta?

—Sí: algunas. Sé que llegó a Argentina en 1949 en barco. Sé que pasó la guerra en Francia, primero en París y luego en un pueblo de los Alpes, donde participó en la Resistencia. Sé que volvió brevemente a París cuando la Liberación, y que luego, durante tres años, viajó por diferentes países de una Europa debilitada por la guerra: Alemania, Dinamarca, Suecia, Suiza, Austria e Italia. Después, en 1949, vino a Argentina. Supongo que los años de vagabundeo que pasó en Europa tras la guerra marcaron el comienzo de su búsqueda, que continuó en Latinoamérica a lo largo de treinta años. Me contó todo esto sin odio, concediéndome tiempo suficiente para que le hiciese otras preguntas. Me pasé toda la noche entre sus brazos. Al amanecer, tomamos el café pronto. Me besó y me dijo que no abandonase la literatura.

—¿Y después?

—Se marchó. Se marchó y, unos meses más tarde, me ofrecieron trabajo en París y yo también me marché. Entonces entendí que aquella noche marcaba el final de su historia con Argentina. También la mía. Pensándolo ahora, solo hay una pregunta que me arrepiento de no haberle hecho, quizá la única que hacía falta: saber si echaba de menos su país... Me gustaría habérselo preguntado, pero no volví a verlo. Y no fue porque no lo intentase en años sucesivos. Al principio, durante mis vacaciones. Salía de París, volvía a Argentina y recorría Buenos Aires, sus bares de tango, sus muelles, sus barrios pobres. El edificio donde vivía Elimane en Barracas lo demolieron en los años setenta. También iba a las capitales de los demás países sudamericanos. Volvía a ver a mi maestro Sabato en cada uno de mis viajes, y hablábamos del pasado, de las veladas literarias de la época en la que nos conocimos, de Gombrowicz (que no pude volver a ver en Francia, porque había muerto en 1969, unos meses antes de mi llegada). Hablábamos también de Elimane, inevitablemente. Pero Sabato no sabía más que yo. Elimane se había despedido de él

la noche anterior a la nuestra. Pero no le había dejado ninguna dirección, ninguna información, ningún indicio del lugar donde iba o podría estar. Sabato no volvió a verlo en Buenos Aires. Cuando le pregunté si no le parecía extraño que Elimane hubiese pasado todos aquellos años en nuestras vidas y que hubiera salido tan fácilmente, Sabato me contestó que era muy extraño, pero añadió que no todos los hombres tienen necesidad de compañía. El resto ya lo sabes: acabé por pedir el traslado a Dakar, para continuar mis investigaciones, y te conocí, Corazón, mi angelito...

Una vez el relato de la poeta haitiana se acabó, Siga D. me dijo:

—Mientras la poeta me contaba todo esto, yo había estado repasando las personas que Elimane podría haber estado buscando con tanta obstinación. Solo se me ocurren tres, Diégane: Charles Ellenstein —su amigo y editor—, Assane Koumakh —su padre— y, para terminar, aunque parezca inverosímil — Mossane, su madre—. Creo que la pista más increíble sigue siendo la de su padre. Assane Koumakh. No sabemos si Elimane encontró su tumba. Quizá Assane Koumakh no murió durante la Primera Guerra Mundial y se marchó, por razones que solo él sabe, a vivir a Argentina. Quizá Elimane lo descubrió y lo siguió. A lo mejor, todo su misterio se reduce a una larga búsqueda del padre. Pero también puede ser que Elimane fuese a Argentina siguiendo a alguien que desconocemos, ¿por qué no una mujer, por ejemplo?, una mujer hermosa a la que hubiese conocido durante la guerra, o después de la guerra, y de la que se hubiese enamorado. Hay que planteárselo, Diégane. Sin embargo, sigue habiendo una gran pregunta: ¿por qué dejó de escribir a su madre y a su padre? Tengo una hipótesis: continuó escribiéndoles, durante su exilio, pero el asqueroso de mi padre destruyó sus cartas al igual que destruyó la que acompañaba el ejemplar de *El laberinto de lo inhumano* que Elimane le había mandado en 1938. Tras la desaparición de Mossane, debió de culpar a Elimane de su locura y de sus sufrimientos. De modo que destruyó sus cartas sin responder.

Tal vez Elimane no llegó a saber jamás que su madre había desaparecido. Evidentemente, puedo equivocarme también sobre este punto. Tal vez Elimane dejó de escribir porque, simplemente, no quería saber nada de su pasado. Tal vez quería olvidarlo todo. Pero creo que más bien fue mi padre, que destruyó las cartas que él enviaba. Y ya está, Diégane: ahora sabes todo lo que yo sé.

—¿Eso es todo? ¿Todo, de verdad?

—Sí, es todo. ¿Te esperabas otra cosa?

Luego, el amanecer en Ámsterdam.

Salí de Dakar hacia las tres de la tarde, mientras continuaban las manifestaciones en Soweto, ante la Asamblea Nacional, donde Fatima Diop se había matado. Por todo equipaje llevaba unas cuantas mudas de ropa, una libreta, *El laberinto de lo inhumano* y mi disco de las mejores canciones de Super Diamono. Esperaba llegar antes de que anocheciese.

Cuarto biografema

Las cartas muertas

París, 16 de agosto de 1938

Querida madre, querido tío,

Hace más de un año que no tenéis noticias mías, y sin duda pensaréis que me he olvidado de vosotros, como hacen todos los del país, que, una vez se marchan, borran de su memoria su pasado, su tierra y su familia. Las apariencias me incriminan, pero para nada es el caso. También espero que después de leer esta carta me perdonéis este largo silencio. No pasa un día sin que mis pensamientos vuelen hacia vosotros, ni una noche en la que no os vea en sueños. Me acompañáis a todas partes. Sobre todo usted, madre. Espero que me entendáis al final de esta carta.

París, 13 de abril de 1917

Mossane, amor mío,

Han pasado más de dos años desde mi partida. ¿Por qué no he vuelto a escribir? Porque no quería hacerte llorar. Porque no quería llorar yo. Lo que está pasando aquí haría llorar a cualquiera. Es la guerra. Pensaba volver pronto, te lo había prometido. Ahora mismo no sé si voy a volver. Hace frío. Llueve. Aquí hay muchos africanos. Nos llaman los tiradores. Hablamos entre nosotros. Nos calentamos. Pero, de noche, cada uno se queda a solas con sus recuerdos, sus remordimientos y sus miedos. Cada uno sabe que posiblemente no volverá a ver su país.

Hace un poco más de dos años que me acompañáis, desde que me fui con el único amigo auténtico que hice aquí a buscar a mi padre a través del norte de Francia. Estos últimos dos años lo he estado buscando. Lo he buscado por mí, pero también lo he buscado por vosotros. Su ausencia nos dejó en el corazón un abismo de amor o de amargura que yo nunca he podido llenar y del que a veces he sido víctima. En cuanto a mi propio corazón, el fantasma de mi padre ha cavado una sima de preguntas. Lo que me habéis contado de él debería haber hecho que lo odiase. Lo he odiado. Pero es imposible odiar de verdad a un desconocido; menos aún si es tu propio

padre. Y este residuo de odio cede su sitio a un sentimiento que no sabría nombrar, ahora que he leído sus palabras.

Te echo de menos y echo de menos a nuestro hijo. Aunque no lo conozco. Ahora debe de tener dos años. Ni siquiera sé si es niño o niña. Pero, si muero aquí, ¿qué imagen tendrá de mí? ¿La de un padre que lo abandonó? ¿La de un héroe muerto en la guerra? ¿La de un cobarde que abandonó a su familia? ¿Qué le dirás tú? ¿Qué le dirá mi hermano gemelo, que tanto me odia? No lo sé. Es esta incertidumbre, más que el miedo, más que la guerra, lo que me mata ahora mismo.

No odio a mi padre. Por lo menos no lo odio ya. Porque ya tuve un padre, usted, Tokô Ousseynou. Nunca he echado de menos a mi padre biológico, pero quería saber cómo fue, qué hizo, qué le pasó; quería saber el estado de su alma. Ahora lo sé: tenía miedo. Por lo tanto, era un hombre. Tomó sus decisiones y acabó en el miedo, como un niño, escribiendo esta carta. No era más que un hombre. En el último momento, pensó en vosotros dos y en mí.

Me gustaría teneros a ambos entre los brazos. Me gustaría decir que os quiero, a ti y a mi niño. Os pido perdón. No por haberme marchado, sino por haber creído que en una guerra se sobrevivía fácilmente. Me equivocaba. En la guerra no se sobrevive. Independientemente de que sobreviva y vuelva o de que muera y me quede aquí, hay algo que ha muerto ya en mí. Lo único que queda vivo es tu imagen, Mossane, y la imagen de nuestro hijo al que no conozco. Pero sueño con él. Dile que sueño con él cada noche, cada día, hasta durante los combates. En Verdún, en medio del fuego y de la sangre, soñaba con él.

El amigo que me acompañó es como un hermano para mí. También él perdió a su padre en la guerra. Por eso me entiende. Se llama Charles. Me ha ayudado en mi búsqueda. Es él quien ha insistido en que continuemos buscando un rastro de mi padre. Yo estaba desesperado, y él me dijo: vamos también a ese pueblo, Elimane, vamos a ese otro también, más lejos. Así que llegamos a aquel pueblecito del norte de Francia, en la región que llaman Aisne. No está lejos del lugar

donde tuvo lugar la batalla del Chemin des Dames. En aquel pueblo había un cementerio militar. Pero también había un pequeño memorial de guerra. Allí es donde encontré esta carta.

En unos días emprendemos una gran batalla. Los africanos serán numerosos en el ataque. Los oficiales blancos prometen una gran victoria, esencial para Francia. Ha llegado el momento de gloria para las tropas coloniales. Ha llegado el momento de gloria para los negros. El momento de gloria, en su idioma, significa la hora de la muerte, creo yo. Me preparo, aunque nunca se puede estar preparado para nada. Quería escribirte esta carta antes de... ¿antes de qué?

No tengo ninguna duda: se trata de mi padre. No sé por qué no pudo enviar esta carta. A lo mejor no la escribió por sí mismo. Espero que el padre Greusard consiga traduciros fielmente sus palabras. Por mi parte, después de haberlas leído, lloré un buen rato, luego volví con mi amigo y empecé a escribir el libro que acompaña esta carta. Me ha costado tiempo acabarlo. Es mi primer libro y cuento con escribir otros. Si el padre Greusard no tiene tiempo para traducíroslo, ya lo haré yo cuando vuelva. Porque espero volver pronto y hacer que los dos estéis orgullosos de mí. Lo estaréis, os lo prometo. No volveré cubierto de deshonor ni de vergüenza. Volveré siendo alguien: un escritor. Rezad por mí.

Un beso, Mossane, amor mío. Un beso para mi hijo. Un beso para mi hermano, piense lo que piense de mí. Perdonadme. Rezad por mí.

Elimane Madag

Segunda parte

La soledad de Madag

I

En Mbour, antes de desviarme por la carretera de Fatick, que se interna hacia el centro de la región y la aldea de Elimane, me detengo para abastecerme, llenar el depósito y descansar un poco. Pago a un vendedor ambulante por una taza de café Touba y miro mi correo electrónico. Entre un mensaje de Stanislas pidiéndome noticias y una factura de la electricidad, encuentro este correo, enviado el día antes:

Faye,

Te escribo desde el lugar de donde han salido todos mis libros, aunque siempre me haya negado a reconocerlo: un pozo inacabado. No pensaba volvérmelo a encontrar aquí. Creía, por esperanza o por temor, que con los años habría quedado destruido. Todo lo demás ha sido destruido por completo, u olvidado. La casa se ha desmoronado; quedan unos tristes muros que ni siquiera los fantasmas se dignan a atravesar. Pero el pozo inacabado, el pozo de la angustia, aquí sigue. Si yo fuera un místico, diría que me esperaba, que sabía que iba a volver, y que esta certeza lo hizo resistirse a quedar lleno de arena y a toda la asquerosidad humana que ha debido de ver desde aquella noche. Pero no soy un místico. El pozo sigue aquí, sin más, y yo también estoy aquí.

Te escribo desde el interior, sentado dentro como en otra época. Por más que la cabeza me sobresalga del borde del agujero, por más que haya crecido, me sigo sintiendo igual de abrumado en el espacio y en mi miedo. Aquí es donde dejé de ser un niño (lo que para nada significa que me hiciese un hombre, al contrario: más tarde comprendí que aquella noche, en el pozo, había perdido toda posibilidad de convertirme de verdad en un hombre). Aquí es donde me convertí en un Animal salvaje sudoroso. También aquí, desde luego, me convertí en escritor. La última vez que nos vimos, me preguntaste si sabía el origen de mi escritura. Te dije que sí sin ir más allá. Hoy voy a ir más allá.

Hace mucho tiempo, creía que el motivo por el que aparecían sordos en mis libros era el mismo que explicaba el

origen de mi vocación (qué palabra más cansina) de escritor; creía escribir para reventarme los tímpanos, cosa que no supe hacer veinte años atrás en el interior de este pozo. Hasta hace poco, escribía con palabras rimbombantes, para que tapasen el tumulto horrorizado de mi memoria, y así no oír nada.

Porque mis padres no murieron ante mis ojos. Murieron ante mis oídos. Siguen restallando cada noche. Mi padre llevaba dos días cavando este pozo cuando el ejército regular volvió a pasar por nuestra aldea batiéndose en retirada. Sin embargo, al atravesarla unas semanas atrás nos había prometido que no teníamos de qué preocuparnos, que iban a ganar la batalla contra los pastores de la muerte. Hasta la víspera, la radio anunciaba que nuestros soldados no solo resistían, sino que cada día les estaban ganando terreno. Nos lo creímos, como ingenuos ya jodidos de antemano. Nos lo creímos hasta aquel día en que un centenar de soldados andrajosos, debilitados, harapientos, desarmados, se replegaron ante nosotros con el rabo entre las piernas. Unos corrían, otros se apiñaban en viejos jeeps que salían disparados a toda pastilla. Algunos, impotentes, colgaban a lomos de los burros como ropa tendida. Los aldeanos adivinaron la debacle y empezaron a recoger sus bártulos. A largarse, rápido.

Uno de los soldados vencidos pasó cerca de casa como alma que lleva el diablo. Todavía me acuerdo de su cara. No era el miedo lo que en ella primaba, sino el horror asomando: un esbozo sereno y que iba sin prisas, en cicatriz oblicua, de la sien al mentón. ¡La diagonal del vencido...!, ¡del echado a perder...!, ¡del jodido vivo! Pasó delante de casa como un espectro. No parecía que huyese, siquiera. Se habría dicho que sabía que era inútil, perdido de antemano, porque ya estaba muerto en vida. Mi padre le preguntó si aún estaban lejos, si les daba tiempo a escapar. El soldado lo miró como si le hablasen en una lengua diabólica. Se quedó unos largos segundos en silencio, y creo que mi padre, examinando a aquel fantasma, había entendido antes de que le respondiese en su idioma:

—Mejor que mate a su familia y luego se mate usted. Mejor eso que dejarse atrapar por ellos. Te hierven como a los agutíes o como si fueras maíz. Estarán aquí mañana por la mañana, lo mismo esta noche, lo mismo en una hora. Te cortan la mano y te la meten por el culo. Mejor lo que le digo. No sé. Nos pisan los talones. Mejor lo que le digo. La muerte es su oficio. Mejor lo que le digo.

Se quedó ahí repitiendo «Mejor lo que le digo». Yo estaba detrás de mi padre, pegado a él. Tenía ocho primaveras. Me apartó de la puerta. En medio del patio, se agachó, me cogió por los hombros y me echó esa mirada del adulto que sabe que va a mentir a un niño, que sabe que el niño comprenderá que le están mintiendo, pero le miente de todas formas (un día terminaremos por reconocer que antes de que la vida, los curas, los pedófilos u otros perversos los violen, a los niños primero los violan sus padres al mentirles). Mi padre me dijo: «No te preocupes. Ese no sabe lo que dice.» Un guantazo en plena jeta infantil. Si aquel hombre, loco, pero loco por la lucidez del horror, no sabía lo que decía, que bajase Dios y lo viese.

Mi padre volvió a salir por la puerta. Se oyó un alarido. Mi madre, que preparaba nuestros bártulos para la huida, también salió, aterrada. Eché una ojeada al portal abierto de la casa. Vi, a los pies de mi padre, el cuerpo del soldado. Vi también, antes de que mi madre me tapase los ojos con una mano, que el hombre se había rajado la garganta y que la sangre le salí a chorros que borboteaban calientes hasta el suelo. Mi padre volvió a cerrar la puerta y nos ordenó que entrásemos en casa. Mi madre me empujó antes de hacer lo mismo que mi padre unos segundos antes: se agachó y me miró a los ojos. Pero me dijo algo distinto: quiero decir que no me dijo nada, y que todo su corazón pasó a su mirada: Vas a tener que ser valiente.

Volvió mi padre. Fuera percibíamos el ruido de la huida. No se oían gritos: solo un gran martilleo de pasos apresurados, que a veces interrumpían algunas palabras rápidas y secas, que iban al grano, como ahorrando aliento al máximo. Mi

padre y mi madre se miraron y yo creo que en aquella mirada se dijeron que no les daría tiempo a huir, o que no llegaríamos muy lejos. La aldea más cercana estaba a cuatro horas en coche. Allí había una guarnición militar. Pero tal vez también había empezado a replegarse. La hermana pequeña de mi madre vivía en una de las aldeas detrás de la colina, a dos horas más o menos, hacia el oeste. Podíamos intentar ir a su casa, pero existía el riesgo de encontrarnos en el camino a los asesinos, que rodeaban toda la región y tenían fama de ser los dueños de las colinas. Mis padres discutieron en un aparte, como si aquello no tuviera que ver conmigo, como si yo no comprendiese lo que estaba pasando. Se equivocaban: lo entendía todo. Cuando volvieron conmigo, me dijeron que no nos iríamos.

—Te vamos a esconder en el agujero que tu padre empezó a cavar —dijo mi madre—. Lo taparemos para que no te vean. Tienes que quedarte ahí. No debes hacer ruido. No debes salir a no ser que tu padre o yo vengamos a buscarte. ¿Has entendido?

—Sí, ma.

—¿Lo has entendido bien?

—Sí.

—Nada de ruidos. Nada de lloros. Silencio absoluto. No salgas bajo ningún pretexto. Hasta que te vengamos a buscar.

—Sí.

—Y si hay gente, si oyes voces que no reconoces en el patio, te tapas los oídos. Te tapas los oídos hasta que no oigas nada. ¿Está claro?

—Sí, ma.

—Si no me haces caso, ya verás lo que te pasa. Te daré una buena tunda, te despellejo. ¿Me has entendido?

—Sí, ma.

—¡Repítelo!

—Sí, ma.

—¿Sí qué?

—Sí, lo he entendido. No hacer nada de ruido. No moverme. No decir nada. Solo salgo si vienes tú a buscarme. O papá.

—¿Y los oídos?

—Me tapo los oídos si oigo voces que no conozco.

—Mejor que no se te olvide.

Quería parecer terrible y amenazadora, pero lloraba. Sus palabras no me asustaron por lo que ordenaban (suplicaban, en realidad). Me petrificaron porque noté la desesperación y el amor con que mi madre me las decía. Me eché a llorar también, sin hacer ruido. Ella me apretó contra su pecho, mi padre se sumó al abrazo y nos quedamos así durante dos o tres minutos, sin decir palabra. Dos o tres minutos, para vivir juntos toda la vida que no viviríamos nunca pero que podríamos haber vivido; dos o tres minutos para revivir lo que habíamos compartido hasta el momento. El abrazo unía las dos direcciones de nuestro tiempo: por el recuerdo, convocaba nuestro pasado; por la esperanza (pero una esperanza que terminaba contra un callejón sin salida de sangre), contemplaba nuestro imposible futuro.

Acto seguido, mi madre me metió en el pozo inacabado con algo de comida (sin hacer ruido) por si tenía hambre. Me dejó también una linterna, porque estaría oscuro. Nos volvimos a abrazar; ya no llorábamos; pero aquel abrazo, mucho más breve y silencioso que el anterior, fue también más doloroso. Acto seguido, mis padres salieron del pozo, taparon el agujero con una plancha y ya no vi nada. Me quedé inmóvil y esperé. Al cabo de un rato, quizá al poco, quizá tras una espera interminable, quizá fuera del tiempo, oí ruidos de coche, voces, risas, ráfagas de ametralladora, alaridos. La noche se había espesado en el pozo. Me tapé los oídos.

La muerte entró en el patio escoltada por sus hijos y dijo:

—Si hay alguien vivo, que salga.

Oí su voz pese a tener los oídos tapados. La muerte estaba conmigo en el pozo. La vi claramente, de pie en medio de nuestro patio, rodeada de sus hijos. Y vi a mi padre salir de la casa y adelantarse hacia ella. A unos metros del grupo, se paró.

—¿Vives solo? —dijo la muerte.

Me tapé más fuerte los oídos. No oí lo que dijo mi padre. A lo mejor no había respondido.

—Si hay alguien más —dijo la muerte—, si tienes mujer, por ejemplo, que salga. De todas maneras, registraremos. Y la encontraremos aunque se haya escondido dentro de su propio culo. O en el tuyo. O en el de Dios. Así que te lo repito: ¿vives solo?

—No —dijo mi madre, y la vi (la vi) salir y ponerse junto a mi padre en medio del patio, entre las risas obscenas de los hijos de la muerte, bajo la mirada desprovista de emoción de la muerte.

—¿Hay niños?

Me clavé con todas mis fuerzas los dedos en los oídos.

—No —dijo mi padre—. No tenemos hijos.

—Ya veremos —dijo la muerte—. Esta mujer de aquí tiene barriga de haber parido. Pero si tú lo dices, hermano, muy bien, de momento. Vamos a ir rápido. Hay muchos necesitados. La alternativa es la siguiente: u os matáis u os matamos. La decisión es vuestra. Pero si escogéis que os matemos, lo haremos a nuestra manera.

—Piedad —dijo una voz, pero no supe si era la de mi padre, la de mi madre o la súplica irónica de uno de los hijos de la muerte.

—Escoged —dijo la muerte.

Se hizo un silencio, luego mi madre gritó «¡No!», y a aquel grito lo siguió un disparo. Entendí que mi padre había intentado atacar a la muerte, que lo había abatido al instante. Debía de saber que no tenía ninguna posibilidad y se había

abalanzado sobre los sembradores de sangre con la esperanza de perecer.

—Tu marido ha elegido. Ahora tú. Escoge.

Mi madre no dijo nada y, al cabo de un rato, la muerte dijo:

—Así que has escogido dejar que te matemos a nuestra manera. Sin duda crees que tienes alguna posibilidad de sobrevivir. Haces bien en creerlo. Siempre hay que creer que tenemos una posibilidad de escapar a la muerte. De lo contrario, no valdría la pena vivir. Vamos a ocuparnos de ti. Vamos a matarte.

Lo oí todo, y eso que me había clavado los dedos con todas mis fuerzas en las orejas. Oí entonces las risas obscenas de los hijos de la muerte, oí el ruido de sus cinturones al desabrocharse y caer por el suelo, oí sus comentarios sobre mi madre, sus nalgas, sus pechos, su sexo, su boca. Pero no oí a mi madre. A continuación, oí los jadeos de los hombres, sus gritos salvajes, las obscenidades. Pero no oí a mi madre. Pasó el tiempo, luego la muerte dijo:

—Basta. Adelantaos. Yo acabo.

Oí los cinturones que se abrochaban de nuevo, recoger las armas, los últimos insultos sobre la marcha a mi madre obstinadamente silenciosa, los escupitajos. Luego los hijos de la muerte salieron de la casa y se quedaron solos mi madre y la muerte.

—Sé por qué no gritas —dijo la muerte—. Conozco esa actitud. Es la actitud de una madre que quiere proteger a su hijo. Hay un niño escondido en algún lugar de esta casa. Lo encontraré. Pero antes vas a aullar. Vas a suplicar que te mate. Te mataré después de haberte hecho aullar. Y luego encontraré a tu hijo.

—Te lo suplico —Oí decir a mi madre.

—No es por el niño por quien deberías preocuparte ni suplicar, sino por ti, por tu vida. Lo que te voy a hacer —dijo la muerte— será más doloroso que una bala entre las piernas. Vas a aullar. Te oirán hasta en el infierno.

Y la muerte empezó su trabajo. Empezaron también los alaridos de mi madre, y eran tan violentos e inhumanos, resonaban con tal fuerza en mi cabeza, que me desmayé. Cuando me desperté, los alaridos habían cesado, pero seguían retumbando en mis oídos. Creo que fue en aquel momento cuando entendí que me infligirían para siempre su tortura, y que la única manera de atenuar el dolor sería tener en mi cabeza voces más ensordecedoras, gritos más enloquecidos.

Abrí los ojos. No estaba en el pozo sino en el patio. A mi lado había formas humanas, inanimadas: los cuerpos de mis padres.

Cerré los ojos. Empecé a llorar en silencio.

—No ha conseguido matarme —dijo una voz detrás de mí.

Era la de la muerte. Me di la vuelta. Me había imaginado a un hombre espantoso, gigantesco y monstruoso. El hombre que vi era bajito y enclenque, casi ridículo en la banalidad de su apariencia, pero no dudé ni por un instante de que fuese la muerte. Lo observé, incapaz de decir nada.

—Tu madre no ha logrado matarme, he visto en el último instante la hoja del cuchillazo que acababa de sacarse de la melena mientras la hacía aullar. Ha fallado el golpe por un segundo. Ya me había echado a un lado. Me ha mirado y ha entendido que se había acabado. Antes de que acabase con ella se ha rajado la garganta. Así es como ha muerto. Luego he registrado la casa, y te he encontrado en el pozo sin acabar, desmayado. ¿Cómo te llamas?

No dije nada.

—No pasa nada, hijo, tu nombre no es tan importante. ¿Es que no has oído los gritos de tu madre antes de perder el conocimiento?

Asentí.

—Entonces no te voy a matar. Ya estás casi muerto, y tu agonía durará mucho. Adiós, joven huérfano. Yo también lo fui, y no tenía ni tu edad. Gracias a eso tengo una rabia que nada puede apagar. Eso es lo que me mantiene con vida. Haz

lo mismo. Ódiame, vive encolerizado, sé fuerte, conviértete en un guerrero, conviértete en un asesino, siembra la sangre, encuéntrame cuando seas mayor y hazme pagar el sufrimiento atroz que he infligido a tu madre. Ha sufrido entre mis manos como pocas veces he visto soportar a alguien el sufrimiento. Adiós, hijo, adiós.

La muerte me había dicho todo aquello con voz serena. Se persignó cristianamente y luego, sin más, salió y se fue. Me quedé solo en el patio, entre los dos cuerpos de mis padres, toda la noche. Cuando se hizo de día, me metí de nuevo en el pozo sin acabar y esperé. Esperé a que la muerte viniese a liberarme. O un milagro: mi madre. No vinieron ni la una ni la otra. De modo que salí del agujero, tenía hambre, dejé los cuerpos en el patio y caminé solo hacia la aldea de mi tía, la aldea detrás de la colina, de la que me sabía el camino.

No me crucé a nadie, o no vi a nadie, solo oía la gigantesca armonía de la colina y la pacífica brisa del bosque. La muerte se había detenido a la sombra de toda aquella belleza, y la belleza no la había ni ralentizado ni enternecido. Al contrario, jamás había estado la muerte más despabilada que aquí, creo yo. Bajo la belleza experimentó su excelencia. Bajo la belleza alcanzó su perfección. En la belleza demostró su genio. ¿Qué deducir? Este teorema definitorio posible de nuestra condición: cuanto más bella es la escena, más completo es el horror. ¿Qué somos? Un anillo de sangre en un estuche de luz (o a la inversa). Y el diablo nos pone en su anular entre risas burlonas.

La aldea de mi tía también había sido atacada. Lo entendí al entrar. Todavía estaba fresco el rastro de la huida en el suelo; el miedo flotaba en el aire. Pero había quedado gente, o había vuelto después de huir, como bumeranes de carne, al no tener adónde ir. Encontré a mi tía en su casa. Me lancé a sus brazos. Ella comprendió. Yo también comprendí: mi tío: muerto; mis dos primas: muerta y muerta. Volvimos a casa de mis padres tres días después. Sus cuerpos habían desaparecido. Solo quedaban las manchas oscuras de su sangre en la arena. Nunca supimos dónde los habían

enterrado (¿y quién?), ni si los habían enterrado: unos rumores en la región hablaban de brujos que se llevaban los cadáveres para sus asuntos, cuyo curso macabro pero fructífero se multiplicaba, a juzgar por la alfombra de muertos que cubría el suelo de Zaire.

Mi tía se convirtió así en mi única familia y yo en la suya. Con ella hui del país para llegar a Europa. Pero eso solo es una ilusión duradera: la gente como yo nunca sale de su país. O, en cualquier caso, el país nunca sale de nosotros. Nunca salí del pozo inacabado. Todo este tiempo se excavaba dentro de mí. Ahí sigo. Desde ahí te escribo. Desde ahí he escrito siempre. Y los alaridos retumban. Pero ya no me tapo los oídos. Hace mucho, escribí para no oír. A partir de ahora, sé que escribo o debo escribir para oír. Simplemente, no encontraba el valor para confesármelo. El laberinto de lo inhumano me lo dio.

Me enseñó o me recordó lo siguiente: el lugar del dolor más profundo conserva siempre un fragmento de la verdad. Ese lugar, para mí, es siempre un tiempo: el pasado. Busco atravesarlo en todos los sentidos posibles y dejarme atravesar por él como una nube de flechas; aspiro, desplazándome alrededor de ese tiempo, a captarlo desde múltiples perspectivas, a exponerlo bajo todas las luces del día y de la noche. No pienso que haga falta perseguir a los fantasmas; creo que tenemos que unirnos a su ronda alrededor del fuego y, con el miedo en el cuerpo, los dientes castañeteando, cagándonos encima, ocupar su lugar y su parte, toda su parte de pasado. ¡Que le den a la resiliencia! Odio esa palabra, que se ha convertido en un término de orden. ¡Resiliencia! ¡Resiliencia! ¡Que os den! Yo deseo la verdad de la larga caída, la verdad de la caída infinita. Yo no reparo. Nada de lo que ha sido realmente destruido me parece reparable. No consuelo ni me consuelo. Del cinturón me cuelga el relicario más eficaz contra el Mal: el deseo de verdad, asumiendo que la verdad es la muerte. Busco las ruinas de antiguos caminos sepultados. Sus huellas indican otro camino más. No figura en ningún mapa. Pero es el único válido.

Sé que conoces la frase de Wittgenstein, la conclusión de su Tractatus: «De lo que no se puede hablar, hay que guardar silencio.» Pero guardar silencio no quiere decir renunciar a mostrar. Esa es la cuestión que nos ocupa: no curarnos, no sanar, ni consolar, ni tranquilizar ni educar a los demás, sino mantenerse en pie en la llaga sagrada, verla y mostrarla en silencio. Ese es para mí el significado de El laberinto de lo inhumano. El resto es un fracaso.

¿Elimane quería escribir una especie de libro último? Fracaso. El mundo está lleno de últimos libros. Todos los grandes textos son epitafios posibles del mundo. El último libro de la historia nunca deja de ser el siguiente; tiene un pasado largo y ya viejo por delante.

¿Quería mostrar la energía creadora del mimetismo? Fracaso. Su intentona terminó en artificio de una construcción brillante y erudita, pero vana a fin de cuentas, tristemente vana.

¿Quiso rendir homenaje a toda la literatura de los siglos que lo precedieron? Sin brillo. Consideraron un miserable plagio lo que era una larga referencia, y nadie vio que el autor ya era rico antes de tomar prestado lo que fuese.

Pero todas sus desilusiones dibujan para nosotros una lección, Faye. En el fondo, ¿quién era Elimane? Ignoro a qué pistas te ha llevado tu investigación durante las últimas semanas. Pero veo una respuesta posible: Elimane era aquello en lo que no deberíamos convertirnos y en lo que nos convertimos lentamente. Era una advertencia que no se supo interpretar. Esa advertencia nos decía a los escritores africanos: inventad vuestra propia tradición, fundad vuestra historia literaria, descubrid vuestras propias formas, probadlas en vuestros espacios, fecundad vuestro imaginario profundo, tened una tierra vuestra, porque solo ahí existiréis para vosotros, pero también para los demás. En el fondo, ¿quién era Elimane? El producto más logrado y trágico de la colonización. El triunfo más esplendoroso de esta empresa, más que las carreteras asfaltadas, el hospital y la catequesis. ¡Más que nuestros antepasados los galos! ¡Menudo crimen de

leso Jules Ferry! Pero Elimane simbolizaba también lo que la misma colonización había destruido con su horror natural hacia los pueblos que la sufrieron. Elimane quiso convertirse en blanco y le recordaron no solo que no lo era, sino que jamás lo sería a pesar de todo su talento. Pagó todos los peajes culturales de la blanquitud y solo consiguió que lo mandasen de vuelta a su negritud. Probablemente, dominaba Europa mejor que los europeos. ¿Y dónde acabó? En el anonimato, la desaparición, el ninguneo. Tú lo sabes: la colonización siembra entre los colonizados la desolación, la muerte, el caos. Pero también siembra en ellos —y es su triunfo más diabólico— el deseo de convertirse en quien los destruye. Fíjate en Elimane: toda la tristeza de la alienación.

Y creo, Faye, que esa es la suerte que nos espera si seguimos corriendo detrás de Europa, detrás de la inmensa literatura occidental: seremos todos, cada uno a nuestra manera, Elimanes. Tal vez lo seamos ya y, si es el caso, dejemos de serlo antes del aniquilamiento. Tenemos que largarnos de ahí, Faye. Tenemos que salir pitando de ahí. La asfixia se acerca. Nos gasearán sin piedad, y nuestra muerte será tanto más trágica cuanto que nadie nos habrá llevado allí a la fuerza: nos habremos metido nosotros a la carrera, con la esperanza de ser célebres. Nos transformarán en jabón negro. Luego, nuestros verdugos se lavarán las manos con ese jabón y se blanquearán todavía más.

Elimane no desapareció porque lo considerasen un plagiarlo; fue porque tenía una esperanza que no era posible, que no le estaba permitida. Quizá desapareció por despecho; aunque espero también que acabase por darse cuenta de que aquella muerte en las letras francesas era lo mejor que le podía suceder si quería consagrarse a su auténtica obra: la obra que solo crearía para sí mismo.

He tomado una decisión en los últimos días, Faye: no volveré a Francia. Por lo menos, no enseguida. Tal vez jamás. Lo que realmente tengo que escribir no se puede escribir en otra parte que no sea aquí, cerca de mi pozo. Que esté sin acabar es mi metáfora existencial: mi tragedia interior pero

también el sentido de mi porvenir. Tengo que cavar este pozo hasta el final. Tengo que continuar y acabar el pozo de mi padre. No puede ser un repliegue sobre mí, puesto que aún no hay ningún yo formado. Todo lo que creía ser yo no era en realidad más que la sustancia de los demás en mí. Es hora de extirparla. No volveré a París, donde con una mano nos alimentan y con la otra nos estrangulan. Esa ciudad es nuestro infierno disfrazado de paraíso. Voy a quedarme aquí, escribir, formar a los jóvenes, crear una compañía de teatro, interpretar al aire libre, declamar poesía en las calles, decir y mostrar lo que significa ser artista aquí, quizá morirme de hambre y acabar como un patético chucho callejero, aplastado por la realidad bajo la guisa de vieja tartana sin frenos; pero será aquí. Por eso siempre te estaré agradecido por haberme hecho leer a Elimane.

Sé que no estarás de acuerdo con lo que digo: siempre has considerado que nuestra ambigüedad cultural era nuestro verdadero espacio, nuestra morada, y que debíamos habitarla lo mejor posible, como trágicos conscientes, como bastardos civilizacionales, bastardía de bastardía, bastardos nacidos de la violación de nuestra historia a manos de otra historia carnicera. Sin embargo, me temo que lo que tú llamas ambigüedad no sea sino una artimaña más de nuestra destrucción en curso. También sé que te parecerá que he cambiado, yo que opinaba que el lugar desde donde escribe no es lo que le otorga valor al escritor, y que este último puede ser universal si tiene algo que decir, dondequiera que esté. Lo sigo pensando. Pero también pienso, ahora, que uno no descubre qué tiene que decir en cualquier sitio. Se puede escribir en cualquier sitio. Pero saber y comprender lo que debe escribir verdaderamente, eso no se puede hacer en cualquier lugar. Lo entendí al releer el manuscrito de El laberinto de lo inhumano.

Allá donde estés, Faye, espero que hayas encontrado lo que no buscabas. Lo que sacarás de todo esto será hermoso, estoy convencido. No te olvides de enviármelo aquí. Pronto te daré una nueva dirección postal. Desde mi pozo, camarada, te

saludo, y saludo a mi salvador, que será, quizá, también el tuyo: viva Elimane y viva su puto libro.

Musimbwa

Cuando termino de leer, el café está frío. Veo a Musimbwa, sentado solo en el pozo sin acabar. Me prometo que cuando todo esto haya terminado le escribiré. No para responderle a este o aquel punto de su correo; simplemente para decirle que su gesto es estúpido, loco, radical y valiente. Con su carta, Musimbwa me lanza un desafío. Me dice: Mira lo que soy y mira lo que ese libro ha hecho de mí. Ahora tú enséñanos de qué pasta estás hecho. Me subo de nuevo al coche y reanudo el camino.

II

A unos kilómetros de Fatick, tomo la dirección suroeste y penetro en el corazón del Sine. Un sendero de laterita se hunde en la región serere. La aldea de mis padres, que también es mi lugar de origen, no queda lejos. Pasaré a la vuelta para saludar a la familia que tengo allí todavía.

Me pregunto, mientras avanzo por esta pista estrecha, qué se ha podido escribir en algún sitio, hace mucho tiempo, para que hoy yo esté yendo hacia la aldea de Elimane, vecina de la mía; su aldea, de donde salió, quizá, *El laberinto de lo inhumano*, que descubrí y leí lejos de aquí, como quien descubre una cosa decisiva para uno, una cosa cuya importancia proviene menos de la certeza de que contará algo para nuestra vida futura que de la intuición de que en realidad cuenta desde siempre, antes incluso de que la encontrase, quizá antes de nacer, como si nos hubiese esperado y atraído hacia ella. Sí, esa es la sensación que tuve la primera vez que leí *El laberinto de lo inhumano* aquella noche al salir de la tela de la Araña Madre. Desde entonces he llevado el libro aferrado contra mí. Me ha llevado por cimas y precipicios, en el espacio y en el tiempo, entre los muertos y entre los supervivientes. Y ahora aquí estamos, o volvemos a estar, en nuestro país de origen.

Niños, hombres, mujeres, a lomos de burro o caballo, en carreta, a pie, en motocicleta, con baldes o con sombreros de paja en la cabeza, se apartan de la carretera, me miran pasar. Algunos igual levantan la mano en saludo amistoso; pero la mayoría se quedan impasibles. A la salida o cerca de algunos pueblos me escoltan perros a la carrera, juguetones o amenazadores. Bosquecillos de ramas muertas separan las parcelas de cacahuets de las extensiones de hierba, donde algunas últimas cabezas pasan aún antes de meterse en casa al caer la noche.

Este año la estación de lluvias ha sido tardía y las precipitaciones escasas: algunos campos de mijo aún están por cosechar —en cualquier caso, es poco más que mediados de septiembre—. Las plantas se inclinan hasta abajo y balancean

sus brazos sobre la pista. El ruido seco con el que azotan el parabrisas se parece al que emiten algunos grandes insectos al estamparse contra un cristal en pleno vuelo. Los recuerdos de infancia se remontan a la época en que yo esperaba este seto de ramas colgantes impacientemente, como si con él se abriese el decorado de un cuento.

Luego el paisaje muta: campos y pastos ceden su sitio a las llanuras salinas. La perspectiva se amplía a ambos lados, se ensancha respecto de la exigüidad habitual de su marco y se redondea con toda la belleza disponible. La stampa desafía la mirada, retándola a que la abarque entera. En vano. Cuando percibe la belleza es demasiado tarde y le desborda los ojos. A uno y otro lado de la carretera destellan algunos puntos; ofrecen al sol un último reflejo antes de la puesta. Me acerco a un afluente del Sine Saloum. Me acerco a la aldea. Dentro de diez minutos estaré ahí. Esta idea se encarna de pronto en una realidad concreta, medible, visible. Freno bruscamente. Se levanta la polvareda y, cuando vuelve a caer, la inmovilidad de las cosas me asusta. Vértigo del desamparo: me parece estar solo en la tierra, y que el ojo del mundo me observa. Cierro los ojos en un gesto de niño asustado.

Los vuelvo a abrir y los fijo en el libro. Lo miro unos instantes, y este examen silencioso me dice que no vaya, que desande el camino y me vuelva a casa. ¿De qué tengo miedo: de descubrir algo o de no descubrir nada? Una voz en el fondo de mí espera que Elimane haya vuelto aquí, haya escrito y dejado algo; otra voz reza para que sea al contrario, que nunca haya vuelto a su aldea, no haya escrito nada después de *El laberinto de lo inhumano*, y que su destino haya acabado en el anonimato, igual que un día se apaga una estrella entre otras mil, en los confines del cosmos, sin otros testigos que los silenciosos cuerpos celestes que la rodean, la escoltan, la entierran entre ellos. Me quedo así un buen rato, en apariencia petrificado, agitado por dentro.

A mi derecha, el crepúsculo se despliega como filmado a cámara lenta. El hilo aguzado del horizonte ha cercenado al principio el iris del sol en horizontal, exactamente por el

centro, como en Buñuel; acto seguido se ha derramado, del luminoso ojo reventado, un mar de cinabrio perforado por centelleos de índigo y azul, oscuros, casi negros, que cruzan y mutan enseguida en grandes tumores sobre el cuerpo del cielo. La noche cae con suavidad sobre el mundo, como una hoja sobre la superficie de un lago.

III

La tercera persona que me encuentro una vez entro a pie en la aldea, una joven de unos veintitantos, me responde lo mismo que los anteriores habitantes que me he cruzado:

–Lo siento, pero no conozco la casa de ese tal Ousseynou Koumakh Diouf.

–¿Aquí hay alguna familia Diouf?

–Varias. Yo misma soy una Diouf. Ndé Kiraan Diouf. Pero Ousseynou Koumakh Diouf no me suena nada. A lo mejor te pueden ayudar más adentro.

Le doy las gracias, le deseo que pase una buena tarde y me alejo. A los pocos segundos me llama. Me giro:

–¿Ese hombre sigue vivo?

–No. Pero me han dicho que encontraría su casa si decía el nombre.

–¿Hace mucho que murió?

–Sí, mucho antes de nacer tú. Y también de nacer yo, de hecho.

–Entonces mi abuela igual lo conoce. Te puede indicar. Ven conmigo.

Le doy las gracias de nuevo y la sigo a través de unas calles sin alumbrado público, aunque, del interior de los patios o en los escaparates, las lámparas eléctricas o solares dan un poco de luz. Ndé Kiraan, aún adolescente pero ya mujer, camina sin prisa. Su andar oscila a cada paso entre la pesadez y la gracilidad.

–Me llamo Diégane Latyr Faye.

–Bienvenido. ¿Tú eres el que acaba de llegar con el coche?

–¿Cómo lo sabes?

–Ahora mismo lo debe de saber toda la aldea. Te hemos oído llegar de lejos. Y también sé de qué aldea serere vienes. Vuestro acento es fácilmente reconocible.

–¿De qué aldea?

Se gira y me sonrío. Mi tono de desafío la divierte.

–¿Si acierto me dejas tu coche?

–No sabrás conducirlo.

–¿Quién ha dicho nada de conducirlo? Lo venderé.

Y antes de que responda, dice el nombre de la aldea de mis padres. Le sonrío.

–*Laya ndigil*, tienes razón.

–Entonces ve preparando las llaves de mi coche –dice ella.

Su voz tiene un punto dulce y burlón. La desenvoltura natural con la que hemos conversado me relaja.

Unos instantes después, llegamos frente a una casa en cuya entrada, como un vigilante o como una cotilla infatigable, una anciana parece hacer guardia o escrutar la calle. Ndé Kiraan me presenta a su abuela. La saludo, repito los protocolos de cortesía, me intereso por su salud y la de sus allegados. Solo entonces me pregunta mi anfitriona qué puede hacer por mí.

–Busco la casa de Ousseynou Koumakh Diouf, un hombre que vivió aquí hace mucho tiempo. Le he preguntado a su nieta, pero a ella ni siquiera le suena el nombre.

–Era imposible que le sonase –me interrumpe ella–. En la época en que Koumakh Diouf murió, si es que se trata del Koumakh Diouf en el que estoy pensando, y creo que sí, en el momento en que ese gran hombre murió, la madre de Ndé Kiraan, que Roog lo tenga en su gloria, no tenía ni siquiera la edad de mi nieta ahora mismo. Tú te refieres a Ousseynou Koumakh Diouf, el sabio, ¿verdad?

–Sí, a ese.

–Murió hace mucho, mucho tiempo. Era un hombre... Un auténtico sabio. Lo que llegó a hacer por esta aldea... A mí misma me curó cuando estaba a punto de morir.

–Pero ¿quién es ese hombre? –preguntó Ndé Kiraan.

—Te contaré su historia uno de estos días. De momento, lleva a este joven a casa de tu abuela Dib Diouf *fa maak*.

—¿Es allí? —comentó Ndé Kiraan mirándome—. Habérmelo dicho, en vez de preguntarme por ese hombre.

—La verdad es que es curioso —dijo la anciana—. Poca gente sabe ya quién era Ousseynou Koumakh Diouf. Solo los más viejos podrán acordarse. En su época, a la casa de Koumakh la llamábamos *Mbin Koumahk*. Pero ahora ya no la llamamos así.

—¿Cómo la llaman ahora?

La anciana sonrió.

—La próxima vez que te pierdas en la aldea, muchachito, y que no tengas la suerte de toparte con mi hermosa nieta (es bonita, ¿verdad?), pregunta por *Mbin Madag*. Eso lo sabrá todo el mundo. Hasta Ndé Kiraan lo sabrá. Madag... Un sabio también. Quizá aún más sabio que el sabio al que sustituyó. Bueno, os dejo que vayáis. Acompañale y vuelve a cenar, pequeña. No tardaré en poner la mesa. Adiós, Diégane Faye.

IV

—Mi madre estaba rezando. Pero le he dicho que preguntaban por ella. Os ruega que la esperéis. Luego vendrá.

La joven que nos ha recibido, que parece amiga de Ndé Kiraan, me hace sentarme bajo una imponente ceiba. Ndé Kiraan me dice que más tarde vendrá a por las llaves de su coche. Las dos amigas salen entonces de la parcela entre estallidos de risa en la que, por aquí, se sugiere y se deja oír la belleza de las mujeres. El árbol preside el centro de un enorme patio, al fondo del cual cuatro grandes cabañas forman un rombo regular. Un edificio pintado de blanco, del que se escapan también los ruidos cotidianos de un hogar, ocupa en dos plantas toda la longitud del ala derecha. A la izquierda, apartada de las demás habitaciones, hay una inmensa cabaña pegada a una forma larga y estilizada. Me levanto y me acerco. Es una vieja piragua de pesca, ligera, de tamaño mediano. La oscuridad no me permite ver los símbolos pintados en el casco. Dos grandes palos de madera, delante, sostienen y estabilizan la carena. Los instrumentos de navegación —un zagual y un largo remo— reposan detrás, apoyados contra la popa. El interior de la embarcación está lleno de redes de pesca.

El examen de esta piragua me recuerda que también estoy en casa de marineros. Entonces, durante unos segundos, vuelvo a pensar en Tokô Ngor, en su hermano Waly, del que no sé gran cosa, solo que lo mató, se supone, un cocodrilo gigante mientras pescaba. Vuelvo a pensar en Ousseynou Koumakh, que se disponía a ser pescador antes de perder la vista y convertirse en fabricante y reparador de redes de pesca. A lo mejor, esas que se amontonan en la barca son las suyas, redes que fabricó él mismo...

Un «*Ngiroopo!*» —el saludo de la noche— espetado con energía interrumpe mis especulaciones. Bajo el árbol, una silueta menuda de pie mira en mi dirección. Debe de ser Maam Dib *fa maak*. Solo en ese instante, cuando me dirijo hacia ella, establezco la relación: Maam Dib debe de ser esa a quien Siga D. llamaba Ta Dib en su relato, una de sus

madrastras, una de las tres esposas –Maam Coura y Ya Ngoné eran las otras dos, si no recuerdo mal– de Ousseynou Koumakh. Llego junto a ella, me entrego al largo pero esencial ritual de saludos y me siento cuando así me lo indica. Su voz es dulce, casi un murmullo. Se cubre la cabeza con un velo y sostiene en la mano derecha un rosario de perlas que destellan en la negrura.

Me pregunta si he cenado. Le digo que no, pero que no tengo hambre, cosa que es verdad. Tengo un nudo en el estómago. Me ofrece igualmente un vaso de leche, que yo acepto. Llama a uno de sus niños, que acude enseguida y luego se marcha de nuevo hacia el edificio de la derecha, de donde sale con una calabacita en las manos. Me la tiende. Le doy las gracias y me llevo la calabaza a los labios. He perdido la costumbre de ese sabor crudo de la leche fresca de vaca, aún tibia, probablemente ordeñada una o dos horas antes. De niño, cuando venía a pasar algunos días de vacaciones en la aldea de mis padres, ordeñaba yo mismo la leche de las ubres de las vaquillas que criaban mis tíos y me la bebía enseguida con glotonería. Ahora hago una mueca –¿me ha visto?–. Dejo pasar un momento en silencio para organizar mis ideas antes de contarle a Maam Dib el objeto de mi visita. Pero ella se adelanta.

–Sé por qué estás aquí, Diégane Faye. No te voy a hacer esperar más: el hombre al que buscas ya no está aquí. Nos dejó el año pasado. Hace un año y una semana.

Se calla y me observa, o me escucha. No delato ninguna emoción. Durante los primeros segundos que siguen al anuncio, no siento ninguna emoción; ninguna, por lo menos, me domina con tanta fuerza como para desbordar mi corazón y aflorar a mi rostro. No solo no me siento decepcionado, sino que tampoco me decepciona no sentirme decepcionado. Me había preparado para todas las situaciones y eventualidades: lo que había descubierto en las últimas semanas me había inclinado a ello. Pero he de confesar que aquella configuración que me encontraba, que Elimane estuviese, por alguna razón, *ausente*, era la más probable. Y la que, por tanto, menos me

sorprendía. Al contrario, tenía incluso algo de natural, casi tranquilizador. Después de todo, en el curso de toda esta historia, Elimane había estado ausente, inasible. Enterarme de su muerte y de que ya no lo vería estaba, en consecuencia, dentro del orden de las cosas, dentro de la lógica misma del destino de aquel hombre, o de mi relación con él.

Pasados unos segundos, sin embargo, aquella especie de neutralidad se disipó, comprendí mejor la noticia que acababan de darme, y una oleada de calor me subió desde el vientre: así que Elimane había vuelto a casa. Mientras que yo no me había interesado mucho hasta entonces por aquel aspecto de su destino, enterarme de que aquel hombre había muerto en su casa, a los ciento dos años, después de haber buscado fuera durante décadas algo que ignoro, casi me emocionó. Nos quedamos callados. El follaje de la ceiba tembló cuando una brisa barrió con suavidad el gran patio.

—Sabía que ibas a venir —dijo Maam Dib, considerando que podía reanudar su relato—. También sabía que no os veríais. Me lo dijo. Me dijo antes de morir que un joven desconocido vendría una noche a por él. Enseguida he sabido que eras tú. No voy a decir que te esperase esta noche. Pero sabía que llegarías aquí pronto. Él hace mucho que te había visto.

—¿Visto?

—Visto. Era una de las cosas que había heredado de Koumakh: ver. No todo el tiempo, claro. Y a veces se equivocaba. Pero sabía ver. Es algo que volvió a aprender cuando regresó aquí, a su casa. ¿Sabes lo que significa Madag en serere?

—Sí, lo sé. Pero pensaba que...

Me corta:

—Entonces también sabes que en nuestra tradición no ponemos ningún nombre al azar, o solo porque suene bonito. El nombre significa algo. Es común en nuestras sociedades tradicionales. Pero para algunas personas, el nombre no se queda solo en significar algo. No es solo un símbolo sino un

signo para la existencia. Dice algo del ser, no solamente de la persona, sino del ser que lo lleva. Lo guía. Le muestra su camino. Le anuncia su trayectoria o sus facultades. Es Madag quien me explicó todo esto un día, con sus palabras, que yo repito. Madag: el vidente. Aquí lo llamábamos así. Él no dejaba que se dirigiesen a él sino por su nombre tradicional. Por otra parte, aparte de Coura, Ngoné, yo y algunas de las más ancianas de la aldea, nadie conocía su nombre musulmán, Elimane. Siempre fue Madag, no Elimane. Esta casa donde estamos se conoce en toda la aldea, en toda la región, por el nombre de...

–*Mbin Madag.*

–Sí.

Volvemos a callarnos. Evidentemente, pienso en Rimbaud, en la célebre carta de la vidente, en el mote de «Rimbaud negro» que Auguste-Raymond Lamiel, el crítico de *L'Humanité*, le puso al autor de *El laberinto de lo inhumano*. Desde que conozco la gran errancia que vivió su libro, esta comparación con Rimbaud toma un cariz seductor. Pero me maldigo enseguida por reducir a Madag a una especie de equivalente o de *alter ego* africano de Rimbaud, por nadar en mis referencias literarias para interpretarlo todo, cuando todo ser posee su soledad y persevera en ella. Es esta soledad lo que hay que ver: la soledad de Madag. Tomo otro trago de leche. El sabor, aún extrañísimo en mi boca, borrado de mi memoria.

–Maam Dib..., tengo una pregunta que hacerte.

–Creo que tienes varias. Te escucho.

–En Europa conocí a alguien que conociste.

–Siga.

–Sí.

–Renegó de nosotros. La queríamos. Yo estaba muy apegada a ella, más que Coura y Ngoné. No habría creído que se marcharía así un día, sin volver a dar noticias. No quiero volver a oír hablar de ella. No ha vuelto nunca. Ni siquiera cuando las otras dos madres que la criaron conmigo

fallecieron. Y, sin embargo, hice que le escribieran. Nunca respondió. Escogió olvidarnos. Se acabó. No le guardo rencor por lo que escribe. Solo son escritos. Yo no sé leer. No entiendo lo que escribe. Le guardo rencor porque es ingrata y egoísta con su familia. Si es de ella de quien me quieres hablar, prefiero que no lo hagas.

—No es de ella directamente de quien quiero hablarte. Sino de una canción que me cantó una noche. Me dijo que se la habías enseñado tú. Es la leyenda del viejo pescador que se adentra en el mar para enfrentarse a la diosa pez...

Entonces me callo. Un caballo relincha en la noche. El silencio entre nosotros es pesado, tanto más grave cuanto que adivino la amargura, la cólera, la tristeza que invaden a Maam Dib en ese instante. Se acuerda de Siga D., de su pasado, de su ruptura. Me siento culpable por haber reabierto esa herida. En el instante en que voy a pedirle perdón, ella empieza a cantar la vieja cancioncilla. La vuelvo a escuchar con recogimiento hasta el final de la última estrofa, cuando la piragua atraviesa la línea del horizonte, acompañada solo de la mirada de Dios. Luego Maam Dib se calla. Le pregunto tras un breve silencio si hay una última estrofa.

—¿Una última estrofa...? —dice la anciana con un tono que delata menos asombro que risa—. Si la hay —prosigue—, ¿qué crees tú que contará, Diégane?

Reflexiono un instante, luego respondo:

—Creo que el pescador vuelve un día, mucho tiempo después. Pero ya no es el mismo. Lo consideran medio loco, destruido por dentro por lo que vio tras el horizonte del océano. Se cuenta que la lucha con la diosa le ha provocado heridas que nadie puede curar. Por la noche tiene pesadillas. Ya no habla casi con su mujer ni con sus hijos. Eso es lo que me imagino.

—¿Y luego?

—Luego, un día, desaparece.

—¿Muere?

—No, dice que va de nuevo a por la diosa pez.

—¿Por qué? ¿Porque se ha enamorado de ella? ¿O porque perdió el primer combate y quiere la revancha?

—No lo sé... Los dos casos son posibles. Pero también es posible que solo quiera adentrarse de nuevo en el mar. Quizá la diosa pez no existe, en realidad. O ya no existe. El pescador solo quiere marcharse.

Maam Dib se queda en silencio un momento, luego dice, y percibo una risa burlona en su voz:

—Cuentas cuentos, Diégane Faye. Eso también lo vio Madag. Me dijo: el joven desconocido que vendrá será un contador de cuentos. Pero no: no hay una última estrofa. Voy a decirte lo que yo me imagino, si hubiese una última estrofa. Me imagino que el pescador vuelve después de unos años. A su regreso, les cuenta a sus hijos su combate victorioso contra la diosa. Y todo acaba bien. Las cosas no siempre terminan mal. Hoy en día, la gente siempre espera finales tristes. ¿Sabes qué explicación tiene eso? Para mí es un misterio.

Le contesto que la tristeza prepara mejor para la vida, es decir, para la muerte, y que la mayor parte de la gente comprende eso muy pronto. O en realidad me limito a pensarlo. En cualquier caso, Maam Dib no dice nada. Se hace otro silencio, luego me pregunta si sigo sin tener hambre.

—Empiezo a tener un poco de hambre, pero no te preocupes por eso. Llevo comida en el coche, está a la entrada de la aldea. Puedo ir a buscar de todo y...

—Me ofenderías si no aceptas mi cena. Y mi hospitalidad para esta noche. Vas a dormir aquí. Así que vete a buscar lo que necesites para la noche y vuelve a cenar.

—Iré luego a por mis cosas. Voy a cenar antes. Gracias, Maam Dib.

—Alguien te traerá un plato. Voy a rezar mis últimas oraciones mientras comes. Después de cenar acabaremos esta conversación. Y luego me iré a acostar. Ahora soy una vieja. Y las viejas se acuestan temprano.

Se pone en pie y se dirige lentamente hacia el fondo del patio, donde el rombo de cabañas. Minutos más tarde, una de sus hijas pequeñas me trae un cuenco de *sàcc fu lipp*.

V

Volvió en 1986, seis años después de la muerte de Koumakh. Estábamos las tres, Coura, Ngoné y yo, en el cementerio, rezando ante la tumba de nuestro difunto marido. Entró y enseguida supimos quién era: era la viva imagen de Koumakh. Este nos había dicho que era su sobrino. Pero habríamos jurado que era su hijo. Lo que acentuaba el parecido era que Madag estaba viejo. Tenía setenta años y su rostro arrugado nos recordó al de Koumakh en sus últimos años de vida. La única diferencia era la estatura. Madag era mucho más alto que su tío. Nos saludó y rezó junto a nosotras ante la tumba. Después nos dijo que tenía que hablar con nosotras, decirnos quién era. Pero Coura, la mayor y la primera de las esposas, le dijo:

—Ya sabemos todas quién eres. Koumakh, Roog lo tenga consigo, nos habló de ti antes de marcharse. Eres Madag.

En su lecho de muerte, Koumakh nos había reunido en su cuarto y nos había contado su historia con Mossane. Yo era la más joven de las tres esposas. Había oído historias que databan de la época en que aún no había nacido o era niña todavía. Historias sobre una historia de amor, de cólera, de locura y de celos entre Koumakh, su hermano gemelo desaparecido y Mossane, la mujer loca que vivía bajo el mango del cementerio. Crecí con aquella historia. Los ancianos la contaban en la aldea. Pero había numerosas versiones. A veces se contradecían. Algunas afirmaban que Mossane estaba casada con Koumakh, pero que lo había engañado con su hermano gemelo. Koumakh habría matado entonces a su hermano, y Mossane se habría vuelto loca. Otras versiones sostenían que era Mossane quien había matado al hermano de Koumakh para impedir que contase a su gemelo el adulterio de su mujer. Otros rumores aseguraban que Assane Koumakh, el hermano gemelo de nuestro Koumakh, se fue a la guerra y no volvió, cosa que volvió loca a Mossane, enamorada de él y no de su hermano. Pero todas aquellas versiones tenían un elemento en común: mencionaban en un momento u otro la existencia de un niño. Un niño que no habría sobrevivido y

habría provocado la locura y el desgarró entre los tres. Tan pronto se decía que Ousseynou Koumakh era el padre como se decía que lo era su hermano. Escuché esos relatos durante mi infancia.

Koumakh pidió mi mano en 1957. Yo tenía veintiún años, él sesenta y nueve. Era un hombre respetado y temido. Un sabio que venían a consultar para todo. Convertirse en su esposa era un privilegio. Fui su tercera mujer. Coura, la primera, tenía treinta años. Ngoné, la segunda, tenía veinticuatro. Después de mí, dos años más tarde, se casó con Tening en 1959. Pero Tening murió en 1960 dando a luz a Marème Siga. Te cuento todo esto para que seas consciente de una cosa: todas las esposas de Koumakh entraron en su vida cuando él ya había atravesado la mitad de su camino aquí en la tierra. Antes de nosotras había tenido una vida, y en aquella vida había habido una mujer, Mossane. Ignorábamos lo que había sucedido en realidad. Incluso Coura era demasiado joven cuando tuvo lugar la historia entre Koumakh, su hermano y Mossane. Ella no sabía más que nosotras. No había más que rumores, hasta la noche en que Koumakh nos lo contó. No nos dio los detalles de su relación con Mossane. Pero nos dijo que la había amado, y que Mossane había preferido a su hermano. Se quedó embarazada de este poco antes de que se fuese a Europa por la guerra. Debió de morir allí, porque nunca volvió. El niño nació. Era Madag. Elimane Madag Diouf. Koumakh lo crió como hijo suyo, con Mossane. Luego, en 1935 –yo aún no había nacido–, Madag también se fue a Francia a estudiar. Pero pronto dejaron de tener noticias suyas, como si no quisiera tener relación con su familia. O como si se hubiese muerto. Su silencio volvió loca a la madre. Después de años viviendo bajo el mango, Mossane se fue. Dejó el mango de repente y no se volvió a saber de ella. Fue en aquel momento cuando empezó la segunda parte de la vida de Koumakh, cuando se encontró solo. Eso es lo primero que nos contó en su lecho de muerte.

Maam Dib se calla. No le digo que Siga D. me ha contado ya todo aquello, y que probablemente sé más detalles que ella

acerca de esta historia. No quiero interrumpirla. Quiero que cuente las cosas a su ritmo, a su manera. Prosigue unos segundos más tarde:

Luego, Koumakh nos dijo que había tenido una visión la noche anterior. Había visto que Madag volvería. «Volverá unos años después de mi muerte –dijo–. Os pido que lo acogáis y dejéis que os guíe. Será más viejo que vosotras. Incluso mayor que tú, Coura. Síguelo, escúchalo, porque creo que es más sabio que yo. En cuanto a mí, conversaré con él por vías que no os son accesibles cuando esté en el otro mundo. Y sobre todo no le hagáis preguntas sobre lo que hizo, dónde estuvo, por qué no ha vuelto nunca. Si no os cuenta por propia iniciativa estas cosas, no le preguntéis nada.» Eso es lo que nos dijo Koumakh sobre Madag. Y por la noche se fue.

Después de su muerte, Siga también se fue y no volvió jamás. A veces nos llegaban ecos de su vida en Dakar. Ecos terribles y vergonzosos. Quisimos ir a buscarla. Pero Koumakh nos prohibió, en sus últimas voluntades, que intentásemos hacerla volver. No sé si había visto el futuro de Siga, pero Koumakh siempre había tenido palabras y actitudes duras, muy severas, a este respecto. Siga no ha vuelto nunca. Y nosotras, aquí, seguimos viviendo, esperando el regreso de Madag, que Koumakh nos había anunciado.

Han pasado seis años de su muerte. Luego, aquel día, en el cementerio, volvió Madag, vestido con mucha sencillez, como todos los viejos de por aquí. Por todo equipaje traía una bolsa de cuero que llevaba en bandolera. Coura le dijo que sabíamos quién era, y que lo esperábamos. No le preguntamos nada más. Él nos dio las gracias y añadió que nos vería en la casa (recordaba el camino al sitio donde había crecido). Volvimos aquí. Durante todo el trayecto, ninguna dijo nada. Pero las tres nos preguntábamos qué iba a pasar, qué haría Madag, qué nos pediría, qué diría, qué nos iba a enseñar.

Él llegó dos o tres horas más tarde. Preguntó si la habitación de su tío se había conservado tal cual. Le dijimos que sí: eso formaba parte de las voluntades de nuestro marido: nadie debía tocar nada, no debíamos entrar más que para limpiar de

vez en cuando, pero todos los objetos debían permanecer en su sitio hasta el día en que volviese Madag. De manera que este se instaló en la habitación de Koumakh, en la gran cabaña apartada que ves ahí, al lado de la piragua donde estabas hace un momento. Se convirtió en la habitación de Madag. A partir de aquel momento, también él empezó otra parte de su vida, la parte con nosotras. No sé si era la segunda o centésima parte. Quizá Madag había tenido ya varias vidas antes de volver. Ninguna de nosotras sabía nada.

Al principio temimos que fuese un hombre difícil. Nos equivocábamos: la vida con él fue simple. Todo el mundo lo respetó enseguida. Desde luego, los rumores sobre su pasado resurgieron en la aldea. Pero, en general, todo el mundo lo trató como a un hombre excepcional. Era un sabio. Su sabiduría, su conocimiento del mundo, su experiencia de lo visible y de lo invisible, sus virtudes lo elevaron al rango de autoridad espiritual. Era digno descendiente de Koumakh. Nuestros hijos, que eran sus primos y primas de sangre, lo llamaban Maam. Y es cierto que tenía edad para ser su abuelo. Pronto reanudó las actividades de su tío. Por la mañana hacía consultas místicas en su cuarto —su reputación, tras unos milagros en la aldea (principalmente sanaciones), se había establecido rápidamente y luego extendido—. Por la tarde, aquí mismo, bajo este árbol, reparaba o cosía redes de pesca para los marineros de la aldea.

No era muy hablador, pero nos tranquilizaba. A pesar de todo, no parecía tener demasiada paz interior. En su silencio, yo oía mucho dolor. Recuerdos amargos. Lo percibíamos las tres. Pero ninguna se atrevió jamás a preguntarle. Nos acordábamos de las palabras de Koumakh. Pero al mirar a Madag, veíamos sobre todo que plantearle preguntas sobre su desaparición le habría hecho daño. No sabíamos por qué trances había pasado. Estuvo tanto tiempo en el exilio —¡medio siglo!— que nos decíamos que debía de haberse dejado una parte de sí mismo por el camino. Todos aquellos a quienes había conocido y querido antes de marcharse estaban muertos. Preguntarle dónde estuvo durante aquel tiempo implicaba

recordarle lo que había perdido durante su ausencia. Podía interpretarse como un reproche contra esa ausencia. Así que no dijimos nada.

Solo nos prohibió rotundamente dos cosas. La primera era entrar en su cuarto mientras él estuviera dentro y con la puerta cerrada. La segunda prohibición tenía que ver con los libros. No quería ver ninguno en la casa. Admitía que los hubiese, pero él no debía cruzarse con ninguno. Quien quisiera leer debía hacerlo en su habitación, fuera de la casa o cuando él no estaba. Durante todo el tiempo que vivió aquí, jamás se acercó a la escuela, porque temía ver libros.

Un día, Latew, mi última pequeña –la que te ha recibido cuando has llegado con Ndé Kiraan– cometió la torpeza de olvidarse aquí, en este mismo árbol, dos libros que tenía que leer para el colegio. Madag salió de su cabaña y los vio. Yo estaba un poco más lejos, en el fondo del patio. Enseguida comprendí lo que pasaba cuando lo vi junto a la silla donde mi hija había dejado los libros. Madag temblaba. Antes de que me diese tiempo a reaccionar, cogió uno de los libros con una mano. Con la otra se sacó un cuchillito que siempre llevaba en el cinto. Lo usaba para reparar las redes de pesca. De modo que sacó el cuchillo y rajó el libro que sostenía. Podría haberlo hecho con las manos, pero usó el cuchillo. Apuñaló el libro, le dio de tajos. Las páginas y la cubierta. Lo hizo con lentitud, sin prisas. Pero cada uno de sus gestos transmitía una ferocidad absoluta. Y lo que volvía espantosa aquella escena es que callaba. Lo destruyó todo en un profundo silencio. Solo se oía el desgarrarse de las hojas. Enseguida se llenó el patio. Los niños salieron, Coura y Ngoné salieron. Pero nadie se atrevió a intervenir. Estábamos todas paralizadas. No podíamos hacer otra cosa que mirarlo. Era la primera vez que lo veíamos así. Él no nos veía. Sus ojos inyectados en sangre no veían más que los libros. Destruyó el primero, luego cogió el segundo. Le deparaba la misma suerte. Los trozos de papel caían por el suelo como hojas de árbol. Formaron una alfombra de manchas blancas a los pies de Madag. Temblaba,

pero sus gestos no perdían ni precisión ni violencia. Aquello duró una hora, por lo menos.

Después de desgarrar la última página se quedó con la cabeza gacha unos segundos. Respiraba ruidosamente, como después de un esfuerzo importante. Luego levantó la cabeza y nos vio, y vimos que lloraba. Sin decir nada, con expresión deformada por la rabia o el sufrimiento, se metió de nuevo en su habitación a paso lento, sosteniéndole apenas sus piernas. Cerró la puerta y no salió en casi dos días. Y como había prohibido a cualquiera acercarse a su habitación cuando estaba con la puerta cerrada, no fuimos a verlo, ni para llevarle comida.

Cuando salió de nuevo era otra vez el mismo y la vida reanudó su curso. Latew quiso pedirle perdón, pero él se adelantó y le dijo que no quería que se disculpara. Fue él quien se disculpó y luego le dio dinero para volver a comprar los libros que le había destrozado. Evidentemente, nadie volvió a olvidarse ni una sola página ni ningún libro fuera. Tampoco le preguntamos nunca el origen de aquel odio a los libros. Sabíamos que tenía que ver con su largo viaje de cincuenta años donde los blancos.

Cada noche iba al cementerio. Al principio se quedaba frente a la tumba de Koumakh. Luego se sentaba bajo el gran mango, donde se decía que su madre se había sentado durante su locura. Se quedaba mucho tiempo antes de volver. Pero hubo noches en las que se quedaba a dormir allí, en el cementerio o frente al cementerio, bajo el mango. Ya supondrás que aquello alimentó algunas habladurías que decían a sus espaldas que era un brujo, o que se transformaba en devorador de almas por las noches.

Una noche, cuando volvía de allí un poco antes de lo acostumbrado, se encontró a casi toda la familia aquí mismo, en el patio. Se acercó, se sentó con nosotras y nos habló. Jamás he olvidado ni olvidaré lo que nos dijo. Tiemblo aún al recordar su voz al confiarse a nosotras.

Dijo: Sé que os preguntáis qué hago en el cementerio por las

noches. Os lo voy a decir: rezo por mi tío, por mi padre, por amigos que he perdido y por mi madre. Rezo sobre todo por mi madre. Por que me perdone. No consigo verla. Y, sin embargo, la he buscado por todas partes: en lo que se puede ver y en lo que no se puede ver. La he buscado en el tiempo. Pero no la encuentro. No la he encontrado. Es como si no hubiese existido. Espero que oiga mis plegarias. Necesito que me perdone. Os pido a todas que recéis por mí. Para que Mossane me perdone.

Eso es lo que dijo. Entonces comprendí que, aunque fuese un sabio, Madag no era ningún dios. Era un hombre. Vivía entre recuerdos dolorosos y con preguntas sin respuesta. Podíamos tenerle lástima. El hombre no es más que eso: una criatura digna de compasión.

Maam Dib vuelve a callarse. Tengo la impresión en ese momento de que está rezando por Madag. Entonces me digo de pronto que esta mujer conocía –comprendía– a Elimane Madag mucho mejor que yo. No solo por haberlo conocido y por pasar con él muchos años (la cantidad de años no tiene ninguna importancia en esto), sino porque, solo por un instante, tuvo acceso a todo: su culpabilidad, su debilidad, su deseo, su soledad, su angustia. Desde el principio pensé, por haber leído a Elimane, que su secreto se encontraba en el lado de la literatura; que necesariamente tenía que ver con *El laberinto de lo inhumano* y con el libro que debía de seguirlo. Asocio todo el misterio del hombre con la escritura, leo los silencios de su vida con mis gafas obsesivas de escritor. ¿Tan deformantes son? Tal vez no había nada que encontrar en la literatura. La literatura es un féretro sospechoso, negro y brillante, pero es posible que no tenga dentro ningún cadáver. Siga D., Musimbwa, Béatrice, Stanislas, Chérif, Aïda y ahora Maam Dib me lo han ido diciendo o haciéndomelo comprender uno detrás de otro, cada uno a su manera, a lo largo de estas últimas semanas. Y tal vez Elimane Madag ha intentado decírmelo desde que lo sigo. Pero si lo ha hecho ha sido por medio de signos indescifrables, a través del espesor

del tiempo que nos separa. De repente, me aplasta una gran tristeza. Maam Dib retoma la palabra:

Coura murió hace diecisiete años, Ngoné la siguió siete años después. Así que me quedé sola con Madag. Los que no conocían la historia pensaban que era mi marido. A menudo nos reíamos con eso. Los diez últimos años de su vida, dejó de reparar y de fabricar redes de pesca. Solo se dedicaba a sus consultas místicas por la mañana. Por la tarde iba al río y caminaba siguiendo el curso. Pero se presentó en el cementerio y bajo el mango hasta el último día. Un mes antes de su muerte, más o menos, me habló de ti. Me dijo que un año después de marcharse vendría alguien y querría hablar de él. No sabía el nombre de esa persona. Simplemente me pidió que lo acogiese.

—¿No dijo nada más?

—No sabía cuántos días te ibas a quedar. Pero me pidió que te ofreciese hospitalidad tantos días como tú desearas para que pudieras hacer lo que tengas que hacer aquí.

—¿No te dijo de qué se trataba?

—No. Creo que no era necesario que yo lo supiese. Pero supongo que tú lo sabes.

Guardo silencio por un instante y acabo respondiendo:

—Sí.

—Entonces he terminado.

—Espera: ¿cómo murió?

—¿Cómo? Con la mayor tranquilidad del mundo: mientras dormía. Puso orden en sus asuntos, rezó sus últimas plegarias, curó a sus últimos enfermos. Bendijo la casa y todas las casas de la aldea. Acto seguido se durmió, con más de cien años, creo. Está enterrado en el cementerio de la aldea, junto a la tumba de Koumakh. Parecen tumbas gemelas.

Se calla unos segundos antes de proseguir:

—Ni siquiera tuvimos que anunciar la partida de Madag

hacia el reino de los antepasados. En la región ya sabemos que, cuando una luz espiritual se apaga, se manifiesta físicamente. El día de la muerte de Koumakh llovió desde la mañana hasta la noche aun estando en plena estación seca. Al día siguiente de la muerte de Madag, un velo de nubes negras cubrió el cielo y tapó la luz del sol. Algunas personas dijeron incluso que el sol no había llegado a salir aquella mañana. A mediodía estaba oscuro como si la noche hubiese continuado. Lo lavamos y enterramos a última hora de la tarde. Hubo mucha gente en su funeral. Estaba toda la aldea, pero también muchísimos habitantes de pueblos cercanos. Habían entendido todos, al ver la noche en pleno día, que era Madag, uno de los últimos sabios del país, quien partía. Así que vinieron a acompañarlo. El sol no salió de nuevo hasta que la tierra hubo cubierto su cadáver, hacia las cinco de la tarde.

Hace una pausa, espero a que continúe, pero no continúa. Maam Dib se levanta, me mira y, como si adivinase mi sentimiento, me dice:

—No sé qué te imaginabas, pequeño cuentista de imaginación ilimitada. No sé cuál fue la vida de Madag antes de su regreso. Adivino que no fue un paseo. Pero tuvo un final sencillo. No completamente feliz ni sereno, quizá, pero sencillo. Y creo que eso ya es mucho para alguien como él.

En aquel momento, a cierta distancia, oímos las voces de Ndé Kiraan y Latew.

—Vuelven las chicas —dice Maam Dib—. Es señal de que debo irme a dormir. Ellas te harán compañía el resto de la tarde. *Boo feet ndax Roog*, Diégane Faye. *Ngiroopo*.

—*Boo feet, Maam Dib*. Buenas noches. Gracias.

Se dirige a su habitación. Unos instantes después, las dos chicas entran en el patio. Compartimos un rato de complicidad tomando un té que hace Latew. Cuando, tarde, me pongo en pie para ir a recuperar mis cosas al coche, Ndé Kiraan propone acompañarme un trozo del camino. También va a acostarse y me dice que pretende asegurarse de que no me escapo con el

coche que ha ganado en nuestra apuesta unas horas antes. Latew anuncia que va a prepararme el cuarto.

—Será este —me dice señalándome la gran cabaña al lado de la piragua.

No me sorprende. Creo, incluso, que ya sabía que era ahí, inevitablemente, donde dormiría.

—Mi madre debe de haberte dicho que era la habitación de Maam Madag —prosigue Latew—. Si vienes y yo ya estoy acostada, te deseo buenas noches.

Ndé Kiraan y yo nos vamos. Enciendo la linterna de mi teléfono para iluminar un poco el camino. Durante el trayecto, le pregunto dónde está el cementerio de la aldea.

—¿El cementerio?

Todo su asombro se contagia al tono brusco, asombrado, de su voz. Transcurren unos segundos y, como no contesto, reiterando o confirmando así mi pregunta, me dice:

—No está muy lejos de la entrada de la aldea. No tiene pérdida. Cuando llegues al coche, levanta la cabeza y mira a tu izquierda. Tienes que ver el follaje de un gran árbol. Es el viejo mango. El cementerio está enfrente.

Noto, cuando le doy las gracias, que quiere, sin atreverse a decirlo, preguntarme por qué le he hecho esa pregunta.

—Quiero ir a rezar a la tumba de Madag.

—¿Esta misma noche? ¿No te da miedo?

—¿De qué?

—No sé... Ya sabes, Maam Madag no era como nosotros... En cualquier caso, su tumba es fácil de encontrar. Cuando entres en el cementerio, coge la primera avenida a tu izquierda. Al fondo, la tumba estará a tu izquierda, en el vértice del muro.

La dejo delante de su casa. Nos damos las buenas noches. Veo la inquietud de su mirada cuando nos separamos. Sigue pensando en la tumba. Es un pensamiento que hemos

compartido, pero no exactamente por las mismas razones. Voy al coche y cojo algunas de mis cosas, además del libro. Levanto la cabeza: inmóvil en la noche, a mi izquierda, la copa del mango.

VI

¿Cuánto tiempo te has pasado bajo el mango de Mossane, sentado directamente en el suelo, en el sitio donde ella se sentó en otra época? ¿Y cuánto, ya en el cementerio, solemne ante las tumbas gemelas? Lo ignoras, como ignoras la naturaleza de tu profundo sentimiento. ¿Es en ese momento cuando por fin te das permiso, dando rienda suelta a tu decepción, para pensar: todo para esto? ¿Todo este camino, estas noches de insomnio y de lectura, esas noches de interrogatorios, esas noches de sueño, esas noches de escuchar y de borrachera y de desesperación, para llegar a esta banalidad: la muerte? ¿Así que la muerte y nada más, esa es la decepcionante verdad de toda vida?

Has leído tus páginas preferidas de *El laberinto de lo inhumano* delante de la tumba, a modo de despedida. Has vuelto a la esencia de lo que te ha unido a su autor durante todas estas semanas: el texto. Es ahí donde lo has saludado una última vez, y al final te has preguntado qué relación guardaba la historia de *El laberinto* con la vida de su autor. Ahora que conoces algunos fragmentos, ¿cómo la relacionas con su libro?

La hipótesis que se te ocurrió fue la más evidente: una hipótesis de simples transposiciones, de analogías. El rey sanguinario es Madag. El poder que ese rey desea es el equivalente del libro que Madag escribía: *El laberinto de lo inhumano*. Para obtener ese poder, el rey sanguinario debe escuchar la profecía, hacer tabla rasa con el viejo mundo, del cual los ancianos del reino son la metáfora viva. En el destino de Madag, ese viejo mundo es el mundo de su infancia y todos los que lo habitan: Ousseynou Koumakh, Assane Koumakh, su madre. Para ser más fuerte, el rey sanguinario debe matar el pasado. En nombre de su libro, Madag olvidó su pasado.

Para ti, todo está claro: la composición formal de *El laberinto de lo inhumano*, los plagios, los préstamos, todo eso no debía oscurecer la verdad del corazón. Y la verdad del corazón de Madag, te dices, la verdad de su libro, es la historia del último sacrificio de un hombre: para alcanzar el absoluto,

mata su memoria. Pero no basta con matar para destruir; y ese hombre, ya sea el rey sanguinario de la novela o Madag, olvidó esto: las almas que pretenden huir del pasado en realidad corren tras él y acaban, un día u otro, por atraparlo en su futuro. El pasado tiene tiempo; siempre espera con paciencia en el cruce del porvenir; y ahí es donde abre al hombre que creía haberse escapado su auténtica cárcel de cinco celdas: la inmortalidad de los desaparecidos, la permanencia del olvidado, el destino de ser culpable, la compañía de la soledad y la maldición saludable del amor. Madag lo comprendió tras todos aquellos años de huida. Comprendió que *El laberinto de lo inhumano* no solo no ponía fin al pasado, sino que lo llevaba de nuevo hacia el pasado. Entonces volvió aquí.

Por lo menos es la interpretación que haces.

Has vuelto a cerrar el libro y a mirar, cansado, el cementerio sumido en la sombra. Por un instante envidias a los muertos. Luego has salido y has vuelto a Mbin Madag.

El patio está inmóvil y silencioso. Latew lleva rato acostada, sin duda. Te diriges hacia la habitación que te está reservada. En ese momento, en el umbral de la cabaña, te imaginas a Siga D. décadas atrás, disponiéndose a entrar para recibir el testamento de Ousseynou Koumakh. Te acuerdas de la descripción que te hizo de esa cabaña en Ámsterdam: la peste, la suciedad, la podredumbre. Te preguntas si siguen reinando ahora, antes de darte cuenta de la estupidez de tal ocurrencia. Entrás.

Dos lámparas solares, una colocada directamente en el suelo al lado de la cama, a la izquierda, la otra encima de un pequeño escritorio, a la derecha, dan luz. Evidentemente, ninguna pestilencia te da la bienvenida. Todo lo contrario, notas la delicadeza de un perfume cuyo incensario deben de haber retirado hace varias horas, pero que ha dejado en el aire una huella dulce y pertinaz. Observas la altura del techo de paja, sostenido por unas grandes vigas que convergen en la punta de la edificación. Junto a la entrada, un enorme recipiente. Sobre la tapa hay un bote de hojalata boca abajo.

Aún se te pasa por la cabeza que puede ser la escupidera de Ousseynou Koumakh. De las paredes de terracota solo cuelgan lo que adivinas que serán los instrumentos de adivinación de los anteriores inquilinos: ves cuernos, collares de conchas, un machete, la piel de un animal desconocido, una bolsa cerrada con un cordel rojo de cuyo extremo cuelgan amuletos.

Te acercas al escritorio, encima hay una cajita de madera, sin tapa. En el interior, unas grandes agujas, bobinas de sedales, rollos de alambre, cuchillas, cuchillitos: lo necesario para tejer y remendar las redes de pesca.

Acto seguido te sientas en la cama y miras un buen rato la habitación, pensando: estoy mirando lo que él miraba cada vez que se sentaba en su cama. Te quedas en silencio unos cuantos segundos, esperando una señal. Pero no sucede nada. Te levantas y curioseas la habitación en busca de algo, cualquier señal a la que poder aferrarte. No encuentras nada bajo la cama; tampoco nada en el cajón del escritorio ni dentro del armario. Solo queda la bolsa apoyada en la pared. Abres temblando el cordel rojo que la cierra. Un gran cuaderno forrado en cuero, con el candado roto, te espera en el interior. Ahí tienes tu señal. Abres el cuaderno y encuentras varias hojas dobladas. Las despliegas.

Es esta carta.

Te la escribo esta noche, antes de dormirme por última vez.

Las palabras que acabas de leer no te sorprenden realmente, aun cuando te pares unos segundos para pensar en mí. Dudas si seguir con la lectura de la carta, que comprendes que predice tu porvenir y también tu pasado inmediato. También comprendes que se la envió a mi futuro.

Finalmente, sigues leyendo.

En este gran cuaderno que tienes entre tus manos hay una parte del libro del que nunca logré escribir la continuación después de tantísimos años. Nunca renuncié a escribir. Y eso que lo intenté. Pero no tengo fuerzas para el silencio absoluto. El laberinto de lo inhumano y todas las preocupaciones que

me trajo no bastaron para protegerme de la debilidad de escribir. Simplemente no he llegado a hacerlo de nuevo. De ahí mi progresiva amargura, en estos últimos años, ante cualquier libro acabado. Me recordaba a mi propia impotencia para terminar el mío.

Veo desde aquí que ahora entiendes lo que quiero y espero de ti.

Me gustaría saber si aceptarás mi humilde ruego, el ruego de un fantasma del pasado. Me gustaría que publicases este manuscrito, por lo menos lo que se pueda publicar. Me gustaría ver el final de mi historia, pero estoy agotado. Llego, en el momento en que escribo, a los límites de mi visión. Se embrolla en el instante en que terminas esta frase.

Escribo esto mucho después de lo anterior, con un peso difuso en el corazón.

Durante años, en mis visiones, me veía como en este momento, en este cuarto, viejo, pero escribiendo en esta mesa, con una leve tristeza. Interpretaba esta visión como la señal de que llegaría a terminar un día el libro de mi vida después de El laberinto de lo inhumano. Veía en mi tristeza lo que atenaza a algunos creadores en el momento de acabar una obra que les exigió que llegasen al límite de sus fuerzas. Me equivocaba. En realidad, y lo entiendo en este preciso momento, esta visión no me mostraba acabando mi novela, sino acabando esta carta. La tristeza que me invade no traduce mi sentimiento ante el libro terminado, sino ante su incompletitud. No acabaré. Tengo ciento dos años y me habrá faltado tiempo. Me falta futuro. Así acaba todo adivino: en la nostalgia del futuro. Así acaba el vidente: en la melancolía del porvenir.

Pero es una melancolía que puede ser feliz todavía. Todo dependerá de ti. Me marchó. Me consuela, cuando me dispongo a dar un paso en la sombra, la idea de que alguien, tú, de quien desconozco el nombre pero conozco la cara, leerá ese libro y quizá saque algo en claro. No quiero desaparecer

por completo. Quiero dejar esta huella, aunque no esté completa. Es mi vida.

Epílogo

El crepúsculo cayó y el río se engalanó poco a poco de cobre envejecido, como si el sol se disolviera en el agua. Me metí lentamente y avancé.

He leído varias veces el manuscrito de Madag estos últimos días. El texto no es una continuación de *El laberinto*, sino un relato autobiográfico cercano, en ciertas páginas, al diario íntimo. Comienza suntuosamente. Estaba convencido de haber dado con la auténtica obra maestra que buscaba. Pero tras unas páginas todo cambia: el libro se estropea y no vuelve a encontrar su camino, como si Madag, con el transcurso de los años, de los acontecimientos, del vagabundeo, no hubiese logrado mantener la promesa de sus primeros momentos. Algunos capítulos los he leído con un pesar infinito: percibía el talento de un escritor grande en tiempos, pero al que sus habilidades y su genio van abandonando poco a poco. Creo que él comprendió rápidamente lo que le estaba sucediendo, pero se obstinó. A veces, sí, en medio de algún párrafo errático, leía algunas páginas, algunas frases, veía alguna imagen, un retrato, oía una música; y en esos momentos, Madag me levantaba violentamente del suelo y me recordaba la pasta de la que estaba hecho. Pero esas fulguraciones solo iluminaban con más crueldad la espesura de la noche literaria que lo rodeaba, antes de apagarse.

Las últimas páginas escritas realmente llevan fecha de septiembre de 1969. Madag, entonces en Buenos Aires, se dispone a ir a Bolivia, donde cree haber encontrado al hombre que perseguía por Latinoamérica desde hacía veinte años: un antiguo oficial de las SS con el que tenía una cuenta pendiente, un tal Josef Engelmann. Este, antes de refugiarse en Sudamérica tras la guerra, habría conocido a Madag en los años cuarenta. Madag escribe que en 1942, en París, Engelmann arrestó y torturó a su amigo Charles Ellenstein antes de mandarlo a un campo de Compiègne, de donde fue deportado a Mauthausen.

Desde 1969 hasta su muerte el año pasado, unos cincuenta

años aproximadamente, Madag escribe con irregularidad. Hace muchas anotaciones breves, algunas ilegibles. Cree que va a pillar a Engelmann en Bolivia rápidamente. Pero el nazi aún se le escapa durante años. Madag no lo vuelve a encontrar hasta 1984 en La Paz. Sin más detalles, escribe que ambos ponen fin a su vieja historia en circunstancias «repugnantes y despiadadas». Luego vuelve a París, donde vive casi dos años antes de volver a Senegal en 1986. Cuenta poco acerca de este segundo paréntesis parisino. Menciona un bar, en la plaza de Clichy, donde habría «vuelto solo alguna vez, para reencontrar una sensación de pasado». Nunca da el nombre de ese bar. Podría ser el Vautrin. Pero también podría ser cualquier otro bar de la plaza de Clichy entre 1984 y 1986.

Una cosa está clara: a Madag no le faltó tiempo, como decía en la carta que envía a su futuro. Simplemente, nunca superó *El laberinto de lo inhumano*. Desde luego, no debería haberlo intentado siquiera. Tal vez solo llevaba dentro una obra; una única y gran obra. Tal vez, en el fondo, cada escritor no lleva dentro más que un libro esencial, una obra fundamental por escribir, entre dos vacíos. Esta noche, todo se me ha aparecido con una serena evidencia: solo se podía hacer una cosa por *El laberinto de lo inhumano*, por Madag y por el manuscrito que dejó.

Me lo llevé conmigo. El agua me llegaba ahora por la cintura. El cuaderno ya estaba atado a una pesada piedra. Intenté pensar en algo solemne, un epitafio, o la última frase de un testamento. No me vino nada a la cabeza y acabé por lanzar la piedra tan lejos como pude. Se hundió enseguida, arrastrando al fondo el cuaderno de Madag. Se volvió a hacer el silencio, de una insolente pureza. Me cansé nadando unos minutos, luego volví por la grava y me tumbé directamente entre la arena y las conchas. Recuperé el aliento observando la noche maternal del Sine, sin estar seguro de saber si me sentía triste o aliviado.

Mañana volveré a mi casa y aprovecharé para estar con mi familia. Iré a visitar a Chérif. Pensaré en Aïda y querré escribirle. No lo haré. Llamaré a Siga D. y le prometeré una

visita en cuanto llegue, porque, al contrario que Musimbwa, yo sí volveré a París. Stanislas me pedirá noticias de la revolución popular de Dakar y yo le diré la verdad: que ya está a punto de ser confiscada y traicionada, como demasiado a menudo sucede. Intentaré volver a ver a Béatrice Nanga.

Para acabar, esperaré a que venga Madag. No podía aceptar su petición. Publicar lo que tenía en su cuaderno habría destruido su obra, o el recuerdo egoísta que quiero guardar de ella. Madag vendrá a verme una noche para pedirme explicaciones, quizá para vengarse, lo sé; y su fantasma, acercándose, murmurará los términos de la terrible alternativa existencial que fue el dilema de su vida; la alternativa ante la que vacila el corazón de toda persona obsesionada con la literatura: escribir, no escribir.

AGRADECIMIENTOS

Quiero darles las gracias a Felwine y a Philippe por su confianza, la benévola exigencia de su mirada, sus ánimos constantes y, principalmente, por su amistad. Mi gratitud también para todo el equipo editorial: Benoit, Mélanie, Marie-Laure.

Pienso en mi familia de aquí y en la de allá: Malick y Mame Sabo, mis padres y modelos; en todos mis hermanos, de los que tan orgulloso estoy; en Franck y en Silvia, que me acogieron como a su propio hijo (y me alimentaron con creces los domingos).

Gracias a todos los astros de mi constelación amical, cuyas lecturas, sugerencias, generosidad o simples conversaciones han deshecho, rehecho y perfeccionado el libro: Sami, Annie, Elgas, Laurent, Lamine, Anne-Sophie, Aminata, Aram, Khalil, Ndeye Fatou, Yass, Ndeko Philippe, Fran, Abdou Aziz. Hay una parte de cada uno de vosotros en este libro: la parte inestimable de la amistad.

Y acabo con Mellie, mi brújula y la de este libro, que se habría perdido en la Noche sin tu presencia.

Título de la edición original:

La plus secrète mémoire des hommes

Edición en formato digital: agosto de 2022

Publicado por acuerdo con las agencias Books and More Agency, #BAM (París, Francia) y The Ella Sher Literary Agency (Barcelona, España)

El autor quiere expresar su reconocimiento a la Fundación Lagardère, que apoyó la escritura de esta novela al concederle su beca de creación literaria en 2018. Este libro también se benefició de la ayuda de la región Île-de-France en 2019. El autor le da las gracias, y quiere expresar especial gratitud al Museo Nacional de la Historia de la Inmigración, que lo acogió en el marco de una residencia de escritura.

© imagen de cubierta, Ritchelly Oliveira, a partir de una fotografía de Jeffrey Alexander Pina

© de la traducción, Rubén Martín Giráldez, 2022

© Éditions Philippe Rey, 2021

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2022

Pau Claris 172, Principal 2ª

08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4275-3

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es